REBECCA RAISIN

Bajo el sol de SANTORINI

Un romance de vacaciones conmovedor y divertido.



Harper+

Portadilla

REBECCA RAISIN

Bajo el sol de SANTORINI

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Bajo el sol de Santorini
Título original: Summer at the Santorini Bookshop
© 2024, Rebecca Raisin
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK
© De la traducción del inglés, Rosana Jiménez Arribas

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Anna Sikorska
Imagen de cubierta: Shutterstock.com

I.S.B.N.: 9788410643529

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Una carta de Rebecca Raisin
Agradecimientos

Dedicatoria

Para Joan y Zorba Radis.
Por aquellos días mágicos en Fremantle en los que todo parecía posible y siempre había una aventura en el horizonte.
Esos momentos permanecerán para siempre en mi corazón.

Capítulo 1

La voz del nuevo director ejecutivo de Hollywood Films, Hank Johnson, es inconfundible. Más que hablar, lo que hace es gruñir o, si tienes mala suerte, ladra y grita como si fuera un militar que da órdenes a sus tropas desganadas. Mi cubículo está al otro lado del recibidor de su despacho, y juraría que incluso el suelo vibra al ritmo de las recriminaciones políticamente incorrectas que lleva gritándole al personal desde que llegó ayer.

No voy a mentir: tiemblo de miedo. No me gustan las confrontaciones, sobre todo cuando tengo que enfrentarme a un calvo de dos metros de altura al que no parece importarle que este tipo de comportamiento haya pasado de moda en la década de los 2000.

Tenemos derechos, maldita sea. Pero no voy a ser yo quien se lo diga.

Esto es Hollywood. También conocido como «Hollyweird». Un universo en sí mismo.

Hace un año conseguí el trabajo perfecto de *scout* literaria; toda una hazaña que yo, una persona discreta, logré conseguir en Tinseltown después de pasar una década en varias editoriales de Nueva York.

Aquí paso la mayor parte del tiempo leyendo manuscritos con la esperanza de encontrar la comedia romántica perfecta para adaptarla a la gran pantalla. Es el sueño de cualquier bibliófilo, pero, como siempre, son las personas que me rodean las que le quitan el lustre.

Hay tantas personalidades importantes en el mundo del espectáculo que resulta abrumador para alguien como yo, que prefiere la comodidad de la palabra escrita a, por ejemplo, las

conversaciones reales con seres humanos de carne y hueso. Sin embargo, como me apasiona encontrar esos tesoros escondidos que son los libros, los cuales, sin alzar la voz, guardan en su interior el mensaje más bonito y una historia que merece la pena compartir, aquí sigo.

El trabajo iba viento en popa hasta que mi fabuloso jefe de la vieja escuela de Hollywood, Gene, anunció que había vendido la empresa.

Entonces entra en escena, por la izquierda, Hank.

Un pedante malhablado que se pasó el primer día diciéndonos qué inútiles somos todos y que se avecinan grandes cambios devastadores para nosotros. ¡Ay! Para una persona como yo, que padece ansiedad y es, en el mejor de los casos, socialmente torpe, este tipo de amenazas ha sido suficiente para hundirme. Mi yo más crítico ya es un experto en el diálogo interno negativo, así que no necesita para nada criticarme más.

Pero ¿de verdad somos inútiles? ¿Soy una inútil? No dejo de darle vueltas a esto desde ayer. No necesito demasiada ayuda para perderme en este tipo de dudas y quedarme estancada. Lo único que me saca de estos bucles es leer. Con la nariz metida en un libro, el mundo real se desvanece, y lo mejor de todo es que es mi trabajo.

—¡EVA!

Las paredes internas tiemblan al mismo ritmo que mis manos. Penelope, una de sus asistentes personales, asoma la cabeza por la puerta con expresión angustiada:

—Es a ti, Evie. Te llama.

—Claro.

Por supuesto que sabía que era a mí, pero, en momentos de mucho estrés, me desconecto y finjo ser invisible. Supongo que este mecanismo de defensa no va a funcionar con Hank Johnson.

Penelope lanza una mirada de preocupación por encima del hombro, como si Hank fuera a aparecer detrás de ella.

—Quiere verte en su oficina, hace cinco minutos.

—Ya voy, ya voy. —Recojo mis propuestas, sin saber muy bien qué llevarme.

—No te preocupes por eso. ¡Date prisa! —dice Penelope.

Me apresuro, casi corro, y trato de que el miedo no se me refleje en el rostro. No ayuda que todos me miren con lástima. ¿Saben algo que yo no? Siento una abrumadora sensación de fatalidad inminente, que podría ser mi ansiedad o una premonición de lo que está por venir. Es difícil de explicar.

Ante las relucientes puertas dobles, me tomo un momento para recomponerme. Me meto detrás de la oreja un mechón de pelo que siempre se me escapa y…

—¿Dónde demonios está?

Con el corazón a mil, llamo a la puerta.

—Señor, señor Johnson, soy yo, Evie. ¡Hola! —Miro tímidamente por la puerta.

—¡No tengo todo el día, Eva! ¡Entra y cierra la puerta!

Su atronadora voz me provoca dolor de cabeza, pero paso y me siento en la silla que hay frente a su enorme escritorio, junto las manos para que no note que me tiemblan de lo nerviosa que estoy.

—Bien, veamos. —Se pone las gafas para leer una hoja de papel —. *Scout* literaria, ¿no? Una de las tres que contrató Hollywood Films.

—Sí, señor. Yo…

Hank levanta su rechoncha mano para indicarme que deje de hablar. Por mí, perfecto.

—Vale, llevas aquí un año. Te has mudado desde Nueva York. Ya tienes dos películas en marcha. Comedias románticas. —Y, con eso, deja caer el papel como si le hubiera ofendido profundamente—. Bueno, como podrás imaginar, Eva…

—Me llamo Evie.

—No me interrumpas.

¿A qué siglo me he trasladado?

Se recuesta en la silla con un crujido y coloca las manos sobre la ancha extensión de su generosa barriga.

—Ahora que yo estoy al mando, vamos a adoptar un enfoque más racional. Las comedias románticas han tenido su momento, pero ese ya ha pasado. Vamos a centrarnos en las películas de superhéroes,

que es donde está la pasta. A partir de ahora, tu puesto es prescindible, Eva.

Me quedo boquiabierta. ¡Esto no puede estar pasando!

—¿Prescindible? Señor, es que hemos visto la rentabilidad de las comedias románticas y traerlas…

—No hay nada que discutir.

Floto dentro de mí misma preguntándome cómo puedo convencerlo de que amo este trabajo y me esfuerzo mucho en él. Reúno todo mi valor para luchar por esas historias en las que creo.

—Señor Johnson, entiendo que está tomando esta decisión basándose únicamente en las cifras; no obstante, si me permite presentarle una propuesta que he estado…

—No es necesario. Ya está decidido.

Miro la grapadora que hay sobre su escritorio y fantaseo brevemente con graparle los labios para poder terminar al menos una maldita frase, pero prevalece el sentido común.

—¡Estas historias son importantes! Por supuesto que las películas de superhéroes serán éxitos de taquilla; sin embargo, el romance no ha muerto, señor. ¡Ni mucho menos! Todas y cada una de las comedias románticas que ha producido Hollywood Films han sido rentables.

—Despeja tu escritorio y deja tu pase de seguridad. —La saliva le sale disparada de la boca.

¿Así sin más?

—Ah, antes de irme…, el despido ¿viene acompañado de algún tipo de indemnización económica? —Al menos eso podría mantener a raya a los acreedores mientras me consumo por dentro por haber perdido el trabajo de mis sueños.

—Hemos prescindido de ti. No es un despido. Las palabras importan. Tú más que nadie deberías saberlo.

—Pero eso no es…

En ese momento, Penelope vuelve a aparecer, con el rostro crispado.

—No pasa nada —me susurra mientras me saca, en mi estado casi catatónico, del despacho y me devuelve a mi diminuto cubículo.

—¿Me han despedido? —digo con los ojos vidriosos.

—Han prescindido de ti.

¡Esa maldita palabra! Es tan hiriente, como si mis habilidades fueran tan básicas que mi trabajo simplemente se hubiera secado y desaparecido, ¡puf, se acabó!

—¿Está despidiendo a todo el mundo?

—Por ahora solo a ti —me responde con un ligero movimiento de cabeza.

—Vale.

—Pero solo es media mañana. Seguro que pronto nos echarán a muchos.

—Es un pequeño consuelo, Pen.

Me obligo a pensar. ¿Hay alguna forma de salvar este trabajo, aunque el horrible Hank sea el jefe? Siento que debo proteger los manuscritos que esperan pacientemente en mi escritorio y en mi bandeja de entrada. Yo soy su voz. ¿Qué va a pasar ahora con ellos?

Penelope me dedica una sonrisa esperanzada.

—Es mejor así, en serio. ¿Te imaginas trabajar para ese bruto? Ni todo el *cabernet sauvignon* de Napa sería suficiente para soportar este estrés.

Este sector, como es bien sabido, no es para las personas que padecen del corazón.

Exhalo.

—Esta iba a ser mi gran oportunidad. ¡Me lo dijo Gene! Me prometió que, si dejaba mi pequeña burbuja literaria de Nueva York y me mudaba a las brillantes luces de Hollywood, mi carrera crecería de forma exponencial.

Gene y yo nos conocimos cuando edité sus memorias. El libro se convirtió en un éxito mundial con lectores deseosos de echar un vistazo entre bastidores a Hollywood. Me aseguró que yo tenía buen ojo para las historias cautivadoras y poco después me ofreció el puesto de *scout* literaria.

—Gene vendió la empresa, Evie. No podemos quedarnos aquí lamentándonos por su decisión.

—¿No podemos?

Se me da bien lamentarme. De hecho, puedo pasarme días, hasta semanas, sin superarlo. Puedo obsesionarme hasta que se cuela en

mis sueños, preguntándome cuándo se torció todo.

Penelope me dedica una sonrisa maternal.

—Me va a dar mucha pena que te marches, Evie. Eres la mejor *scout* literaria que hemos tenido nunca. ¡Gracias a ti, ya hay dos películas en proceso! —Me dedica una sonrisa alentadora—. ¡Encontrarás un trabajo mejor que este! Solo tienes que salir ahí fuera y hacer contactos. —«Hacer contactos», una expresión tan de moda en este negocio—. Luce esa sonrisa deslumbrante que tienes. Ilumina el lugar.

No me imagino iluminando ningún lugar. Soy demasiado discreta para hacerlo. De hecho, en los eventos de trabajo, atiendo las peticiones de bebidas como si esperasen que fuese a hacer de camarera. Penelope dice que es porque me arrastro en lugar de caminar con elegancia. Yo me quedo ahí parada, incómoda, mientras mis compañeros hacen una entrada digna de la alfombra roja. ¿Es por eso por lo que hoy he sido el chivo expiatorio? Tienen que recortar gastos, así que están haciendo limpieza con los más callados, con los que creen que no van a armar jaleo.

—Me quedo con los personajes de ficción, gracias. ¿Acaso no consiste mi trabajo en encontrar libros para convertirlos en películas? ¿Por qué tiene que entrar la «gente» en la ecuación? —Ahí radica la raíz de todos mis problemas, en la gente.

Penelope suspira y me da una palmadita en el hombro.

—Así es la vida, querida. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Esa es la pregunta del millón.

Me da un cálido abrazo, que le permito porque ahora soy prescindible y estoy en mi peor momento.

Después de recoger mis cosas, pienso en cómo redactar un mensaje en el que se lo cuente a mi madre. Mi hermana, que lo tiene todo, nunca se ve envuelta en desastres como este. Posy es una ambiciosa cantante y actriz, además de una conocida celebridad de Broadway. ¿Mi madre me comparará en secreto con ella y pensará que no estoy a su altura? Ay, no hay manera de que tenga un respiro, haga lo que haga. Al final, opto por un mensaje conciso, porque llorar en el trabajo llamaría la atención, y prefiero evitarlo.

«Hola, mamá. Ya no soy *scout* literaria de novelas románticas de Hollywood Films. Besos y abrazos».

Cuando estoy sacando mi bambú de la suerte (¿quizá no le hablo lo suficiente?) del edificio, me suena el teléfono.

«Querida, ¡cuánto lo siento! Estoy fuera por trabajo con un caso, pero mañana estaré en casa. Entonces podemos hablar por videollamada. Ánimo. Te quiere, tu madre. Besos y abrazos».

Ahogaré mis penas con un *espresso frappuccino,* que me mantendrá despierta toda la noche para poder contar todas las veces que he fracasado. Y, cuando mi madre llegue mañana a su casa, llamaré por videollamada a mi equipo de apoyo; eso es lo que haré. Mi madre me colmará de amor y compasión sabiendo que esto es solo un tropiezo… Posy resaltará mis defectos y me dirá dónde me equivoqué exactamente.

Capítulo 2

Al día siguiente, aparece en la pantalla una imagen borrosa y anaranjada, como la superficie de Venus. Mi madre sostiene el teléfono junto a la oreja, aunque es una videollamada. En serio, esta mujer no aprenderá jamás. Aun así, continúo y les cuento las últimas novedades de las Crónicas de Evie.

—¡Despedida! —grita mi hermana Posy—. ¿Has vuelto a hacerte la invisible? Te he dicho mil veces que piensan que estás holgazaneando cuando te comportas así.

Qué exagerada.

—¿Mil veces, Posy?

Me cuesta integrarme en entornos nuevos. Sobre todo, porque no me gusta charlar con la gente en la máquina del café. Evito a las personas, lo que en un entorno laboral puede malinterpretarse.

—No sabes trabajar en equipo, Evie.

¿Por qué no puedo trabajar en un equipo de una sola persona? Para empezar, es mucho más eficiente.

—Mamá, ponte el teléfono delante de la cara cuando hables, por favor. ¡Si no nos ves, no te vemos! —Posy la regaña desde detrás de su ordenador portátil.

Mi hermana y yo nos peleamos desde pequeñas porque Posy es mandona y tiene opiniones muy firmes, pero no me lo tomo como algo personal; ella es una de esas personas que se comen el mundo, mientras que yo prefiero pasar desapercibida.

Pienso. ¿Cómo explicar mejor este último despido?

—Bueno, no me han despedido exactamente. Me…

—¡Ah, ahí estáis! —dice mi madre como siempre que nos llama por videollamada, como si vernos en la pantalla fuera una maravilla a la que nunca se acostumbrará.

—Hola, mamá —le digo, saludándola con la mano—. Como te…

—Este despido podría tener un lado positivo —se apresura a decir Posy, interrumpiéndome—. ¡Evie puede ayudarnos con el fiasco de la abuela! ¡Podemos tener a alguien en Santorini y averiguar qué está pasando realmente con esa loca!

¿Santorini?

—¡Ya te lo he dicho, no me han despedido! Han prescindido de mí. ¡Es diferente! —De verdad, ¿es que no me escuchan?—. Y la abuela no está loca. Es… un espíritu libre.

Me ignoran y siguen hablando al mismo tiempo, como si yo no estuviera. Normalmente, eso me viene muy bien, pero hoy no, porque necesito un poco de consuelo a la antigua usanza. Continúan hablando sin parar de las muchas veces que la descarriada de la abuela se ha metido en líos y de que esta vez ha ido demasiado lejos. ¿Qué me he perdido? Es cierto que he estado evitando los chats familiares, aunque solo porque tengo libros que leer y es, o era, mi trabajo. Y mi familia es dramática, por decirlo de una manera suave: siempre hay alguna conspiración que resolver y me resulta un poco monótono.

—¡Basta! —grito, llamando su atención. No soy de las que gritan —. ¿De qué fiasco de la abuela estáis hablando? Creía que estaba de crucero por las islas griegas.

Mi madre suspira.

—Sí, hasta que bajó del barco en Santorini hace un mes, se enamoró de un lugareño, se casó con él y se hizo cargo de su negocio, o alguna tontería por el estilo.

—¿La abuela se ha casado? ¡Otra vez!

Cuento mentalmente. ¿Este marido es el octavo o el noveno? El último, Henry, desapareció en un barco en circunstancias sospechosas. Antes de él estaba Zhang Chen, un rico inversor y aficionado a la escalada en hielo. Murió de forma prematura mientras se hacía un selfi y cayó hacia atrás en una grieta porque no había enganchado el arnés. Todos nos quedamos aliviados cuando la abuela dejó la escalada en hielo después de eso. Era peligrosísimo, sobre todo a una edad tan avanzada como la suya.

—Sí, se ha casado. ¡Por novena vez! Y… —Posy hace un gesto con las manos—. ¡Y, además, la han arrestado! —Los ojos le brillan con el escándalo—. Pero no el mismo día.

Me quedo sin aliento.

—¡¿Qué?! ¿Por qué la han arrestado? —¿Encontraron a Henry en el fondo del mar de la China Meridional?

Mi madre se frota la cara como si el recuerdo le doliera. La abuela sí que es una rebelde.

—Esta mañana temprano la han detenido por alterar el orden público, pero la han dejado en libertad con una advertencia. Al parecer, tuvo una discusión con el casero, y ya sabes cómo es la abuela. ¿Para qué hablar si puede gritar para hacerse entender? Ahora se han puesto órdenes de alejamiento el uno al otro, así que no sé cómo van a seguir con el negocio…

—Tienes que rescatarla de sí misma, Evie. Está en un país extranjero. Dios sabe con quién estará casada o qué está pasando en realidad —me suplica Posy—. Sé que crees que la abuela es una mujer impulsiva, vivaz y llena de energía, pero, en realidad, se está volviendo un poco chiflada. Tienes que hacerla entrar en razón y traerla a casa.

—¡Estamos hablando de la abuela! —digo—. No hay forma de convencerla si no quiere venir.

Mi madre acerca un ojo a la pantalla, lo cual es realmente aterrador.

—Usa tus artimañas.

—¿Qué artimañas? —exclama Posy—. Evie no es muy persuasiva que se diga. Probablemente estará allí una semana antes de reunir el valor para anunciar su llegada.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y qué? A diferencia de ti, Posy, no a todos nos gusta ser el centro de atención.

Pertenezco a una familia de extrovertidos que siempre quieren destacar. Por una vez, quise tener éxito. Ellos lo consiguen sin esfuerzo. Posy está en Broadway y tiene un ego a la altura. Mi padre es un famoso abogado especializado en divorcios que se encarga de las separaciones de famosos. Y se supone que mi madre está

semijubilada, aunque tendremos que arrancarle el bloc de notas de las frías manos antes de que deje de litigar. Su bufete es su vida.

—Bien, no te gusta ser el centro de atención, así que, teniendo eso en cuenta, tendrás que ser feroz con mayúsculas cuando llegues a la isla. Convence a la abuela de que deje de hacer tonterías —dice Posy—. No queremos que tenga otra discusión con el casero. Las cárceles griegas no son ninguna broma.

Cuánto amor y compasión recibo por la pérdida del trabajo de mis sueños. No tengo tiempo para rescatar a la abuela, que sé que no necesita que nadie la rescate, a no ser que sea de su propia familia. Tengo que encontrar otro trabajo y rápido. Los apartamentos sin habitación[1] en Los Ángeles no son baratos. Y los trabajos de *scout* literario son casi imposibles de encontrar. Sin embargo, ahora me veo obligada a emprender una misión humanitaria. Esto es típico de mi familia y de nuestra dinámica.

—No puedo ir a Santorini. Tengo una vida aquí, ya lo sabes. —Vale, es mentira, pero lo estoy intentando (si eso incluye leer sobre personajes de ficción con complejas relaciones sentimentales)—. La abuela es una mujer formidable. No entiendo por qué insistes en entrometerte así en su vida.

—Por favor. Te pagaré el vuelo. Es lo menos que puedo hacer —dice mi madre—. La abuela es demasiado mayor para andar corriendo de acá para allá por una librería bañada por el sol, atendiendo a turistas. Ya sabes cómo tiene las rodillas.

Espera, ¿qué?

—¿Una librería?

—¡No te disperses, Evie! —dice Posy, con exasperación en la voz —. El nuevo marido de la abuela tiene una pequeña librería en lo alto de un acantilado, y al parecer ella ha pasado el último mes renovándola. Imagínatela subida a una escalera pintando. Está a un paso de caerse y romperse la cadera, o, peor aún, ¡la cabeza! Aunque supongo que eso podría hacerla entrar en razón…

Vaya, vaya, vaya. Quizá podría renunciar al alquiler de mi apartamento, que es carísimo, y quedarme con la abuela una temporada. Hay lugares peores en los que pasar el tiempo que una

librería bañada por el sol en un acantilado de una isla griega mientras decido qué hacer con mi futuro laboral.

—Resérvame un billete, mamá. Iré a ver qué está pasando.

[1] Los *zero-bedroom apartments* son apartamentos sin habitaciones, estudios, *lofts,* etc., sin división de los espacios y en los que a veces los muebles son plegables y se pueden ocultar a la vista, todo ello para ocupar el mínimo espacio posible. *(Todas las notas son del editor)*.

Capítulo 3

Llego a Santorini habiendo perdido la noción del tiempo, con la cabeza confusa por las prisas de última hora para hacer las maletas, dejar mi vida de Los Ángeles y coger el avión. Estoy muy nerviosa, pero espero calmarme cuando vea a mi abuela en persona.

Con la maleta en la mano, descubro a un conductor que sostiene un cartel con mi nombre: mi madre al rescate, planificando mi viaje con precisión militar. Muy útil cuando no eres una viajera muy aventurera, como yo.

Cuando se da cuenta de que no hablo griego, me hace señas para que lo siga. Encontramos el coche y nos ponemos en marcha. No hay tiempo para contemplar el paisaje, porque vamos a la velocidad de la luz y todo se vuelve un borrón supersónico.

El conductor no habla mucho, lo cual probablemente sea bueno, porque voy agarrada con fuerza mientras toma cada curva como si fuera un piloto de *rally*, sin apartar la vista del azur del mar y sin mirar la carretera. Me imagino mi muerte inminente, lanzándome a lo kamikaze en el azul profundo mientras el coche explota, porque mi fallecimiento no sería cinematográfico sin algún tipo de bola de fuego. Y, si voy a morir joven, mejor que sea de una forma espectacular.

Pasamos una señal que anuncia la llegada al pueblo tradicional de Megalochori. Al menos, eso espero que dijera el letrero, ya que pasamos a toda velocidad. Lo que he averiguado en mi apresurada investigación sobre la última elección de residencia de mi abuela es que Megalochori se encuentra en el suroeste de la isla, a unos siete kilómetros de Firá, la capital de Santorini. Es una región vinícola, lo que podría ser útil tras este viaje de pesadilla en coche.

Después de lo que parece una eternidad, se detiene, con la grava crujiendo y el polvo levantándose. Sin importarme llevar vaqueros blancos, cojo la maleta y me echo a tierra, al suelo volcánico, nunca tan feliz de ver tierra bajo mis pies como en este momento.

—¡Gracias, Afrodita! ¡Perséfone! ¡Artemisa! ¡Todas las diosas! ¡Estoy viva! —La tensión me abandona el cuerpo con un suspiro.

No es frecuente tener una segunda oportunidad en la vida, y haber llegado aquí sana y salva es una gran descarga de adrenalina después de ese viaje tan angustioso.

Sin despedirse, el conductor se levanta sobre dos ruedas y se aleja quemando llanta de vuelta al lugar donde se fabrican las pesadillas.

Me levanto y me palpo, emocionada de que todos los miembros de mi cuerpo estén donde deben. La autocomprobación de mi integridad física se ve interrumpida por un coro de dos voces muy animadas. Su acalorada discusión suena incongruente en un lugar donde los acantilados rocosos se precipitan hacia el impresionante azul del mar Egeo.

Me dirijo hacia el lugar de donde viene el ruido y reconozco la voz estridente de la abuela, que grita palabras en griego que suenan como balas. ¿Cuándo ha aprendido la abuela otro idioma? Es una mujer de muchos talentos, eso no se puede negar. La muy astuta probablemente lo haya aprendido sin ninguna dificultad en el último mes.

Junto a un edificio de un blanco deslumbrante, la veo, vestida fabulosamente con un caftán colorido, maquillada y con joyas ostentosas. Es extravagante, como un ave del paraíso; por eso todo el mundo se agolpa a su alrededor.

De modo inexplicable, el chico más joven que está frente a ella no parece estar bajo su hechizo. Qué curioso. De hecho, a juzgar por la forma en que gesticula y se frota la cara, parece irritado de verdad, como si ella le hubiera sacado de quicio.

Una idea cruza mi mente. «¡Por favor, que no sea su marido y que esto no sea una pelea de enamorados!». Debe de tener mi edad, o ser un poco mayor tan solo, y sería muy injusto que esta mujer de

ochenta y tres años atrajera a alguien como él, cuando yo ni siquiera consigo que los novios de mis libros se comprometan.

La abuela vuelve a tomar el control de la conversación y se pone furiosa. No soy experta en el idioma griego, pero una parte de mí se pregunta si se está inventando algunas palabras. ¿Son palabras reales o solo una mezcla de letras enfadadas para confundirlo? ¿He mencionado que puede ser muy astuta cuando quiere? Aun así, es mi abuela y debo protegerla a toda costa. Me viene a la mente el consejo de Posy: «Sé feroz con mayúsculas».

Aunque la confrontación no es lo mío, me han enviado a una misión y soy una camarada firme. Si quieres ferocidad, la tendrás, aunque me tiemblen las rodillas mientras lo hago. Pero ¿cómo se lo transmito al señor que se frota la cara si no hablo su idioma?

¿Pongo una cara feroz, gruño, o lo empujo en el pecho con las dos manos? No, tendría tan mala suerte que se caería por el acantilado y acabaría hecho un charco de sangre, con los miembros destrozados, y luego tendríamos que esconder el cadáver. No vale la pena.

Opto por la estrategia de gritarle, con las manos en las caderas.

—¡Disculpe! ¿Cómo se atreve a hablarle así a esta anciana? ¡Debería avergonzarse!

Se vuelve hacia mí; la confusión se apodera de su rostro antes de esbozar una lenta sonrisa. ¿No ha entendido lo que quería decir por la rapidez con la que se lo he dicho? Abro mucho mis ojos azules y trato de transmitirle ferocidad, pero no consigo que aflore. Su aspecto de dios griego y sus ojos seductores y expresivos me desarman. Si es el marido de la abuela, le ha tocado el gordo, a la muy afortunada.

Sinceramente, todos sus maridos han sido guapísimos. Bueno, excepto mi propio abuelo, el marido número uno, que tuvo la mala suerte de nacer con una cara que parecía haber tenido un altercado con una olla de sopa caliente. Según la abuela, era un hombre achaparrado y cuadrado, sin un solo hueso sano en todo el cuerpo. No puedo decirlo con certeza, ya que nunca lo conocí. Por desgracia, murió joven, tras una confusión con el anticongelante.

—¡Evie! ¿Qué demonios…? —dice la abuela, y suaviza el rostro mientras me abraza—. ¿Supongo que la policía de la diversión se ha

enterado del arresto y te ha enviado para cumplir su misión?

—Así es —le confirmo—. Saben todo lo del crucero, el matrimonio relámpago, algo sobre caerte de una escalera y romperte la cadera, y un largo etcétera. Casualmente, me despidieron, ¡así que aquí estoy!

La abuela me aprieta los hombros.

—Siento lo de tu trabajo, cariño, pero no siento que estés aquí.

El dios griego carraspea, probablemente preparándose para volver a gritar. Casi me había olvidado de él. Ni siquiera le ha pedido disculpas a ella todavía.

—Déjame un momento con Georgios, que está empeñado en robarme el brillo de recién casada.

—¿Georgios es tu…?

—El nieto de mi casero, Yannis. Lo han enviado en lugar de Yannis, ya que ahora tenemos prohibido cruzarnos después de todo el lío por alterar el orden público. Georgios me trae un mensaje de Yannis, que dice que he convertido su vida en un patín. ¿Te lo puedes creer?

—No, ¿qué significa eso?

Me hace un gesto para que me aleje.

—Oh, los griegos tienen unas expresiones increíbles. Es como decir que he convertido su vida en un infierno. Y, al parecer, le he roto los nervios; es decir, le he irritado. En fin, coge tus cosas y sigue el camino de guijarros. Verás una pequeña villa cicládica para invitados en la parte de atrás. Instálate, que yo voy enseguida.

—Vale. —Miro de reojo a Georgios, sin estar segura de poder confiar en él cerca de mi abuela. Sí, claro, ella no es precisamente tímida, pero nunca se sabe cómo está la tensión arterial de una persona, y mi abuela no es ninguna jovencita que se diga—. Si estás segura… —le hago un gesto con el pulgar al chico— de que no va a volver a molestarte.

Él suspira hondo, como si yo estuviera poniendo a prueba su paciencia.

—Solo estoy transmitiendo un mensaje de mi abuelo —dice en un inglés perfecto. Con acento americano. ¡Interesante!—. Sinceramente, preferiría estar en cualquier otro sitio, así que, en

cuanto resolvamos el problema, me iré. —Se vuelve hacia la abuela y le dice algo muy deprisa en griego, a lo que ella responde con un gesto negativo.

Es fascinante verlo pasar de un idioma a otro con tanta facilidad. ¿Por qué la abuela no habla inglés? Quizá está tratando de integrarse, de ser respetuosa y aprender el idioma local. Hay algo en este chico que me resulta muy familiar, pero no consigo identificarlo. ¡Ah, ya lo tengo! Georgios es el arquetipo del hombre alto, moreno y guapo, con sus rasgos simétricos bronceados y su físico atlético.

He creado el protagonista masculino perfecto para una comedia romántica. Debo de estar echando de menos mi trabajo. Sé que echo de menos mi trabajo. ¿Cómo no voy a pensar en héroes apuestos cuando tengo a este espécimen delante de mí, en una pose de poder con un impresionante fondo azul y la brisa salada del mar acariciándome la piel? Es la misma sensación de cosquilleo que tengo cuando descubro un libro con potencial. Una especie de mareo embriagador que grita: «¡Este es el bueno!».

Sin embargo, ese tipo de pensamiento es estrictamente para el mundo de la ficción, y esto es la realidad, así que le lanzo una última mirada fulminante por si acaso, para que entienda que no nos vamos a dejar intimidar. En lugar de devolverme la mirada, que es lo que se supone que hay que hacer en estos casos, él sonríe, con los ojos brillantes de alegría. ¿Está intentando provocarme? ¿Es una táctica de intimidación? Sea cual sea su intención, debo hacer todo lo posible por parecer imperturbable cuando en realidad me ha alterado bastante.

—Georgios. Voy a deshacer las maletas, pero, por si no lo sabes, tengo un oído muy agudo y experiencia de primera mano en hacer desaparecer cosas. Tú ya me entiendes. —Vale, no la tengo, pero suena bastante amenazador y ese es el personaje que quiero interpretar.

Me dedica una sonrisa irritante que podría interpretarse como un toque de locura. Quizá no sea material para una comedia romántica después de todo. Es más probable que sea el espía sexi que traiciona a su novia espía sexi a pesar de que ella lo ama de verdad,

y aunque no sea prudente hacerlo. Ella pronto lo aprende por las malas cuando su paracaídas no se abre…

Georgios tiene la audacia de saludarme, lo cual es bastante propio de un espía. Debo mantener la cabeza fría aquí, en la soleada Santorini.

Beso la mejilla mullida de la abuela y me alejo con paso firme, concentrándome en echar los hombros hacia atrás para parecer que tengo la fuerza necesaria para levantar un peso muerto sin sudar ni una gota. He de admitir que me siento emocionada por haber encajado tan bien una confrontación como esta. Posy estaría orgullosa.

Recojo mi maleta y busco la villa de invitados. Es preciosa, con el techo en forma de cúpula y las paredes curvas, como si hubiera brotado de forma natural en la tierra volcánica. Es independiente de la casa principal y tiene unas vistas impresionantes al mar. Deshago el equipaje y pienso darme una ducha rápida para despojarme del largo viaje.

Cuando veo mi reflejo en el espejo del baño, gimo. Tengo la nariz ennegrecida de cuando besé la tierra volcánica. ¡Por eso Georgios sonreía como un loco! ¿Por qué no me lo ha dicho la abuela? ¡Gr…! Pero ¿qué más da? No es que me importe Georgios. Espero que no siga apareciendo por aquí después de haberle dejado tan claras mis intenciones.

Estoy desesperada por conocer la librería, pero, con la intensidad de recoger mi apartamento y luego ir corriendo a tomar trenes, aviones y coches, el cansancio me ha alcanzado. Cada minuto que pasa ralentiza mis sinapsis y me empieza a entrar sueño.

En la mesita de noche hay una tarjeta con un código wifi. Me dejo caer en la cama y tecleo los números en el móvil. Solo tardo un instante en darme cuenta de mi error, en cuanto los mensajes empiezan a sonar sin parar. La policía de la diversión quiere saber cómo voy. Echo un vistazo a los numerosos mensajes y paso al último, el de mi madre.

«¿Has llegado ya a casa de la abuela? No consigo localizaros ni a ti ni a tu chófer. Si estás bien, ¿por qué no has llamado? Si no es así, lo siento y haré todo lo posible por encontrarte si te han

secuestrado. ¿Cómo está la abuela? ¿Has conseguido hacerla entrar en razón? Besos y abrazos. Mamá».

La abuela no me ha llegado a decir de qué iba su discusión con Georgios. Cada vez siento más curiosidad.

«Estoy viva y bien, pero no gracias al conductor, que cree que ir a la velocidad de la luz es demasiado lento. Por desgracia, sigo aquí, y la abuela también. La he visto en persona y está tan fabulosa como siempre. Ahora estoy adaptándome al desfase horario. Y al desfase de vida. La abuela está feliz y bien de salud. Besos y abrazos. Evie».

No tiene sentido preocupar a mi madre y al resto de la familia por la visita de Georgios hasta que tenga más detalles. Una vez que la abuela me lo explique, podré decidir qué decirles. Se comportan de forma un poco exagerada cuando se trata de las aventuras de la abuela. Esta mujer lleva un estilo de vida tan extravagante y despreocupado que una parte de mí se pregunta si no estarán intentando cortarle las alas porque no encaja en su molde.

Respiro hondo y salgo a la calle, donde veo a la abuela, que viene hacia mí con el rostro adusto.

—¿Qué ha sido todo eso? —le pregunto—. ¿Por qué se mete esa familia con una mujer indefensa como tú?

—¡Indefensa! —Al oír eso, se ríe como una bruja, lo que la hace parecer todo lo contrario a indefensa—. Me han subido el alquiler después de las reformas y me niego a pagarlo; eso es todo, cariño. Supongo que, como acabo de bajar del crucero, piensan que soy un blanco fácil.

¡Esos malditos chupópteros! Estoy indignada.

—¿Te quieren subir el alquiler después de que fuiste tú quien hizo todas las reformas y quien las pagó? ¿Cómo puede ser eso justo después de que has mejorado su propiedad?

Ella levanta las manos.

—No te preocupes, cariño. No dejaré que me extorsionen. Han elegido a la persona equivocada. Si creen que van a sacarme un euro más, están muy equivocados.

Niego con la cabeza.

—¿Dónde está tu amado?

—Konstantine. —Suspira—. Bueno, es una larga historia. Te traigo un ouzo y lo hablamos.

Me meto bajo las mantas mientras espero a que vuelva la abuela. Me doy una palmadita imaginaria en la espalda por haber sobrevivido al caos de las últimas veinticuatro horas sin que me entrase ningún ataque de pánico y sin pastillas. Algo es algo; es un avance.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, me levanto temprano y con energía renovada tras un largo sueño. Voy a la villa principal y busco a la abuela, aunque no hay ni rastro de ella ni de Konstantine. Anoche no tuvimos la gran charla que habíamos planeado porque me quedé dormida y ella debió de dejarme dormir, ya que me tapó con la manta hasta la barbilla y apagó la luz.

La casa de la abuela es fresca y está decorada de forma impecable, con un estilo maximalista. Al igual que ella, es colorida y acogedora, con todo tipo de objetos extraños y extravagantes expuestos. No está aquí, así que vuelvo a salir para buscar la librería. Quizá se haya adelantado en la jornada laboral. Espero que haya café. Mataría por una taza, y un desayuno tampoco estaría mal.

La puerta de la librería está abierta y cruje al empujarla, dándome la bienvenida. Dentro hace un frescor delicioso al pisar las baldosas de mosaico azul. Las paredes son de color amarillo abeja y contrastan muy bien con los arcos de piedra blanca que separan cada habitación. Las buganvillas de color rosa fucsia se cuelan por las ventanas abiertas, como si intentaran escapar del calor del exterior.

Lo más llamativo son los propios libros. La abuela los tiene ordenados por colores, como un arcoíris que va del rojo al naranja, el amarillo, el verde, el azul, el índigo y el violeta. El impacto visual, atrevido y brillante, se complementa con la vista del mar infinito que se divisa fuera. Sillas de mimbre con forma de pavo real y alfombras rugosas salpican la estancia, esperando a que llegue algún lector. Hay una hamaca de rayas verde menta y blancas que se balancea con la brisa junto a una ventana, susurrando mi nombre.

Un escalón conduce a una hermosa puerta verde azulada descolorida con una intrincada verja de hierro forjado tan delicada que casi parece encaje. Intento abrirla, pero está cerrada con llave.

—¡Querida! Por fin te encuentro —dice la abuela, sobresaltándome.

—Me has dado un susto de muerte. —Me giro y la veo vestida con un brillante vestido blanco que resplandece a la luz del sol. Lleva unas gafas de sol con forma de ojo de gato y un sombrero de ala ancha.

—Lo siento, cariño. Acabo de volver de mi paseo matutino por la playa de la Caldera. —Se quita el sombrero—. Tengo que ver a un hombre por un perro, así que hoy vas a tener que encargarte tú de la librería. El código de la caja registradora es 1111. La nevera de mi casa está llena, sírvete lo que quieras. Diviértete, cariño. Nos vemos esta noche para tomar cócteles al atardecer, ¿vale? Eres un tesoro.

Se dispone a marcharse, pero la sujeto del codo antes de que pueda escapar.

—Espera, espera, espera. ¿Tienes que ver a un hombre por un perro? ¿Dónde está Konstantine? ¿No puede encargarse él? —El pánico se apodera de mí.

—No, ahora mismo no está. Tengo muchas cosas que hacer en este momento, y hay unos detalles que tengo que solucionar. Cuida el fuerte. Vuelvo en un santiamén.

Mi ansiedad aumenta: tratar con la gente es una cosa, pero hacerlo en un idioma extranjero es otra muy distinta.

—¡Abuela, espera! No hablo ni una palabra de griego.

—Usa una aplicación de traducción. —Pone los ojos en blanco—. En serio, Evie, no seas tan pesada. Tengo mucho que hacer y cuento contigo para que me eches una mano. Te prometo que luego te lo contaré todo.

Cuando me hace sentir culpable, sé que ahí hay gato encerrado.

—Dímelo ahora. —Me cruzo de brazos y la miro de una forma que lo dice todo.

La abuela mira el reloj y suspira.

—Está bien. Pero no le digas nada de esto a tu madre. ¿Vale?

—Siempre que no sea ilegal.

Me responde con silencio.

—¿Abuela?

—¡Por supuesto que no!

Humm. No me lo creo, pero lo dejo pasar. ¿Qué problemas puede tener una anciana de ochenta y tres años?

—Solo tengo algunos problemas, pero nada que requiera ayuda. Y no quiero que toda la policía de la diversión venga a escoltarme de vuelta a un lugar más seguro, así que tienes que mantenerlo en secreto.

—Si mamá se entera… —y ella es mejor investigadora que el FBI, por lo que es muy probable que lo haga—, tendré que darle explicaciones sobre por qué te he encubierto. Ya sabes que me ha enviado aquí para recabar información.

—Cariño, tienes que aprender a manejar mejor a tu madre. Es tu único punto débil.

—Es verdad. Es la forma en que indaga pacientemente en cada pequeño detalle y hace esas largas pausas que una persona se apresura a llenar… Es intimidante.

—Es una habilidad que ha perfeccionado con los años. En resumen: mi casero, Yannis, le ha alquilado la propiedad, incluida la librería y un bar, a mi marido Konstantine durante años. La cutre zona de copas atraía a algunos lugareños que se emborrachaban con cerveza barata y jugaban a las cartas. La librería nunca funcionó bien porque Konstantine la había abandonado. Cuando nos casamos, decidí renovarla.

La abuela y sus proyectos. La han llevado a muchas aventuras por todo el mundo y siempre le dan nuevas energías.

—Sigue —le digo mientras se deja caer en un taburete.

—Después de la reforma, reabrimos la librería, la llenamos de libros nuevos, en inglés y griego, pero seguía sin arrancar. El anticuado bar cerró y los jugadores de póquer se marcharon. Esa zona también necesitaba un cambio de imagen, una nueva dirección. Una idea única que atrajera a la gente.

—Tiene sentido.

—Este pueblo está un poco apartado, lo cual es una lástima porque las vistas son incomparables. ¡Y entonces se me ocurrió una

idea genial que me golpeó como un rayo! —Se tapa la boca al darse cuenta de lo que ha dicho—. Ay, Dios mío. Que en paz descanse. Ludwig era… —Sus palabras se apagan mientras lucha con sus recuerdos.

El sexto marido de la abuela, Ludwig, abandonó este mundo tras ser alcanzado por un rayo. El hombre quedó tan carbonizado que ni siquiera pudieron utilizar sus dientes para identificar el cadáver. Los investigadores cerraron el caso, considerándolo un trágico accidente por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—… un auténtico imbécil.

Resoplo.

—Lo sé, lo sé. No se debe hablar mal de los muertos, pero esquivó a la Parca tantas veces que no me sorprendió que finalmente lo encontrara. Ludwig tuvo todo tipo de accidentes, desde aquel episodio con los frenos defectuosos hasta la catástrofe del buceo. Y no te olvides de la vez en que estuvo a punto de perder la oreja por las palas del rotor de un helicóptero. Y la lista sigue…

—Nada de eso salió en la investigación.

Frunce el ceño.

—¿Qué investigación, cariño? —La abuela hace un gesto con la mano para alejar los recuerdos de su sexto marido—. Olvídalo, él ya está en un lugar mejor.

—Sí, supongo. —La pobre abuela no podía prever que le fuera a caer un rayo, o nunca le habría enviado al bosque a buscar setas.

—He preparado este lugar para convertirlo en una especie de club exclusivo… —Mueve una ceja con aire pícaro—. Los socios pueden pagar una cuota y utilizar las instalaciones y relacionarse con otras personas afines. Estoy esperando a que unos operarios terminen unas cosas y luego ya estaremos listos para celebrar la fiesta de inauguración.

¡Oh, no, otra vez no!

—¿Es esa una forma de hablar en código para referirse a fiestas sexuales? —Estoy en alerta máxima. Es un antro de perversión. Una habitación roja. Un *boudoir de bondage*. No me extraña que mi abuela no quiera que mi madre se entere: se escandalizaría. Yo ya estoy escandalizada.

—Por el amor de Dios, Evie, no es una fiesta de pervertidos ni nada por el estilo que se esté imaginando esa cabeza tuya. Eso fue una vez en los años setenta. Dos veces, si cuento aquella… Da igual. Ni siquiera habías nacido entonces, así que no sé por qué te sorprende tanto.

Me sonrojo hasta la raíz del pelo y desearía poder teletransportarme. La abuela niega con la cabeza como si yo fuera una mojigata.

—Es que soy más de monogamia, eso es todo.

—De verdad, Evie, a veces eres tan sensata que me mata.

—¿Gracias? —Sinceramente, es muy difícil de manejar.

—Detrás de estas bonitas puertas se esconde un paraíso literario llamado Epeolatry, que significa «adoración de las palabras». Una biblioteca nocturna, por decirlo de alguna manera, que ofrece cócteles literarios, *jazz* suave y un auténtico tesoro de material de lectura, desde los clásicos hasta la actualidad. Te lo enseño.

Pasamos del brillante caleidoscopio de colores al dramatismo de la estética académica oscura. El sitio se parece a una biblioteca gótica de antaño, con sus estanterías de caoba repletas de libros de tapa dura. Hay sofás de cuero oscuro y sillones de terciopelo verde esmeralda con embellecimiento dorado.

Las cortinas drapeadas tapan la luz del sol, lo que le da a la habitación un aire misterioso y melancólico. Es decadente y lujoso. Bustos de piedra descansan sobre pedestales, y me inclino para leer las placas doradas que anuncian los nombres de famosos autores griegos. Hay pequeños rincones que conducen a pasillos llenos de intriga. Las ornamentadas lámparas de araña dan a la habitación una iluminación cálida y difusa. La decoración es impresionante, como si cada detalle hubiera sido escogido minuciosamente. Hay una zona de bar, con taburetes de felpa alineados en fila.

—Abuela, esto es increíble. Es como retroceder en el tiempo y visitar otra época. —La decadente época del *jazz* de los locos años veinte.

—¿A que sí? Me he gastado una fortuna para conseguir este resultado. Por eso necesito más tiempo para demostrar que vale la pena.

—¿Por eso Yannis quiere subir el alquiler? —¿Acaso se puede hacer eso?

Juega con sus pendientes tintineantes, un gesto sutil que hace cuando se prepara para mentir. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? La culpa la tiene el desfase horario, el desfase vital que me atrapó al llegar.

Mientras espero a que se decida, me pregunto qué elegirá, la verdad o una mentira descarada.

—Supongo que sí. —Se sonroja y se encoge de hombros—. Yannis cree que estoy forrada, pero, como imaginarás, este nivel de excelencia no es barato. Y todo se vuelve el doble de caro cuando vives en una isla y necesitas que te envíen las cosas desde el continente.

Me invade una sensación de desasosiego.

—Abuela, ¿has invertido los ahorros de toda tu vida en este lugar? ¿O lo ha financiado tu marido?

Baja la mirada. «Oh, no». Mi madre se va a poner furiosa si se entera de esto. Sin embargo, es el dinero de la abuela, así que ella tiene todo el derecho del mundo a gastarlo como quiera. Bueno, supongo que técnicamente es la culminación de sus herencias y pólizas de seguro de vida de ocho maridos, pero eso nunca ha salido en una conversación, lo cual tal vez sea mejor. Que Dios los tenga en su gloria.

—¿Qué está pasando realmente, abuela? ¿Por qué Yannis y su nieto Georgios te están presionando tanto? No me vengas con el cuento de que te han subido el alquiler. No me lo trago.

Deja de hacer de pobre anciana en un santiamén.

—Está bien, está bien. Te he mentido. El problema es que no he pagado el alquiler. No me queda dinero. He intentado explicarles que necesito unos meses para recuperarme económicamente y que les pagaré con intereses. Pero ¿me lo van a aceptar? ¡No!

Suspiro hondo.

—Esto no es propio de ti. ¿Cómo no has calculado bien el presupuesto para las reformas y el alquiler? —La abuela es muy sensata con sus finanzas. No es un error que suela cometer.

¿Tiene razón Posy y la abuela se está volviendo más olvidadiza? Se me encoge el corazón al pensarlo.

La cara de la abuela se ensombrece.

—Hice un presupuesto, pero la cosa se me fue de las manos y, antes de que me diera cuenta, me lo había fundido todo.

—Y tu marido, ¿qué hay de él? —Me asalta un pensamiento terrible—. ¿Ha muerto? ¿Ya?

Ella se ríe con desdén.

—¡Por Dios!, ¡qué va a estar muerto!

—Bueno, históricamente hablando…

—Está en una plataforma petrolífera, ¿vale? Estamos pasando apuros económicos, así que pensamos que unos ingresos fijos nos ayudarían a salir adelante.

—¿En una plataforma petrolífera? ¿Cuántos años tiene?

—Setenta.

La miro fijamente.

—Sesenta.

Inclino la cabeza.

—Vale, tiene cincuenta.

En realidad, no debería sorprenderme.

—Vale. —¿Cómo voy a salir de este lío? Mi madre esperará un informe detallado y coherente y tendré que redactarlo con cuidado, dando pistas, pero sin revelar nada—. No te van a meter en la cárcel por no pagar el alquiler, ¿verdad?

Desvía la mirada como si no supiera muy bien qué responder.

—Yannis me ha amenazado con eso. Dice que fue al colegio con el jefe de la Policía de Grecia o alguna tontería por el estilo. Pero yo huelo cuándo alguien se tira un farol a kilómetros de distancia.

Me tapo la cara con las manos.

—¿Y si no es un farol? ¿Qué pasa entonces?

—No te preocupes, ¡tengo un nuevo plan! Uno que me dará algo de tiempo y los mantendrá alejados. Te lo cuento luego cuando nos tomemos unos cócteles. —Me da un beso y se marcha.

Nada de esto está bien. ¿Cuánto dinero habrá invertido la abuela en este lugar? ¿Cuánto cuestan los muebles elegantes? Quizá se lo haya gastado todo en libros. Por supuesto que Epeolatry es un

paraíso para los amantes de la literatura, pero la abuela siempre se deja un colchón económico por si se mete en un lío.

En la puerta, la abuela se da la vuelta.

—Ah, y una advertencia: si aparece Georgios, mantente alerta. No dejes que husmee. Es probable que se lleve mis objetos más preciados como garantía.

—¿Cómo se supone que voy a defenderme? ¿Lo echo a patadas? Con la suerte que tengo siempre, acabaré en una cárcel griega.

—¡No, cariño! Mátalo con amabilidad. —Me hace un gesto con la mano mientras cierra la puerta al salir.

¿Cómo puede estar tan tranquila? ¿Será suficiente el lanzamiento de Epeolatry para mantener a raya a los lobos? Pienso en qué mensaje enviarle a mi madre para que me deje un poco tranquila.

«La librería Bibliotherapy es una maravilla. El bar-biblioteca Epeolatry, que abrirá pronto, es espectacular. La abuela tiene problemillas de dinero, ya que la librería está en una zona tranquila del pueblo, pero tiene un nuevo plan con el que me va a sorprender más adelante. Su marido Konstantine está fuera por trabajo, así que eso es una cosa menos de la que preocuparse. La abuela parece estar disfrutando de la vida en la isla, a pesar de algunos baches. Evie».

Qué lío, pero la abuela no parece preocupada, así que por ahora lo dejo estar.

¿Qué tiene que hacer una chica para conseguir algo de comida aquí?…

Capítulo 5

Como siempre, el universo me da lo que necesito, pero nunca como yo quiero. En cuanto mi estómago ha empezado a rugir en señal de protesta, aparece él, el dios griego, con nada menos que una caja de delicias recién horneadas que huelen de maravilla.

Se me hace la boca agua, aunque no puedo ni quiero ceder ante alguien como él. Recuerdo la advertencia de la abuela de que esté muy alerta, pero mi determinación se desmorona con cada paso que él da hacia mí. La culpa la tiene el hambre y lo rápido que ha salido de casa la abuela esta mañana. Tenía la esperanza de desayunar bajo el agradable sol matutino, con las suaves olas del mar rompiendo a lo lejos, mientras ella me ponía al día de lo que había sucedido exactamente desde que bajó del crucero. Por desgracia, ella desapareció, yo me muero de hambre y él está aquí.

—Siento que ayer empezáramos con mal pie. —Georgios me dedica una cálida sonrisa que contradice su corazón traicionero.

He visto estas tácticas en novelas románticas mil veces. ¿De verdad cree que una sonrisa tan seductora va a funcionar? Pues conmigo no. Probablemente esté buscando objetos de valor que pueda vender para recuperar el dinero del alquiler. No lo culpo, pero lo haré porque mi abuela me lo pidió.

Finjo que no me interesa en absoluto y paso la página de mi libro, incapaz de concentrarme en lo que leo con él tan cerca y yo tan hambrienta.

Levanta la tapa y lo único que puedo hacer es no saltar y arrebatarle la caja. El dulce aroma de la canela y el sirope perfuma el aire templado. No debo ceder a la tentación.

—Mi abuela ha hecho *loukoumades* especialmente para ti y Floretta esta mañana. Lamentamos que las cosas se hayan

complicado estos últimos días.

Arqueo una ceja y lo miro lentamente, con aire majestuoso, como hacen los gatos, demostrando así que no me ha impresionado en absoluto, cuando en realidad es todo lo contrario. Mi estómago tiene voluntad propia y me dice que me lance a por los dulces. ¡Al diablo con la moral!

—¿Y tu abuela sabe que regañaste a una anciana por unos cuantos euros? —¡Mírame, interpretando el papel de heroína indiferente! ¿Eso lo convierte a él en el héroe? «¡Esto no es una novela, Evie!».

—Bueno, no es exactamente…

Levanto una mano.

—La abuela me lo ha contado todo, así que te puedes ahorrar las explicaciones. Deja los *loukoumades*. No voy a rechazar un regalo que tu abuela ha hecho con tanto cariño. —¡Ojalá Posy pudiera verme ahora! Incluso ella tendría que reconocer a regañadientes que soy una fuerza a tener en cuenta.

Georgios me entrega la caja.

—Espera —dice, y sale corriendo hacia su coche.

El tiempo no espera a nadie, y estas bolitas de alegría del tamaño de un bocado aún están calientes. Me meto una en la boca y, desde luego, están que te mueres. Suaves como una almohada por dentro, crujientes y dulces por fuera. Georgios vuelve con dos cafés para llevar. Hay que reconocerle el mérito: se ha esforzado mucho. Ojalá pudiera ser más fuerte y despedirlo con una mirada gélida y un gesto de desprecio. Pero mi cuerpo ansía nutrientes, así que aquí estamos.

—¿Te gusta el café griego? —me pregunta mientras me pasa un vasito.

—¿Es descafeinado?

Georgios niega con la cabeza.

—Entonces sí. —Doy un sorbo.

Es más fuerte que el café de mi país y más espeso, como si no lo hubieran filtrado. Es una versión turbo y a mí, al menos, me encanta. No puedo evitar sentir que está intentando conquistarme. Y eso es un problema, porque intuyo que es una estratagema para

ganarse mi confianza. Los de su clase no suelen cortejar a las de mi clase. No es que yo sea una mujer fea o un patito feo; es que somos diferentes. Él, con sus gafas de sol de diseño, su enorme ego y la forma en que espera que caiga rendida a sus pies, calzados con elegantes mocasines de piel. Y yo, un miembro de pleno derecho del País de los Romances, capaz de reconocer una trama a un kilómetro de distancia.

Me recuerdo a mí misma que se supone que debo «matarlo con amabilidad» mientras mantengo la guardia alta. En realidad, no me importa mirarlo durante el desayuno, al tiempo que averiguo qué intenciones tiene.

—Qué tranquilidad. —Señala la librería.

No ha entrado ni un solo cliente, aunque es temprano y supongo que los turistas pronto se adaptarán al tempo de la isla, y su ritmo se volverá lánguido a medida que se acomodan a sus vacaciones de verano.

—Exacto. ¿Por qué no le dais un respiro a mi abuela para que ponga en marcha el negocio, y pronto os devolverá el dinero con intereses? —Toda esta charla resulta difícil cuando los *loukoumades* piden a gritos ser devorados. Doy un delicado mordisco mientras espero su respuesta.

Se queda pensándolo.

—Lo entiendo; las cosas han sido muy duras para ella…

—Yo no diría tanto. La abuela se enfrenta a proyectos como este todo el tiempo. Vale, sí, la arrestan con bastante frecuencia; de ahí la necesidad de mudarse mucho o de volver corriendo a su base en Brooklyn, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que, cuando tiene una visión, la lleva a cabo. Este pequeño pueblo de Santorini tiene suerte de tenerla. Sé que aún no lo ves, pero lo verás. Estoy totalmente convencida de que dará a conocer este tranquilo lugar.

Espero que no sea por otra investigación de asesinato, pero eso me lo guardo para mí.

Georgios frunce el ceño, como si no me creyera del todo. Lo entiendo. No conoce a la abuela y no sabe que ha logrado muchas hazañas en su extraordinaria vida.

—Es solo que mi abuelo tiene facturas que pagar. Floretta no puede pedirle que espere indefinidamente, y además ahora su marido se ha ido. ¿Y si este lugar nunca llega a funcionar? Entonces, ¿qué?

Cómo convencerlo de que la abuela nunca fracasa.

—Tendrás que creerme. Tiene un don para los negocios. Y sí, esta situación no es ideal y no es propia de ella…

Me interrumpe:

—Floretta no debería haber terminado las reformas si no puede pagar las facturas.

No puedo discutir eso. ¿Por qué lo invirtió todo en este lugar sin pensar en el alquiler?

—Se lo diré. Ahora, si no te importa, tengo libros que leer.

Con un movimiento de cabeza, sale a zancadas, llevándose la caja de dónuts griegos. ¡El muy bruto! Intento sumergirme de nuevo en una autobiografía, *Mi familia y otros animales,* de Gerald Durrell, pero algo me molesta y me impide concentrarme en las palabras impresas en la página. Georgios ha dicho: «… si no puede pagar las facturas», en plural.

¿Era una forma de hablar o le debe dinero a mucha gente? La abuela no es de las que van acumulando deudas por toda la ciudad. En ese sentido, es muy honrada. Se lo preguntaré al atardecer.

Como era de esperar, los clientes van llegando a medida que el día se calienta, algunos solo para escapar del sol, y otros para hojear los libros que están expuestos en la librería. Consigo evitar a la mayoría escondiéndome detrás del mostrador. Entra un anciano fumando un puro y coge libros y los coloca en diferentes secciones, mezclando el orden de colores que la abuela ha mantenido de manera meticulosa. ¡Es un delito que los libros nuevos e inmaculados se vean empañados por su humo! Esto va a suponer un contacto humano, muy posiblemente un enfrentamiento. En cualquier otra situación, lo evitaría por completo, pero debo ser la voz de estos preciosos libros que no pueden hablar por sí mismos. Ay.

—Disculpe, señor.

Arquea una ceja. ¿Qué pasa, que no le apetece que le hable? Quizá no hable inglés. Debería haberme descargado una aplicación de traducción, como me sugirió la abuela.

—¿Le importaría fumarse el puro fuera? —Le imito fumando y luego señalo hacia la calle.

—¿Fuera? —dice con el ceño fruncido.

Vale, sí que entiende. Me había equivocado.

—Sí, fuera. —Le dedico una sonrisa encantadora para transmitirle que no lo estoy juzgando por decidir llenarse los pulmones de una sustancia tóxica. Mi lema es «Vive y deja vivir».

Me lanza una mirada asesina y se marcha pisando fuerte, refunfuñando. Caramba, la atención al cliente es un campo minado.

Más tarde, ese mismo día, estoy a punto de cerrar la librería cuando suena mi teléfono, sobresaltándome.

Es una videollamada en grupo de la policía de la diversión.

—Mamá, mira la pantalla —le digo cuando veo un pendiente aplastado y colgando.

Mi madre suspira.

—¿Por qué no podemos hacer llamadas solo de voz, como antes?

—Podemos, pero no se captan los mismos matices en las conversaciones de voz que cara a cara —dice Posy—, siempre que mires a la cara de la persona que llama y no a su oído interno, claro.

—Exageras, Posy. Ahora, vamos a hablar del mensaje que enviaste, Evie. No me gusta nada cómo suena esto. ¿Dónde está el marido?

Tengo que manejar esto bien y darle a la abuela la oportunidad de que arregle las cosas ella misma.

—Konstantine está trabajando en una plataforma petrolífera.

—¿Una plataforma petrolífera? —pregunta mi madre negando con la cabeza—. Así que este hombre que conoció hace un mes ¿se casa con ella y luego se marcha? No tiene sentido.

—Las reformas han sobrepasado el presupuesto, por eso se ha ido al mar para ganar dinero.

—Vale, puedo entender que ella se haya volcado en el tema de la decoración: la abuela no hace las cosas a medias. Lo que no entiendo es cómo puede él abandonarla de esa manera.

Pongo los ojos en blanco.

—No es que haya huido. Se ha puesto a trabajar para que consigan salir adelante.

—Pero sus ahorros… No me digas que se ha gastado todo el dinero. Es imposible.

—En serio, ninguna de nosotras sabe cuál es la situación económica de la abuela. ¿Y por qué íbamos a saberlo? No es asunto nuestro si es feliz y está sana, y lo está.

Mi madre suspira hondo, como si yo estuviera poniendo a prueba su paciencia.

—Querida, su negocio de importación y exportación ha ido sorprendentemente bien a lo largo de los años. Esa mujer tiene un don para encontrar el próximo gran éxito. ¿Ahorra un montón de dinero y ahora tiene problemas económicos? No. Esto huele mal.

—Sí, huele mal. —Posy asiente con la cabeza—. Hay que reconocerle a la abuela que tiene buen olfato para los negocios de importación y exportación. Es el resto de su vida lo que es un desastre.

Me enfado.

—No es así, Posy. Ella vive con autenticidad, a diferencia de otras personas.

Posy se queda sin aliento.

—¿Te refieres a mí?

—Si te das por aludida…

—Bueno, al menos yo…

—Vamos, vamos, no empecemos otra vez —dice mi madre, que ya ha hecho de árbitro demasiadas veces—. ¿Podemos centrarnos en el tema que nos ocupa, por favor? Tal vez tú creas que todo va de maravilla, Evie, pero, si la abuela tiene problemas económicos, tenemos que averiguar por qué.

—¿De verdad? Es una mujer adulta. ¿No puede solucionarlo ella sola? Quizá tenga el dinero invertido, quién sabe, pero no es asunto nuestro entrometernos si ella no quiere.

Mi madre se pellizca el puente de la nariz.

—Tiene mil años —dice Posy con voz aguda—. Se ha casado por novena vez, Evie. Novena. Su marido ha desaparecido y tiene

problemas económicos. ¡Despierta! ¿Estamos seguras de que ese tío sea real? Probablemente la abuela haya perdido todo el dinero en criptomonedas o alguna locura por el estilo.

—¿Por qué se lo iba a inventar? —Hay que reconocer que a mi familia le encantan las conspiraciones.

—Estoy con Posy —dice mi madre—. Hay algo que no cuadra. Voy a investigarlo.

Si mi madre empieza a husmear, los secretos de la abuela dejarán de estar a salvo. Mi madre es como un perro con un hueso cuando hay un misterio por resolver.

—Ojalá no lo hagas —digo, con exasperación en cada sílaba.

—Vigila a la abuela, Evie. Está tramando algo.

¿En qué planeta viven?

Capítulo 6

El día avanza y la abuela aún no ha dado señales de vida. Me tomo un momento para mirar por las ventanas arqueadas. A lo lejos se ve una hilera de casas blancas con techos azules, apiladas unas sobre otras hasta llegar al acantilado, todas compitiendo por tener una vista del mar azul profundo. Es una imagen idílica, como una postal. Tan hermosa que parece casi irreal. Vuelvo a la librería, que en comparación es una explosión de color.

Los bloques de color están de moda entre los ratones de biblioteca, pero realmente quedan muy bien con el mar azul como telón de fondo. Los tomos destacan, como si mostraran sus lomos con la esperanza de que los elija el próximo turista que entre a la librería con los pies llenos de arena.

Examino la colección. La abuela tiene de todo, desde novelas románticas hasta góticas, pasando por ciencia ficción y clásicos. Hay libros de viajes y memorias, y ha destacado a los autores griegos y las historias ambientadas en Grecia.

Mientras la afluencia de clientes es intermitente, echo un vistazo a las páginas web de empleo. Hay dos trabajos de *scout* literario en pequeños estudios independientes, que no están centrados en el romance, pero quizá pueda cambiar eso si consigo el puesto. Lo solicito por si acaso. Mi currículum está actualizado, así que el proceso de solicitud no me lleva mucho tiempo. Utilizo a Penelope, la asistente personal de Hollywood Films, como referencia y le envío un mensaje para avisarla de que quizá tenga que ponerse poética a la hora de elogiar mi personalidad alegre y brillante. No voy a dejar que me invada el pánico por la entrevista, pero, en serio, ¿por qué no podemos hacerla por correo electrónico, ya que se trata de un trabajo literario? Seguro que así se apreciaría mejor mi dominio del

inglés. Sin embargo, nadie suele optar por esta vía, y ¿no es imprudente, cuando gran parte de mi trabajo consiste en redactar correos electrónicos a escritores?

—¡Querida! ¿Cómo te ha ido? ¿Te ha gustado estar al mando? —La abuela entra contoneándose, con el sol tras de sí dándole un halo, como si fuera un ángel, cosa que no es. Dios, cómo la quiero.

—Para nada. —Le explico lo del anciano desaliñado con un grueso puro pegado a los labios, que exhalaba humo tóxico sobre los libros.

—Oh, ese es Zorba. Tiene una granja de cerdos. No te preocupes por él, cariño. Cuando se aburre, le gusta venir a la librería y mezclar los colores de los libros ahora que su hijo se encarga del día a día de la granja.

La abuela me lleva fuera, donde me sorprende ver a un grupo de perros desaliñados dormitando bajo el calor del día. ¿De verdad ha ido a ver a un hombre para comprar un perro o unos perros?

—¿Seis perros, abuela? ¿Por qué?

Con las manos en las caderas, me contesta:

—Me habló de ellos un amigo mío. Son perros callejeros, perdidos y maltratados, que nadie quiere. Este viejo amigo, Zeus —señala a un perro enorme de cara gris, que abre un ojo lloroso y lo vuelve a cerrar rápidamente—, lleva tres años en la perrera. ¡Tres años! No podía dejarlo allí. He ido a adoptarlo y, entre una cosa y otra, se han venido todos a casa conmigo. Ningún animal merece pasar hambre de amor, y aquí tendrán todo el que quieran.

Aunque la abuela puede ser una comerciante muy astuta en todos sus tratos, en el fondo es muy tierna.

Una bola de pelo marrón corre hacia mí y se apoya en mis piernas como si no pesara nada y casi me tira al suelo con su entusiasmo, a pesar de lo pequeño que es.

—¿Quién es este precioso perrito?

—Esa adorable bola de pelo es Sir Spud.

—Es una monada. ¿Cómo se llaman los demás? —Acaricio la cabeza de Sir Spud y me quedo con la mano sucia, pero no puedo resistirme a cogerlo en brazos para abrazarlo. Tiene una carita preciosa y está deseando que lo cojan.

—El pequeño travieso es Pee Wee. Y Lily es la tímida y asustadiza blanca. Houdini es el perro escurridizo que puede escapar de lo inescapable, y Pork Chop… —Señala a un perro atigrado que se tira un pedo tan fuerte que por un momento me embota los oídos.

—¿Eso ha sido…? —Mis palabras se apagan cuando un olor nauseabundo me priva de todos los demás sentidos. Tardo tanto en recuperar el sentido que parece que han pasado varios minutos, y empiezo a toser y escupir.

—Caramba —dice la abuela, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Ha sido como una bomba atómica. Ya me advirtieron de que Pork Chop es un poco travieso, que se mete en los cubos de la basura y se come todo tipo de cosas desagradables. Supongo que le está afectando al… tracto gastrointestinal.

—¿Supones? Vaya. Vale. Tenemos que cambiarle la dieta inmediatamente.

La abuela echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Los pondremos en forma, no te preocupes. Y necesitarán un buen baño, cariño. ¿Te importaría?

Voy a protestar, pero pienso en todas las formas en que la abuela podría hacerse daño bañando a seis perros sarnosos de distintos tamaños. Si se rompiera la cadera estando bajo mi cuidado, tendría un montón de problemas con mi madre, y Posy no dejaría de recordármelo.

—Estás exagerando.

—Lo sé. —Se ríe—. Pero primero tomemos esa copa y te contaré mis planes.

Me mandan a preparar cócteles de *ouzotini* —una jarra entera—, con la advertencia de no escatimar en *ouzo*, vodka ni licor de melocotón.

—Y no te olvides de removerlo con una ramita de canela y terminar con un chorrito de lima fresca. —Cuando vuelvo, la abuela está recostada en una tumbona, acariciando a Zeus, que la mira con adoración. La abuela coge la bebida que le ofrezco y chasquea los labios—. Le falta *ouzo*, pero ya casi lo tienes.

Doy un sorbo y me entra la tos.

—¡Hay suficiente *ouzo* aquí como para derribar un elefante!

Houdini se lanza debajo de mi silla. Cuando voy a acariciarlo sale por el otro lado y descubro que ha desaparecido. ¿Dónde se ha metido? Me agacho para asegurarme de que no me he equivocado, pero no hay ni rastro de él. O es muy rápido o puede desaparecer de verdad.

—Tonterías. ¿Esto va a ir en la lista de cócteles literarios? Si es así, ¿cómo lo llamamos?

—Mmm. —Lo pienso. La abuela ha estado «investigando», es decir, bebiendo todo tipo de brebajes para la carta de cócteles de Epeolatry, pero solo quiere los más deliciosos—. Llamemos a este Nora Roberts. Una autora que puede escribir cualquier género y triunfar, igual que este cóctel con sus diferentes sabores.

—Anótalo, cariño. Si no, se me va a olvidar.

Es imposible que se le olvide, tiene memoria de elefante, pero le sigo el juego y apunto una nota en mi teléfono. Es más probable que sea yo quien lo olvide, así que he estado recopilando notas de todos los planes que se le ocurren a la abuela para el local con la esperanza de poder ayudarla a sistematizarlos de algún modo o clasificarlos por si tengo que recoger y marcharme cuando me ofrezcan un nuevo y brillante trabajo de *scout* literaria. Será muy duro dejarla, por mucho que anhele convertir novelas románticas en películas.

—A ver, cuéntame ese plan que estás tan segura de que va a mantener a Yannis y Georgios alejados de ti. Mamá y Posy ya han llamado por teléfono y me han hecho un montón de preguntas.

—Déjame adivinar: a que creen que Konstantine no existe.

Parpadeo dos veces.

—Eh.

—Tan previsibles como siempre.

—¿Tan mal te van las cosas, abuela? ¿Los problemas económicos? Supongo que no solo debes el alquiler, ¿verdad?

—No me van muy bien, pero tampoco es la peor situación en la que me he encontrado nunca. Les debo dinero a algunos de los obreros que hicieron las reformas. Pero fue una genialidad cómo manejé a Yannis y todo el tema de la orden de alejamiento. Así no puede venir a verme y quejarse.

Mis cejas se arquean.

—¿Te dejaste arrestar a propósito?

Houdini aparece de nuevo, lamiéndome la parte posterior de la pierna, y vuelve a desaparecer, pero estoy demasiado sorprendida por la explicación de la abuela como para pensar en sus habilidades mágicas.

Sus ojos brillan con picardía.

—¡Sí! ¡Qué divertido! Sin embargo, no sabía que su nieto Georgios, que vive en los Estados Unidos, iba a venir a visitarlo, y eso ha complicado un poco las cosas. Por desgracia, hay una solución fácil para los de su clase. —Suelta una risa gutural que da a entender que está tramando algo.

No sé muy bien por qué, mi mente se desvía a todos los accidentes que pueden ocurrirle a una persona en Santorini. Esos acantilados son mortales.

La abuela continúa:

—Vas a conquistar a Georgios. Ese hombre empezará a comer de tu mano, Evie. Y eso me dará tiempo para solucionar el problema que tengo entre manos. —Aplaude con fuerza, como si se felicitara a sí misma por haber ideado un plan tan atrevido. Soy la primera cuando hay que celebrar las victorias, pero esto son desvaríos de una loca—. Me encantan los retos, y este es uno de los difíciles. ¡Mantienen viva el alma, querida!

¿No está bromeando?

—Espera, ¿cómo dices? ¿Estás sugiriendo que tu brillante idea para salvar este lugar es prostituirme? ¡Ni hablar! —No sé si el alcohol del *ouzotini* me había adormecido y me había dado una falsa sensación de seguridad, pero no lo vi venir. Y debería haberlo hecho. En mi familia nunca hay nada fácil.

—Por favor. ¡Prostituirte! ¿Por quién me tomas? Solo tienes que fingir que sales con ese hombre, cariño. Unos paseos por la playa. Una o dos cenas a la luz de las velas. Un poco de tiempo a solas bajo el magnífico cielo estrellado de Santorini. Es la única forma que se me ocurre de mantenerlos contentos hasta que solucione todos mis problemas. ¿O tienes una idea mejor?

—Bueno, podrías pedirle dinero prestado a mamá. Ahí tienes una idea.

Se le endurece la mirada.

—Por encima de mi cadáver. No me dejaría en paz. Si se entera de que tengo problemas económicos, empezará a husmear en mis asuntos… ¡¿A quién quiero engañar?! ¡Probablemente ya lo esté haciendo!

«¡Ay, Dios mío!».

—¿A Posy entonces? —Tiene más dinero que sentido común, pero ¿quién soy yo para juzgar a nadie?

La abuela se burla.

—¿Pedirle dinero prestado a mi preciosa nieta? No voy a rebajarme tanto.

La tímida y asustadiza Lily se escabulle entre los pies de la abuela antes de colocarse a la sombra de su silla, con la mirada temerosa mirando de un lado a otro, como si no estuviera muy segura en su nuevo hogar.

—En cambio, sí permites que tu otra preciosa nieta finja salir con un hombre porque eres demasiado orgullosa para pedirle un préstamo a la familia.

Se bebe el resto del cóctel y extiende el vaso para que le sirva otro.

—Sí, así es, Evie. Y sería todo una farsa, así que no soy la traficante de carne que tú crees que soy. Vamos, sería divertido, ¿no?

Estoy horrorizada. No tengo palabras. Veo tantos problemas en esa situación que ni siquiera sé por dónde empezar. Y lamento ser la nieta pobre que no tiene suficiente dinero para sacar de un apuro a su abuela alocada. ¿Qué probabilidades hay? Ahora me quedo con esta propuesta escandalosa.

—Sabes que es mi peor pesadilla. Además, él no es mi tipo.

—Deposito toda mi confianza en ti. Hazlo por tu querida abuelita, cariño. —Vuelve a salir a relucir su personaje de anciana indefensa.

Inclino la cabeza. Ella sabe que eso siempre me afecta, ¡por Dios! Aunque es evidente que se trata de una farsa, una estratagema, una treta, es difícil ignorarlo.

—No funcionará.

—¿Por qué?

Zeus salta y se lanza a mi regazo como si creyera que es un perro faldero en lugar de un perro de raza grande. Por un momento, nos tambaleamos hacia atrás en la silla antes de que consiga enderezarla. Apesta de lo lindo. Me juego lo que sea a que va a ser una batalla campal cuando me toque bañar a este perro descarado. Lo bajo suavemente al suelo y le acaricio el pelaje enmarañado.

—Porque él es la encarnación de un dios griego, y yo soy… yo.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Abuela. No soy el tipo de mujer coqueta, risueña, que se sacude el pelo y rebosa confianza con la que sospecho que Georgios está acostumbrado a salir.

—Por eso eres perfecta, Evie. No solo para esta misión, sino para el afortunado que te robe el corazón. No encajas, sino que destacas porque no finges ser otra persona. Eres un hermoso duendecillo y bibliófilo que solo deja entrar en su mundo a personas especiales.

Mi abuela siempre ha sido así conmigo. Me ha apoyado y me ha colmado de elogios por no cambiar mi verdadera personalidad cuando todos los demás siempre intentan hacerlo. Me ha dicho que mi falta de habilidades sociales no es una carencia, sino un superpoder. A lo largo de los años, eso me ha dado la confianza necesaria para ser fiel a mí misma y mantenerme firme cuando es necesario. O para mentir si la situación lo requiere, de manera que puedo evitar relacionarme de una manera más aceptable y educada socialmente. Sin embargo, la abuela quiere que tenga citas de mentira con un chico, así que no puedo dejar que gane tan fácilmente.

—Estás intentando ablandarme para que acepte tu ridícula misión.

La bola de pelo Sir Spud ladra como si estuviera de acuerdo conmigo.

La abuela me clava su mirada azul intensa. Hay tanta vitalidad en ella que el tiempo nunca la apaga. La quiero con cada fibra de mi ser, aunque sea indomable y rebelde.

—¿Funcionará adularte? Porque, si es así, déjame contarte todas las razones por las que te quiero. Y, si eso no funciona, ¿puedo recordarte cuántas veces mentí a tu madre por ti cuando sabía que tú tenías la culpa? ¿A quién no le gusta un poco de chantaje?, ¿eh? Veamos, aquella vez que faltaste una semana al colegio porque eras sospechosa de haber vaciado la piscina olímpica. —Me lanza una mirada intimidatoria digna de mi madre—. Fuiste tú, ¿verdad?

Me muerdo el labio. ¿Tiene sentido mentir ahora? Zeus me mira con recelo, con una mirada casi humana, como si esperara que yo también confesara. Pronto todos los perros me miran de la misma manera, como si estuvieran esperando que diga la verdad. ¡No puedo mentir bajo este escrutinio!

—Está bien. Sí, fui yo. Una cosa es llevar traje de baño en la playa y otra muy distinta en el colegio, rodeada de chicos con las hormonas revolucionadas haciendo comentarios obscenos. Como las cámaras de seguridad estaban apagadas aquella noche, no había pruebas suficientes para que encontrasen al culpable.

—Qué suerte. Aun así, ¿sospecharon de ti?

—Por suerte, no. Desactivé las cámaras de seguridad de la piscina. Pero no me paré a pensar en las cámaras del aparcamiento. La directora redujo la lista de sospechosos a cinco, pero no pudo demostrar con certeza quién fue.

Pee Wee viene corriendo con un mordedor en la boca, que rápidamente deja caer en mi regazo, como si ahora que he dicho la verdad pudiéramos ser amigos.

—Por los pelos.

—Al año siguiente fui más cuidadosa.

—¿La pierna rota?

—Sí, falsa.

La abuela se ríe.

—Qué maravilla. ¿Y tu madre nunca sospechó nada?

—No, le pagué a Posy para que mintiera y dijera que había visto cómo me caía de la bici y para que fingiera haber ido al hospital. Yo misma me había hecho un yeso unas semanas antes, que podía ponerme y quitarme cuando quisiera. —Y vaya si me lo hizo pagar Posy, pues insistió en que le diera el doble de lo que le había

ofrecido, pero pensé que merecía la pena. Además, se había visto obligada a guardar mi secreto porque había participado en el engaño.

—Genial.

—Deberían prohibir la natación en el colegio.

—Bueno, querida, tal y como yo lo veo, eres muy adecuada para este tipo de travesuras. Llevas toda la vida haciendo esta clase de estafas.

—Solo para evitar situaciones en las que me siento incómoda. Ya sabes, como tener citas falsas con alguien, por ejemplo. —En realidad, ¿qué otra opción tenemos si no quiere pedirle dinero a nadie?

Con la mano en el pecho, se recuesta en la tumbona.

—¿Por qué…? De repente no me encuentro bien. Puede que sea el corazón.

Entrecierro los ojos, ya que he visto esa actuación demasiadas veces en el pasado.

—Eso puede funcionar con mamá, pero conmigo no…

—¿Qué?

—Lo de la anciana frágil. Voy a aceptar tu misión, en contra de mi voluntad, pero solo si me prometes que no le contarás a mamá nada de mis antecedentes. Cuanto menos sepa, mejor. —Si mi madre se enterase de la mitad de las travesuras que he hecho, me obligaría a hacer algún tipo de trabajo comunitario agotador, para que aprenda la lección o algo así. No quiero ni pensarlo.

—Mis labios están sellados, cariño. Como si fuera a revelar tus secretos, por muy jugosos que sean.

—Todo fue en nombre de la supervivencia, abuela.

—Sí, cariño, pero tienes que aprender a ser siempre impredecible y a borrar tus huellas. Siempre, repito, siempre ten una coartada.

Arqueo una ceja.

—¿Hablas por experiencia?

Me mira fijamente.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Toda esta charla sobre coartadas me recuerda al quinto marido de la abuela, Jimmy, de Australia, al que atacó de forma horrible un

drop bear.[2] La abuela estaba a kilómetros de distancia, participando en la regata Sídney-Hobart, así que no pudo estar involucrada. Y lo de que pudiera haber orquestado el ataque mortal del *drop bear* contra el tipo queda descartado, pues son animales salvajes. Por alguna razón, para el detective australiano la abuela era la principal sospechosa; sin embargo, su coartada era sólida como una roca. Otro caso de hombre poderoso que intenta intimidar a una mujer indefensa.

—Bueno, cariño. ¿Cómo vas a conseguir tu primera cita con el guapo Georgios? Quién sabe, quizá te enamores de él y acabes quedándote conmigo en la isla.

—Uf, no lo creo. Hollyweird me llama, ¿recuerdas? Estoy decidida a encontrar otro trabajo de *scout* literaria, utilizando todos los contactos que no tengo.

—Conozco a gente del mundo del cine. Podría hacer unas llamadas fácilmente una vez que hayas completado tu misión en Santorini.

Niego con la cabeza.

—Gracias, abuela, pero prefiero hacerlo por mis propios méritos.

—Claro, lo respeto.

—¿Dónde voy a encontrar a Georgios? Y ¿cómo voy a intentar ligar con él? —Solo de pensarlo me dan ganas de acurrucarme en posición fetal. Pero debo hacerlo por mi querida abuela, que, a pesar de adorarme, no dudaría en chantajearme si fuera necesario. Hay secretos de mi pasado que es mejor que permanezcan enterrados.

La abuela me tiende la copa para que se la llene. Vaya, sí que tiene aguante con el alcohol.

—Georgios siempre está en la playa de Kamari; de ahí ese bronceado espectacular en ese cuerpo espectacular. En cuanto a ligar con él, tú lees novelas románticas todos los días. Solo tienes que seguir el guion.

¿Un encuentro fortuito?…

—Ay. ¿Está escuchando todo esto, Sir Spud? —le digo inclinándome hacia él, que yace bocarriba, con la lengua colgando a un lado y rascándose la espalda en la hierba—. ¿En qué me he metido?

[2] *Drop bear:* Animal mítico del folclore australiano contemporáneo que es una versión depredadora y carnívora del koala. Se cuentan historias del mismo para asustar y tomar el pelo a turistas en localidades rurales. Los *drop bears* serían mucho más grandes que los koalas y carnívoros, y atacarían a personas desprevenidas.

Capítulo 7

Un par de días más tarde, me pongo una especie de traje de protección, gafas y unos guantes. Mi primer intento de bañar a los perros no salió bien. Esta vez estoy preparada para luchar contra la banda de los seis. Puede que crean que tienen ventaja, pero no es así. Hoy no. No cuando tengo a mi lado los consejos muy útiles de TikTok sobre cómo lidiar con perros. A pesar de tener un aspecto completamente ridículo, me envuelvo la frente con film transparente y la cubro con mantequilla de cacahuete.

Fuera, los perros ladran sin reconocerme con mi disfraz impermeable.

—¡Soy yo! —exclamo sosteniendo unas golosinas para perros en mi mano enguantada.

Todos, excepto Lily, se acercan a mí. Sus estómagos los gobiernan. «¡Os tengo!».

—¿Quién es el primero? Te toca, Pee Wee.

Me miran con cara de desconcierto, lo que por experiencia sé que significa que saben exactamente lo que está pasando.

La pandilla de los seis es tan astuta como la abuela, y parece lógico que ella haya rescatado a este grupo heterogéneo tan inteligente como ella. Pero hoy no. ¡Voy a ganar esta batalla!

Cojo a Pee Wee, que ladra y enseña los dientes.

—Sé bueno, Pee Wee.

Lo meto con cuidado en la bañera exterior, llena de agua tibia y espumosa.

Agacho la cabeza para que pueda lamer la mantequilla de cacahuete mientras lo enjabono, pero, en lugar de eso, levanta la nariz como si fuera algo indigno de él. Vaya. Los expertos de TikTok

afirmaban que era una forma infalible de distraer a los perros cuando los bañas.

Aun así, es tan pequeño que es fácil frotarlo, aunque se retuerce dramáticamente como si yo estuviera intentando ahogarlo. Lo saco con cuidado y lo seco con una toalla. Enseguida se escapa, se sacude el pelaje y corre a revolcarse en la tierra volcánica que encuentra más cerca.

—Pequeño…

No importa. Vuelvo a llenar la bañera con agua limpia y baño a los otros. La mantequilla de cacahuete funciona de maravilla. Solo me queda Houdini, que se cree el líder. Miro fijamente a mi enemigo con ojos penetrantes que dicen: «No te metas conmigo. Hoy no, Satanás». Houdini me sostiene la mirada, sin retroceder, mientras yo unto más mantequilla de cacahuete en el plástico que tengo en la frente. Estoy sudando. No sé si es por estar cubierta de plástico o por el esfuerzo físico de esta misión.

—¡Vamos, pequeño! ¿Quieres otra golosina?

Se acerca lentamente hacia mí, con una mirada dura que sugiere que no va a ponérmelo fácil.

Me arrodillo y me inclino para que pueda oler la mantequilla de cacahuete. Cuando voy a cogerlo, de alguna manera consigue soltar el envoltorio de plástico y se escapa con él, dejando un rastro de mantequilla de cacahuete pegajosa en mi frente. ¿Cómo? ¡Ese perro tiene habilidades sobrehumanas! Lo persigo por todas partes, gritándole que se detenga.

—¡Houdini! Apestas más que un cubo de basura. ¡Ven aquí ahora mismo!

Pronto se unen los otros perros, saltando delante de él cuando me acerco. Su defensa es perfecta y no puedo culparlos por ello, pero lo hago porque esto está tardando mucho más de lo normal. Cambio de táctica y finjo alejarme. Siento que se está acercando sigilosamente, porque eso es lo que suele hacer. Justo cuando estoy a punto de girarme y agarrarlo, oigo el chirrido de la puerta al abrirse. Bien, la abuela podrá ayudarme a meterlo en la bañera.

—Abuela…

Dios mío, no. ¿Por qué, universo? ¿Por qué me faltas tanto al respeto? Justo cuando parezco un astronauta con la frente untada de mantequilla de cacahuete, aparece él. Es casi como si el destino quisiera que yo pareciera una desquiciada. Mi única opción es seguirle el juego.

—Georgios, bienvenido. —Se supone que debo seducir a este hombre, así que de alguna manera tengo que hacer que esto parezca… ¿sexi? ¿Es eso siquiera posible? Me pongo una mano en la cadera y la sacudo. Eso debería bastar—. No te preocupes, solo estoy bañando a los perros. —Le dedico una sonrisa dulce que da a entender que todo va bien y que soy una mujer con muchos talentos.

—¿Con un traje espacial y gafas protectoras?

—Los caninos están cubiertos de un olor que sobrevivirá a la civilización humana. Este atuendo es necesario, créeme.

—Claro.

No parece seducido. Claramente nada seducido, a juzgar por su ceño fruncido. Hago un puchero, hinchando los labios. ¿Qué demonios hacen las heroínas que yo pueda imitar? Pestañear no va a funcionar con las gafas puestas.

—¿Qué tienes en la frente? —Su boca se tuerce como si hubiera probado algo agrio.

Mmm, tengo que practicar más el movimiento de cadera, pero ¿qué más puedo hacer?

—Mantequilla de cacahuete.

Se ríe, pero es más un sonido ahogado que de pura alegría. Su mirada se mueve deprisa, como si buscara una vía de escape.

—¿Por qué?

—Tengo un problemilla para convencer a Houdini de que se bañe. Es muy ágil. TikTok me sugirió esto como método de distracción. Funcionó con los otros perros. —¡¿Cómo se atreve a pedirme explicaciones!? Como si dudara de mi método. Mi método infalible.

—Ya veo. —Se frota la barbilla y le tiemblan los labios, ya sea porque se está conteniendo la risa o por miedo. Es difícil de decir. Muchas veces me cuesta diferenciarlo—. ¿No podrías haber untado mantequilla de cacahuete en el borde de la bañera?

Maldita sea. «Gracias por nada, TikTok».

—¿Siempre vienes a pasearte con soluciones *a posteriori*? —Me enfado. A nadie le gustan los sabelotodos.

Él sonríe como si hubiera dicho algo gracioso. ¿Es que no entiende que acabo de herirlo profundamente?

—¿Yo me paseo?

—¿Con eso es con lo que te quedas de esa frase? —¡Menudo ego! Era de esperar, aun así…

Extiende las manos en señal de disculpa, como si esperara que le perdonara por ser tan egocéntrico. ¿Cómo se supone que voy a cortejarle cuando está claramente inmerso en la mayor historia de amor de su vida? ¡Consigo mismo!

—Lo siento. Pensaba que yo no me paseaba, sino que más bien trotaba.

¿Es eso una forma de falsa humildad?

—¿Qué, como un caballo?

En ese momento, una risa auténtica brota de sus labios. Incluso su risa es atractiva, lo cual es irritante.

—¿No sería más bien un galope?

Pongo los ojos en blanco y espero que pueda ver el gesto, aunque parece que mis gafas están empañadas.

—¿Siempre llevas tanto la contraria?

Aprieta los labios como si estuviera conteniendo otra réplica innecesaria que solo prolongaría esta tediosa conversación. ¿Cómo se supone que voy a fingir una cita con este hombre? Nos pasaríamos todo el rato discutiendo sobre semántica. Supongo que es una forma de pasar el tiempo.

—Lo siento —repite.

—Y con razón.

—Vale, volveré más tarde, cuando estés… un poco más presentable.

Se despide con la mano y sale por la puerta antes de que me dé tiempo a preguntarle a qué ha venido. Y, mentalmente, me doy una palmada en la frente. ¿No se suponía que tenía que invitarlo a salir? ¿Y sembrar las semillas de un romance falso? Bueno, no es exactamente culpa mía que haya marchado.

Exhalo y cuando me giro me encuentro con que Houdini se lo está pasando en grande metido en la bañera, chapoteando y retozando como si no hubiera pasado la última hora evitando entrar. Estoy segura de que me guiña un ojo. ¿Pueden los perros guiñar un ojo?

Tras ducharme y cambiarme de ropa con unas prendas que no sean de plástico, llamo a Penelope.

—¡Hola, Evie! ¿Qué tal la soleada Santorini?

—Calurosa.

—¡Qué suerte tienes!

—Ah, ¿sí? Pen, te llamo rápido porque no has respondido a mis mensajes ni a mis correos…

—¡Ya sabes que soy más de hablar por teléfono! —exclama.

Hay dos tipos de personas en este mundo. Las que prefieren hablar por teléfono y las que prefieren escribir correos electrónicos. Nunca entenderé por qué alguien prefiere charlar en lugar de escribir. Me supera, pero, bueno, así son las cosas.

—Bien. ¿Alguien se ha puesto en contacto contigo por mis referencias?

Le grita a otra persona que está en segundo plano.

—Lo siento, esto es un caos. Hank ha contratado a un montón de gente nueva y digamos que todos necesitan que haga de niñera suya.

—¿Ha contratado a gente? ¿No estaba recortando gastos? ¿No se iba a centrar solo en películas de superhéroes? —La traición me golpea en el plexo solar como un puñetazo.

En voz baja, me responde:

—Sí, también lo hizo. Y luego los sustituyó por estos peces gordos que robó de estudios de la competencia. No creo que dure. El nivel de testosterona que hay aquí es tan alto que podría cortarse con un cuchillo. ¡Ya ha habido una pelea por las plazas de aparcamiento que acabó a puñetazos! La verdad es que estoy deseando marcharme.

—¿Adónde irás? —Penelope lleva décadas en Hollywood Films. Si se va, perderán parte del pegamento que mantiene unido ese sitio.

—Adonde sea. Pronto empezaré a sondear el terreno. Y, en cuanto a tus referencias, llamaron de Lighthouse Studios y les di una opinión muy favorable. Dijeron que se pondrían en contacto contigo pronto.

—¿En serio? Gracias, Pen.

—De nada.

—¡Phoebe! —se oye una voz atronadora de fondo.

—Ese idiota todavía no se ha aprendido mi nombre o lo dice mal a propósito. Tengo que colgar, Evie. Pero mantente en contacto.

—Lo haré. Buena suerte, Pen. Espero que todo salga bien.

Enciendo el portátil para comprobar mi solicitud para Lighthouse Studios y descubro que el puesto ya se ha cubierto. Por poco. No me lo tomo como algo personal, aunque decido ampliar mis parámetros de búsqueda. Por un momento, reflexiono sobre a quién de mi pequeño círculo de contactos podría recurrir sin que me entrara un ataque de nervios. Phil, el productor ejecutivo que trabaja en las dos comedias románticas que he firmado, quizá sepa de algún puesto. Para ser productor ejecutivo, parecía bastante amable. Un hombre atento a los detalles, cosa que admiro, en lugar de un fanfarrón como Hank. Aunque Phil no tiene ningún estudio, lleva mucho tiempo en el sector y podría orientarme en la dirección correcta.

Redacto un correo electrónico y lo envío. Espero que él tampoco sea de los que prefieren hablar por teléfono. Mientras tanto, vuelvo a consultar las páginas web de empleo, buscando ese unicornio que sé que existe si lo persigo con suficiente empeño.

Capítulo 8

Lo que la abuela no mencionó es que solo se puede ir a la playa utilizando algún medio de transporte, ya que las playas donde se puede nadar están al otro lado de la isla. Ni loca me atrevo a conducir por las carreteras de Santorini, así que me sugirió que probara con su bicicleta.

Unos días más tarde, después de muchas visitas a la playa, por fin veo a Georgios tomando el sol en la orilla. No soy muy aficionada al *fitness* y estos paseos diarios para «toparme» con él han sido un poco aburridos, ya que no aparecía por ningún lado. Esta mañana, está tumbado bocarriba con los ojos cerrados y un libro abierto en la mano, como si se hubiera quedado dormido leyendo.

Lleva un bañador diminuto que no deja nada a la imaginación. Me tomo un momento para recuperar el aliento… ¡Guau! Todos sus músculos reflejan la luz del sol. Su definición tan precisa sugiere que este hombre pasa mucho tiempo haciendo ejercicio. ¿Es uno de esos hombres que se miran en el espejo del gimnasio mientras levantan pesas? Nunca podría enamorarme de un hombre así, pero luego me alegro al recordar que no tengo por qué hacerlo. Solo estoy ganando tiempo para la abuela y esto es una artimaña de las buenas. Aun así, es angustiante.

¿Y si el musculoso de Georgios me rechaza al verme? La única musculatura que tengo definida es la de levantar libros de tapa dura. ¿Para qué se está preparando, para el apocalipsis? Y no es que yo adore el sol, sino que más bien intento esconderme de él. Al fin y al cabo, no es guay cocerse para estar más guapo, por muy atractivo que sea un bronceado, pero supongo que Georgios no se ha enterado. Mientras observo a los demás bañistas, veo que la mayoría de las mujeres llevan biquinis minúsculos y tienen cuerpos

esculturales. Unas cuantas chicas en forma retozan cerca de Georgios para intentar llamar su atención. ¡Qué descaradas!

La ansiedad me carcome cuando me acerco un poco más a él. La idea de que la abuela acabe en la cárcel por no pagar las facturas es lo único que me impide dar media vuelta y salir corriendo y gritando. Eso y el hecho de que todavía me duelen los cuádriceps por el viaje hasta aquí; además, correr me parece un esfuerzo demasiado grande.

Me detengo de nuevo y me comparo con las bellezas bronceadas que me rodean. Parece que no lleven braguitas en los biquinis, porque tienen el trasero al aire. ¿Es esta la nueva moda? Personalmente, creo que voy demasiado ligera de ropa para mi gusto. Llevo un *short* de corte *boy,* una camiseta de neopreno de manga larga y un gran pareo por encima. Mis piernas no han visto el sol en años y están tan blancas que son casi transparentes. ¿Qué puedo decir? No es que me haya sumergido en el ambiente playero de Los Ángeles, sino que lo he evitado de forma activa, y esperaba poder hacer lo mismo aquí.

Dejando a un lado las elecciones de vestuario, lo más urgente es cómo propiciar este falso romance para que él diga que sí y ayudar a la abuela a salir de un apuro…

En la ficción siempre hay arquetipos. La cazadora, la sirena, la doncella, la coqueta, etc. ¿Cuál de ellos funcionaría mejor? Y lo que es más importante: ¿cuál podría interpretar yo?

La sirena, un personaje al estilo Marilyn, sin duda llamaría su atención. Repaso mentalmente todas las películas de Marilyn que he visto. Siempre respira de forma entrecortada, mira a través de sus pestañas y sonríe tímidamente. No puede ser muy difícil.

Un labial rojo habría sido ideal, pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Al acercarme, mi sombra se proyecta sobre su rostro, robándole la luz del sol a su cuerpo musculoso y tonificado. Abre los ojos y frunce el ceño.

—Eh, hola —digo sin aliento—. ¿Vienes aquí a menudo? —Pestañeo. Ojalá me hubiera puesto al menos un poco de máscara de pestañas.

Se endereza de golpe.

—¿Necesitas ayuda? ¿Tienes asma?

¿Asma?

—¿Cómo?

—Por tu forma de hablar: parece como si no pudieses respirar. ¿Estás bien? ¿Has venido corriendo?

¿Que si he venido corriendo? ¡Qué cosas se le ocurren! La preocupación se refleja en su rostro. ¿Es que este idiota no sabe lo que es jadear? Esbozo una sonrisa coqueta y vuelvo a pestañear.

—Qué día tan bonito.

Se le arruga el rostro de la preocupación.

—¿Llamo a Floretta?

¡Por el amor de Dios! Dejo de fingir. Está claro que mi falta de preparación está obstaculizando este arquetipo. No sé qué hacer ahora. No soy precisamente una experta en el arte de la seducción; al menos, no en la vida real. ¿Por qué no me he puesto un poco de maquillaje? Seguro que eso habría ayudado a que le recordara a Marilyn. Lo achacaré a otro error de novata. Nunca se termina de aprender en la vida.

—Evie —dice—. ¿Debería llamarla? Podrías estar sufriendo una insolación, deshidratación…

—No hace falta. —Este tío me saca un poco de quicio y, por la preocupación que se refleja en su rostro, deduzco que se ha dado cuenta de ello—. ¿Te importa si me siento un momento?

—Por supuesto. Pero… ¿no eres mi enemiga acérrima?

Me enfado, pero consigo disimularlo.

—Te he perdonado por quitarme el regalo de los *loukoumades,* si eso es a lo que te refieres.

¿Quién hace eso? ¿Qué clase de familia es esta que primero le pide dinero para el alquiler a una anciana y luego retira el ofrecimiento de un postre? Por no hablar de todo el alboroto que montó por lo del baño del perro.

Esa sonrisa suya vuelve a hacer acto de presencia.

—Lo siento, fue grosero por mi parte. Es solo que toda esta situación me resulta muy frustrante. Por primera vez en mucho tiempo, me tomo un año sabático en el trabajo y vuelvo para visitar

a la familia, y entonces me veo envuelto en este melodrama. Nunca he conocido a dos personas tan testarudas como mi abuelo y Floretta. Es una locura.

En eso sí tiene razón. A mí también me han arrebatado mis vacaciones en la librería por esta misión ridícula. Quizá esta sea una forma de conectar con él.

Podemos crear un vínculo a partir del trauma.

—Yo siento lo mismo. Mi autoritaria familia me ha enviado aquí para asegurarme de que la abuela está bien. Siempre la miman y la subestiman, y no ven la mujer formidable que es en realidad. Aunque supongo que sus preocupaciones tienen sentido en este caso, ya que no ha pagado el alquiler y todo eso.

Y les debe dinero a los comerciantes del pueblo, pero eso me lo guardo para mí. Supongo que la abuela no querría que actuara a sus espaldas y se me escapara.

—¿De qué te estás tomando un año sabático? —le pregunto.

Coge el libro, una novela romántica de mafia de Lucy Strike. Una elección interesante. Es una mezcla de géneros, ya que tiene un poco de todo: drama, *thriller,* romance y una trama asesina. «Asesina» en el sentido de que normalmente muere todo el mundo, incluso el asesino.

—Trabajo en el mundo editorial. En edición. O, mejor dicho, trabajaba. Hubo un escándalo con uno de nuestros autores. Di mi opinión sobre por qué tenía que irse, y dejé de tener un empleo remunerado. ¿Y tú?

—Soy *scout* literaria. Me despidieron hace poco porque, según dicen, las películas de superhéroes son más importantes que las comedias románticas.

Nos evaluamos mutuamente. La abuela nunca me dijo que él trabajaba en el sector editorial. Y él también está sin trabajo por una disputa que no parece haber provocado. Me muero por saber de qué iba aquel escándalo con el autor, pero no soy de las que se entrometen. No cuando puedo usar Google y ahorrarme tener que preguntar directamente.

Me estremezco… de algo. Quizá esta farsa de citas falsas sea un poco más divertida de lo que esperaba. Cualquiera que disfrute de

las palabras es buena persona. Me pierdo en una ensoñación mirándolo. Mirando la nueva y mejorada idea que tengo de él, claro. ¿Quizá pueda pasar por alto su evidente atractivo?

—Floretta es todo un personaje —dice—. Lleva poco tiempo en Santorini y ya está en boca de todo el mundo.

—Así es mi abuela: el alma de la fiesta. Espero que Yannis le conceda tiempo para que se recupere económicamente. Quizá hasta se hagan amigos. Nunca se sabe.

Georgios me lanza una mirada que dice que no cree que haya amistad posible entre ellos, pero no conoce muy bien a la abuela. Ella sabe sacar su encanto cuando hace falta. Se produce un silencio incómodo. Ojalá pudiera recurrir a mi ingenio; sin embargo, tampoco poseo esa habilidad social. Se me forma un nudo en el estómago. Tengo que pedirle una cita, pero ¿cómo se hace algo así? ¿Lo suelto sin más o espero a que surja la oportunidad?

—¿Te gustaría cenar el viernes por la noche? Podríamos empezar con unos cócteles al atardecer en el bar de la playa —dice él—. Me encantaría saber más sobre tu trabajo de *scout* literaria.

Me quedo sin palabras. Un hombre de carne y hueso acaba de invitarme a cenar y a tomar unos cócteles. No se puede decir que yo sea ninguna experta en hombres de carne y hueso. Mis relaciones anteriores han tendido a ser efímeras, principalmente porque ellos hablaban demasiado y con demasiada frecuencia, o tenían algún defecto enorme que no podía pasar por alto, como decir que las novelas románticas son estereotipos y predecibles, con lo que daban a entender que no tienen ningún valor literario o alguna otra tontería por el estilo. Nadie necesita vivir con ese tipo de negatividad y estrechez de miras.

Pero esta quedará para la posteridad. ¡Él ha sido el que me ha invitado a salir, y no yo a él!… Toda la tensión que estaba acumulando se desvanece.

He tardado demasiado en responder y me cuesta poner el cerebro en marcha.

—Podría comer algo. —No puedo observarlo con demasiada fijeza para estudiarlo porque es como mirar directamente al sol. Esta intensidad es agotadora.

Se ríe mientras se levanta y sacude la arena de la toalla, y yo me esfuerzo por mantener los ojos en su cara y no en sus partes íntimas, apenas cubiertas.

—Vale, genial. ¿Nos vemos en el bar de la playa el viernes por la noche al atardecer?

—En realidad… —Tengo un rápido debate interno antes de decidir confiar en mi instinto—. ¿Por qué no quedamos en la librería y te enseño cómo ha quedado el nuevo bar tras la reforma? Es muy especial. —El atractivo literario de Epeolatry podría ser justo lo que le convenza para que le diga a su abuelo que recule.

Él ladea la cabeza.

—Suena intrigante. Allí estaré. Hasta entonces, Evie. —Hace ese gesto tan *cool* de levantar la barbilla y se aleja con aire despreocupado.

Yo no esperaba menos. Los hombres con cuerpos como el suyo suelen pasearse con aire despreocupado. Debe de saber que no es de los que caminan a zancadas, ni mucho menos. Me recuerdo a mí misma que debo estar alerta. Todo podría ser una gran trampa para obtener información o algo parecido. No soy una conspiradora como Posy, pero es mejor ser cautelosa.

No puedo ocultar mi sonrisa mientras lo veo alejarse, con la toalla colgada al hombro y el libro en la mano. Yo, Evie, con lo torpe que soy socialmente, he conseguido una invitación para cenar con un hombre griego muy atractivo y también he logrado mantener una conversación más o menos satisfactoria, a pesar de que lleva solo un pequeño trozo de tela cubriéndole las partes bajas. Un hombre que además es mi archienemigo porque mi abuela está en guerra con su familia y la sangre tira y todo eso.

Por mi larga y distinguida experiencia con las novelas románticas, tengo claro que el tropo de la cita falsa siempre lleva a que la inesperada pareja se enamore locamente; sin embargo, esto es la vida real y no me voy a dejar engañar por su encanto. Eso solo ocurre en la ficción. Aun así, no sé por qué el corazón me late tan rápido. Probablemente sea por la emoción del engaño. Por eso y por el hecho de que el sustento de mi abuela depende de todo este circo.

Las piernas me tiemblan un poco mientras regreso a casa. Hacía por lo menos un año que no veía a un hombre con tan poca ropa. Vale, dos. Está bien. Tres. Pero eso es solo porque me he centrado en el trabajo. Corro hacia mi bicicleta tan rápido como me lo permite mi cuerpo sin aliento. ¿Por qué es tan difícil caminar por la arena? Tengo por delante un largo camino de vuelta a la villa cuando las piernas ya me fallan. Pero la emoción del momento es suficiente para impulsarme.

Llego a la villa empapada en sudor por el largo trayecto cuesta arriba y cuesta abajo. Veo a la abuela y le cuento mi encuentro no tan casual con Georgios, y ella me recompensa con un largo suspiro y una sonrisa radiante.

—Eso me quita un peso de encima, cariño. Si consigues mantenerlos contentos, podré poner en marcha el negocio y conseguir que sea rentable. Quizá podamos traer a Konstantine a casa. —Por un instante, sus ojos se llenan de tristeza. La abuela debe de echar mucho de menos a su nueva pareja.

Nuestra charla se ve interrumpida cuando Pork Chop llega saltando con un enorme hueso en la boca. Uno muy carnoso que, a mi ojo inexperto, parece bastante humano. ¿Podría ser… de Yannis, el casero, que ha tenido un final espantoso tras una pelea con la banda de los seis, que protegían a su reina?

—¡Pork Chop! —grita la abuela—. ¡Eso era la cena, pequeño granuja!

La bilis me sube por la garganta. ¿La cena? Seguro que no…

La abuela se lanza a forcejear con Pork Chop y acaba levantándose llena de polvo, pero triunfante, con el hueso en alto como la antorcha de la estatua de la Libertad. Me quedo paralizada cuando me lanza una mirada.

—¿Qué pasa, cariño? Estás muy pálida

Señalo con un dedo tembloroso el hueso.

—¿De dónde… ha salido eso?

—¿Esto? —Levanta el hueso carnoso—. De la granja de cerdos de Zorba. —Me mira con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué? ¿De qué creías que era?

No sé qué responder.

—¿Creías que era humano?

Trago saliva.

Antes de que pueda responder, se dobla de risa, con la pata de especie indeterminada colgando a su lado, riendo tan fuerte que me preocupa que pueda dejar de respirar. Pork Chop aprovecha ese momento para volver a roerla, mostrando los dientes. Es una imagen alarmante. Por alguna razón, me siento como si estuviera en medio de la recreación de un crimen real.

Después de una eternidad, la abuela se recompone y saca lo que queda del hueso de pata o extremidad de los diminutos dientes afilados de Pork Chop.

—Ay, me estás matando, Evie. Si quisiera esconder un cadáver, ¡desde luego no me lo comería! Tardaría una eternidad y, la verdad, no es muy apetecible. Dieciséis cerdos pueden comerse a un hombre muerto en ocho minutos. O eso he oído. Sería una forma mucho más eficaz de deshacerse de una plaga.

—Eh…, sí. —A partir de ahora, todos los productos derivados del cerdo quedan excluidos del menú.

Y tampoco habrá ninguna visita inocente a dicha granja de cerdos. Quién sabe lo que ocurre allí de verdad. Está claro que un hombre que se divierte desordenando libros tiene que ser un alma atormentada.

—Bueno —dice la abuela, y tira el hueso al fregadero antes de lavarse las manos—. ¿Estarás aquí para cenar esta noche?

La miro fijamente.

—¿Dónde si no? ¿En una discoteca?

La abuela hace un *twerking,* o al menos eso es lo que imagino que se supone que es ese movimiento.

—En una discoteca con ese sexi Georgios. ¿Qué más se puede pedir?

—El ruido, la oscuridad, la gente. Mujeres de más de ochenta años bailando como si fueran Beyoncé…; ya sabes, lo de siempre.

—¿Yo? Yo lo muevo bien.

—Por favor, no.

—Vale, estoy un poco agotada. Últimamente me cuesta mucho bajar, y luego volver a subir requiere mucha fuerza muscular. —El

sudor le perla la frente. Algún día se va a lesionar la espalda, y la policía de la diversión se enfadará cuando les cuente que fue un simple accidente al menear el trasero—. ¿No tienes planes esta noche?

Se nota la decepción en su rostro, como si la estuviera defraudando por ser la nieta perfecta y obediente. La abuela se mueve más rápido que yo. Si fuera ella la pobre corderita que finge salir con Georgios, ya se habrían ido a vivir juntos.

—Tengo una cita con mi novio literario, y no nos vamos a poder comer… eso.

—No pasa nada. Ve a relajarte un rato. Más tarde prepararé una bandeja de aperitivos: aceitunas, *dips* y cosas así. Podemos sentarnos bajo la pérgola y disfrutar de la brisa marina.

Las verduras me apetecen mucho siempre.

—Perfecto.

Mi teléfono suena con un mensaje.

—Vete, cariño. Todos sabemos quién será.

Me burlo:

—Podría ser cualquiera, que lo sepas. Podría ser una oferta de trabajo. Un admirador secreto. Un exnovio.

—Podría ser. Sin embargo, las dos sabemos que es mi entrometida hija, que seguramente tenga cosas más importantes de las que preocuparse que yo. —La abuela vuelve a coger la carnosa extremidad y la clava en el aire para enfatizar su argumento—. Recuerda nuestro pequeño trato, cariño. —Sonríe y se aleja, con Pork Chop saltando a su lado tratando de recuperar su premio.

Me apoyo en la encimera de la cocina para mirar mi mensaje y piso un pequeño charco. ¿Ha vuelto a volcar uno de los perros el cuenco de agua? Busco servilletas y lo limpio antes de volver a mi teléfono.

«Cariño, estás muy callada. ¿Cómo va todo por ahí? Mamá xoxo».

Humm, esperaba más preguntas. ¿Quizá está aprendiendo a no meterse en lo que no le incumbe?

«Nada nuevo. La abuela parece feliz y relajada, y está disfrutando del ritmo tranquilo de la vida en la isla. Te llamaré pronto. Te quiero. Evie. xoxo».

A la mañana siguiente, un hombre entra corriendo y me suelta unas palabras en griego. Ya estoy tan acostumbrada a sus visitas que no me altero. No tiene paciencia para esperar a que use la *app* de traducción. En lugar de eso, usamos la mímica para entendernos, lo que en realidad lleva mucho más tiempo que la aplicación, pero también es mucho más divertido. Señala hacia fuera, donde tiene atado su burro.

Ni siquiera eso me sorprende ya. Sí, claro, un burro en una librería; he visto cosas peores. Tengo la sensación de que es más una especie de mascota suya que un animal de granja. A Zeus le encantan las visitas del burro y a menudo los veo cara a cara, como si se comunicaran sin emitir sonido alguno. Hoy el hombre gesticula frenéticamente señalando al animal y hace gestos de mímica que no consigo traducir por más que lo intento. Apunta hacia mí y luego señala fuera.

—Ah, ¿el burro necesita agua? *Aqua?* —Hago un gesto como si bebiera agua de una botella.

—*So latrevo.*

Tomo nota mentalmente para recordar cómo se dice «agua» en griego.

Levanto un dedo para decirle que espere. Encuentro un cuenco de los perros y lo saco fuera para el burro y lo lleno con agua de la manguera.

El rostro arrugado del hombre se ilumina con una sonrisa. Hemos repetido esta escena varias veces y poco a poco voy entendiendo lo que quiere. Mientras el burro bebe bajo la atenta mirada de Zeus, el hombre entra en la librería y examina una mesa en la que hay una pequeña selección de libros de segunda mano. Ojalá supiera lo que está buscando. Estoy decidida a descifrar el código.

Lo observo de nuevo. Parece que le atraen los libros sobre animales. Quizá, como Zorba, el criador de cerdos, también tiene una finca. Cojo algunos libros de las estanterías y se los enseño. Niega con la cabeza. Con un gesto de disculpa, se marcha hasta otro día.

Mientras pienso en qué libros le podrían gustar para tenerlos listos para su próxima visita, llega otra clienta, que entra abriendo los brazos como si acabara de ganar una carrera.

—¡Los dioses han respondido a mis plegarias! Esto antes era una librería lamentable y ahora, ¡míralo! Un derroche de color, de palabras, el dulce aroma de las novelas nuevas. Me comprometo a pasar los días de verano aquí ampliando mi mente. Y también porque mi madre me está volviendo loca, pero ¿qué se le va a hacer? Ha estado enferma, así que debo morderme la lengua y ser una buena hija obediente griega. Pero mis enormes maletas están a punto de reventar con todo el sentimiento de culpa que me está haciendo sentir. Las madres, ¿eh?

—No me lo recuerdes. —Me parto de risa con su descripción—. Nuestras madres son increíblemente parecidas.

—¿Tu madre es griega?

—No.

Ella frunce los labios.

—Entonces, probablemente lo tengas muy fácil, pero no vamos a entrar en esa competición, porque cada uno tiene su propio camino y no me gustan las comparaciones.

—Claro. —No sé muy bien qué hacer con esta persona tan explosiva. Es efusiva, pero de una forma muy cercana—. Las comparaciones son odiosas.

Da un golpe con la mano en el mostrador.

—¡Sí! ¡Lo has entendido! Sabía que lo entenderías. Tienes un aura, una energía que delata una inteligencia tranquila. No eres de las que presumen de su inteligencia, pero se nota que la tienes.

¿Le digo que esa cita la leí una vez en una taza de café?

—Gracias, pero…

—Sin peros. Simplemente eres inteligente. Acéptalo.

—Mmm…, vale.

Me tiende la mano para saludarme.

—Soy Roxy, diminutivo de Aphroxia.

—Yo soy Evie. Es el diminutivo de Evie.

—Tienes cara de Evie. Dime, Evie, ¿cuál es tu libro favorito?

—Puedo reducir la lista a los diez mejores, como mucho.

—Vamos a ser muy buenas amigas.

—Intercambiemos recomendaciones de libros.

—De cuerdo.

Hay algo en Roxy que me hace sentir cómoda. No suelo ser muy amigable, no me gusta que me regañen cuando rechazo otra invitación para salir, pero por un momento me abro a la idea de que esto funcione.

La abuela y yo estamos ultimando el texto del menú literario para Epeolatry. Juego con el diseño y me siento a escribirlo para imprimirlo. La abuela me dice que su amiga Athena, de Squashed Olive, un café cercano, ha aceptado encargarse del *catering* de la inauguración. Solo la escucho a medias mientras arrastro y suelto elementos del diseño, dando al menú un aire de los locos años veinte de Gatsby con colores negro y dorado.

—Te has equivocado de profesión —dice la abuela asomándose por encima de mi hombro.

—Esta página web lo pone muy fácil. Y mira… —Guardo el proyecto del menú antes de salir y volver a la página de inicio—. Podemos hacer marcapáginas, carteles, *flyers* y todo tipo de material de *marketing*. Posavasos literarios para los cócteles, tarjetas de socio…, todo con el mismo diseño.

—¡Qué ingenioso!

—Soy ingeniosa.

Tomo notas sobre los proyectos que tengo que completar en la página web cuando entra un adolescente larguirucho y con las piernas arqueadas, con una caja en la mano.

—¿Evie? —pregunta.

—Soy yo.

—Entrega de Georgios. —El adolescente bronceado me entrega la caja y sale corriendo.

Los adolescentes corren; los dioses griegos, no. Tendré que contarle esto a Georgios la próxima vez que lo vea. Solo por el olor, ya sé lo que hay dentro de la bonita caja. Qué hombre tan maravilloso es Georgios, que corrige su gran error. La comida es

para mí el idioma del amor. Hay una nota que dice: «Estoy deseando que llegue el viernes. Estoy deseando conocerte mejor. Con amor, Georgios».

¿«Con amor»? ¿A qué está jugando? Podría ser solo una forma de hablar, pero, cuanto más pienso en toda la situación de Georgios, más me desconcierta. Probablemente le estoy dando demasiadas vueltas.

La firma de mi correo electrónico del trabajo dice «Saludos cordiales» porque quiero marcar el tono de mi vida profesional. Así que el que Georgios firme «Con amor» es bastante presuntuoso, aunque puede que sea mi lado introvertido el que tiende a tomarse las palabras al pie de la letra.

La abuela abre la caja.

—Oh, *loukoumades*. Su abuela es famosa por ellos.

—Bueno, estos son los *loukoumades* de la redención. —Le explico su visita y cómo el muy maleducado se los llevó consigo.

Ella me mira.

—Y ha aprendido de sus errores…, interesante.

—¿De verdad? ¿O simplemente ha comprendido que me gobierna el estómago?

—Mmm, ¿podría ser que el hombre se haya enamorado de nuestra Evie? —Mueve las cejas de un modo exagerado por si no he captado lo que quiere decir.

Me burlo.

—Por favor. —La abuela vive en un mundo de fantasía cuando se trata de mí y los hombres.

—Ya sabes lo que dicen, cariño: la comida griega es la mejor del mundo. Y los hombres griegos, bueno, son los que más grande tienen…

—¿Las estanterías? —Le tapo la boca con la mano, intuyendo que las palabras que van a completar la frase van a ser de mal gusto—. Shhh. Si sigues por ahí se me van a quitar las ganas de comer *loukoumades*.

Cuando nos estamos comiendo los dulces griegos empapados en sirope, entra una mujer de unos treinta años con las gafas de sol en la cabeza. Llama la atención, en primer lugar, porque es la primera

clienta que tenemos en horas y, en segundo lugar, porque lleva un vestido ajustado que parece casi formal y de negocios en comparación con la ropa de playa que prefiere la mayoría de los clientes. Hay un aire de impaciencia en ella cuando coge libros de no ficción y los deja caer con un suspiro de frustración. Me siento un poco ofendida en nombre de los libros de tapa dura. Quiero decir, ¿de verdad hay que tirarlos de esa forma? Sí, puede que sean objetos inanimados; aun así, es una cuestión de respeto.

—D-i-o-s —dice con desdén cada una de esas cuatro pequeñas letras.

La abuela me da un codazo.

—Parece que necesita ayuda. Ve a ver.

—Es una persona difícil y está claro que va a ser grosera y despectiva y me va a hacer sentir mal por alguna de mis carencias.

La mujer altiva desprende malas vibraciones. Me viene a la mente la palabra «descontenta». No me gusta nada atender al público, y menos aún cuando es obvio que alguien va a mostrarse hostil solo porque puede. Uf.

—Es un cardo con dinero —susurra la abuela—. Y, si hiere tus sentimientos, lo pagará caro, te lo prometo.

Ay. Me acerco a la clienta sabiendo que necesitamos vender.

—Bienvenida a Bibliotherapy. ¿Puedo ayudarla a encontrar algo? —Intento no asustarla con mi sonrisa rígida.

Cuando la gente me intimida, como ella lo hace con sus suspiros de insatisfacción, como si los libros le hubieran arruinado el día, no consigo relajar los músculos de los labios para esbozar una sonrisa adecuada, por lo que parezco un poco loca. Como si tuviera la mandíbula inmóvil.

Me mira de arriba abajo lentamente, con una sutil mueca que da a entender que le parezco poca cosa. Menuda sorpresa.

—Necesito algunos libros para decorar una mesa de centro.

—Tenemos muchos libros ilustrados. ¿Busca alguno en inglés o en griego?

—En inglés, obviamente.

—De acuerdo. —En mi próxima vida volveré como cliente—. Y ¿qué tema le interesa? ¿Viajes, arte, historia…, moda?

La conduzco a una estantería de libros de gran formato. Sus tacones hacen clic-clac sobre las baldosas de mosaico mientras me sigue.

—No me importa de qué traten; solo tienen que ser bonitos.

Por dentro, me tambaleo. ¿No le importa lo que contengan los libros? Son meros accesorios que nunca se abrirán y nunca se leerán con atención. Nunca se apreciarán. Ay, mi corazón.

Sin embargo, ella es la clienta, y los clientes siempre tienen la razón, incluso cuando se equivocan. ¿No? Mi trabajo aquí es vender libros y ganar dinero para la abuela. Me guardo mis sentimientos y obligo a mis labios a esbozar una cálida sonrisa.

—Bien, le sugiero una combinación de estos.

Saco un libro sobre cócteles con flores, en rosa pastel. Para combinarlo, elijo un libro sobre la moda de Chanel a través de los tiempos, en color melocotón, y luego un libro de arte con el lomo blanco y dorado.

—Juntos, forman un trío que…

—Bien. Envuélvalos.

«Envuélvalos, por favor». Justo cuando estoy refunfuñando para mis adentros sobre los clientes horribles, Zeus entra y mete la nariz bajo la falda de la mujer. Ella da un grito y salta.

—Lo siento. No debería haberlo hecho sin su consentimiento.

—¿Consentimiento? ¡Es un perro!

—Sí, pero es un perro muy inteligente y, aunque es viejo, está demostrando que es bastante capaz de no mirar debajo de las faldas de las señoras cuando se lo entrena. Pero tiene sus días malos. —Lo vuelve a hacer—. Obviamente, como todos nosotros, necesita mejorar.

Ella se sujeta la falda con fuerza por los lados.

—Seguro que va contra la higiene y la seguridad tener un perro grande y sucio como este merodeando y metiendo el hocico donde no le incumbe.

¿Perro sucio? Me ofende después de todo lo que he hecho para lavarlo. Su pelaje está limpio y esponjoso.

—Lo tengo para ahuyentar a los ladrones. —Es lo mejor que se me ocurre, ya que esta mujer me está intimidando tanto que no

puedo pensar con claridad.

—Es lo que me faltaba por oír. ¿Puede ir un poco más rápido? Tengo prisa.

—Claro. —Definitivamente, no la voy a incluir en la lista de tarjetas navideñas de Bibliotherapy.

Zeus se sienta junto a la abuela y no sé si es mi imaginación, pero parece que está sonriendo. ¿Se ha comportado así a propósito para que la mujer se marchara más rápido? Nunca dejarán de sorprenderme.

La abuela esboza una sonrisa tan falsa como el bronceado de la mujer.

—Pronto celebraremos la fiesta de inauguración de nuestro club exclusivo: Epeolatry. Solo con invitación. ¿Le gustaría hacerse miembro?

—¿Qué tipo de club es?

—Una biblioteca nocturna.

—Dios mío, no. ¿Quién tiene tiempo para leer? Me aburre muchísimo. Aunque sea exclusivo, suena decididamente aburrido.

Mientras envuelvo sus hermosos y artísticos libros de mesa en papel de seda, casi me muerdo el labio para evitar una réplica que sin duda daría lugar a chismes en toda la isla. Y porque enfrentarme a ella sería aterrador. No. En lugar de eso, murmuro sobre ella en silencio en mi mente, y también gano la discusión.

—Lo entiendo —responde la abuela—. No todo el mundo puede permitirse ser socio. Son tiempos difíciles. El precio de la vida está por las nubes.

—¿Perdón? —Ella mira a la abuela con tanta intensidad que estoy casi segura de que va a estallar espontáneamente—. ¿Está insinuando que no puedo permitirme ser miembro?

—No muchos pueden, querida. Es muy exclusivo. Un refugio literario para los amantes de los libros, ya sabe. Muy discreto, muy relajado. Muy prestigioso.

—Apúnteme. —Me muestra su tarjeta de crédito—. Y a mi marido también.

Reprimo una sonrisa y le pido que rellene un formulario con sus datos para añadirla a la base de datos.

—Recibirán sus tarjetas de socio por correo en breve y les enviaremos una invitación para la inauguración.

—Bien.

Cuando se marcha con su montón de libros, me vuelvo hacia la abuela:

—Eso no ha estado muy bien.

—Ella tampoco. ¡Pero Zeus es un buen chico! —Le da una palmadita en la barbilla.

—¿En qué estabas pensando? Ahora es miembro y tendremos que aguantarla.

La abuela se muerde el labio antes de decir:

—Dudo que volvamos a verla. Solo son ventas, Evie. Todo el mundo tiene su punto débil, y el suyo es, obviamente, intentar encajar impresionando a la gente con sus gustos lujosos. Pensemos que es una donación por el bien de la literatura.

Me quedo boquiabierta.

—¡Qué astuta eres!

La abuela se sienta en un taburete detrás del mostrador y empieza a revolver entre los papeles que hay que introducir en el programa de contabilidad.

—Sí que lo soy. Y ¿cómo va nuestra lista de correo?

Me uno a ella detrás del mostrador y lo abro en la pantalla. ¿Cómo va a manejar la abuela todo esto cuando yo me vaya? Hay mucho que hacer en la librería, en Epeolatry, y las tareas administrativas requieren mucho tiempo, como la compra de existencias, la promoción y el *marketing*. Va a necesitar personal, pero supongo que lo primero es lo primero, esto es, el dinero para el alquiler.

Como un reloj, todos los días a las dos en punto entra un anciano con chaleco y una guitarra, con cara de preocupación. Habla en un griego cerrado y, como siempre, le recuerdo que no entiendo el idioma. Él asiente con la cabeza y dice, en un inglés entrecortado:

—¿Helena no aquí?

—No, no la he visto. Lo siento.

Cuanto más entra a preguntar, más curiosidad siento. ¿Quién es Helena? ¿Quiere darle una serenata con la guitarra? ¿Ha huido ella de él? ¿Qué historia hay detrás?

—¿Cómo es Helena? —pregunto, pero él ya se está alejando, probablemente siga buscándola y vaya ahora a indagar a otro sitio.

Tengo que preguntarle a la abuela quién es esa Helena y si es fruto de la imaginación de este hombre.

Me suena una notificación del móvil. Es un correo electrónico de Phil, el productor ejecutivo que trabaja en las dos novelas románticas que se están desarrollando en Hollywood Films. Aleluya: él tampoco es de los que llaman por teléfono. Lo abro rápidamente y lo leo a toda velocidad:

Querida Evie:

Me alegra saber de ti. Lamento que las cosas no hayan salido bien en Hollywood Films, pero no me sorprende. Hank lleva mucho tiempo en el sector y tiene fama de sustituir al personal por amigos suyos. Podrías ponerte en contacto con Olympus Media. Están buscando ideas para documentales basados en biografías, historias de aventuras y cosas por el estilo. Sé que prefieres el romance, pero esto podría brindarte nuevas oportunidades. Envía un correo electrónico a Val y dile que te he pasado su contacto. Hasta entonces, estaré atento.

Buena suerte,

Phil

Le respondo, le doy las gracias por el consejo y por recomendarme, y le aseguro que me pondré en contacto con Val, de Olympus Media. No es mi trabajo ideal, pero, como dice Phil, podría ser un trampolín. La industria cinematográfica puede ser tan cerrada —casi impenetrable a veces— que da la sensación de que, una vez te cierran la puerta, te quedas fuera para siempre, así que, en este momento, cualquier puesto de *scout* literaria es mejor que nada.

Una vez hecho esto, le envío un correo electrónico a Val en el que destaco mi trayectoria en Hollywood Films, las dos comedias

románticas que está produciendo Phil y una breve reseña de mi experiencia en el mundo editorial. Si es necesario que vea todos los documentales de Olympus para hacerme una idea de lo que producen, estaré encantada de hacerlo.

Busco «Olympus Media» en Google. Se dedican a deportes extremos de muy alto riesgo, como escalada en hielo, salto base y escalada en solitario. Vaya, el corazón se me acelera con solo imaginarme a esos temerarios participando en semejantes actividades. Sin embargo, podría sacar adelante esas memorias y esos relatos de viajes en busca de su próxima estrella documental. De hecho, podría ser divertido, ya que no tengo que hacer ninguno de esos deportes, sino que puedo limitarme a leer sobre ellos.

Sir Spud viene trotando al mostrador y se pone a olfatear los estantes en busca de golosinas. Lo cojo en brazos. No hay nada como un abrazo de una bola de pelo como Spud. Se funde en mi abrazo, se recuesta en mi cuerpo y me mira con ojos confiados.

—¿Quién es un buen chico?

Sir Spud me da con las patas en respuesta y yo me echo a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Roxy entra arrastrando los pies.

Hoy tiene su negro pelo revuelto por el viento, como si hubiera estado en la playa. Nos hemos estado enviando mensajes acerca de nuestros tropos románticos favoritos. Le he dado a Roxy el sello de aprobación como amiga porque a) prefiere enviar mensajes en lugar de llamar; b) le encantan las novelas románticas (estoy dispuesta a pasar por alto su predilección por las historias de *true crime*); c) es peculiar y divertida.

—Sir Spud parece tan humano a veces. Como si supiera exactamente de qué estoy hablando. —Cojo una golosina de la caja y se la doy.

—¿No crees que eso es un soborno a la antigua usanza? Si él se porta de forma adorable, tú le das una golosina.

Le lanzo una mirada interrogativa.

—¿Estás insinuando que Sir Spud me está manipulando? —Lo levanto y lo miro fijamente a sus ojos color miel—. ¿Estás escuchando, Spudly?

Ella se cruza de brazos.

—Eso es justo lo que estoy insinuando.

—Se guía por su estómago, pero también se lo gana. Mira. —Cuando hay un momento de calma en la librería, entreno a Sir Spud, que aprende rápido. Lo coloco sobre la alfombra—. Siéntate. —El peludo canino se sienta obedientemente—. Échate. —Se tumba bocarriba y me mira con fijeza—. Hazte el muerto. —Se da la vuelta, cierra los ojos con un gemido y deja que la lengua le cuelgue por un lado de la boca.

Roxy se ríe.

—¡Vaya! ¿Cómo le has enseñado eso?

—Tuve que hacerlo yo muchas veces delante de él. Este perrito está destinado a grandes cosas, ¿eh?

Lo que no le digo a Roxy es que un día entraron unos clientes y me pillaron haciendo de perro, tumbada bocarriba, con las piernas y los brazos doblados y la lengua fuera. Tenía los ojos bien cerrados y me hacía la muerta para enseñarle a Sir Spud lo que tenía que hacer. Un error de novata. Intenté explicárselo a los clientes, pero solo hablaban griego, así que menudo desastre. Se marcharon antes de que yo pudiera sacudirme el polvo y abrir mi *app* de traducción. Solo espero que no se corra la voz de que hay una loca en la librería que finge ser un perro.

Le doy una golosina a Sir Spud y él se levanta y sale con un ladrido.

—Es un chico listo. —Roxy señala una pila de cajas—. ¿Qué es todo eso?

—¡Las novedades! Ha llegado el pedido de novelas románticas de verano de la abuela. ¿Me ayudas a ponerles el precio y colocarlas en las estanterías?

—Me encantaría.

Cuando abrimos las cajas de bonitos libros de colores pastel y nos ponemos manos a la obra, entra una pareja joven. Hablan griego, así que cojo mi teléfono y abro la *app* de traducción por si la fuera a necesitar.

—Dios mío —susurra Roxy—. La está obsequiando por su cumpleaños.

—¿Comprándole un libro?

—Mejor aún. ¡Va a hacer el reto de coger todos los libros que puedas en cinco minutos!

Echo un vistazo a la pareja. Ella lo abraza por la cintura y lo mira con adoración mientras él juega con su teléfono y le lee algo en voz alta a la chica.

—¿Qué hace?

—Va a poner un temporizador y ella tiene tres minutos para familiarizarse con la librería y luego dos minutos para comprar todos los libros que quiera. Las reglas son: tiene que poder llevarlos todos en los brazos. No puede comprar un libro que ya haya leído. Si encuentra una novela romántica ambientada en Santorini, le añaden un minuto al temporizador. Si se le cae uno, lo pierde. Si encuentra uno con su nombre en la portada, ya sea el del autor o en el título, puede dejar los libros que lleva en los brazos en el mostrador y volver a empezar el reto, duplicando así su tiempo.

Me quedo boquiabierta.

—Es el mejor novio de todo el mundo.

Roxy asiente con la cabeza.

—Lo es, desde luego.

—¿Cómo se llama ella?

Roxy les habla y me traduce:

—Se llama Alyssa.

Chillo. Tenemos varios libros de Alyssa Cole en la sección de romance, pero, como todo está ordenado por colores y no alfabéticamente, no tendrá más remedio que buscarlos. No le desvelo el secreto, aunque espero que los encuentre en los tres minutos que tiene para echarle un vistazo a la tienda.

Roxy habla con ellos.

—Lo está grabando para su BookTok.

La abuela entra con Zeus a su lado. Le contamos lo que está pasando y se le dibuja una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Qué divertido! —Se vuelve hacia la cumpleañera y le habla en un griego torpe.

Alyssa suelta un chillido que imita el mío. Me vuelvo hacia Roxy en busca de una explicación.

—La abuela ha dicho que les hará un descuento del diez por ciento.

—¡Qué detalle!

Nos quedamos detrás del mostrador para no estorbar a Alyssa. Su novio pone el cronómetro y Alyssa se dirige directamente a la sección de novelas románticas para ver los libros que hay en oferta. Contengo la respiración, esperando que encuentre los libros de Alyssa Cole para que pueda duplicar su tiempo. Alyssa señala con el dedo el lomo de algunos libros, como si los consagrara, para recordar dónde están en la estantería. Durante tres minutos se familiariza con la distribución de Bibliotherapy y va de un lado a otro charlando a la cámara mientras su novio la graba.

Roxy se ríe disimuladamente.

—Ella le está diciendo que está contando sus pasos, calculando la ruta más rápida por la tienda para no dar vueltas y perder tiempo.

Es lo más bonito del mundo verlos grabar, pasándolo tan bien, señalando los libros que lleva meses deseando comprar. Alyssa está al tanto de todas las novedades y los libros que se han hecho famosos en TikTok.

El novio se gira y le habla a Roxy.

—¡Ha llegado el momento! —dice Roxy, y aplaude.

Él lleva a su novia de vuelta a la entrada de la tienda y hace lo que supongo que es una cuenta atrás. Con un chillido, ella sale corriendo con Zeus siguiéndola de cerca. El gran perro no parece entender lo que está ocurriendo y ladra mientras la persigue por el establecimiento, pasa rápidamente por delante de ella y casi la hace tropezar.

—El chico dice que el perro es genial, que la está frenando —dice Roxy entre risas.

Zeus parece entender por fin que ella está comprando libros, así que empieza a olfatear los títulos para ella.

—Ay, Zeus tiene sus propias recomendaciones de lectura —dice la abuela—. Qué buen gusto tiene. ¿A quién no le gusta una comedia romántica con una asesina en serie accidental?

—Abuela, ni se te ocurra.

Un minuto después, Alyssa tiene los brazos llenos y aún le quedan dos minutos más. Camina lentamente y va llenando el espacio que hay entre su codo y la alta pila de libros que descansa en su palma. Cuando el tiempo está a punto de agotarse, ve el libro de Alyssa Cole.

—¡Sí, ha encontrado uno con su nombre! ¡La cuenta atrás vuelve a empezar!

El novio pone los ojos en blanco, pero es evidente que está contento de que ella pueda empezar de nuevo y de que pueda duplicar su pila de libros.

Alyssa deja en el mostrador el montón de novelas románticas que llevaba en los brazos y se prepara para que el cronómetro empiece a contar por segunda vez.

El tiempo vuela. La animamos y le decimos que puede coger más si tiene cuidado. No hay forma de que pueda ver por encima de la pila de libros, así que inclina la cabeza hacia la izquierda y extiende lentamente la mano para coger más ejemplares y colocarlos en algún sitio, como si estuviera jugando al *jenga*.[3] En poco tiempo, tiene otro montón de novelas románticas de colores y un par de libros sobre carreras de fondo.

Señalo los que no encajan y Roxy dice:

—Los ha cogido para él.

—El amor juvenil. ¿Hay algo más dulce? —reflexiona la abuela.

Suena el cronómetro y aplaudimos.

—¡Qué ganas de jugar yo también! —exclamo.

—¡Y yo! —dice Roxy.

La pareja termina de grabar para BookTok. Les cobramos su compra y la abuela les hace un buen descuento. Roxy charla con la pareja y luego me traduce:

—Alyssa dice que muchas gracias. ¡Es el mejor cumpleaños de su vida!

Salen de la tienda cogidos de la mano, él llevándole los libros como un perfecto caballero.

—Él es un buen partido. Siempre lo sé —dice la abuela.

No me sorprende, teniendo en cuenta su historial de maridos.

—¿Cómo lo sabes, abuela?

—Cuando has estado casada tantas veces como yo, aprendes alguna que otra cosa.

Mi abuela, siempre tan sabia.

—¿Cuántas veces te has casado? —pregunta Roxy.

—Nueve veces, y, si mis amados no hubieran tenido un final tan prematuro, ¿quién sabe lo que me habría deparado el futuro?

—¿Murieron? —pregunta Roxy, con los ojos brillantes por… ¿la admiración?

—Sí. Trágicamente.

—¿Todos?

—Bueno, Konstantine todavía sigue en este mundo.

—Aún hay tiempo —se ríe Roxy.

La abuela ladea la cabeza y la mira fijamente, como si solo ahora se diera cuenta de que hay una desconocida con nosotras.

—Me gustas.

Roxy le tiende la mano para saludarla.

—Gracias, a mí también me gustas. Soy Roxy. Devora libros, lectora de novelas románticas, desesperada por encontrar el amor, en particular, con un hombre con el que no tenga un parentesco lejano.

La abuela le da la mano.

—Floretta, ninfa de los libros, lectora de novelas románticas *spicy,* desesperada por que este negocio triunfe.

Sonrío. Roxy es una de las nuestras. Me encanta cómo los verdaderos ratones de biblioteca apoyan sus librerías locales, pues saben que son sagradas. Saben lo importante que es su supervivencia. La abuela y Roxy se van a llevar muy bien.

[3] *Jenga*: El término *jenga* proviene de *kujenga*, palabra suajili que significa «construir». Es un juego en el que se van quitando bloques, por turnos, de una torre previamente construida. Cada bloque eliminado se coloca en la parte superior de la torre, con lo cual la estructura cada vez se va volviendo más inestable.

Capítulo 9

El jueves por la mañana, la abuela y yo estamos en la zona exterior de Bibliotherapy dando los últimos retoques para que sea un espacio cómodo donde los clientes lean y disfruten de las vistas al mar. La abuela ha apilado en una mesa ejemplares de segunda mano cuyas páginas se mueven con la brisa como si saludaran. Encuentro un libro titulado *Cómo criar ovejas felices*. Sonrío, pues intuyo que es el tipo de libro que le gustará al hombre del burro. Lo dejo a un lado, listo para su visita de más tarde.

—¡Qué suerte hemos tenido de conseguir todos estos libros tan baratos! —Los mira con cariño, como si fueran realmente tan especiales como bebés recién nacidos.

—¿Baratos? ¡Querrás decir gratuitos!

Una expatriada pasó por aquí y donó su colección de libros porque se había enamorado de un italiano y se iba a vivir *la dolce vita* a Umbría.

La abuela se abanica con uno de los libros.

—Más o menos gratis. Le di algo de dinero por ellos. No me parecía justo no darle nada. Y ahora, mira, tenemos toda una nueva zona exterior que atraerá a los clientes.

Es típico de la abuela hacer algo así, para que la expatriada tuviera al menos una cantidad simbólica para empezar su nueva colección de libros en Umbría.

—Necesitamos un nombre para esta zona —digo—. Para distinguir entre el interior y el exterior, así como entre los libros nuevos y los de segunda mano.

Tenemos una pequeña mesa dentro con libros de segunda mano, pero son, sobre todo, guías y memorias sobre Grecia.

La abuela se toca la barbilla, adoptando una pose pensativa.

—¿Musas?

—Me gusta.

—Por las diosas griegas de la literatura. Aunque me encantan todos nuestros libros nuevos y relucientes, también adoro estos ejemplares desgastados por el tiempo y el polvo, y el perfume a vainilla de los libros antiguos.

Cojo un libro y lo huelo. El aroma del tiempo, el pergamino amarillento, las palabras entintadas y las mentes errantes.

—El nombre de Musas es ideal para un sitio como este en el que sentarse con una novela muy querida y leer y meditar.

—Le pediré a Zorba que me haga un cartel. Es un manitas.

La abuela me ayuda a colgar una hamaca a la sombra de dos cipreses. Las tumbonas esperan a los lectores para que disfruten de las vistas.

¿Quién no querría relajarse aquí y pasarse todo el día leyendo, con el suave sonido de las olas rompiendo en la distancia y el aire salado en la piel? Abro unas sombrillas para aquellos que quieran protegerse del sol de Santorini.

—Cariño, hay una caja detrás del mostrador con otras cosas bonitas que he comprado. ¿Me la traes?

Vuelvo dentro y disfruto del frescor antes de sacar la caja y colocarla sobre la mesa cerca de la abuela. Al abrirla, encuentro un montón de lujosos cojines.

—Son para las tumbonas —dice—. Lino. Solo lo mejor para nuestros amantes de los libros.

—Son preciosos, abuela. —Paso la palma de la mano por el costoso tejido. La abuela tiene un gusto exquisito para la decoración.

Se sonroja.

—Pensándolo bien, debería haber pagado primero el alquiler, pero me dejé llevar por la emoción de las reformas. —Se sienta en el borde de una tumbona y sigue abanicándose con un libro mientras reflexiona sobre ello—. Toda mi vida me he estado moviendo de acá para allá, pasando de un proyecto a otro, de un marido a otro. Yendo y viniendo de Brooklyn cuando sentía nostalgia y necesitaba volver a tener contacto con vosotras. Esta vez siento que es definitivo. Como si hubiera encontrado el lugar donde voy a pasar el

resto de mis días. Se me han olvidado todos los aspectos prácticos. Si es mi última oportunidad, quiero que sea bonita. Quiero dejar un legado literario, un país de las maravillas para los fanáticos de la ficción, los amantes del olor de los libros, los que juzgan un libro por su portada, los aficionados a los giros inesperados. Para gente como nosotros, Evie.

Trago saliva. Ahora todo tiene sentido: la falta de presupuesto, el lío de los problemas económicos… La abuela no tiene intención de marcharse de la isla. Sus palabras poseen un tono de inevitabilidad, como si estuviera prediciendo el final de su vida. Escuchar eso me duele en lo más hondo del corazón y me provoca un dolor visceral y agudo.

Un mundo sin mi abuela será un lugar oscuro y aburrido. No quiero ni pensarlo.

—Qué lugar tan maravilloso para llamarlo tu hogar para siempre. —No «último», no lo diré en voz alta.

Se inclina para acariciar a Lily.

—Por eso tengo estos viejos perritos. También han vivido muchas cosas y se merecen pasar sus últimos días cómodamente. —La abuela levanta a Lily y la sienta en su regazo—. Sus últimos años serán los mejores; yo me encargaré de ello.

Esta revelación consolida el hecho de que tengo que hacer que las cosas funcionen con Georgios para que la abuela pueda vivir aquí tranquilamente en su paraíso literario bañado por el sol. Incluso aunque para ello haya de fingir que soy una mujer con la vida organizada, una mujer que sale todo el tiempo con hombres guapos y musculosos. Voy a tener que fingir hasta que lo consiga. Me siento culpable por mentirle a Georgios, aunque, si logro que nuestras salidas se mantengan como una cosa informal, todo debería ir bien. Iré tan despacio que probablemente se morirá de aburrimiento, pero tiene que ser así, para que nadie salga herido.

Zeus aligera el ambiente cuando se acerca saltando e intenta robarme el cojín de las manos, como si estuviéramos compitiendo en un combate de lucha libre.

—¡Eh! ¡Eso no es para ti! —Luchamos en un tira y afloja, en el que gana él, el muy bribón.

Entonces se pone a dar vueltas a mi alrededor, victorioso, como si estuviera presumiendo de su trofeo.

—¡No estamos jugando, Zeus! —Me rindo y le acaricio las orejas peludas, incapaz de ser severa con él ni un solo minuto.

De los seis perros, él y Sir Spud son los más cariñosos. Zeus no se lo piensa dos veces antes de saltar a tu regazo, aunque debe de pesar unos cuarenta kilos. Este perro grande no es de raza definida, lo mismo que el resto. Todos ellos son un poco de todo, como la mayoría de los perros callejeros de la isla. Me da pena, todo ese pelaje con este calor, pero a él no parece importarle.

—Ya está bien —le digo y me agacho a su altura y le quito con cuidado el cojín de su babosa boca—. Voy a poner este cojín aquí para los clientes, ¡y no lo toques! ¿Entendido? ¡Luego voy a sacar estos libros y no los vas a orinar!

Hemos aprendido por las malas que, si los perros están fuera, parece que las normas no se aplican, así que intento proteger los libros de los peludos.

Él me mira con ojos de cachorro, y me cuesta mucho no lanzarle el cojín y acabar de una vez. Sin embargo, la abuela ha pagado mucho por las fundas de lino a rayas rojas y blancas, que son demasiado elegantes para convertirse en el juguete de un perro.

Apenas unos segundos después de colocar el cojín en la tumbona, Zeus lo agarra y se mete corriendo dentro de la librería, donde se está más fresco, mirando atrás una vez para ver si lo sigo.

—Cariño, ¿alguna vez has pensado que quizá no te entiende porque es un perro griego?

—¿Y…?

—¡No puede traducir tus palabras en inglés!

—¡Oh! —Me río al pensar que el peludo griego no tiene ni idea de lo que le digo. Ni siquiera se me había ocurrido—. Tendré que aprender órdenes en griego.

Sir Spud lo entiende perfectamente, pero quizá sea porque utilizamos un sistema de mímica, aunque me he prometido no volver a hacerlo, al menos, no en la librería.

Lily sale corriendo con el cojín, dejando a Zeus sin aliento, a pesar de que es la mitad de grande que él. La atrapo con el cojín.

—¡Hurra!

Se retuerce contra mi pecho y ladra para que la suelte. Le tiro el cojín a la abuela y le doy un beso en la cabeza a Lily. No sé dónde ha estado, pero todavía se muestra asustadiza con los humanos, así que hacemos todo lo posible por darle mucho amor poco a poco.

Dejo a Lily en el suelo y ella corre a refugiarse debajo de la tumbona, entonces se pone a ladrar a Zeus.

La abuela me dedica una dulce sonrisa y se apoya en la pared que nos separa del largo precipicio del acantilado rocoso.

—Tengo una idea para los cachorros.

—¿Para esta pandilla variopinta?

Es evidente que no son de raza. Tienen cicatrices y rasguños de vivir en la calle y en refugios. Son esas imperfecciones las que los hacen tan adorables. Dondequiera que hayan estado y sea lo que sea lo que hayan soportado, ahora eso ya pasó. Están a salvo y bien alimentados; algunos están medicados. Están limpios y felices, aunque Lily sigue desconfiando, y con razón. La confianza hay que ganársela.

—Sí, este grupo heterogéneo. ¿Y si les proporcionamos a los lectores la posibilidad de un Alquila Un Perro?

—¿Dejarías que unos desconocidos se los llevaran a casa? —Se me encoge el corazón solo de pensarlo.

—¡No, ni hablar! Me refiero a hacerlo aquí, en esta zona que está al aire libre. Los clientes pueden pagar una pequeña cantidad, simbólica, y ese dinero se destinaría a otros perros rescatados. Cada semana llegan nuevos perros al refugio. Podríamos utilizar los fondos para ayudar con los gastos del veterinario, porque, por mucho que me gustaría, no podemos adoptar a todos los perros del refugio. La iniciativa Alquila Un Perro puede animar a los clientes a visitar la librería, pero lo más importante es que les daría a los peludos alguien con quien acurrucarse. Les mostraría que los humanos somos amables y cariñosos. Los clientes podrían pasearlos y detenerse a disfrutar de las espectaculares vistas. Estos peludos han estado privados de afecto. De esta manera, lo tendrán en abundancia. Nosotras lo supervisaríamos, así que no sería lo mismo que si deambularan por ahí solos.

Cada vez que la abuela se instala en un lugar nuevo, siempre tiene un sentido de comunidad y encuentra una forma de ayudar. En Nairobi, fue con el agua potable para aldeas remotas. En Timor, consiguió material escolar y uniformes para los niños. Su impacto puede parecer pequeño, pero deja una huella indeleble allá donde va.

—¡Es una idea estupenda! ¿Hago retratos de nuestras superestrellas y los comparto en tus redes sociales, destacando la iniciativa Alquila Un Perro?

—¿Mis… redes sociales?

Inclino la cabeza.

—¿No lo tienes todo preparado para el negocio?

—Bueno, no. Tuve ese encontronazo con el tal Zuckerberg y desde entonces… —Se queda callada.

¿Se refiere al director ejecutivo de Facebook?

—¿Qué encontronazo?

—Oh, un pequeño malentendido sobre una filtración de datos. Un incidente de piratería informática insignificante. Fue hace mucho tiempo, cuando su empresa estaba dando sus primeros pasos.

Parpadeo dos veces.

—¿Una filtración de datos por parte de quién?

—¿De quién? Escúchate. Mía, ¿de quién si no?

Supongo que siempre he incluido a la abuela en el grupo de los mayores de ochenta años que no crecieron con la tecnología al alcance de la mano y, por lo tanto, no están muy familiarizados con ella. Pero ¿una filtración de datos, un pequeño incidente de piratería informática?

—¿Quiero saberlo?

—Probablemente no. Tienen abogados muy buenos. Por suerte, yo también. Tu madre me ha ayudado en innumerables ocasiones, pero no le digas que te lo he contado. Lo único que te comento es que, si quieres crear una cuenta en las redes sociales, me parece genial. Pero no uses mi nombre.

—Claro. —Ni siquiera me sorprende. Vale, estoy un poco sorprendida, pero no debería. Y, desde luego, estoy intrigada—. Así que hackeaste Facebook. ¿Por qué?

La abuela suspira hondo, como si yo estuviera poniendo a prueba su paciencia.

—¿Te acuerdas de Vlad?

—¿Tu cuarto marido, el ruso? ¿El que murió en un accidente de avión?

—Ese mismo. Al parecer, estaba involucrado con un oligarca ruso multimillonario cuyo nombre no voy a mencionar por tu seguridad. Vlad le ayudó a trasladar su dinero a paraísos fiscales en el extranjero a cambio de una pequeña comisión.

—Déjame adivinar, ¿lo trasladaron a las Islas Caimán?

—Qué típico de los noventa, cariño. No, lo trasladaron todo a Liechtenstein. En fin, Vlad trabajaba felizmente para ellos y, de repente, ¡bum! —Chasquea los dedos—. Desapareció.

Me quedo sin aliento.

—¿Lo mataron porque sabía demasiado?

—¿Qué? —Frunce el ceño—. No, cariño. ¿Por qué iban a hacerlo? Él hacía su trabajo sucio y era tan corrupto como ellos. Adoraban a ese intrigante y transgresor.

Frunzo el ceño, confundida.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Y por qué tuviste que hackear una red social?

Lily abandona la comodidad de la tumbona y corre hacia la abuela, empieza a dar vueltas alrededor de sus tobillos y se sienta junto a la silla de la abuela.

—Corrían rumores de que Vlad se estaba acercando demasiado a cierta bailarina. Ya sabes, todos los tópicos. ¿Te lo imaginas?

—Espera, ¿cómo? ¿Pensabas que Vlad te estaba engañando?

La abuela suspira frustrada, como si recordar aquello todavía le doliera.

—Una mujer siempre tiene que proteger sus intereses, y yo no puedo tener un marido en el que no confío. Por eso tuve que investigar un poco y ver qué podía encontrar.

—De ahí el pequeño incidente de piratería informática.

—Exacto.

—¿Y qué descubriste?

—Gran cantidad de información preocupante y, por lo tanto, le reservé un vuelo solo de ida al triángulo de las Bermudas.

Me quedo sin aliento.

—¿A propósito?

—¿Cómo que a propósito? Él tenía que ir de A a B, ¿no? No fue culpa mía que el avión desapareciera. Lo más probable es que fuera un error de navegación. Por desgracia, no se ha vuelto a saber nada del pobre hombre. Es una pena.

—Sí. —No recuerdo mucho de Vlad, ya que siempre estaba de viaje por trabajo y, cuando volvía, no sonreía mucho. Siempre pensé que había algo un poco extraño en él.

Nos interrumpe una mujer con vasos de café para llevar.

—Ha llegado el café —dice la abuela—. Esta es Athena, la dueña del Squashed Olive Café, que está al final de la calle. Ofrece una magnífica selección de especialidades griegas, entre las que se incluyen las *tomatokeftedes,* unas tortitas de tomate que te van a dejar boquiabierta. Esta encantadora joven me trae un café todos los viernes y charlamos un rato.

—Encantada de conocerte, Evie.

—Igualmente.

Athena tiene unos cincuenta y cinco años y lleva un vestido de flores de colores vivos y sandalias amarillas.

Nos sentamos en una de las mesas fuera e, inevitablemente, Zeus intenta sentarse en su regazo. Lo ahuyento, busco su mordedor y lo lanzo a su cama exterior. La abuela desaparece y vuelve con Pee Wee en un brazo y un libro para Athena, algo *spicy,* por lo que parece. ¡Cómo no! Me callo porque solo conseguiría otra charla sobre lo mojigata que soy y que el cuerpo humano está hecho para disfrutar hasta que mi tez se ponga tan roja como una *tomatokeftede* y tenga que correr colina arriba sin importar lo empinada y ardua que sea el ascenso. La abuela se sienta y el pequeño Pee Wee abre un ojo como para recordarle que lo meza como a un bebé, cosa que ella hace inmediatamente.

—¿Tienes pensado quedarte en Santorini mucho tiempo, Evie?

Bebo un sorbo de café con tanta fuerza que me impide pensar con claridad. Una vez que se me pasa el aturdimiento, respondo:

—Eh…, solo hasta que acabe el verano. Tengo que volver al trabajo.

—¡Ah, una mujer profesional! ¿Dónde trabajas?

Maldita sea.

—Bueno, ahora mismo estoy desempleada por causas ajenas a mi voluntad, pero tengo pensado solucionarlo.

La confusión se apodera de su rostro.

—Ya veo —dice, sin entender nada.

Caemos en un silencio habitual cuando la gente charla conmigo.

Athena no tarda en lanzarse a los cotilleos locales. Por lo que parece, están pasando muchas cosas en esta supuesta zona tranquila de la isla, desde una discusión sobre quién tiene los tomates más dulces (Athena) hasta una pelea entre adolescentes por un reloj inteligente que ha desaparecido. Una vez resuelta esa situación, surge otra. Nethra le ha echado a Xenia mal de ojo, también conocido como *mati,* aunque no se puede demostrar de forma inequívoca. Esto ha dividido al pequeño pueblo entre los que dicen que Xenia se lo merecía y los que no están de acuerdo.

Respiro aliviada por no tener que intervenir y me relajo en mi silla. Saco el teléfono para ver si hay alguna respuesta a mis solicitudes de trabajo o un correo del documentalista Val, de Olympus Media. Nada. Mi bandeja de entrada está vacía. Una hazaña que habría celebrado en Los Ángeles. Guardo el móvil, decidida a no dejar que la falta de respuesta me desanime. Estas cosas llevan su tiempo; son gente ocupada. La abuela me necesita, así que en realidad es una bendición disfrazada. O eso es lo que me digo a mí misma.

Cuando oigo a Athena decir el nombre de Konstantine, vuelvo la mirada hacia ellas, que han bajado la voz hasta convertirla en un susurro.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero se rumorea que anoche le vieron gastando mucho dinero en el casino de Corfú.

La abuela se ríe, pero su energía cambia; sus hombros se tensan.

—No es posible, cariño. Hablé con él por el teléfono satelital y anoche estaba en la plataforma petrolífera.

—La persona que me lo ha dicho parecía estar muy segura de ello; eso es cuanto puedo decir. —Athena levanta las palmas de las

manos.

—¿Quién es esa persona?

Athena se sonroja.

—Maria.

La abuela arquea las cejas.

—¿Maria, la esposa de Yannis, mi casero?

Con una pequeña tos, Athena asiente:

—Sí, esa Maria.

—¿La Maria de los *loukoumades*? —¡No puede ser! Hacía esos buñuelos griegos con mucho cariño. Se notaba en cada bocado. Una persona que cocina tan bien no puede ser una chismosa, ¿verdad?

—Están difundiendo estos rumores difamatorios con la esperanza de manchar aún más mi reputación. Qué jugada tan sucia. No creo que pretendan conseguir otra cosa que alejar a la gente de mi negocio, lo que perjudica aún más su causa.

¿Podría ser cierto?

Por fuera, la abuela parece que está tan tranquila como siempre; sin embargo, si la conoces tan bien como yo, te das cuenta de cómo se le tensa la mandíbula y del ligero cambio del tono de su voz, que indica que hay más de lo que parece. Nunca cuestionaría a la abuela delante de una amiga, pero pienso hacerlo cuando se vaya su invitada.

—Lo siento, tienes razón. No puede ser él. Debería habérselo dicho directamente. —Athena juega con un hilo suelto de su vestido.

—No tienes por qué pelearte por mí, cariño. No le des más vueltas.

La conversación pasa a temas más alegres hasta que Athena se marcha. En cuanto se aleja, me concentro en la abuela:

—¿Era él el del casino?

—¡No empieces!

—Era él, ¿verdad?

—No es tan fácil, Evie. Y ahora mismo no puedo entrar en detalles.

—Abuela.

Ella suspira:

—Si de verdad quieres ayudarme, cariño, entonces elabora un plan de lanzamiento para Epeolatry. Los fondos, o la falta de ellos, son uno de los mayores problemas a los que me enfrento ahora mismo. Las cuotas de los socios nos mantendrán a flote hasta que se me ocurra la segunda fase de mi plan.

La segunda fase. Dios mío.

—¿Eso es todo? ¿No vas a contarme qué está pasando en realidad?

—Es complicado.

Resoplo como el lobo feroz, aunque sé que a la abuela no le importará lo más mínimo. Es muy reservada cuando quiere.

—Vale. Pero cada vez será más difícil mantener alejada a la policía de la diversión. Ya sabes cómo es mamá, lo descubrirá.

—Miente, cariño. Como hemos descubierto, se te da muy bien cuando quieres.

Maldita sea, me tiene pillada por ahí.

—Está bien. Pensaré en un plan de lanzamiento, pero tienes que prometerme que me lo contarás pronto.

Me despide con la mano, mirando distraídamente al mar azul profundo.

—Claro, claro. Cuida de la tienda, ¿quieres? Tengo que hacer unos recados.

—¿Ahora? Pero…

—Sí, ahora. ¿Por qué?

—La primera cita falsa es dentro de unas horas. Voy a enseñarle Epeolatry y quería comentarte con todo detalle cada una de las cosas que me preocupan.

Con su espejo de bolsillo, la abuela se vuelve a aplicar brillo fucsia brillante y chasquea los labios.

—Ay, cariño, cómo he echado de menos tus neurosis. Lily es una oyente maravillosa. —Se agacha y coge a la perrita en brazos.

Antes de que yo pueda protestar por su falta de apoyo, la abuela me pone a Lily, con su cara de sabiduría, en los brazos.

—Cuéntale todo. —Y sale a toda prisa, con una energía que siempre me sorprende.

Suspiro y me pongo a hacerle cosquillas a Lily en la barriga mientras me pregunto adónde habrá ido esta vez la abuela. Lily da un gran bostezo que suena más felino que canino.

Tengo que lidiar con todo el desastre de la cita falsa y solo queda una hora o dos para que entre en pánico, pero por suerte tengo a Lily para confiarle mis secretos.

—Bueno, Lily, el tema principal es… —Echo un vistazo a la perrita que tengo en brazos.

Tiene los ojos bien cerrados y ronca suavemente. ¿Qué tiene que hacer una mujer para que le den unas palabras de aliento acerca de un romance de mentira por aquí? No hay tiempo para acobardarse y lamentarse por mis decisiones, ya que una familia de tres personas entra para echar un vistazo a las estanterías.

—Hola —les saludo—. Bienvenidos a Bibliotherapy.

Su hijo pequeño, de unos diez años, se acerca sigilosamente para espiar a Lily, que sigue dormida.

—¡Qué mono!

Hurra, habla inglés, aunque con acento griego. Tengo que aprender algo de griego coloquial para no parecer una maleducada.

—Mona. Se llama Lily. ¿Sabías que aquí se pueden alquilar perros? —Le explico la iniciativa Alquila Un Perro, y se le iluminan los ojos.

—¿Ahora? —pregunta con voz admirativa.

—Si tus padres tienen tiempo, no veo por qué no.

—Claro —dice su madre, y le aparta un mechón de pelo—. Pero sé bueno con ellos.

Llevo al niño a la zona exterior.

—Este es Zeus. Va a intentar saltar a tu regazo, así que ten cuidado. No se da cuenta de lo grande que es. Le encanta que le rasquen las orejas. Este pequeño es Pork Chop, que tiene un problemilla con…

El perro suelta un sonido que despertaría a un muerto.

—¡Ay! —se ríe el niño—. Pork Chop, ¡¿qué has comido?!

Su risa es contagiosa y, por increíble que parezca, se diría que no le importa el olor nauseabundo que deja Pork Chop al pasar.

—Sí, eso es, es muy travieso y se mete en los cubos de basura y en la despensa y es capaz de abrir la nevera con astucia, como una

especie de ladrón canino que se come todo lo que no debería. De ahí sus trastornos digestivos.

—Vaya, qué listo.

Pork Chop corre alrededor de las piernas del niño, que silba una melodía mientras el perro le da vueltas.

Los dejo solos. Su risa me sigue cuando entro en la tienda. Voy a ver si sus padres necesitan ayuda para encontrar un libro. Me preguntan por la iniciativa Alquila Un Perro y les gusta tanto la idea que dejan un donativo para los perros del refugio.

Resulta que se me da muy bien relacionarme con la gente cuando se trata de niños. De perros. Y de ratones de biblioteca. Es con el resto de la sociedad con quien tengo problemas. La pareja me sonríe, así que relajo los hombros y vuelvo a mi personalidad habitual. La de la bibliófila. Acompaño sus compras con unos marcapáginas y les digo que pueden quedarse en la zona llamada Musas todo el tiempo que quieran.

Estoy en una nube cuando Roxy entra y se apoya en el mostrador. Piso otro misterioso charquito. Antes de que pueda determinar qué es, Roxy dice:

—¿Vienen muchos hombres por aquí? —Tiene un encanto especial, con sus trenzas al estilo de la princesa Leia y su mono corto de mezclilla. Un estilo punk y atrevido. Si yo llevara ese atuendo, probablemente parecería un pintor de brocha gorda en paro.

—Eh…

—Guapos, claro está.

—¿Hombres guapos? ¿Por qué?

—No quiero saber nada de las *apps* de citas, los bares de playa y los turistas que solo quieren rollos de vacaciones. Necesito un hombre de verdad, con sustancia. Un hombre que devore los libros. Un hombre que vaya a la playa a leer, no a mirar a otras mujeres. Como el chico del otro día que organizó el reto de la librería para su novia. Quiero al tipo de hombre de ensueño que aparece en las novelas románticas.

—Menuda lista. ¿Existe un hombre así? —Me viene a la mente la imagen de Georgios tumbado en la playa, con una novela romántica

en la mano. ¿Es él el hombre ideal?

—Claro. El tipo de hombre que te regala un ramo de libros, sin motivo alguno.

Mi cuerpo se tensa.

—¿Qué es un ramo de libros? —Si son flores hechas con páginas de un libro, voy a tener que decir lo que pienso.

Destruir un libro precioso por capricho es un crimen y tendré que defender esos ejemplares inocentes que nadie volverá a leer. La venta de libros está plagada de este tipo de profanaciones.

Ayer mismo, un cliente me pidió un libro de tapa dura para hacerle un agujero y esconder un anillo de compromiso. Es romántico, sí, pero ese libro quedará arruinado para siempre, asesinado en nombre del amor. Un crimen pasional. Ni hablar. Tuve que despedir a aquel hombre con una pequeña mentira piadosa, diciéndole que nuestros libros de tapa dura eran solo para exposición, y le solté un severo sermón acerca de que los libros también tienen sentimientos, aunque sean objetos inanimados. Estoy segura de que la abuela lo habría entendido, si hubiera estado aquí.

Roxy se echa hacia atrás. Me encanta su dramatismo, encajaría perfectamente en mi familia. Me resulta familiar. Me hace sentir segura a su lado. Como si pudiera confiar en ella. Sé que no seré el blanco de sus bromas cuando yo no esté delante, ese tipo de cosas.

—¿No sabes lo que es un ramo de libros y te dedicas a vender libros?

—Soy nueva en el comercio minorista.

—Ah, claro. —Asintiendo con la cabeza, añade—: Es una selección de libros que se envuelve y se presenta como si fuera un ramo de flores.

Exhalo un suspiro de alivio, apretándome el corazón. ¡Ningún libro morirá!

—¡¿A quién no le gustaría que le regalaran un ramo de libros?! ¿Quizá podría hacer algunos para venderlos en la tienda?

En lugar de comprar un solo libro, los clientes se sentirían tentados de comprar un *pack.* Sería una idea estupenda para regalos de cumpleaños, el Día de San Valentín, las vacaciones y para celebraciones.

—Deberías hacerlo. Puedes añadir otros detalles, como marcapáginas, separadores para anotaciones, lamparitas para leer… La lista es interminable.

Anoto las ideas.

—Tenemos unos cuadernos con tarjetas de biblioteca preciosos; quedarían muy bien en un ramo de libros ambientado en una biblioteca.

—¡Sí! Tomemos un café y pensemos en temas para los ramos de libros. Pero primero, volviendo a mi pregunta, ¿qué posibilidades tengo de encontrar aquí a un hombre del que me enamore? ¿Cuál es la proporción aproximada entre hombres y mujeres?

Roxy es lo bastante excéntrica como para que me caiga bien.

—Por desgracia, la proporción es de aproximadamente setenta a treinta. Y, de esos treinta, veinte ya están casados y son padres. Así que eso deja un diez por ciento que posiblemente estén solteros. Algunos son griegos mayores, un granjero jubilado al que le gusta desordenar los colores de los libros, un guitarrista que viene cada mañana a preguntar si he visto a Helena y un anciano que lleva chaleco y ata su burro en la puerta mientras me da órdenes en griego.

—¿Qué dice?

—Ni idea. No hablo griego.

Ella se ríe y niega con la cabeza.

—¿Y qué haces entonces?

—Nos comunicamos con mímica. Hasta ahora, le he traído café, agua para el burro y ayer le di un libro de segunda mano sobre cómo criar ovejas felices en Nueva Zelanda.

—¿Por qué?

—No encontré ninguno sobre burros.

—Eres muy graciosa.

—Vale.

—¿Y el guitarrista, ha encontrado a Helena?

—Creo que Helena quizá está muerta.

—Dios mío.

—Sí. O eso, o le ha dejado.

—Bueno. —Roxy saca un taburete de detrás del mostrador, como si hubiera estado allí mil veces—. Esos porcentajes no me auguran nada bueno, pero soy una optimista empedernida y estoy dispuesta a esperar. ¿Qué mejor lugar para matar el tiempo que un sitio tan maravilloso como este?

—Entonces, vamos a necesitar una cafetera grande. Tú vigila la tienda, y yo prepararé el café.

Me acerco a la villa de la abuela y saco aceitunas, los mejores tomates de Santorini (si le preguntas a Athena), verduras encurtidas, hummus y pan de pita, y preparo una bandeja de *meze,* sonriendo todo el tiempo. Este paraíso veraniego realmente me ha dado energía.

Como siempre, la abuela ha hecho magia en este pequeño pueblo perdido que está encaramado en lo alto de un acantilado. Los ratones de biblioteca suelen olfatear un paraíso para los amantes de los libros en un radio de veinte kilómetros, y poco a poco están descubriendo Bibliotherapy. Si conseguimos aguantar lo suficiente como para recuperar los gastos y el alquiler, si logramos mantenernos a flote el tiempo necesario para no hundirnos, este podría ser el refugio con el que la abuela ha soñado durante mucho tiempo. No solo para su disfrute, sino para el de todos los amantes de las palabras que también necesitan un hogar. Un lugar en el que puedan sumergirse en los libros a solas o compartir la alegría con otros bibliófilos.

Si nos basamos en Roxy, vamos a tener una mezcla bastante ecléctica y solo espero que el tiempo nos dé un periodo de gracia para lograrlo.

Capítulo 10

Es la hora de la cita falsa y no me queda nada más que hacer que pensar en todas las formas en que puedo hacer el ridículo. Empezando por mi elección de vestuario. Me arrepiento de no haberle pedido consejo a Roxy, aunque, pensándolo bien, me habría preguntado por el hombre, y es mejor que no le diga nada por ahora, no sea que yo lo estropee todo. Y, por cómo voy con la elección del atuendo, es muy probable que lo eche a perder.

Hasta ahora me he probado un vestido de flores: demasiado alegre; un vestido negro: demasiado fúnebre; unos *shorts* vaqueros, ni hablar. Estoy a punto de cancelarlo todo cuando encuentro un sencillo vestido blanco de lino con un cinturón trenzado: perfecto.

Me peino, me maquillo, me pongo unas sandalias de tiras de cuero y me miro al espejo. El sol de Santorini me ha dado color a las mejillas y parezco un poco más alegre de lo habitual. ¿Será que este lugar me sienta bien? Hay algo en la vida isleña que hace que incluso una persona hogareña como yo quiera salir a explorar, tomar el sol y ver romper las olas, completamente hipnotizada por cómo un lugar puede ser tan impresionante.

Me dirijo a la villa de la abuela para buscar unas joyas que ponerme. En su tocador, veo una serie de bonitos frascos de perfume. Elijo uno y me lo rocío en la cara interna de las muñecas. Es un aroma salvaje y evocador a ron especiado, cedro y cítricos. La abuela es realmente una mujer de mundo. Incluso sus perfumes son exóticos, como ella. Rebusco en su joyero y encuentro unas pulseras de madera que quedan bien con la ropa que llevo. Busco a ver si hay unos pendientes a juego, pero me doy cuenta de que quizá sea demasiado. Justo cuando estoy a punto de cerrar la tapa, veo un trozo de papel arrugado.

No debería leerlo. Probablemente no sea nada. Un recibo. Una lista de la compra. El número de teléfono del fontanero.

La curiosidad puede más que yo y lo desdoblo rápidamente.

«No te fíes de tu marido».

¿Qué significa? ¿Está teniendo una aventura con otra mujer? ¿Con la mujer con la que lo vieron en Corfú? Seamos realistas, la diferencia de edad es preocupante, y a la abuela no le gustan los hombres infieles. A una persona así le puede pasar cualquier tipo de accidente.

Mi corazón late con fuerza por mi traición. A la abuela no le importaría que le cogiera prestadas sus cosas, pero no le gustaría que husmeara. Espero que no sea ningún otro asunto más complicado, como que se le haya acabado la suerte, con tantos detectives investigando a uno de sus queridos maridos fallecidos, incluido el más reciente, Konstantine, por quien cada día que pasa estoy más preocupada de que tal vez ya no esté en este mundo.

No hay tiempo para pensar en todo eso: pronto llegará Georgios.

Las pulseras tintinean cuando cierro la puerta del dormitorio de mi abuela y salgo corriendo hacia la librería para encontrarme con mi cita de mentira. Mi estómago intenta rebelarse, hasta que me recuerdo que todo esto es fingido, por lo que no tengo nada de qué preocuparme.

—Evie —dice él, apoyándose en la frescura de la pared de piedra —. Estás preciosa.

—Yo… te acepto el cumplido. —Dios mío. Qué mal se me da recibir halagos.

Y también se me dan fatal las situaciones extrañas como esta en la que me encuentro ahora. ¿Por qué pensé que quedar aquí era buena idea?

Se protege los ojos del sol, que se hunde lentamente en el horizonte.

—Entra, entra. —Abro la puerta y lo guío por el interior de Epeolatry.

Observo su expresión mientras lo contempla todo. Al igual que en mi primera visita a la biblioteca, el asombro es evidente en cada línea y cada rasgo de su rostro.

—Guau.

El aire está impregnado del aroma terroso de los libros encuadernados en cuero. El perfume de las bibliotecas y las librerías anticuarias. Un almizcle embriagador y envolvente que provoca una sensación de confort en quienes lo reconocen.

—Eso más o menos lo resume todo —digo riendo, sin saber muy bien cómo continuar.

¿Alcohol? Para adormecer los sentidos… ¿Qué podría salir mal? Me viene a la mente un recuerdo de mi última primera cita. Bebí para armarme de valor y acabé explayándome sobre los muchos caprichos de la etiqueta de las primeras citas, acerca de la cual teníamos ideales muy diferentes. Terminé bebiendo sola y contándole al camarero lo difícil que era encontrar un héroe como los de las novelas románticas.

Al final, después de cantar a gritos en el karaoke del bar la letra de «I want to know what love is» me marché a casa. Al día siguiente, mi improvisada actuación se hizo viral en el TikTok de un desconocido y juré mantenerme sobria en todas mis citas futuras. ¿Cómo es posible que sea legal grabar a una persona que se encuentra en semejante estado sin su permiso? Le habría demandado, pero la idea de que mi familia viera el vídeo me lo impidió. Posy nunca me dejaría olvidar algo así. Menos mal que no tiene TikTok. Así que nada de cócteles para mí.

«Los libros, concéntrate en los libros».

—¿Cómo se le ocurrió a Floretta esta idea? —Georgios rebosa amor por todos los poros, como si se hubiera enamorado de Epeolatry.

Cualquier hombre que adore las palabras es bueno a mis ojos, y quizá pueda llevar a cabo este plan si compartimos esta gran pasión: la literatura.

—La abuela siempre ha sido una amante de las palabras, de su ritmo, de su forma. De ella heredé mi amor por la lectura. Cada vez que ella regresaba a Brooklyn, su hogar, después de uno de sus viajes por el mundo, leíamos juntas. Ella me mostraba la melodía de una frase determinada y cómo el pulso de las letras daba a una palabra su propio latido. Nunca había oído hablar de algo así. Hacía

que mis libros de cuentos fueran míticos, mágicos, que casi estuvieran vivos. Y desde aquellos primeros cuentos de hadas quedé enganchada.

Se sienta en un taburete de la barra, con expresión contemplativa. Solo está aquí a medias, la otra mitad está en el país de las historias. Donde las palabras importan. Y el orden en que llegan también.

Me meto detrás de la barra a preparar una copa para cada uno y dejo que Georgios se empape del ambiente. Leo la carta de cócteles literarios y elijo el Sófocles para mi cita. ¿A quién no le gusta un poco de tragedia griega en su bebida? Para mí, preparo el Maya Angelou, que es un poco más suave, ya que es un cóctel sin alcohol. Aunque me tienta beber con él, debo mantener la cabeza fría y, en situaciones como esta, el alcohol no ayuda. Al minuto siguiente, le estaría contando a Georgios todos los pensamientos que revolotean por mi mente embriagada.

Le paso el cóctel y él me da las gracias. Retrocede al dar el primer sorbo. Estoy acostumbrada a prepararlos al estilo de mi abuela, con más alcohol y menos refresco.

—¿Demasiado fuerte?

Tose.

—No, está genial. Un poco de fuego en la garganta nunca le ha hecho daño a nadie.

—Es por Sófocles: se supone que debe ser dramático. ¿Quieres que te enseñe el sitio?

—Claro.

Dejamos las bebidas en la barra y él me sigue. Le enseño la colección de libros raros que mi abuela ha conseguido, cuidadosamente guardados en una vitrina con temperatura controlada para mantenerlos en perfecto estado pese al caluroso clima griego.

—Son magníficos. ¿Están solo en exhibición?

—No exactamente.

Me mira con curiosidad.

—¿Qué es este lugar, Evie? Es más que un bar; es un lugar demasiado especial para los bañistas.

—Demasiado especial. Es un bar-biblioteca nocturno llamado Epeolatry, que significa «adoración de las palabras». La abuela ha tenido la gran idea de organizar una fiesta de inauguración por todo lo alto. Los clientes tendrán que pagar una cuota de socio, anual, mensual o semanal, para poder mezclarse con los lugareños y los turistas. Es un club exclusivo para bibliófilos, donde pueden leer libros raros, escuchar *jazz* en directo y tomar cócteles literarios, además de utilizar el espacio para eventos. Deja que te enseñe más cosas.

Lo llevo por el curioso pasillo. Las paredes están decoradas con obras de arte. Entre ellas hay arcos abiertos que conducen a pequeñas salas, amuebladas con la misma estética, con estanterías que cubren las paredes del fondo.

—Estos espacios están pensados para clubes de lectura o eventos con autores. Reuniones íntimas entre amigos. Fiestas de compromiso. Proposiciones de matrimonio. Todo vale. Se pueden correr unas pesadas cortinas de terciopelo para tener más intimidad. Cada sala está especializada en un género: romance, poesía, historia, clásicos…

Georgios se acerca a las estanterías y saca un libro.

—¿De dónde ha sacado todos estos libros?

—Son todos de su biblioteca personal. Una colección que ha reunido a lo largo de su vida. Para mí es muy especial que esté dispuesta a compartir sus tesoros con personas afines que comprenden el valor de algo como esto.

Y esto me indica que la abuela se toma muy en serio lo de Santorini. En todos sus viajes, nunca se ha llevado consigo sus objetos más preciados. Una parte de mí se alegra de que esté rodeada de sus libros; sin embargo, otra parte se entristece porque la abuela no se queda en su apartamento de alquiler controlado en Brooklyn, Nueva York. Ha sido su hogar desde que tengo memoria y hemos vivido muchas aventuras juntas cada vez que ella regresaba de uno de sus viajes al extranjero (y posiblemente tras dejar atrás a otro marido fallecido) para sumergirse en la Gran Manzana durante un tiempo hasta que el destino volvía a llamarla.

Ya no iremos cogidas del brazo a comer *pizza* a Lombardi's, donde la abuela recordaba su primera visita a Nueva York en los años sesenta. Ya no habrá más patinaje en el Rockefeller Center, donde la abuela se cogía del brazo de cualquier guaperas que le gustara y se aprovechaba de su condición de anciana para ligar y acercarse a él. No volveremos a colarnos en exposiciones de arte para beber champán gratis y actuar con altivez, como si fuéramos coleccionistas lamentándonos por el conflicto que nos provocan las pinceladas rojas. Aunque me da un poco de pena que la abuela haga de este lugar su hogar definitivo, también me alegro de haber vivido tantas locuras con ella.

Quizá vaya a vernos de vez en cuando, pero no será lo mismo que cuando duermo en su apartamento y pasamos toda la noche viendo comedias románticas, comiendo palomitas de caramelo y galletas con *chips* de chocolate y puntuando a los protagonistas en una escala del uno al diez: yo, por su código moral, y la abuela, solo por su aspecto.

Aquí, en Santorini, crearemos nuevos recuerdos, si conseguimos estabilizarnos lo suficientemente rápido.

—¿Por qué no me habías enseñado este lugar antes, Evie? Esto lo cambia todo. Ahora entiendo por qué Floretta ha gastado tanto dinero en las reformas y por qué lo protege con tanto ahínco. Tendré que convencer a mi abuelo. —Al decir esto, su rostro se contrae como si le doliera.

—¿Qué significa esa mirada?

O se trata de malas noticias sobre las motivaciones de su abuelo, o le he envenenado accidentalmente con el cóctel literario Sófocles. Los accidentes con veneno son mucho más comunes de lo que uno pueda creer.

El tercer marido de mi abuela, Riku Shenjuku, se acostó después de una encantadora cena de aniversario con mi abuela en un restaurante de *sashimi* en Tokio. Seis horas más tarde amaneció muerto. Se cree que su sencillo plato de pez globo no estaba bien preparado y que ingirió la toxina tetrodotoxina. La abuela quedó destrozada, pero por suerte no había compartido el plato porque no come pescado ni marisco. Bueno, al menos no esa noche.

—Escuché a mi abuelo hablando con un amigo y dijo que, si no pagaban pronto el alquiler, se plantearía vender la propiedad. Está cansado de preocuparse por eso y, a su edad, comentó que prefería tener el dinero en el banco antes que perseguir a los inquilinos por impagado.

—¡Oh, no! No puede vender este sitio, no, después de todo el dinero que ella ha invertido en la reforma. Esto es un desastre. —Dios, ¡¿por qué tengo que ser tan pobre?!

—Es que… casi lo arrestan por alterar el orden público. Eso lo ha afectado un poco. Ha sido un ciudadano respetuoso con la ley toda su vida.

Trago saliva, sabiendo que esa farsa la había orquestado la abuela para mantenerlo a distancia. ¿Había tenido ella en cuenta que podría empujarlo demasiado en la dirección contraria? Normalmente planea todo.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de la abuela, pero la han arrestado al menos once veces por alterar el orden público, y eso solo hasta donde yo sé. ¿No podemos culparla directamente a ella y asegurarle a tu abuelo que sigue siendo un buen hombre, y que vender nunca es la solución cuando se trata de inversiones inmobiliarias? —Mi voz se eleva a medida que me va invadiendo el pánico—. ¿Cambiaría algo si ella le enseñara Epeolatry?

La situación se vuelve desesperada de repente y, una vez más, me quedo perpleja ante la forma en que la abuela se ha metido en este lío.

Con un encogimiento de hombros, Georgios responde:

—Lo dudo. Se supone que es mi herencia anticipada, pero él la retiene hasta que me case. A todos los demás nietos ya les ha dado la suya.

—¡Pues dile que lo aceptas tal cual! ¡Así, sin más!

Me dedica una sonrisa triste.

—Pero viene con muchas condiciones, Evie. Y el matrimonio es una de ellas. Es muy anticuado, pero así es como piensa.

—Vale, entonces eso queda descartado por ahora. —Por mucho que quiera a mi abuela, casarme de mentira con este hombre para conservar la librería no me hace ninguna gracia—. Si conseguimos

aumentar las ventas de la librería y ponerla en marcha, quizá podamos convencerlo de que no se precipite.

Nos miramos fijamente, y en ese momento el sol irrumpe en el horizonte en medio de una nube naranja. Incluso los colores son más brillantes aquí, más vivos.

—Estoy seguro de que Floretta y tú podéis conseguirlo. Aunque esta parte de la isla es más tranquila, sigue habiendo muchos turistas y excursionistas. Se trata de dar a conocer la librería, de informar de que este lugar existe y de que es la parada perfecta para comprar libros que leer en la playa. En cuanto a Epeolatry —añade con un tono melancólico—, ¿quién no querría pasar una o dos tardes aquí? Se trata de correr la voz para que la gente os encuentre.

Tiene razón. Es bastante probable que hayamos perdido cientos de oportunidades simplemente porque la gente no sabe que en lo alto del acantilado hay un auténtico tesoro de novelas esperando a encontrar dueño.

—El lanzamiento tiene que ser a lo grande. El nombre «Epeolatry» debe estar en boca de todos, para que, cuando un turista pregunte, se le pueda dirigir aquí. Eso será lo que determine si todo esto es viable o no. El único problema es que no soy muy fiestera, así que, en lo relativo a la organización, no sé por dónde empezar.

Lo que omito es el hecho de que evito de manera sistemática todas las fiestas, como norma general. He tenido todos los virus estomacales debilitantes que te puedas imaginar. He pasado por la covid varias veces. Tres muñecas rotas y dos piernas rotas. Herpes zóster. Un pequeño incendio en mi apartamento. Dos Tamagotchis muertos. Tres secuestros y una resaca literaria grave.

Y eso solo en el último año o dos, por lo que no tengo experiencia en lo que se espera de una fiesta, menos aún de una que tiene que ser importante y que tiene que dar que hablar en la ciudad. ¿La gente sigue diciendo «fiestas importantes»? Ni idea.

—Vale, puedo ayudarte a planificar el lanzamiento si quieres. He participado en muchas campañas publicitarias a lo largo de los años.

Apuesto a que él también es el alma de la fiesta siempre.

—¡Eso sería genial! ¿Crees que podemos poner uno de esos carteles que dicen: POR FAVOR, MÁRCHENSE ANTES DE LAS DIEZ?

Va a decir algo, pero se detiene.

—¡Es broma! ¡Era una broma! A menos que creas que podríamos hacerlo. En ese caso, estoy totalmente a favor.

Esta vez, la risa brota de él como una ráfaga de ametralladora. Cuando se calma, dice:

—Solo tenemos que asegurarnos de que no se ponga ningún cartel de SE VENDE en la fachada antes de que Floretta consiga sus objetivos aquí.

Vuelvo a la realidad de golpe. Hay mucho más en juego con la amenaza inminente de que Yannis podría llegar a desentenderse de la propiedad. No puede suceder.

Tendré que intensificar el romance con Georgios. Seguro que su abuelo no se plantearía vender si supiera que Georgios y yo estamos locamente enamorados. Aunque va totalmente en contra de mis principios para una primera cita y supone un gran salto fuera de mi zona de confort, más bien un salto de longitud, me lanzo sobre Georgios y pego sus labios con los míos. Sabe dulce, a la granadina del cóctel.

Es un beso casto, en lo que a besos se refiere —los labios cerrados son mi límite en este momento—, pero una emoción me recorre todo el cuerpo por mi osadía. Una sensación de calor me envuelve cuando él baja la mano hasta mi cadera y me atrae hacia sí. Un momento después, separo mis labios de los suyos. Los dos tenemos los ojos muy abiertos y respiramos con dificultad. Él parpadea dos veces. Yo sonrío, de forma un poco mecánica, pero es lo máximo que puedo hacer en estas circunstancias. Acabo de romper una de mis reglas fundamentales para una primera cita y siento una especie de abandono desenfrenado. Como si incluso pudiera intentar besarlo con los labios abiertos, aunque me lo pienso mejor. Eso sería ir demasiado lejos.

El corazón me golpea las costillas, pon-pon-pon, como si acabara de cometer un crimen en lugar de besar inocentemente a un tío bueno. ¿Es la artimaña lo que hace que mi cuerpo reaccione así, o el

hecho de que él sea atractivo? Ah, no, es que estoy rompiendo mis propias reglas. Incluso mi mente está confusa y me estoy haciendo un lío yo misma cuando está bastante claro que… Pierdo el hilo de mis pensamientos cuando me lanza esa mirada seductora, una mirada sensual y cargada de significado que antes creía que solo existía en la ficción. ¿Qué está pasando? Él parece dispuesto a atraerme hacia sí y besarme de forma apasionada. Posiblemente con la boca abierta, y eso podría llevar a Dios sabe qué más. Todo va demasiado rápido. ¡Demasiado pronto! ¿Y si le devuelvo la pasión de una manera caótica y febril? No puede suceder de esta manera.

—Ay, lo siento… —«Necesito una buena excusa»—. No puedo ir a cenar, Georgios. Es que… se me había olvidado que he dejado una olla puesta en el fuego. —¿Qué?—. Y tal vez se esté derramando el caldo y causando un desastre. Lo último que necesitamos es que se queme la casa, ¿no?

¡Perfecto! El viejo truco de la olla en el fuego que nunca falla.

Hago una mueca de sonrisa para dar a entender que, si no tuviera que lidiar con este drama de la olla hirviendo, estaría perfectamente a gusto con esa mirada lujuriosa que me lanza. Espero que sea comprensivo, aunque en lugar de eso me dedica la misma sonrisa, como si le divirtiera. ¿Por qué demonios le hace gracia un posible incendio? No hay tiempo para quedarse a preguntárselo, ya que aún estoy a su alcance y mi corazón late con fuerza, sin importarle que yo vaya a necesitar que siga latiendo durante otros cincuenta años más o menos. Hago lo que mejor sé hacer.

Echo a correr.

Hasta que llego a la librería, donde paso a trotar lentamente y, al final, a caminar. La culpa es de los latidos excesivos de mi corazón. Apenas puedo recuperar el aliento, ya que la sangre debe de estar acumulándose alrededor del órgano para mantenerme con vida cuando necesito que circule por todo mi cuerpo. Vaya. ¿Qué me está pasando? Estoy mareada. Aturdida.

Dentro de mi villa, me dejo caer sobre la cama para que mi cuerpo recupere el ritmo y vuelva a funcionar con normalidad. Para tratarse de una primera cita, no estoy segura de que haya sido un éxito, pero tampoco ha sido un desastre total. ¿O sí?

Gruño. ¡Literalmente he huido de él cuando se suponía que debía cortejarlo! Cortejarlo como si mi vida dependiera de ello. ¿Y si ahora cambia de idea sobre mí? Puede que haya causado un daño inimaginable. ¿Cómo lo arreglo?

¡Le enviaré un mensaje! Se lo explicaré. Esto tiene arreglo.

«Siento haberme ido tan bruscamente…».

De verdad, tendré que seguir con la excusa de la olla. Si no, va a pensar que soy inestable. Quizá ya lo piense. Lo pasaré por alto, fingiré que todo está bien. Borro la frase y vuelvo a empezar el mensaje: «Crisis abortada. Ninguna olla ha sufrido daños durante la redacción de este mensaje. Hoy ha sido un día divertido. Espero que se repita. Evie».

Capítulo 11

Detrás del mostrador, mi teléfono vibra. Cuando veo que es una videollamada grupal de casa, dejo a la abuela en la librería y me dirijo a mi villa.

—Hola, mamá. Posy.

—Ayer llegó el extracto bancario de la abuela. —Mi madre acerca la cara a la cámara y baja la voz como si fuera a revelar información confidencial—. Aunque en teoría es un delito, lo abrí.

—Nada de «en teoría» —dice Posy—. Es fraude postal.

—Robo de correo, si te pones tan puntillosa. —Mi madre pone los ojos en blanco—. En fin, la cuestión es que la abuela está hasta el cuello de deudas; tiene pagos atrasados. ¡Atrasados! ¿Cómo es posible?

¡Oh, no! Sabía que tarde o temprano se acabaría enterando, pero no pensé que le fuera a ser tan fácil. ¿Por qué la abuela no redirigió el correo si quería ocultarle a mamá sus excesivos gastos? Es un error de principiante, y ella es demasiado lista para cometerlo.

—Las reformas no son baratas —respondo—. Si vieras este lugar, lo entenderías. El coste de enviar cosas a una isla es exorbitante. Solo necesita recuperar algo de dinero, eso es todo. Te enviaré unas fotos mejores de lo que ha hecho y lo verás.

—Las fotos están muy bien, pero se suponía que esos fondos eran para su jubilación.

—Al igual que tú, la abuela nunca se jubilará. Ha invertido en Santorini, mamá. Este lugar es mágico, precioso de verdad, y es donde quiere quedarse a largo plazo.

—¿Por qué se ha gastado todo de esa forma? No le queda ni un centavo. No es propio de ella.

—¿Quizá la abuela ha traspasado el dinero a otra cuenta bancaria? —dice Posy—. Dios, espero que no se haya vuelto a meter con la mafia.

Mi madre deja escapar un gemido.

—¡Lo que nos faltaba! Dijeron que la próxima vez no serían tan indulgentes.

La abuela se vio envuelta en un plan con unas máquinas tragaperras y ganó un montón de dinero. Por desgracia, dejó fuera al otro inversor, un mafioso, alegando que Billy el Nudillos no había cumplido su parte del trato. Mi madre se involucró y solucionó algunos de sus problemas legales, y la abuela conservó todos sus dedos. Aprendimos por las malas que no se puede traicionar a la mafia, aunque se lo merezcan.

—No le digas que he abierto su correo.

Posy sonríe.

—La abuela no nació ayer. Puedes apostar lo que quieras a que sospecha que vas a contratar a un contable forense para que lo revise todo.

Mamá se sonroja.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—No tienes su permiso —contesta Posy—. Supongo que habrá movido el dinero para que no puedas rastrear sus gastos. Y probablemente llamará a la policía para ralentizar tu investigación.

Mi madre se estremece.

—Y ella disfrutaría mucho con eso. Ver que me esposan y me llevan como si fuera una de mis clientas. ¡No quiero ni pensarlo! Prométeme que no le vas a decir nada por ahora, pero vigílala como un halcón, Evie.

Mi mente se desvía hacia la nota que encontré en la habitación de la abuela en la que decía que no se podía confiar en su marido. Después del fiasco de la primera cita falsa, casi lo había olvidado. No me atrevo a decirle nada a mi madre ni a Posy, aunque voy a sonsacarle alguna respuesta a la abuela. Puede que tenga algo que ver con este último problema.

—No quiero que acumule más deudas.

Posy se burla, pero antes de colgar le prometemos a mamá que no diremos nada.

Regreso a la librería y la cabeza me va a mil por hora. Si le digo a la abuela que mamá ha abierto su correo, probablemente llamará a la policía solo por diversión. ¿Pensaría también que estaba husmeando cuando encontré la nota arrugada?

—Mamá sospecha. —Bebo un trago de agua. Tanto secreto me seca la boca, por la adrenalina.

—Esa mujer nunca deja las cosas en paz. Nunca hubiera imaginado que mi propia hija fuera tan fisgona. Es la abogada que lleva dentro. Seguro que está revisando mis extractos bancarios como si fuera una contable forense.

Me atraganto con el agua.

—No te molestes en encubrirla. Sé perfectamente cómo es. Esa mujer nunca ha entendido mi estilo de vida y sigue esperando que siente la cabeza a mis ochenta y tres años.

No es el momento adecuado para sacar a relucir la nota que encontré. La abuela pensará que todas estamos conspirando contra ella.

—Mmm, vale. —Pienso en la llamada y en los problemas en los que se ha visto envuelta la abuela anteriormente—. ¿Hay mafiosos en Santorini?

—¿Mafiosos? No. ¿Por qué? —Hay un atisbo de desafío en sus ojos, como si estuviera lista para la segunda ronda con ellos.

La abuela no se tomó muy bien que mamá se entrometiera en todo el asunto de las máquinas tragaperras. Insistió en que, si le hubieran cortado los meñiques, su nuevo apodo habría sido algo así como Floretta Cuatro Dedos, lo que le habría granjeado mucho respeto en la calle, porque habría vivido para contarlo, algo que muchos no habían podido hacer.

—Por nada, curiosidad.

—Lo único que tienes que hacer es mantener contento a Georgios, y yo me encargo del resto.

—Eso es «lo único» —digo con una sonrisa.

No me atrevo a contarle la amenaza de Yannis de vender. La abuela no necesita más problemas ahora mismo. ¿Cuánta presión

puede soportar una mujer, aunque sea mi formidable abuela? Lo único que tengo que hacer es mantener a Georgios contento, aunque hasta ahora no ha respondido al mensaje que le envié después de salir huyendo en mitad de nuestra primera cita. ¿Ya he estropeado nuestra relación de mentira?

Dudo si enviarle otro mensaje, pero me parece que eso sería entrar en la fase cuatro de acosadora. No, ¿no es mejor que me mantenga distante? ¿Dejar que sea él quien vaya detrás de mí? Pero ¿y si la cosa se acaba antes de empezar?

¡Dios, podía haber manuales para este tipo de cosas! ¿Quién iba a imaginar que las citas falsas iban a ser tan angustiosas como las reales?

Llega una avalancha de clientes. Echo un vistazo fuera y veo un autobús turístico del que no paran de bajar turistas. ¡Muy buena señal! Corro a meterme detrás del mostrador y ayudo a la abuela a atender. Charlamos con nuestros nuevos clientes, que nos cuentan que son de la ciudad de Cantón, China, y que están haciendo una excursión de un día por las islas griegas.

Están contentos y animados: el tipo de clientes perfecto. Hasta que me piden hacerse fotos conmigo. ¿Por qué conmigo?

—¡Eres muy guapa!

—Mmm, vale. —No soy muy dada a los cumplidos ni a las fotos, pero parecen tan simpáticos y emocionados con la idea que accedo.

Houdini aprovecha ese momento para saltar por el aire y salir en la foto. La clienta no para de reír cuando ve la pantalla y me la muestra. Parece que está haciendo salto base. Sus papadas se han hinchado con el impulso del salto y tiene los ojos muy abiertos, pero lo más divertido es la sonrisa diabólica de su cara. Me acerco para acariciarlo por haber salido tan gracioso en la foto, aunque, por supuesto, ¡puf!, ha desaparecido. Estoy segura de que alguna vez fue un perro de circo o algo así.

Los turistas siguen haciendo fotos por toda la librería y con los perros, que posan, excepto Lily, que sale corriendo a esconderse en la villa de la abuela.

Estoy ayudando a una pareja joven a encontrar guías de senderismo de Grecia cuando Roxy entra con Houdini en brazos.

—Ni te imaginas dónde estaba.

—¿Dónde?

—¡En el tejado de tu villa!

Me echo hacia atrás.

—Pero… ¿cómo? ¿Cómo ha subido allí y cómo ha conseguido mantener el equilibrio?

El techo es abovedado. No veo cómo podría haber encontrado apoyo sin caerse.

Roxy niega con la cabeza, con los ojos desorbitados, como si tampoco pudiera creerlo.

—Me ha dado un susto de muerte. Le he gritado que bajara, entonces ha saltado a mis brazos y nos hemos caído sobre la hierba. ¡Tiene sangre de temerario!

—¡Sí que la tiene! —A Houdini parece gustarle vivir al límite, como si fuera un perro acróbata.

La cola de compradores de libros crece mientras charlamos.

—Te ayudo —dice Roxy, y deja a Houdini en el suelo, con una severa advertencia de que mantenga las patas firmemente plantadas en el suelo.

Capítulo 12

Unos días más tarde, la abuela y yo estamos colocando más libros de segunda mano fuera, en las estanterías de Musas, para la iniciativa Alquila Un Perro, cuando llega Georgios.

—Buenos días —saluda.

Dios mío, a la luz del sol está que quita la respiración.

—Hola. —Concentro toda mi atención en alinear los libros de una manera simétrica. Cualquier cosa con tal de no mirarlo directamente.

No sé muy bien qué pensar del silencio que ha habido entre nosotros. Y ahora está aquí, en persona.

—Estás preciosa hoy, Evie.

Admito que quizá actué de forma precipitada al salir corriendo, pero estoy un poco oxidada en los asuntos románticos y me dejé llevar por la trama, el momento y el vértigo de tener a un hombre en mi órbita. Al menos, eso es lo que me digo a mí misma.

—Umm. —Entrecierro los ojos. No voy a mencionar el hecho de que no respondió a mi mensaje y me dejó preocupada durante días. Soy mejor que eso—. ¿Por qué no respondiste a mi mensaje? —Vaya, lo he soltado.

Probablemente me esté juzgando por besarle en la primera cita. Yo lo haría.

—Lo siento, me fui a nadar con el teléfono.

—¿Qué? ¿No encontraste a nadie que te acompañara?

Parpadea dos veces y luego se ríe:

—Ella estaba ocupada trabajando.

¿Se refiere a mí?

—Vale.

—Tuve que cambiar de móvil porque se me mojó y aquí estoy.

Puede que sea por mi lamentable historial amoroso y mi desconfianza general hacia los hombres o hacia las personas en general, pero hay algo que me hace dudar un poco. ¿Será que estoy acostumbrada a tener una vida amorosa desastrosa y estoy volviendo a ser la de siempre, o puede que él necesitara unos días para decidir si quería formar parte de las Crónicas de Evie? Y no pasa nada por eso, ¿no? Para alguien a quien le gusta pasar desapercibida, el caos parece encontrarme en los lugares más insospechados. Y qué más da, si esto no es de verdad. Guau, tengo que recordarme que lo estoy haciendo por la abuela y por ningún otro motivo.

—Bueno, gracias por explicármelo. —Me faltan las palabras en este momento de necesidad.

No es justo. Es que es demasiado para asimilar. Si esto fuera una película, se me caería algo y los dos nos agacharíamos a recogerlo y, sorpresa, nos daríamos un golpe en la cabeza, lo que nos daría un momento para mirarnos fijamente a los ojos y darnos cuenta de repente de que Cupido nos ha lanzado una flecha. Por desgracia, esto no es una película. En cambio, estas largas pausas incómodas me dan el impulso para volver a echar a correr, aunque no creo que pueda salirme con la mía dos veces.

—¡Míralos! —Se acerca la abuela, que sin duda ha visto mi vacilación—. Qué pareja tan bonita, si me permitís decirlo. ¡Hacéis una pareja perfecta!

Dios mío. Quizá esta vez sea él el que salga corriendo.

—Estoy de acuerdo —dice con una sonrisa tímida. ¡¿Cómo?!—. Soy un hombre afortunado.

¿Eh? ¡Apenas me conoce! ¿Estoy durmiendo y todo esto es un sueño? Me pellizco lo más sutilmente posible. No, parece que es real.

¿Y si se enamora de mí de verdad? Al cabo de un minuto estaré fingiendo casarme con él y tener hijos de mentira porque soy demasiado educada para decirle la verdad. Viviremos en una casa ficticia, que decoraré de forma simulada con estanterías en todas las paredes. Adoptaremos perros ilusorios con nombres imaginarios.

Siento que la sangre me sube a la cabeza. ¿En qué me he metido?

—¿Quieres un vaso de *visinada*? —le pregunta la abuela con una sonrisa empalagosa.

Ella sí que sabe sacar su encanto cuando hace falta. Mientras tanto, me pregunto cómo se llamarán mis hijos falsos. El pequeño Odiseo y… No, Evie. ¡Basta!

—Claro, pero iba a pedirte si podías dejarme a Evie un rato.

—¡Por supuesto! —dice la abuela antes de que yo pueda abrir la boca para protestar—. A Evie le encantará tomarse un descanso de la librería. La pobre no ha visto mucho de nuestra hermosa isla desde que ha llegado. —Con el hielo tintineando en la jarra, la abuela le sirve a Georgios un vaso de la dulce bebida de cereza tan popular en Grecia y se lo entrega. Él da un largo sorbo y asiente con la cabeza en señal de aprobación—. De hecho, Evie puede tener unos días…

—No pasa nada —intervengo—. Estoy aquí para ayudarte, abuela. Además, el alicatador viene esta tarde a terminar los baños de Epeolatry. Y el pintor está haciendo los retoques. Alguien tiene que vigilar los libros. ¿Y si los cogen con las manos llenas de polvo? ¿O derraman pintura cerca? Hoy hace mucho calor. Tendré que ir a buscarles algo de beber bien frío.

Mi bravuconería inicial se ha visto frustrada por lo relajado que está Georgios, como si nada de esto fuera gran cosa. Él y la abuela actúan como si fueran el mejor amigo el uno de la otra, y a él no parece importarle que yo huyera de nuestra primera cita con la excusa de la olla en el fuego. ¿Quizá mis pequeñas mentiras piadosas son terriblemente convincentes?

—Solo nos ausentaremos unas horas —dice Georgios con una sonrisa encantadora.

¿Cómo es posible que le salga tan natural? Tiene que ver con la simetría de sus rasgos, con la forma en que la luz se refleja en sus ojos oscuros y en sus dientes blancos y brillantes. Ojalá existiera una escuela de sonrisas para los que no conseguimos controlar los músculos faciales.

—¡Perfecto! —dice la abuela—. No hay prisa. Yo puedo recibir a los obreros.

¡Los obreros! No sé cómo sacarle el tema delante de Georgios, pero le hago una señal a la abuela con los ojos, esperando que ella sea capaz de interpretar mi mensaje. Los obreros esperan que les paguemos y me temo que no hay suficiente dinero en las arcas.

—Es solo que…

La abuela agita la mano como para decir que no hay problema.

—No pasa nada, cariño. Ya lo tengo solucionado. Vete.

—Te espero en el coche, Evie. Trae un bañador y una toalla. ¡Que tengas un buen día, Floretta!

Genial, espera que me ponga un bañador, y me va a ver con casi nada de ropa. Esto es lo que pasa cuando rompes tus reglas inquebrantables de las primeras citas.

—Tú también, querido. —Ella le hace ojitos antes de que él se marche.

—«Querido». ¡Abuela! ¿A qué estás jugando?

Me lanza una sonrisa pícara.

—Está claro que está colado por ti, y tú, como una tonta, no te das cuenta. Estoy ayudando a que la cosa siga adelante.

—¡La última vez que os visteis fue una pelea a gritos y ahora es tu «querido»!

Ella se ríe como una colegiala. Lucho contra la sonrisa que se dibuja en mis labios. O me río o grito, y vaya si es intenso este vaivén.

—Tendríais unos hijos guapísimos.

—Dios mío. —Ha perdido el juicio. No sirve de nada mientras está en el país de las fantasías, imaginando los futuros bebés de Georgios. Igual que yo hace un momento con el pequeño Odiseo. ¿Nos ha hipnotizado o algo así? Lo mejor será ceñirse a los asuntos prácticos—: Pero los obreros, abuela, esperan que se les pague hoy.

—Deja que sea yo la que se preocupe de eso. —Me masajea la arruga que se me debe de haber formado entre las cejas—. Relájate, Evie. Ve y desahógate. Diviértete con ese hombre tan guapo. ¡Haz algo que yo haría! Tengo un biquini precioso que nunca me ha quedado bien, pero a ti te quedará genial con esas curvas tan bonitas. ¿Por qué no te lo pones? Es blanco.

—¿Un biquini? Eso me expone a todo tipo de percances con la ropa y no es muy recomendable para tomar el sol. No, gracias. —Le lanzo una mirada fulminante mientras entro a cambiarme, antes de coger mi bolso y un sombrero—. Llámame si me necesitas —le digo a modo de despedida.

—No lo haré.

Encuentro a Georgios en su coche, con el aire acondicionado a tope. ¿Qué sabemos realmente de este hombre? Podría estar secuestrándome para pagar el alquiler. Reteniéndome a cambio de unos euros que no tenemos.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros mientras me abrocho el cinturón de seguridad. ¿Ha pensado la abuela que todo esto podría ser una trampa? Mi mente va tan rápido como su coche por las curvas de la colina. ¿Es que nadie respeta el límite de velocidad aquí?

—¿No vas un poco rápido?

Georgios es neoyorquino, por lo que debe de estar más acostumbrado a caminar o utilizar el transporte público que a conducir. ¿Cuánta experiencia tiene con estas carreteras sinuosas que tienen un gran charco de agua a un lado?

—Lo siento —dice—. Reduciré la velocidad. Para serte sincero, intento tomar estas curvas lo más rápido posible porque me aterra la idea de salirme de la carretera.

—¿Y por eso vas más rápido?

—Así se acaba antes.

—Pero podrías perder el control más rápido.

—¿No confías en mí?

—No te conozco, Georgios. No en realidad. Y, en lo que respecta a tu destreza al volante, aún no me he formado una opinión. No estoy segura de que tu método sea el adecuado.

Él se ríe.

—Me gusta tu sinceridad.

Suelo soltar verdades incómodas cuando temo por mi vida. No solo tengo que lidiar con que el coche se salga de la carretera y caiga al mar, sino también con la posibilidad de que me secuestre. Hay mucho de lo que preocuparse.

Sigue conduciendo, aunque más lento.

—¿Has tenido suerte con la búsqueda de trabajo? —pregunta.

—Aún no. He escrito a mis contactos y he solicitado varios puestos, pero es un proceso lento.

No he tenido noticias del documentalista Val, de Olympus Media, cosa que interpreto como algo positivo, pues no es un no. Mientras tanto, he solicitado todo tipo de trabajos relacionados como *scout* literario, y he extendido la red muy lejos.

La carretera se hace recta y, para mi gran alegría, nos alejamos de los acantilados y llegamos a terreno llano.

Pasamos por pueblos coloridos hasta llegar a un puerto.

Gracias a mi gran poder de deducción, supongo que vamos a hacer una actividad acuática. Un barco. Una moto acuática. ¿Esnórquel? Si esta es la manera de que la abuela pague más rápido, moveré cielo y tierra para conseguir esos fondos. Los deportes no son lo mío; los deportes acuáticos son obra del diablo. Toda esa actividad mientras intentas no ahogarte y se espera que lo hagas con un bañador diminuto. ¡No, gracias!

Aparca el coche y corre a abrirme la puerta. Está claro que este hombre lee alguna que otra comedia romántica, porque se le da muy bien esto del cortejo.

—¿Vamos?

—Mmm… No soy muy buena nadadora.

Probablemente porque evité las clases de natación en el colegio toda mi vida, incluso podría decirse que lo organicé todo, lo que, pensándolo bien, parece bastante peligroso cuando estás rodeada de agua en Santorini, pues está por todas partes.

—No te preocupes. Estaré a tu lado. Estarás casi todo el tiempo sobre el agua, una vez que le cojas el truco al *flyboard*.

Sea lo que sea, no me gusta cómo suena. ¿Cómo podemos estar por encima del agua? Por muy divino que sea, no es Dios. Camino con paso pesado detrás de él, como si me llevaran a la muerte, y, quién sabe, quizá sea así. Señala a un grupo que juega en el agua y todo el aire sale de mi cuerpo en un suspiro.

—¿Qué demonios es eso?

Estos semidioses bronceados y musculosos, con un físico atlético, llevan una especie de propulsores en los pies que los impulsan desde el agua hasta unos veintidós metros de altura. Vuelan literalmente sobre el agua a gran altura.

—*Flyboard*. Siempre he querido probarlo.

—Está en la lista de las formas absurdas de morir. Lo sé bien, ya que he visto muchas muertes evitables en mi corta vida.

Se lleva una mano al estómago y se ríe, como si hubiera dicho algo gracioso cuando estoy hablando totalmente en serio. ¿No lo pilla? Este hombre parece pensar que uso el sarcasmo para hacer gracia, cuando está claro que no es así.

—Evie, me matas.

—Se podría arreglar.

Vuelve a echar la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas. Frunzo aún más el ceño. Es como si estuviéramos manteniendo dos conversaciones diferentes. ¿Qué es lo que se me escapa? ¿Qué demonios le hace tanta gracia? Cuando consigue recomponerse, me pone una mano en la parte baja de la espalda y me empuja hacia delante para llevar a cabo este horrible plan.

Cuando llega a la taquilla, me encojo y me hago invisible; al menos eso es lo que espero que pase. Espero poder darme la vuelta y verlo buscándome frenéticamente. Pero no tengo tanta suerte, ya que él habla con la mujer y luego se gira y me mira a los ojos:

—¿Qué número de pie tienes?

¿Puedo jugar a ser Cenicienta y decirle que, si no lo sabe, entonces no hago la actividad? Mientras titubeo al responder, se forma una cola detrás de nosotros.

—Hay mucha gente esperando; quizá mejor me quedo mirando.

—Me encantaría hacerlo juntos. —Su expresión es tan sincera que por un momento olvido por qué estoy dando largas.

Le digo mi maldito número de pie.

Antes de que a mi miedo le dé tiempo de convertirse en una gran bola de terror, nos llevan a un asiento y nos explican en inglés cómo funcionan las tablas voladoras y qué hay que hacer en caso de emergencia. Dios mío. Voy a morir sola en una masa de agua, y la abuela se sentirá muy mal por haberme obligado a irme con

Georgios. Probablemente se desmayará y acabará rompiéndose la cadera.

Una vez equipados y con los chalecos salvavidas puestos, nos llevan al agua. Está sorprendentemente caliente.

—Ve tú primero. Yo te sigo —dice Georgios.

—Ni hablar, tú primero.

—Vale, pero ¿y si necesitas ayuda?

—Gritaré.

—Vale. —Como un adicto al gimnasio, se lanza sin problemas y vuela alto hacia el cielo.

Desde este ángulo donde estoy parece muy lejos. Espero poder flotar justo por encima del agua, a unos centímetros quizá. Las instrucciones son confusas mientras intento recordar el proceso y me lanzan como con una catapulta al cielo. No son los centímetros que pretendía. Doy un grito espeluznante, que es al mismo tiempo un grito de emoción y de terror. El oleaje del mar parece una manta ondulada debajo de mí. Finalmente, mi grito se desvanece al inspirar el agradable aire puro antes de comenzar a descender.

Cuando caigo al agua, Georgios está allí sonriendo.

—¿Qué te ha parecido?

—¡Hagámoslo otra vez! —Nunca había sentido una emoción así, esta ingravidez, esta libertad.

Para algunos puede resultar obvio que no soy una adicta a la adrenalina, así que esto es un poco sorprendente. Juntos nos lanzamos hacia arriba y, de alguna manera, conseguimos sincronizar nuestros movimientos para quedar uno al lado del otro. Él extiende una mano y yo rozo sus dedos con los míos, y noto una descarga que podría ser amor, lujuria o, muy posiblemente, una descarga eléctrica provocada por todas las corrientes que fluyen por mi cuerpo a tanta altura. No hay tiempo para pensar demasiado, ya que nos miramos a los ojos y compartimos una risa por nuestra valentía, volando alto como una especie de aviones humanos.

Cuando volvemos a tocar el agua, acabo aterrizando casi encima de él.

—Lo siento —digo—. Tengo que practicar para aprender a desmontarme. ¿Se dice «desmontar»? ¿O es solo una caída libre?

No estoy muy segura de qué pierna es de quién, pero parece que las que están alrededor de su cintura son las mías. Hay tanta agua de por medio que finjo no darme cuenta y disfruto de la sensación. ¿Quién diría que Evie Davenport podría ser tan valiente? No solo me he lanzado a otra galaxia, sino que he aterrizado en su zona erógena y ni siquiera me estoy asustando. Vale, estoy un poco asustada, pero finjo estar tranquila. Solo porque mi corazón no puede latir más rápido sin que se produzca una explosión interna, así que me limito a intentar evitar que mi cuerpo deje de funcionar.

—Se diga como se diga, lo has hecho perfectamente. —Me atrae hacia sí.

Nuestros rostros quedan separados por solo unos centímetros. En el suyo, hay gotas de agua que reflejan la luz y corren en pequeños riachuelos por la suave superficie de su piel. Es hipnótico. Tengo que resistirme al impulso de seguir el trazo con la yema de un dedo. Cuando vuelvo a mirarlo, él me está observando con tanta intensidad que solo puedo describir su mirada como anhelante, con una dulce y sexi sonrisa en los labios. Vaya, es suficiente para que el corazón se me acelere. La única solución que se me ocurre para detener la intensidad de este momento es acortar la pequeña distancia que nos separa y besarlo. Sus labios están húmedos y suaves, y me derrito en ese instante. Todo pensamiento racional… se evapora. Justo cuando creo que voy a morir, oigo unas palabras en griego dirigidas hacia nosotros. Él se aparta, con una expresión de disculpa en el rostro.

—Nos están gritando que devolvamos el equipo.

Dios. Hay un montón de gente esperando para usar el equipo y aquí estamos nosotros, besándonos en el agua como si estuviéramos en una habitación de hotel o algo parecido. No es propio de mí abstraerme del entorno. Y menos aún besar en público, con gente mirando. Me sonrojo cuando Georgios les indica que ya volvemos a la orilla. Me coge de la mano y empezamos a movernos y ya no me siento tan observada, no me siento tonta; solo me siento viva, con un mundo de posibilidades ante mí. ¡Menudo día!

Después de terminar con el *flyboard,* Georgios dice:

—Aún queda otra aventura.

Volvemos al coche y regresamos a la parte de la isla donde vive la abuela. Cuando llegamos, señala un muelle y encontramos un barco llamado Lady Kriller.

—Cógeme de la mano y te ayudaré a cruzar la pasarela —me dice.

—¿Vamos a navegar?

Parece una actividad bastante tranquila comparada con el *flyboard,* pero lo compruebo por si acaso, porque, si me sugiere bucear con pulpos gigantes o alguna criatura igual de aterradora, voy a fingir mi propia muerte para evitarlo.

—Sí, alrededor de la Caldera de Santorini, y he pedido canapés y champán. Si te apetece, podemos terminar con un baño en el mar.

¿Nadar? ¿Se me enroscará un pulpo al cuerpo, o, peor aún, un tiburón? Hay mucha agua, mucha agua profunda. Quién sabe lo que acecha en las profundidades. Por lo menos con los retropropulsores tenía alguna posibilidad de escapar.

—¿Cuántas muertes por ataques de tiburón ha habido por aquí?

—Que yo sepa, no hay ataques de tiburones. Siempre puedo alejarme más del barco que tú, así que, en el improbable caso de que se acerque un tiburón, irá primero a por mí. —Vuelve a esbozar esa misma sonrisa, como si le divirtiera tomarme el pelo.

¿Es que la gente normal no hace este tipo de preguntas y se lanza a estas actividades sin importarle su vida? Incluso se ofrece como cebo para tiburones. Es muy amable, pero ¿no ha visto nunca *Tiburón*?

—¿Harías eso por mí?

—Claro, ¿por qué no? Dijiste que no sabes nadar bien, así que podemos quedarnos cerca del barco.

No sé por qué me conmueve la idea. Quizá sea porque realmente me dan miedo los tiburones y todos los organismos que se esconden en las profundidades del mar azul esperando para abalanzarse sobre los bañistas desprevenidos.

—Vamos, Evie. —Me ayuda a subir al barco y yo sigo sonriendo como una tonta.

A bordo nos recibe una tripulación de tres personas. Nos dan la bienvenida con una copa de champán y nos invitan a relajarnos en

la cubierta exterior. Nos sentamos bajo el toldo, que nos protege del resplandor del mar Egeo.

—Esto es precioso —digo, y le doy un sorbo al champán frío, que sienta muy bien después de la aventura de antes. Toda esa adrenalina que corre por el cuerpo le deja a una con la boca seca.

La tripulación suelta amarras y zarpamos.

—Siempre he querido navegar por la Caldera, pero nunca había tenido tiempo. Cuando he venido a la isla, siempre ha sido una semana como mucho, y la dedicaba a visitar a mis familiares. Es divertido explorar Santorini como un turista.

—¿Qué es la Caldera?

—Es lo que se ve desde la villa de Floretta. —Da un sorbo a su copa de champán y se tumba en el diván junto a mí—. Es un cráter volcánico, ahora convertido en una laguna gigante rodeada de acantilados. Las calderas se forman tras las erupciones volcánicas. Me parece increíble que algo tan espectacular pueda surgir de un desastre natural.

Intento no entrar en pánico.

—¿Existe la posibilidad de que el volcán entre en erupción? —¡Eso no lo mencionan en las guías turísticas!

Se cubre la cara con la mano.

—Está inactivo.

—Ah, ya. —¿Y desde cuándo?

—En realidad, tiene una historia fascinante. Durante el segundo milenio antes de Cristo, entró en erupción y hundió la parte occidental de la isla. Algunas personas creen que los maremotos que provocó causaron la destrucción de la civilización minoica; otras teorías dicen que Thira[4] era la capital de la Atlántida, la civilización perdida, pero eso es objeto de debate.

—Vaya. Tengo que repasar mi historia de Grecia. Es fascinante. —Milagrosamente, Georgios me ha distraído de mi preocupación por las erupciones volcánicas y la ha sustituido por la imaginación de la civilización perdida de la Atlántida—. Seguro que la abuela tiene muchos libros sobre el tema. —Pienso buscar algún que otro libro de historia de Grecia cuando vuelva a Bibliotherapy.

Un miembro de la tripulación con gafas de sol de aviador se acerca con una bandeja de comida en la mano y nos describe el festín que nos espera:

—Tenemos *kolokithokeftedes,* buñuelos de calabacín frito; *tiropitakia,* minitriángulos de masa filo rellenos de queso feta; y *marides tiganites,* boquerones crujientes rebozados con un chorrito de zumo de limón.

También coloca un bol de ensalada griega fresca con aceitunas kalamata que parecen diferentes a las de casa. Más redondas y gordas, como si hubieran absorbido todo el jugo de su aliño de ajo y aceite.

—Gracias —digo cuando otro miembro de la tripulación trae servilletas y cubiertos. Se me hace la boca agua—. ¿Qué probamos primero? —pregunto colocándome una servilleta en el regazo.

—Prueba la *tiropitakia* mientras está caliente. —Me acerca un triángulo de queso feta a los labios y le doy un delicado mordisco, intentando no morderle los dedos.

El gesto es extrañamente íntimo y me alegro de estar comiendo. Así no tengo que romper el silencio con charla trivial para disimular mi nerviosismo. El triángulo crujiente y ácido está delicioso.

—¿Otro bocado? —me pregunta, y yo asiento con la cabeza.

Nunca antes un hombre me había dado de comer con tanta delicadeza. Me parece tremendamente romántico que se preocupe tanto por evitar que se me caigan restos de masa filo, sosteniendo una servilleta mientras me lleva el bocado a los labios una y otra vez.

Georgios debe de saber de lenguajes del amor y que yo me dejo llevar por mi amor por la comida. No en el sentido de que sea glotona, bueno, no siempre, sino en el sentido de que es un arte preparar platos con amor y respeto por los ingredientes y por la persona que va a comer esas creaciones y apreciar el esmero que se ha puesto en cada bocado. Me encanta que la comida pueda contar una historia, compartir la historia de un lugar, una cultura. Su clima.

Quiero darle las gracias, así que cojo una aceituna jugosa y se la meto en la boca. Mi dedo roza la suavidad de su labio. Es una sensación sensual. Aparto la mirada, sin saber muy bien qué

significa o si es algo que se hace aquí cuando se comparten bocados deliciosos.

Seguimos dándonos de comer como si fuera lo más natural del mundo. Disfrutamos de los sabores, de la frescura, de la suerte que tenemos de haber vivido semejante aventura en el agua, regada con buen champán y con el sol acariciándonos la cara.

Cuando llegamos a la Caldera, es casi algo secundario. Estoy tan consumida por él que me siento un poco como si estuviera bocabajo. Es impresionante, una maravilla, pero él también lo es. Es como si ambos nos hubiéramos desprendido hoy de una capa superficial y hubiera quedado al descubierto lo que hay debajo al rojo vivo. O eso, o es algún tipo de insolación.

Después de nuestra aventura, me siento más cómoda con Georgios. Supongo que enfrentarte a tus miedos te hace ver las cosas con perspectiva.

—Deberíamos hacer más turismo en Santorini. —Se supone que estoy cortejando a este hombre, después de todo, y resulta que estoy disfrutando de ello. Demasiado.

—Me encantaría —dice él.

Algo después, esa misma tarde, regresamos a Bibliotherapy. Cuando me encuentro con la fresca sombra de la librería, después de tanto sol, me entra sueño. La abuela está atendiendo a unos clientes y me hace un gesto para que me vaya, dando a entender que no necesita ayuda. Es solo porque Georgios está a mi lado, porque, si no, a esta hora ya se habría ido a tomar unos cócteles con sus amigas, aunque me guardo ese pequeño detalle para mí. El sol picaba y me ha dejado su huella en las mejillas. La culpa es de lo bien que lo estábamos pasando.

Me vuelvo hacia el mismísimo dios griego y le digo:

—¿Quieres ir fuera, a la zona Musas? Prepararé algo de beber y podemos pensar ideas para la fiesta de inauguración.

Normalmente, tengo un límite a la hora de relacionarme con la gente, pero hasta ahora Georgios no lo ha rebasado. Y parece

dispuesto a ayudar con las ideas de la fiesta de inauguración, aunque mi cerebro está agotado por el día tan intenso. Por él.

—Claro —dice—, le pediré un cuaderno y un bolígrafo a Floretta y nos vemos fuera.

—Hay un ladrón de bolígrafos. Es una larga historia, pero tengo un alijo dentro de una caja de libros, ingeniosamente disimulada como *Guerra y paz* debajo del mostrador.

—Ni siquiera voy a preguntar.

—Eso es que eres inteligente.

Cuando vuelvo con una jarra de agua de limón y vasos, encuentro a Georgios rodeado de los perros, todos compitiendo por su atención, incluida la asustadiza Lily. Otra que ha caído. Incluso los caninos se agolpan a su alrededor como si fuera un ídolo. Ese hombre debe de tener unas feromonas muy potentes o algo por el estilo. Es otro punto a favor de Georgios, porque los perros pueden percibir lo bueno y lo malo en los humanos. A juzgar por sus travesuras de hoy, lo adoran.

Zeus hace valer su rango y le salta al regazo. Georgios deja escapar un «¡Uf!». Houdini aparece y desaparece con la misma rapidez.

—¿Dónde se ha metido ese perro? —pregunta, girando la cabeza para buscarlo—. Estoy seguro de que tenía una cartera en la boca.

—¿Una cartera? —Una parte de mí quiere ignorar las travesuras de Houdini porque tiene la capacidad de hacerme sentir como si fuera a sufrir un infarto, pero, preocupada por su seguridad, entrecierro los ojos y estiro el cuello. Maldita sea—. ¡Houdini, baja ahora MISMO!

Estoy segura de que me está sonriendo desde su atalaya en el techo azul abovedado de Bibliotherapy con lo que parece ser una cartera entre los dientes. Tiene la destreza de un *ninja* para saltar tan alto y rápido sin hacer ruido.

—¿Cómo ha…? —Georgios mira al descarado chucho que, de un solo salto, se lanza hacia mí.

Grito y me preparo para cogerlo; sin embargo, en el último momento gira y aterriza con elegancia en una tumbona y escupe la cartera al suelo.

El corazón me late con fuerza tras su acrobática hazaña.

—¡Tú, travieso!… —Pero ya se ha ido. Solo nos quedan las huellas de sus patas en el cojín—. ¿Es tuya? —le pregunto a Georgios.

—Sí, ¿cómo la ha sacado de mi bolsillo?

—Ni idea.

Sirvo dos vasos de agua para rehidratarnos, después de todo ese champán, y barajamos ideas antes de decidir que la fiesta será relativamente sencilla, para que Epeolatry sea el centro de atención. Anoto ideas sobre el material de *marketing* que puedo preparar y sobre lo que pondremos en las bolsas de regalo para los invitados: marcapáginas, un cuaderno, bolígrafos personalizados de Epeolatry. Un estuche para lápices con forma de carné de biblioteca. Pequeños detalles que los ratones de biblioteca utilizarán con nuestra marca. Espero que Georgios arquee las cejas ante la sugerencia de gastar un dinero que podría destinarse al alquiler atrasado, pero debe entender que hay que gastar dinero para ganar dinero, así que sigo adelante.

—Ahora, la parte importante. Aparte de los socios que ya se han inscrito, ¿a quién invitamos? —pregunto.

Aunque Georgios no vive en Santorini a tiempo completo, conoce a casi todos los lugareños porque vivió aquí cuando era niño.

Pone cara pensativa, con los labios fruncidos como un pato, lo que le da un aire adorable.

—Sin duda, hay que invitar a la alcaldesa y a su marido. La alcaldesa Andino está muy comprometida con la literatura y las artes, y será un gran activo en el futuro.

—Suena prometedor.

—Además, están los multimillonarios vagos de la playa; seguro que causarán sensación si suben fotos de Epeolatry a internet.

—Multimillonarios vagos… ¿Quiénes son esos? —¿Me los habré cruzado en mis paseos en bicicleta por la playa?

Me da un poco de envidia que puedan comprarse libros por valor de su peso corporal y pasarse todo el día leyendo bajo una sombrilla sin tener que preocuparse del dinero.

—La pandilla de los ricachones. Veinteañeros multimillonarios que viven de fondos fiduciarios y pasan el día al sol en yates de lujo. Una

publicación en Instagram de ellos, y la reputación de Epeolatry estará consolidada.

—¡Imagínate! Esperemos que algunos de ellos sean ratones de biblioteca. Vale, ¿quiénes son y adónde les envío las invitaciones?

Georgios me da unos cuantos nombres.

—Quizá sea mejor averiguar quiénes son sus publicistas y enviarles las invitaciones directamente por correo electrónico.

—¿Tienen publicistas?

—¡Tienen de todo!

Niego con la cabeza:

—Bueno, mientras lean, lo permitiré.

Él se ríe:

—Esperemos.

Al final, nuestra lista de invitados ocupa varias páginas y no puedo evitar pensar que va a funcionar. ¿A quién no le intrigaría una biblioteca nocturna?

Cuando dejo el cuaderno, nuestras manos se rozan y siento una descarga de energía. Georgios se inclina para besarme. Puedo oler el aroma cítrico del limón en su aliento. Nuestros labios se tocan y yo me aparto rápidamente.

—No quiero precipitarme —digo con una sonrisa torcida.

Vale, puede que esté mintiendo un poco. Por alguna extraña razón, lo único que quiero es atraerlo hacia mí y besarlo con pasión. Pero estoy segura de que eso va en contra de todas las reglas de las citas falsas de manual, si es que existe tal cosa. La abuela está dentro y hay clientes deambulando por el lugar, y me parece demasiado atrevido besarnos delante de todo el mundo. Bueno, quiero decir, otra vez.

—Por supuesto —acepta él, como un perfecto caballero—. Vamos a tomárnoslo con calma. He pasado un día estupendo contigo, Evie.

[4] Thira, Tera o Thera es el nombre oficial de Santorini.

Capítulo 13

Unos días más tarde, cuando la abuela me releva en el turno de Bibliotherapy, se despide distraídamente de mí mientras habla por teléfono con alguien de forma agitada. La abuela siempre ha vivido su vida a velocidad del rayo, pero últimamente su comportamiento es un poco menos alegre. Puede que sea por el calor, que durante el día aprieta mucho y agota las fuerzas.

Por la forma en que me señala y luego mira en dirección a mi casa, me queda claro que la abuela quiere que me vaya, así que guardo el diseño de la invitación en mi portátil. Estoy deseando enseñárselo cuando esté menos distraída. Las invitaciones se parecen a las tarjetas *vintage* de las bibliotecas, como las que había en la parte de atrás de los libros antes de la llegada de los ordenadores. Sé que le van a encantar, pero no mientras esté de este humor, así que hago una reverencia exagerada y salgo corriendo.

Su nuevo marido, Konstantine, sigue desaparecido. Por lo que sé, la abuela no tiene mucho contacto con él. Puede que esté en algún lugar en medio del océano y que el teléfono satélite no funcione bien, o puede que sea un desastre de marido; es difícil saberlo ahora mismo. Si la abuela no quiere confiar en mí, no hay mucho que yo pueda hacer hasta que ella no esté lista para contarme su historia. Una cosa que respeto es que la abuela siempre confiesa cuando llega el momento adecuado. Mamá está muy callada, lo cual es inquietante en sí mismo. Probablemente haya contratado a un contable forense y, si algo va mal, se enterará antes que yo.

Cuando llego a mi villa me dejo caer en la cama. En cuanto inclino las persianas para bloquear la luz del sol, su nombre aparece en mi

teléfono. Tengo que recordar no llamar a mi madre solo con el poder de mi mente.

—Hola, mamá. ¿Hoy no está Posy? ¿A qué debo este breve respiro? —Es como mirar al ojo de una tormenta.

Me estremezco al pensar qué demonios está pasando con el oído interno de mi madre.

—¡Cariño! No seas mala. Sabes que tu hermana te quiere mucho. No es culpa suya que haya heredado el gen del sarcasmo. La culpa es de tu padre.

Por fin aparece su cara en la pantalla.

—¡Ah, aquí estás!

—¡Aquí estoy! —Agito los dedos.

¿Cómo es posible que mi abuela de ochenta y tres años sepa hackear Facebook y mi madre, que es una experta en leyes, no entienda cómo funciona una videollamada?

Mi madre hace eso de entrecerrar un ojo hacia la cámara. Vaya, ahora entiendo por qué se le dan tan bien los interrogatorios.

—¿Has averiguado algo más sobre el marido? Por lo que he podido deducir, es un poco gorrón. ¿Sabemos si realmente está trabajando?

—Solo puedo creer lo que dice la abuela.

Me acuerdo de la nota que encontré en el joyero de la abuela y que decía «No te fíes de tu marido», pero no puedo contárselo al capitán de la policía de la diversión. Y no quiero confesarle a la abuela que encontré aquel papel arrugado, por si piensa que he estado husmeando, pero me hace reflexionar.

¿Estamos intentando salvar un barco que se hunde sin ayuda a la vista?

—¿Ha llegado algo de su sueldo?

La abuela no me ha hablado de ningún sueldo y las cuentas siguen estando en números rojos.

—Veré qué puedo averiguar.

—Hazlo. Y busca cualquier correo, cualquier dato que identifique a ese tipo. Números de la seguridad social o cualquier cosa que me permita localizarlo.

—Umm. —No voy a hacer eso.

—¿Has estado escuchando sus conversaciones telefónicas?

—No… —Pero quizá debería hacerlo, aunque me guardara la información para mí. Podría darme alguna pista sobre lo que está pasando aquí.

—¡Evie! —dice ella con exasperación—. Escucha y cuéntamelo todo. Quieres ayudar a tu frágil abuela, ¿no?

—La estoy ayudando.

—Bueno, eso está por ver. ¿Has hablado con…?

—Mamá, para. Esto no es un interrogatorio. No voy a hacer nada de eso.

—Sí que lo harás.

—No lo haré.

—No me hagas ir allí, jovencita.

Me muerdo el labio para no reírme, hasta que me doy cuenta de que podría cumplir su amenaza y entonces estaríamos en un buen lío. Mi madre llegaría con una de esas linternas frontales y la lupa en ristre, buscando los secretos de la abuela.

—Vale, vale. Haré todo lo posible por escuchar con más atención las conversaciones telefónicas y ver si hay algo por ahí que me dé alguna pista sobre lo que sea que estés intentando descubrir —miento.

—Gracias, cariño. Solo lo hago porque me preocupa.

—Claro, lo entiendo. ¿Qué tal por Nueva York?

Me sorprende descubrir que no echo de menos la bulliciosa ciudad, con sus luces brillantes. El ritmo de vida americano.

Mi madre se lanza a un discurso sobre lo horrible que está Posy ahora que han empezado los ensayos para su último espectáculo en Broadway. Solo de pensarlo, hago una mueca.

—Se convierte en una diva cuando los focos se centran en ella —digo.

—Entre nosotras, no está tan segura de sí misma como parece. Es un mecanismo de defensa. Una forma de tomar el control cuando se siente fuera de control.

Arqueo una ceja.

—¿Crees que a Posy le falta confianza? —No puedo ocultar la duda en mi voz. Posy es la persona más segura de sí misma que

conozco. Desde luego, nunca la confunden con una camarera, y me atrevería a decir que la mayoría de sus fans cree que ilumina la sala con sus ojos brillantes.

—¡Por supuesto, cariño! Es aterrador lo que hace. Subirse al escenario delante de mucha gente y actuar. ¿No sabes que sufre un terrible miedo escénico?

—¿Posy, mi hermana Posy?

—Sí, tu hermana Posy. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Porque no me lo creo. Posy es tan segura de sí misma, tan controlada.

Mi madre se ríe:

—Eso es lo que quiere que pienses. Es todo humo y espejos. Así es como se engaña a sí misma, para poder desconectar, subir al escenario y transformarse en otra persona. No sois tan diferentes, ¿sabes?

—Eh… —Nunca se me había ocurrido que Posy pudiera tener pánico escénico. Es una gran revelación: para hacer su trabajo todas las noches, tiene que enfrentarse a esos miedos o, al menos, compartimentarlos para ser capaz de cantar, bailar y transformarse en el personaje que interpreta—. Vaya. No lo sabía. —¿Se parece Posy más a mí de lo que pensaba, pero simplemente sabe fingir mejor? Eso me da esperanza. ¿Quizá yo soy una flor tardía?

—Bueno, supongo que se pondría insoportable si lo habláramos abiertamente, así que dejemos que sea nuestro pequeño secreto. Y mantenme informada de lo que pasa allí. Ojalá tu abuela entrara en razón y volviera a Nueva York, pero siempre ha sido muy rebelde.

—No es que sea rebelde, sino libre, pero te mantendré informada.

Aunque la abuela me confió que Santorini va a ser su último hogar, ¿de verdad me corresponde a mí decírselo a mamá? Se pondría de los nervios. Lo usaría como excusa para llevársela de vuelta a Nueva York. Me recuerdo a mí misma que debo andar con cuidado, ya que mamá tiene buenas intenciones, solo que aún no entiende las motivaciones de la abuela.

—Te aseguro que la abuela es feliz aquí. ¿Quién no lo sería viviendo en una isla tan luminosa y hermosa como Santorini?

Mi madre suspira:

—Está muy lejos de nosotras, Evie. ¿Y si necesita ayuda médica? ¿Y si un día se pierde durante su paseo matutino? No sabremos si se ha caído, si la han empujado o si la han secuestrado. No conocemos a nadie allí. Su lugar está aquí, con nosotras.

Mi madre está obsesionada con que nos secuestren, lo que significa que ahora yo también estoy obsesionada con esa idea. Ni siquiera puedo salir a dar un paseo sin preguntarme si hoy será el día. Un terapeuta se haría de oro con mi familia.

—¿A qué viene esta preocupación repentina?

La abuela se ha pasado toda la vida viajando por todo el mundo y, aunque mamá siempre se ha preocupado por su rebelde madre, nunca había insistido tanto en que volviera a casa. Y eso que la abuela se ha metido en líos gordos antes. Digamos que ninguna de nosotras se sentiría segura viajando a Colombia después del altercado que tuvo con aquel agricultor de tomates. Resulta que no eran tomates lo que la abuela estaba cosechando, pero ¿cómo iba a saberlo? Las inocentes ancianas de ochenta años no saben mucho de botánica.

—Pronto cumplirá ochenta y cuatro años, Evie. Llegará un momento en que necesitará ayuda a diario y no confío en que la pida.

Las constantes exclamaciones de Posy sobre la pérdida de facultades de la abuela deben de haber llegado a los oídos de mamá.

—Yo estoy aquí ahora y te puedo decir que está tan enérgica y llena de vida como siempre. Tener una librería siempre ha sido su sueño, así que ¿por qué no dejamos que la naturaleza siga su curso? Está bien, no confías en que pida ayuda, pero no es que no vayamos a visitarla nunca más. Podemos turnarnos para pasar tiempo aquí y echarle un ojo. Ya ha hecho un buen grupo de amigos a los que puedes llamar si te preocupa. Es muy independiente y eso nunca va a cambiar. —¡Hablan de la abuela como si tuviera un pie en la tumba!

Mi madre solloza. Así es mi familia. Discutimos, nos peleamos, nos provocamos, pero hay un amor profundo y duradero, por mucho que nos empujemos y nos provoquemos para obtener una reacción.

Hasta ahora no había entendido que la necesidad de control de mi madre es un instinto protector. Suponía que era porque quería ser la titiritera, tirar de los hilos y mantenernos a todos a raya.

—Probablemente tengas razón, Evie. Es solo que me duele. Me encantaría que estuviera aquí, a la vuelta de la esquina, para poder visitarla después de un largo día, y me acusaría de ser una adicta al trabajo y me diría que soy un desastre preparando martinis. Que tengo que dejar de fruncir el ceño o el viento cambiará y se me pondrá cara de acelga. Ya sabes, todas esas formas en las que me demuestra que me quiere, sin decir muchas palabras.

Me río. He oído a la abuela decirle eso mismo a mi madre un montón de veces.

—¿Qué cara tiene una acelga?

—¡Quién sabe!

Después de charlar unos minutos más, le prometo que la mantendré informada y nos despedimos. Una vez que colgamos, abro la aplicación de correo electrónico en mi teléfono para ver si hay alguna novedad en el frente laboral. Hay un correo electrónico de Val, el realizador de documentales. Me preparo mentalmente para lo que pueda pasar. Si es un no, eso será que no tenía que ser. Pero, si es un sí, lo celebraré.

Evie:

Lo siento, el puesto ya ha sido cubierto. Guardaremos tus datos por si surge algo.

Saludos,

Val

Val se lleva un sobresaliente en correos electrónicos concisos. No obstante, por una vez, preferiría no haber recibido una respuesta brusca. No pasa nada, no era el puesto adecuado para mí. Pero me molesta no haber llegado ni a la fase de la entrevista siquiera. Esto demuestra lo rápido que se cubren los puestos de *scout* literario.

¿Con quién más puedo contactar? De nuevo, lamento no ser una persona sociable que colecciona tarjetas de visita y las guarda como si fueran preciosos diamantes. Vivir para aprender.

La única persona que se me ocurre es Gene. Pero está jubilado. La verdad es que debería dejarlo tranquilo. En su fiesta de despedida —a la que asistí porque me cae bien y, por lo tanto, me enfrenté a mis miedos y pasé la mayor parte de la noche sirviendo bebidas a gente que no conocía—, su esposa Betsy nos recordó a todos sin ambages que él había dejado el negocio para siempre y que lo dejáramos en paz. Dijo que había estado compitiendo con el primer amor de su marido, el cine, durante todo su matrimonio y que ahora le tocaba a ella.

Entonces, ¿me atrevo a contactar con él y arriesgarme a enfrentarme a la ira de Betsy? Probablemente no. Parece el tipo de cosa que podría salir mal y llevar a una confrontación desagradable. En lugar de eso, echo un vistazo a los anuncios de empleo y encuentro un puesto en una de las cinco grandes editoriales. ¿Quiero volver al sector editorial? Tengo la sensación de que, si lo hago, nunca volveré a ser *scout* literaria, y aún no estoy preparada para renunciar a ese sueño. En lugar de eso, vuelvo a abrir el correo electrónico de Val y le envío una respuesta agradeciéndole su consideración y luego hago lo impensable: le pregunto si sabe de algún trabajo como *scout* literaria o de alguien con quien pueda contactar, y me ofrezco a «hacer una llamada» a la persona que sea.

Todo el mundo en Hollyweird está siempre dispuesto a «hacer una llamada», lo cual es una pesadilla de proporciones épicas para mí, pero en este momento estoy dispuesta a intentarlo, aunque podríamos comunicarnos perfectamente por correo electrónico.

Una vez hecho esto, regreso con la abuela a la librería, donde tiene las gafas apoyadas en el puente de la nariz mientras introduce facturas en el ordenador.

—Siempre hay otra factura que pagar.

Dudo si preguntarle con quién estaba hablando, pero no parece estar de humor para que me meta en su vida. Me siento a su lado, recojo la pila de cartas que ha abierto y las hojeo. Algunas tienen grandes sellos rojos de vencimiento que protestan a gritos sobre el papel.

—¿Por dónde empezamos? ¿Por el alquiler, por los servicios básicos o por estas? Ya tenemos unos pequeños ingresos

procedentes de la librería. He estado haciendo cuentas y vemos un pequeño aumento cada día, pero las facturas siguen llegando. Los gastos de puesta en marcha son elevados, aunque creo que ya casi hemos terminado de pagar a las distribuidoras de libros y las reformas. Lo único que hemos de tener en cuenta ahora son los gastos de la fiesta de inauguración.

—Primero, las facturas. Si no, no podremos reponer el *stock* una vez que lo hayamos vendido. Luego a los obreros, y después el alquiler. Seguro que con lo que le has dicho a Georgios ganaremos algo de tiempo en ese frente.

—¿Qué más puedo hacer para ayudar, abuela?

Se inclina y me da una palmadita en la mano:

—Ya me estás ayudando mucho, Evie. Si conseguimos terminar las invitaciones para la inauguración de Epeolatry, estaremos un paso más cerca de celebrar el lanzamiento del siglo en Santorini.

—Claro. Ya casi están listas; solo les falta un último retoque. Georgios volverá mañana. Ya tenemos la lista de invitados y, en cuanto acabemos las invitaciones, las enviaremos. Eso nos permitirá centrarnos en un plan de *marketing* para darlo a conocer.

—¿Georgios va a volver pronto? ¿Así, sin más? Ya sabía yo que se enamoraría de ti. ¿Quién no lo haría?

Se ha olvidado por completo de los preparativos de la fiesta y ha pasado directamente a Georgios. ¡Es incorregible cuando se trata de hombres!

—Bueno, aún es pronto y está claro que no es nada serio. —No me atrevo a contarle nada de nuestros besos robados.

Se pondría muy nerviosa y entonces tendría que decirle que Yannis está pensando en vender la casa, y que por eso he subido la apuesta y he roto mis propias reglas de las citas, que son inquebrantables.

Una mujer de su edad no necesita ese tipo de estrés. Y, la verdad, yo también estoy confundida. ¿Por qué mi alma se enciende deliciosamente cuando nuestros labios se tocan? Se supone que estoy fingiendo, que no tengo sentimientos reales. Es confuso, y lo achaco al hecho de que me estoy comportando de una manera muy

poco habitual en mí. Es casi como si me estuviera dejando llevar por mis propias mentiras y confundiendo la verdad.

—Lo que nos une, sobre todo, son los libros y este lugar. Él también es un fanático de las palabras.

—Lo sé, cariño. Lo sigo en Goodreads. Tiene un gusto ecléctico, lo que siempre me parece bien. Es una pena que lo despidieran.

Uf, cómo no iba a estar la abuela al tanto de los cotilleos jugosos.

—¿Qué pasó? ¿Cuál fue el escándalo?

Lily entra sin prisa y se sienta en la alfombra, a los pies de la abuela.

—Adam Flynn. Escritor de *thrillers* y mentor de autores noveles.

—Vaya, he oído hablar de él. ¿Es el autor que le robó el trabajo a su mujer y se lo atribuyó como suyo?

—El mismo. Y no solo el trabajo de su mujer, Izzie. También «reestructuró» el primer borrador de una obra que se había presentado y afirmó que era suyo. Por casualidad, Georgios también había leído la obra del autor novel como parte de un proyecto para descubrir voces poco conocidas y la reconoció cuando Adam Flynn la hizo pasar como suya.

—Pero ¿cómo…? ¿Adam Flynn pensó que el autor novel no se daría cuenta cuando su propio libro se convirtió en un éxito mundial con el nombre de otra persona?

La abuela niega con la cabeza.

—Se dice que Adam estaba desesperado. Izzie finalmente lo había dejado, por lo que ya no podía convencerla de que le escribiera los libros. Si Georgios no hubiera expresado sus sospechas, uno se pregunta si Adam se habría salido con la suya. ¿Quién iba a creer a un autor novel que afirmaba que un gigante mundial le había robado su obra?

Mis cejas se elevan casi hasta la raíz del pelo.

—¿Así que fue Georgios quien dio el pistoletazo de salida y puso en marcha toda la investigación?

—Sí. Y pagó el precio por ello, a pesar de haber hecho lo correcto.

—Seguro que un buen abogado puede conseguir que le devuelvan el trabajo, ¿no? —No se puede crecer rodeado de abogados y no

pensar en litigios ante cada obstáculo, especialmente en este caso, en el que se trata de una injusticia tan grande.

—Sí, pero, por lo que me contó Yannis, toda esta triste historia le quitó el brillo a la carrera editorial de Georgios. El hecho de que Adam se hubiera labrado su reputación a costa de los escritos de Izzie le afectó mucho, y la idea de que unos pocos lo supieran y guardaran silencio lo empeoró.

Así que ¿la abuela y Yannis eran amigos en otros tiempos?

—Sí, vaya, ¿por qué no publicaron simplemente con el nombre de Izzie?

La abuela se encoge de hombros.

—¿Quizá en su día Izzie estaba contenta con el trato? Ella escribía las obras maestras y él se llevaba todo el mérito y hacía todas las giras promocionales. Quién sabe. Pero está claro que su matrimonio se deterioró y la verdad salió a la luz.

—Guau, qué desastre. A veces me planteo si no debería dejar el mundo de las letras y dedicarme al negocio de la importación y exportación. El mundo de los intelectuales es muy competitivo, abuela. —Y, cuando eres una persona que trabaja entre bastidores, como yo, puede resultar muy angustiante.

—El mundo de los intelectuales es para los tontos. Tú eres de Romancelandia, que es una provincia mucho más acogedora. Eres una persona de letras y siempre lo serás. Georgios también. Ambos os enfrentáis a un problema por ello. Él, por decir lo que piensa, y tú, por arriesgarte a perseguir el trabajo de tus sueños, aunque eso suponga salir de tu cómoda burbuja literaria. No te rindas, cariño. No eres de las que se rinden, no cuando se trata de tu pasión por descubrir esos hermosos libros cuyas historias deben ser compartidas en la gran pantalla.

La abuela tiene razón. Solo estoy pasando por un bache, eso es todo. En realidad, era de esperar. Los puestos de *scout* literario son escasos, así que es fundamental tener paciencia. Quizá podría sondear a Gene si no surge nada con el correo electrónico un poco desesperado que le he enviado a Val.

Le daré un poco de tiempo. Probablemente Gene esté tomando el sol en los Cayos de Florida, como prometió en la fiesta de

despedida. Es un hombre muy vital, como la abuela. Nunca pensé que se jubilaría, pues el mundo del cine parecía estar muy arraigado en él. Seguro que lo echa de menos.

—Me encantaría recuperar mi antiguo trabajo y centrarme en las novelas románticas. ¿A quién no le encanta el amor?

—Encontrarás el trabajo perfecto, cariño. El universo tiene grandes planes para ti. Sin embargo, por ahora, ayuda a tu vieja abuela encargándote de la inauguración de Epeolatry. Las fiestas solían ser lo mío, pero quizá sea el sol, que me está achicharrando, o el hecho de que Konstantine está fuera, pero no consigo reunir fuerzas. Sé que te prometí que te ayudaría, pero tienes a Georgios a tu lado, y ello hace que me sienta un poco mejor al dejártelo todo a ti.

Esto es preocupante. Normalmente, nada detiene a la abuela cuando hay que organizar una fiesta. Quizá sea verdad que la edad le está empezando a pasar factura, como sugiere Posy. O quizá tenga algo que ver con la nota que encontré, y la abuela esté enfrentándose a las consecuencias. Cuando voy a preguntarle al respecto, se frota las sienes como si le doliera la cabeza y me quedo con la palabra en la boca.

—Déjalo en mis manos. ¿Por qué no te vas a descansar?

El calor aprieta, calienta las paredes encaladas y lucha contra el aire acondicionado por el dominio supremo. No quiero ni pensar en la factura de la luz por tenerlo encendido todo el día por los clientes.

La abuela se quita las gafas rosas y las deja colgando de una cadena de oro sobre su escote.

—Es hora de echarse una siesta. ¿Por qué no? ¿Dónde está Zeus?

Al oír su nombre, el perro entra saltando y derriba una mesa con libros de cocina griega, haciendo volar un par de ellos. Rodeo a toda prisa el mostrador, con los brazos estirados para intentar atraparlos antes de que caigan al suelo. Consigo acercarme antes de que caigan, pero solo porque resbalo y hago una versión poco elegante de un *espagat,* algo para lo que, por cierto, no estoy entrenada. Se oye un chasquido, como el de una goma elástica, y supongo que es algún ligamento mío. Los libros de cocina caen justo a mi lado con un golpe seco.

—Maldita sea. Espero que no se hayan estropeado.

—¿Cómo demonios te has retorcido así, cariño? ¡Quién iba a decir que eras tan flexible!

—Eh. Esa es la cuestión. No soy flexible. ¿Me empujas?

Estoy atascada, con los músculos paralizados en una posición en la que nunca antes habían estado.

—Empujarte. ¿Hacia dónde?

—De lado, para que mis piernas queden en el aire.

—Oh, Evie. —Se ríe—. ¡Realmente le das vida a una anciana! —La abuela me da un empujón tan fuerte como si yo estuviera pegada al suelo, y suelto un gorgoteo de sorpresa.

—¡Abuela!

No es de mucha ayuda, doblada de risa como está. A pesar del dolor que irradia por todo mi cuerpo, me alegra ver una sonrisa en el rostro de la abuela.

Cuando me enderezo, la habitación da vueltas.

—¡Guau, abuela! Un empujoncito habría bastado.

Zeus me lame la cara y me ladra directamente al oído, como para asegurarse de que estoy en mis cabales. Le doy una palmadita.

—Gracias, Zeus.

Mientras estoy en el suelo, recojo los libros y los reviso para ver si tienen las esquinas dobladas. Sorprendentemente, siguen en perfecto estado.

Una vez que la abuela se ha calmado, se seca los ojos.

—Ojalá lo hubiera grabado. Podríamos tener nuestra propia cuenta de BookTok: *Amor y otros accidentes que ocurren en una librería*. —Zeus vuelve a ladrar y se coloca a los pies de la abuela—. Él está de acuerdo.

Han formado un vínculo muy estrecho. Es muy bonito de ver. Incluso por la noche, Zeus vigila a la abuela, sentado a los pies de su cama, como un centinela.

—Solo me faltaba eso, con la suerte que tengo, volverme viral dos veces en TikTok, pero para mal. Te voy a enseñar la última vez que me hice famosa en internet.

Cojo el móvil y busco el vídeo. Lo tengo grabado en la memoria, así que encontrar el enlace es fácil. Pulso *play* y me avergüenzo al oír mi voz desafinada cantando a pleno pulmón la letra de «I want to

know what love is», y, lo que es peor, tengo una expresión arrugada en la cara que sugiere que realmente quiero saberlo. Estoy haciendo el gesto de suplicar con las manos, hasta que cierro un puño y lo uso como un maldito micrófono al aire. Me estremezco al recordar cómo estaba, borracha, encima de la barra haciendo el ridículo.

La abuela está hipnotizada por la actuación. O eso, o se ha quedado catatónica en un intento por ahogar el maullido de mi voz. ¡Ay, qué horror!

—¡Podrías ser una estrella, Evie! Tienes un talento natural para la comedia.

—Pero esa es la cuestión, ¿no? No estaba intentando ser graciosa. Es un claro caso de desamor, pero no lo supe transmitir. Las citas desastrosas y los martinis de arándanos deberían estar prohibidos.

—Lo digo en serio: estás increíble, tienes el mundo a tus pies.

Frunzo el ceño.

—Esa soy yo, la próxima sensación de TikTok. Abuela, tu amor por mí es admirable, pero estás muy equivocada.

Ella se ríe y me da un beso en la mejilla.

—¡Nunca! El mundo necesita compartir las Crónicas de Evie, pero por ahora lo dejaré pasar. ¿Qué son todos estos charcos en los que no paro de pisar?

—¡Sí, son muy pequeños! —Yo también los he encontrado en los sitios más insospechados.

—Quién sabe. Bueno, cariño, me voy.

Después de que la abuela se aleje, salgo y compruebo que los perros tienen agua suficiente en sus cuencos. Están descansando a la sombra de una hilera de cipreses, con el estómago lleno tras haber desayunado y sin energía porque hace mucho sol y porque han dado largos paseos matutinos.

Una mujer vestida con ropa de yoga se acerca con una botella de agua en la mano.

—Hola —dice con acento británico—. He venido a alquilar un perro y a leer una guía.

—Estupendo. ¿Puedo preguntarle cómo ha conocido la iniciativa Alquila Un Perro? —Será útil para la abuela saber cuál es la vía de difusión que está funcionando a la hora de captar clientes y dar a

conocer la librería. No es un lugar al que se llegue por casualidad, ya que está en lo alto de un acantilado.

—Anoche tomé un cóctel en el bar de la playa y vi un folleto. Me encanta la idea, sobre todo, lo de que los fondos se destinen a cuidar de ellos y de los demás perros del refugio. Me encantan los perros; la gente, no tanto.

La abuela ha estado repartiendo folletos durante sus paseos matutinos y parece que están dando resultado.

—La entiendo.

La clienta británica paga unos euros para alquilar a Houdini.

El problema es que Houdini desaparecerá antes de que ella pueda pestañear. La turista es recatada, tranquila, y reconozco los signos de otra introvertida como yo, que solo quiere acurrucarse con un perro y leer en paz.

Me aseguro de que tiene todo lo que necesita; incluso le ofrezco la sombra de una sombrilla, que ella acepta. Efectivamente, Houdini se ha ido en cuanto ella le ha dado unas golosinas. Por suerte, Sir Spud está cerca y corre hacia su nueva amiga. La bola de pelo pronto consigue que la mujer juegue con él a lanzarle una cuerda, que solo suelta cuando ella se relaja en la tumbona. Se hace el muerto y ella se ríe. Una vez más, ha cautivado a su última admiradora.

Dudo que vaya a leer mucho la guía, pero parece que le encanta Sir Spud, así que los dejo allí y vuelvo a entrar en la fresca librería, donde hay dos personas hojeando los libros expuestos.

Aunque las ventas no son precisamente espectaculares, estamos empezando a recibir mucha más afluencia de público gracias a las publicaciones en las redes sociales y al boca a boca.

El hombre de la guitarra entra y pregunta por Helena. Podría poner mi reloj en hora con él: las dos en punto. En lugar de decirle que no he visto a Helena, le pregunto cómo es y le indico que se siente. Su inglés es casi inexistente y me arrepiento de no haber aprendido ni siquiera lo más básico de griego. Abro mi *app* de traducción, pero él niega con la cabeza y dice titubeando:

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo es ella?

¿Por qué todo el mundo prefiere jugar a las adivinanzas por aquí?

—Me refiero a si tiene el pelo castaño, los ojos marrones, un hoyuelo en la mejilla…; ese tipo de cosas. —Le señalo mi pelo, mis ojos y mis mejillas, pero él me mira como si estuviera chiflado.

—Volveré.

¿Se ha ofendido porque le he preguntado por sus rasgos físicos? ¿Es que no se hace eso aquí? Pero, si no tengo ni idea de cómo es, ¿cómo voy a saber si Helena ha venido a la librería o no? El enigma queda para otro día. Vuelvo al trabajo.

Mantener el orden por colores lleva mucho tiempo. Aunque queda muy bien, los clientes no vuelven a colocarlos en su sitio, así que estoy constantemente volviendo a ponerlos en su lugar correspondiente.

Limpio el polvo de los libros y barro el suelo. Cuando termino, pienso en nuevas formas de publicitar la próxima apertura. ¿Cómo vamos a difundir la noticia y, lo que es más importante, cómo vamos a conseguir que los socios paguen la cuota de inscripción? Quizá necesitemos un ponente invitado, un autor de renombre que sea un gran reclamo para los socios. Pienso en todos los contactos literarios que no mantuve, pero apuesto a que Georgios guarda muchos en la recámara.

Para ser sincera, disfruto pasando tiempo con Georgios. No parece importarle si hacemos actividades, planeamos la inauguración u holgazaneamos en Bibliotherapy. Una parte de mí quiere aceptar que es un buen tipo y que está interesado de verdad en mí; en cambio, mi parte rota, que disfruta un poco con el autosabotaje, lo pone en duda. ¿Se puede confiar realmente en él? Hay momentos en los que parece demasiado bueno para ser verdad. No puedo confiar en la abuela. Me sacaría a la calle, me pondría un martini en la mano y me diría que dejara de dudar de mí misma. Aun así, esa inquietud siempre está ahí, bajo la superficie. Y lo peor: ¿y si es tan bueno como parece? Estoy engañándolo. Y él me odiará por ello. La culpa que siento por toda esta lamentable situación es real.

Capítulo 14

Roxy entra contoneándose y llena la librería con su energía contagiosa.

—Hola, guapa —saluda—. ¿Algún candidato a la vista?

Estoy desembalando una pila de libros nuevos. Para ser alguien con problemas económicos, la abuela parece recibir muchos envíos. Supongo que el problema son los largos retrasos en el transporte, al estar en una isla, por lo que llegan más tarde de lo previsto.

—¿Te refieres a futuros maridos?

—Soy como un libro abierto para ti. Una cualidad muy valiosa en una librera.

Me río. Roxy es muy divertida. Es fácil de tratar y muy vital, y me he acercado a ella para entablar amistad, algo que ha surgido de forma tan natural que parece casi orquestado. Es agradable tener una amiga como ella a la que puedo enviar un mensaje cuando no tengo nada que hacer.

—Por desgracia, no he visto a ningún candidato a futuro marido, pero pronto celebraremos la fiesta de inauguración de la biblioteca nocturna y me encantaría invitarte. Puede que haya muchos solteros listos para ligar.

—Solteros, sí, por favor. ¿Y qué es esa biblioteca nocturna de la que hablas? —Sus ojos se iluminan y se inclina hacia delante como si yo estuviera a punto de revelarle los secretos del universo.

Le cuento nuestros planes y le explico que todavía estamos organizando el evento.

—¡Oh, tengo que hacerme socia!

Saco el formulario de inscripción de debajo del mostrador y se lo entrego.

—Hay que pagar una cuota de socio y, a cambio, tienes acceso exclusivo a todo lo que hay aquí. Pero, en tu caso, te la vamos a regalar porque siempre estás ayudando.

—¡No! No ayudo, sino que ¡paso el rato! Además, es un precio muy bueno a cambio de conocer al hombre ideal. Prácticamente soy pariente de todos los habitantes de esta isla, así que el mercado de citas es más bien una tienda de ultramarinos. Ahora estoy atrapada aquí, así que tengo que aprovecharlo al máximo y encontrar esa auténtica aguja en un pajar con forma de hombre musculoso, bronceado y que sea un bibliófilo. ¿Tienes un boli?

Me acerco a mi caja de libros y saco un bolígrafo para Roxy, que rellena el formulario y me lo entrega.

—Ayúdame con la mesa de Santorini —le digo.

Un gran porcentaje de nuestros clientes son turistas que suelen pasar por la tienda en busca de libros sobre atracciones y actividades locales. Una mesa expositora en la entrada llena de guías y relatos de viajes con portadas en las que aparece el omnipresente paisaje de Santorini seguro que les atraerá.

—Claro —responde ella.

—¿Dónde vivías antes de volver a casa?

Llevo un montón de libros a la mesa y los dejo allí antes de dirigirme a la sección de viajes locales para seleccionar algunos más.

Roxy extiende los brazos para coger los libros que elijo.

—Ese sobre las rutas del vino de Santorini está bien —dice.

Leo la sinopsis: es exactamente el tipo de guía que buscan los turistas, con mapas que destacan las rutas de las bodegas y los lugares de interés para visitar por el camino. Añado un par de ejemplares a la pila que sostiene Roxy.

—Estaba en Atenas, trabajando en relaciones públicas y *marketing* para una importante marca de moda. Cuando mi madre enfermó, volví a Santorini para ayudarla.

Roxy ya me había contado lo de la enfermedad de su madre. No le pregunté detalles porque me pareció indiscreto entrometerme en la vida de alguien que es casi una desconocida.

—Siento mucho que tu madre enfermara. ¿Se ha recuperado? —Me arrodillo frente al estante inferior, donde hay un par de libros

sobre los mejores lugares para bucear en Santorini.

—Está mucho mejor. Y he decidido quedarme aquí para siempre. Este susto, la posibilidad de perder a mi madre, me ha hecho ver las cosas con perspectiva, ¿sabes? Por mucho que discutamos, la quiero con locura y siento que mi lugar está aquí, aunque encontrar un hombre al que amar que no sea un primo lejano no es tarea fácil. Mi madre me recuerda todos los días que mi reloj biológico corre como una bomba de relojería. Las madres griegas… No te haces una idea de cómo son.

Me río. Roxy tiene una forma de aligerar los temas más difíciles. Por muy optimista que sea, debe de haber sido una época preocupante para la familia.

—Me alegro de que ahora esté bien. Seguro que está feliz de que te quedes.

—Lo está. Pero incluso ella sabe que las perspectivas de encontrar marido por aquí son desastrosas. Para ti está bien porque no eres pariente de ninguno de ellos. Podrás elegir entre todos.

¿Le cuento lo de Georgios? ¿No es eso lo que hacen las amigas, compartir esos detalles íntimos sobre el amor y la vida? Pero ¿y si es un primo lejano de Roxy y se me escapa un secreto y se entera de que todo es falso? Mi reputación quedaría por los suelos, y la de la abuela también. Mejor esperar por ahora. Una vez más, me invade la misma culpa.

—Ojalá pudiera, pero ahora mismo estoy a tope con mis novios literarios.

Ella suelta una risa entrecortada.

—Realmente tienes una vida perfecta.

Pero esta no es mi vida real, ¿verdad?

—Es una especie de limbo forzado. Me despidieron de mi trabajo y mi entrometida familia me envió aquí para espiar a la abuela. Solo me quedaré hasta que encuentre otro trabajo de *scout* literaria.

—¿Qué es una *scout* literaria?

—Leo novelas románticas que puedan adaptarse al cine. Trabajaba para Hollywood Films antes de que se pasaran a las películas de superhéroes, lo que hizo que mi puesto se volviera insostenible. —Ay. Aún me duele.

—Vaya, ¿hay trabajo para eso?

—¿Verdad? Antes trabajaba como redactora. Ser *scout* literaria es diferente. Por fin sentía que había encontrado mi lugar en el mundo. Con los pies sobre la mesa, la nariz pegada a un libro, solo yo y las palabras de la página, imaginándome cómo sonaban en la gran pantalla. Era embriagador.

—Eres mi heroína.

—Pero soy una *scout* literaria en paro.

—Es solo un bache. Pronto volverás a La La Land y trabajarás en lo que te gusta…

Sonrío ante sus palabras de ánimo.

Se me ocurre una idea.

—Roxy, ¿por qué no trabajas para nosotros como *free lance*? —Trago saliva. ¿Cuánto costaría algo así? Seguro que recuperaríamos los gastos con los clientes que ella traería—. No se me da muy bien el *marketing*. De hecho, diría que se me da fatal. Ni siquiera sé por dónde empezar, aparte de por lo obvio, y la inauguración de Epeolatry tiene que ser espectacular para que este lugar sea un negocio viable.

—¡Me encantaría ayudar! Puedo darlo a conocer en revistas, periódicos, medios digitales e impresos. También organizar entrevistas en la radio. Estaría encantada de hacerlo gratis; en serio, me daría algo que hacer y activaría esas partes de mi cerebro que están dormidas desde que he vuelto.

Aunque me emociona la propuesta, la idea de que me entrevisten en la radio me pone nerviosa. Me quedaría paralizada, sin voz, haría el ridículo por ser yo misma.

—Mmm…

Debo de estar pálida como un cadáver, porque Roxy se da cuenta:

—¿Qué pasa? Ah, no te gusta ser el centro de atención, ¿a que no?

—No es que no me guste; es que lo odio.

Ella suelta una carcajada.

—Lo entiendo. Puedo hablar por ti, si quieres. Me encantaría volver a meterme en esto. Quizá pueda montar mi propia empresa de relaciones públicas y *marketing* a tiempo parcial aquí, en

Santorini. Podría aprovechar la inauguración para poner a prueba mis contactos, y tú podrías contar con mis habilidades gratis. ¿Qué me dices?

—Diría que sí, aceptaría con gratitud toda tu ayuda. Pero no gratis. No podemos permitirlo.

—De acuerdo. —Se da un golpecito en la barbilla y chasquea los dedos—. ¿Qué tal si me haces socia vitalicia de Epeolatry?

Le dedico una amplia sonrisa.

—Hecho. La abuela te lo agradecerá mucho, Roxy. Y también podemos acordar alguna forma de pago por tu ayuda.

—No, es lo menos que puedo hacer si voy a estar aquí todo el verano.

Le enseño Epeolatry, que la deja impresionada, como era de esperar.

Más tarde, esa misma noche, recibo un mensaje de Georgios: «¿Quedamos mañana a mediodía en la playa?».

Nunca, ni en mis sueños más atrevidos, pensé que me convertiría en una asidua de la playa. Georgios lo hace divertido. Lo bastante divertido como para que pueda superar el ir casi sin ropa, la muchedumbre, el calor y la intensidad de socializar.

«Podría estar bien. Voy a ver si la abuela puede cubrirme en la librería y te lo digo».

¿A quién quiero engañar? Solo tengo que mencionar el nombre de Georgios y ella empezará a lanzarme biquinis minúsculos. Aun así, últimamente se muestra bastante distante, como si la agobiaran pensamientos pesarosos. Podría ser por el trabajo, pero sospecho que hay algo más.

Con la excusa de preguntarle si mañana podemos ir a la playa, me cuelo en su villa y echo un vistazo. Busco en concreto más notas que hablen de su nuevo marido. Entro rápidamente en su habitación y reviso el mismo joyero, pero no encuentro nada. No me atrevo a sacarle el tema hasta tener más información. Por ahora no hay nada concreto. En la cocina reviso los cajones, pero tampoco hallo nada.

¿Me estoy creyendo otra de las conspiraciones de mamá y Posy? Mientras registro el resto de la villa, lo contemplo todo. Lo que más me inquieta es el texto de la nota que encontré. ¿Por qué no se

puede confiar en él? ¿Y quién la escribió? Mi búsqueda es infructuosa, así que decido vigilar más de cerca a la abuela…

Capítulo 15

Después de otro épico paseo en bicicleta, ato mi bici y me dirijo a la playa para encontrarme con Georgios. Lo veo en la orilla, charlando con un grupo de personas que se lanzan un *frisbee*. Desde que empezamos a vernos, noto pequeños cambios en él, como si se estuviera adaptando al ritmo y al tempo de Santorini. Yo también siento que respiro más hondo aquí y que me comporto de forma más relajada, a medida que el ajetreo de la vida en la gran ciudad va quedando atrás.

Al acercarme, descubro que lleva un libro bajo el brazo. Eso me hace sonreír. Yo también llevo uno en el bolso, por si llegaba antes que él. ¿Quién quiere esperar sin la compañía de un buen libro?

Es divertido verlo interactuar como si conociera bien a estas personas. Al igual que Roxy, tal vez él también sea pariente lejano de la mitad de la isla. Me encanta el hecho de que tengan esta base sólida a la que pueden regresar, donde parece que nada cambia, excepto las caras de los turistas.

Cuando Georgios me ve, me saluda con la mano y se acerca corriendo. Solo le falta uno de esos salvavidas naranjas y podría estar en un tráiler de *Los vigilantes de la playa*. La música de la serie suena en mi cabeza y rezo para que no se me pegue esa melodía pegajosa todo el día.

—Evie. —Me da un beso en la mejilla; el aroma de su colonia picante se mezcla con el aire salado.

—Hola, Georgios. Se te ve contento hoy.

—Lo estoy, creo.

—¿Crees?

Da una patada a la arena con la punta del pie.

—Mi editor ha publicado una disculpa formal. Aunque sea solo una formalidad, debería acabar con los rumores y sospechas que había por mi despido imprevisto y repentino.

Aunque me alegra que haya conseguido esta exoneración, una parte de mí se desanima ante la idea de que pueda hacer las maletas, coger el primer avión y volver a su trabajo. ¿Dónde quedaría la abuela? Nuestra relación falsa terminaría tan rápido como las reales. Sería decepcionante, pero extrañamente coherente con la vida real.

—Vaya. ¿Vas a volver a tu trabajo?

Él niega con la cabeza.

—Ni en un millón de años. No lo gestionaron bien, y me convertí en el chivo expiatorio. Lo puedo perdonar, pero no olvidar.

Exhalo la angustia y espontáneamente salto para subirme a él a horcajadas y abrazarlo. Nunca antes me había subido de un salto a los brazos de nadie, así que nos pilla a los dos por sorpresa. Aterrizo en sus brazos, con una pierna enredada alrededor de su rodilla y la otra cerca de su cuello. Me estoy volviendo muy flexible desde que monto tanto en bicicleta. Pero ha sido un salto torpe y raro y no sé muy bien cómo desenredarme.

¿Finjo que esto es lo normal en un abrazo de salto a horcajadas y sigo intentando trepar por su cuerpo como si fuera un árbol, o me rindo y acepto mi destino como la tonta que soy? Decido arriesgarme, pongo las piernas en sus caderas y rezo para que las sujete. ¡Lo hace! Me pone una mano debajo del trasero y me aprieta contra él. Su pobre novela cae a la arena. Una vez me ha colocado así, me muero de vergüenza. En primer lugar, porque nuestras partes íntimas están casi en contacto, con tan solo una fina tela entre nosotros, y, en segundo lugar, ¿EN QUÉ DEMONIOS ESTABA PENSANDO? ¿Qué me ha impulsado a participar en tal ejercicio?

Sus labios están a un suspiro de los míos y es como si estuviera poseída por algún tipo de demonio lujurioso, porque siento la necesidad de volver a besarlo. Mientras titubeo, él toma la iniciativa y me besa. Estoy tan sorprendida que voy a protestar y, sin querer, me encuentro en un beso con los labios abiertos. ¡Y vaya si sabe besar este hombre! Me derrito en sus brazos y en la sensación, y

pienso que, ya que esto no es real, más vale disfrutarlo, aunque estemos todo el tiempo rompiendo las reglas que yo les pongo a las citas, reglas sobre cuándo se permite besar y qué tipo de beso. Alerta de espóiler: los besos con la boca abierta son o bien al cabo de un mes, o bien al cabo de once citas, dependiendo de lo que ocurra primero. Estas reglas las he establecido matemáticamente, teniendo en cuenta las estadísticas de mis exnovios. Y POR UNA BUENA RAZÓN.

Cuando creo que voy a morir por falta de oxígeno, presa del pánico y quizá de este extraño deseo que la Evie 2.0 me está imponiendo, el beso termina. ¿Qué me está pasando? Nos miramos profundamente a los ojos y busco pistas de que se trate de un reto o de que me esté gastando una broma, cualquier cosa que explique esta extraña situación, pero no encuentro nada más que una mirada aturdida que refleja la mía. ¿Cómo puede un beso falso ser tan… potente? Tal vez sea porque hemos hecho las cosas sin seguir mi orden exacto. Precipitarse así es inevitable que provoque este tipo de sensación de lujuria desenfrenada.

¡Es hora de abortar la misión! Deslizo mi mano por su cuerpo, lo que resulta ser un error, ya que noto bultos y protuberancias y no quiero imaginarme qué son. Intento relajar los músculos mientras Georgios cambia de posición, me levanta y me tumba sobre la suave arena.

Me aliso el pelo, que se me ha revuelto y está enmarañado, como si me hubieran tirado sobre una cama o algo así. Es más o menos lo que siento, y me sonrojo al pensar que toda la gente que hay en la playa puede haber sido testigo de lo que sea que haya pasado. No soy una persona a la que le guste mostrar sus sentimientos en público, lo cual supongo que no sorprende a nadie, pero aquí estoy otra vez, haciendo el ridículo.

—¿Te apetece almorzar algo? ¿Quieres resguardarte un poco del sol? —me pregunta, y recoge el libro que se le ha caído con total naturalidad, como si mi mundo no se hubiera vuelto del revés mientras yo me aferraba con las uñas y la adrenalina.

—Almorzar. Sí.

Tengo calor por el sol y por el zumbido de mi cerebro. Soy como un ordenador que necesita reiniciarse para que los impulsos eléctricos que se han vuelto locos puedan descansar un momento.

Hay un grupo de adolescentes retozando en la playa. Una joven nos saluda con la mano y saca su teléfono para hacernos una foto.

Me alarma un poco la intrusión, pero Georgios me dice:

—Es mi prima.

—¿Por qué nos ha hecho una foto así?

Solo espero que no nos haya grabado cuando he saltado para subirme a horcajadas y abrazarlo. Con hacerse viral en TikTok una vez es suficiente para toda la vida. Y ni siquiera puedo echarle la culpa al alcohol, maldita sea.

—La cosa es que… —Señala una carretera de guijarros negros y nos alejamos de la playa y zigzagueamos por pequeñas callejuelas.

Debería ser obvio que Santorini es montañosa por las fotos de las emblemáticas construcciones encaladas con techos azules apiladas en la ladera de un acantilado, pero supongo que nunca pensé que estaría subiendo y bajando esas pendientes tan empinadas todos los días. Empiezo a entender por qué los turistas llevan ropa ligera. Hace demasiado calor para llevar varias capas.

Subimos despacio; me detengo un momento para recuperar el aliento y me vuelvo hacia la impresionante vista mientras espero a que Georgios me explique quién es su prima.

Georgios levanta una mano para protegerse los ojos del resplandor del sol.

—Lo publicará en el chat familiar con un comentario del tipo: «¡He visto con mis propis ojos a Georgios con una mujer de carne y hueso!».

Inclino la cabeza e intento darle sentido a esta información.

—¿No sales con nadie cuando estás aquí o qué? ¿Es porque eres pariente de todo el mundo y tu círculo de citas es más bien reducido? —Utilizo la descripción bastante acertada de Roxy para describir el dilema.

Él se ríe.

—Tengo muchos primos, sí. Pero no es eso. No he tenido una vida amorosa muy ajetreada. —Se encoge de hombros como si no

pudiera evitarlo—. Mi familia quiere que encuentre una mujer agradable y que siente cabeza. Mi abuelo, sobre todo. Se imagina que vuelvo a Santorini, tengo un millón de hijos… Ya sabes. En el chat familiar siempre se habla de que pronto voy a cumplir los treinta y sigo soltero. Como si estuviera defectuoso o algo así.

¿Georgios defectuoso? Esas dos palabras no pegan nada juntas, pero me hace gracia que tengan un chat familiar y que la soltería de Georgios sea el tema de discusión, igual que en el chat de mi familia, donde yo suelo ser el tema del día, a menos que mi abuela intervenga y me dé un respiro.

Aun así, me parece raro que no tenga una vida amorosa ajetreada. Es muy atractivo y siempre parece estar rodeado de mujeres, así que ¿por qué no ha encontrado pareja? Debe de ser por elección propia. O, lo que es más preocupante, porque sea defectuoso, ¡como, por ejemplo, porque doble las esquinas de los libros! O porque lea primero el final de las novelas, como una especie de sociópata.

Entrecierro los ojos, en estado de alerta.

—¿Por qué no has encontrado a tu media naranja? ¿Es que quieres tu libertad y no te gusta la idea de atarte? ¿O es un defecto de tu forma de ser por el que las mujeres con las que sales huyen? —Dios mío, ¿de verdad quiero saberlo? ¡Imagina que descubro que no le gusta leer los libros de Nora Roberts!

—¿Un defecto de mi forma de ser? —Sonríe—. ¿Como cuál? ¿Qué haría que Evie Davenport saliera corriendo?

Mi cerebro encuentra problemas para cambiar de tema.

—¿Yo? Eh… Que rompas el lomo de un libro. Y que insistas en ir a discotecas a bailar. Que tu pasatiempo favorito sea ver deportes en un estadio enorme. Que tu idea de la diversión sea…

Levanta una mano para detenerme. Probablemente sea mejor, ya que mi lista es larga.

—Nunca rompería el lomo de un libro, eso está tan mal como romperle el lomo a una persona. En cuanto a las discotecas, no: demasiado ruidosas y oscuras. Los deportes: no son para mí, a menos que los practique.

—Vale, bien. ¿Y tú, Georgios? ¿Qué defectos de la forma de ser de una chica no toleras?

—Si le doblas las esquinas a un libro, no hay esperanza.

Sonrío. ¿Me está leyendo la mente?

—Ni lo sueñes. Entonces, ¿por qué estás soltero?

Se encoge de hombros.

—No he encontrado a la persona adecuada. No me gustan las aplicaciones para ligar ni ese tipo de cosas. Pero estoy abierto al amor… —Deja la frase en el aire.

¿Se supone que debo declararle mi amor? ¿Mis intenciones? Pero, si no son reales, ¿no sería innecesariamente cruel? ¿Son reales mis sentimientos? Esa es una perspectiva aún más aterradora. Alguien tiene que desconectarme y pulsar el botón de reinicio, porque ahora mismo estoy todo lo confundida que una persona puede estar.

—Las aplicaciones son lo peor —logro decir por fin. Juego con la idea de contarle mi historia pasada con las mismas y pienso: ¿por qué no?—. Probé una *app* de citas hace unos años y enseguida comprendí que era solo una forma de ligar para aquellos que no siguen las reglas de las citas. Los hombres que conocí no buscaban un compromiso a largo plazo; ni siquiera estaban dispuestos a comprometerse a pasar toda la noche juntos. Una advertencia: Netflix y relajarse no implica televisión y palomitas. Digamos que a ese hombre en particular tuve que echarlo rápidamente de mi apartamento con unas cuantas palabras duras y espray de pimienta en los ojos.

Después de esa cita desastrosa, me mantengo alejada de las citas *online*.

Él se ríe, aunque no sé muy bien por qué. Me prohibieron traer el espray de pimienta en el avión, pero tengo algo casi igual de bueno: espray para moscas. La necesidad es la necesidad. Las constantes amenazas de mi madre de que me llevarán a la fuerza están siempre presentes en mi mente, y Georgios puede ser muy guapo, pero eso no significa que no sea un ladrón de cadáveres en secreto. Es mejor estar preparada para cualquier eventualidad.

—Yo tampoco uso aplicaciones de citas, así que me ha resultado difícil encontrar a esa persona especial. Supongo que soy un poco

tímido en cuestiones sentimentales. Cada año que pasa, mi familia me presiona más, por si acaso se me olvida que sigo siendo un soltero empedernido. Dicen que no soy lo bastante activo en el mundo de las citas. Lo único que busco activamente es un nuevo trabajo. —Se pasa la mano por el pelo, un gesto que hace siempre que habla del trabajo.

Aunque por fuera parece tranquilo, resignado al hecho de haber perdido su empleo, está claro que todavía le molesta.

Entonces caigo: ¡ha dicho que lo único que busca activamente es un nuevo trabajo! ¿Qué demonios pinto yo en esta situación? ¿Soy una… forma de pasar el rato? ¡Ay, Dios mío! ¿Un rollo de vacaciones? Que conste que no tengo rollos de una noche y que, desde luego, no tengo rollos de vacaciones. Solo me interesan las relaciones duraderas; si no, como se dice, *fuggetaboutit* («olvídalo»).

Estoy a punto de decirle lo que pienso cuando recuerdo mi misión. Oh. No puedo regañar a este hombre por jugar conmigo y darme falsas esperanzas cuando yo estoy haciendo lo mismo con él. ¡Maldita sea! Sería un poco hipócrita por mi parte ofenderme, ya que nada de esto es real, aunque por alguna razón lo que me acaba de confesar me duele un poco.

Mientras yo estaba ocupada con mi debate interno, él me ha estado mirando fijamente. A lo mejor espera una respuesta. Me devano los sesos para recordar qué demonios ha dicho. Ah, ya lo tengo. Los problemas de trabajo. El desempleo.

Compongo mi expresión para mostrar una preocupación genuina.

—La abuela me contó lo que pasó. Hiciste lo correcto, ¿sabes? Hablar claro nunca es fácil, sobre todo, cuando te enfrentas a un autor tan poderoso.

¡Aunque tú me estás dando falsas esperanzas como si fueras una guirnalda de luces navideñas, monstruo!

Vale, quizá sigo un poco ofendida. Me recuerdo a mí misma que yo también lo estoy engañando. Y, si le preguntara directamente si es de los que se comprometen, sería un monstruo participando en esta ficción en la que me he visto envuelta.

Él se encoge de hombros.

—No me lo parece, ya que fue a mí a quien echaron.

—Sí, fue muy injusto. —¡La vida es injusta, Georgios! ¿Qué me pasa? Necesito agua. Sentarme. Una siesta. Lo que sea—. ¿Qué pasará ahora con el autor Adam Lo Que Sea?

—No estoy al tanto del plan. Supongo que anularán su contrato discretamente y esperarán a que la gente se olvide del tema. Está diciendo todo tipo de cosas, amenazando con demandarlos, a su mujer… Hace todo lo posible por salir airoso. Y lo que da miedo es que podría conseguirlo.

La ira me enfurece. La situación es tremendamente injusta para Georgios, pero lo está llevando muy bien.

—¿Cómo es posible?

—Te sorprendería lo que es capaz de hacer la gente para que un escándalo de esta magnitud desaparezca. Y Adam es muy carismático, lo que le ha servido bastante. Si hubiera tratado mejor a su esposa, se habría salido con la suya para siempre.

—¿Por qué no luchaste por tu trabajo? Al fin y al cabo, no hiciste nada malo. —Tengo verdadera curiosidad.

No parece el tipo de persona que se echa atrás a la hora de defenderse, cuando ya ha hecho lo más difícil al revelar los delitos de Adam.

—La primera reacción que tuvieron fue protegerlo a él a toda costa, no a mí. No quiero trabajar para una empresa que no vela por mis intereses.

—Tienes razón. ¿Cómo ibas a volver a confiar en ellos?

—Exacto. No podría.

—¿Y dónde estás buscando? ¿En las cinco grandes editoriales? ¿Algo más pequeño?

Baja la cabeza mientras caminamos por una estrecha carretera en una zona más humilde de Santorini. Las vacas pastan en campos abiertos; hay menos coches a medida que la carretera se va estrechando hasta convertirse en un camino rural. Es realmente encantador ver cómo se pone nervioso en estos momentos. Pero ¿es todo parte de su plan, del plan de permanecer soltero a toda costa?

—En realidad, se me ha ocurrido una idea descabellada. Puede que sea la desesperación.

Por lo que sea, no veo a Georgios como una persona desesperada. Es demasiado comedido y metódico para eso.

—¿Cuál es tu idea?

—¿Y si montara mi propia editorial?

Georgios lee mucha literatura, así que supongo que publicaría una gran variedad de libros si tuviera su propia empresa.

—Me encanta la idea. ¿Por qué no? Está claro que tienes muchos contactos en el sector. ¿Cómo lo harías?

—Empezaría poco a poco, con unos cuantos autores de calidad. Los promocionaría mucho. Me centraría en cuidar a los autores que tengo, en lugar de intentar crecer demasiado rápido. Puede que sea una quimera… Tendría que averiguar cómo financiarlo. Tengo ahorros, pero muchos los he invertido, así que tendré que hablar con mi asesor financiero y ver cuál es la mejor manera de seguir adelante.

Llegamos a una pequeña y pintoresca taberna familiar llamada Attica, donde los propietarios nos reciben efusivamente. Nos ofrecen una mesa fuera, bajo una gran sombrilla azul. Ponen aceitunas en la mesa mientras charlan rapidísimo en griego con Georgios. Mientras ellos se ponen al día, yo reflexiono sobre su idea del negocio.

Capítulo 16

Mientras la familia Attica se preocupa y mima a Georgios como si fuera un hijo perdido, yo finjo leer el menú, pero la mente me da vueltas. Hay una solución muy sencilla que financiaría sus sueños editoriales. Georgios puede decirle a su abuelo que venda y que le dé su herencia de manera anticipada, como ha hecho con el resto de sus hermanos. Entonces, ¿por qué no lo ha hecho? ¿Es su abuelo tan estricto que espera que se case antes? ¿No es una forma un poco anticuada de vivir? No obstante, Yannis dijo que podría ser más fácil vender la propiedad, y si Georgios le pidiera que financiara su negocio, seguramente lo haría. ¿Quién no invertiría en el sueño de su nieto? Y eso sería desastroso para la abuela.

Desde nuestra atalaya en lo alto de la colina, los bañistas parecen hormigas. Cuando la familia Attica termina de ponerse al día con Georgios, nos comentan cuáles son las sugerencias del día, que aceptamos encantados. Al final, no ha hecho falta consultar la carta.

Vuelvo a fijar la mirada en Georgios:

—¿Y tu herencia? Seguro que es una forma de financiar tus sueños. ¿Tu abuelo estaría de acuerdo?

¿Y si acaban vendiendo y la abuela se queda sin nada? Otro problema más que requerirá un milagro gigantesco para resolverlo.

Una adolescente de pelo largo y rizado nos trae una botella de agua con gas, sin dejar de mirar a Georgios como si fuera el hombre de sus sueños hecho realidad. Escondo una sonrisa y me pregunto si yo también tengo esa mirada de enamorada cuando estoy en su presencia. Debería ser ilegal que un hombre fuera tan inconsciente de que enciende corazones por dondequiera que va.

Cuando ella se marcha, tropezando con sus propios pies, vuelvo a mirarlo:

—¿No le contarías a tu abuelo tus planes editoriales para ver si te puede ayudar económicamente?

No me gusta meterle ideas en la cabeza, pero es lo justo, y es mejor saber si es una posibilidad real antes de que la abuela invierta más dinero en una causa perdida.

Él levanta una mano para meditar la idea.

—Prefiero hacerlo por mi cuenta. Si dependo de mi familia para el dinero, ¿dónde acabará todo? Me sentiría como si tuviera inversores en lugar de dirigir mi propio negocio.

Asiento con la cabeza, impresionada una vez más por su moral. Lo que no digo es que eso también supondría el fin del negocio de la abuela y que ella perdería el dinero que ha invertido en la reforma. Es muy poco probable que un nuevo propietario sea tan indulgente con los meses de alquiler impagados como lo ha sido Yannis.

—Lo entiendo. Y creo firmemente que puedes hacerlo. Encuentra esos tesoros ocultos entre el montón de basura y hazlos brillar.

—Lo que me preocupa es…

La hija adolescente regresa con los platos.

—Esto es *fava me koukia* y *spanakopita* —dice, y deja la comida sobre la mesa.

En Grecia se come con los ojos, sin duda. Cada plato es una obra de arte.

Le damos las gracias y Georgios me explica qué lleva cada plato.

—Esto son habas machacadas con limón e hinojo, y esto son espinacas y queso feta en hojaldre.

—Delicioso. ¿Qué estabas diciendo? —Cojo una cucharada generosa de habas machacadas y busco un trozo de pan de pita, contenta de que no se ofrezca a darme de comer delante de la familia.

—¿Saldrá bien mi apuesta? ¿O es solo una crisis de la mediana edad? ¿Un sueño imposible?

—¡No eres para nada un hombre de mediana edad! No es un sueño imposible; es un sueño alcanzable. Tienes mucha experiencia para conseguirlo. Hoy en día ni siquiera necesitas una oficina, ¿verdad? Podrías trabajar en cualquier lugar. Reduce gastos y

concéntrate en lo que importa, que son los textos. Tienes muchos contactos.

Él asiente con la cabeza, reconociendo que así es.

—Diez años en el mundo editorial. Empecé como asistente que llevaba los cafés, antes de ascender a llevar el almuerzo, y poco a poco fui subiendo hasta llegar a director editorial. He estado involucrado en todas las áreas del sector, de una forma u otra. Haré algunos cálculos y veré si es viable. Pero eso es más o menos lo que tengo pensado. ¿Y tú? ¿Te han respondido de alguna solicitud de empleo?

Suspiro.

—El trabajo de documentalista que solicité ya está cubierto, así que envié un correo electrónico bastante desesperado a la persona que hacía la selección para preguntarle si conocía a alguien más con quien pudiera contactar, pero hasta ahora no he recibido respuesta. Estoy pensando en ponerme en contacto con Gene, que fue quien me contrató originalmente en Hollywood Films, pero no estoy segura. Está viviendo la buena vida en Florida y no quiero molestarlo.

Georgios se sirve una cucharada de habas machacadas.

—Seguro que una llamada no le hará daño.

—Yo soy más de correos electrónicos.

—Mejor aún. ¿Por qué no le envías un correo electrónico? Si está ocupado, no te responderá, así que no tienes nada que perder.

—Tienes razón. Y era el mejor de los jefes. El problema es que su mujer, Betsy, prácticamente prohibió cualquier contacto con gente del mundo del cine. Si no fuera por eso, quizá tendría que volver a Nueva York y suplicar que me devolvieran mi antiguo trabajo de editora. No es que no me gustara: me encanta editar, pero daban mucha importancia al trabajo en equipo. No te imaginas cómo eran las reuniones de los viernes por la mañana, que podrían haber sido correos electrónicos.

Se ríe y su risa es un sonido aterciopelado que me pone la piel de gallina. ¿En serio? Incluso su risa es maravillosa. Hay momentos como este en los que se muestra tan interesado y comprensivo que una parte de mí olvida que se trata de algo falso. La verdad me hace

cosquillas en la punta de la lengua y tengo muchas ganas de confesarle que estoy fingiendo salir con él para que así podamos empezar de cero de verdad, pero la parte sensata de mi cerebro se impone y me recuerda lo de la abuela y lo que ella podría perder.

—Envía un correo electrónico a Gene y dale tiempo.

—Sí. Mis sueños han echado alas y realmente quiero ser *scout* literaria, pero está resultando difícil, aunque no imposible. Estoy considerando otras opciones en lugar de centrarme solo en el romance, y eso está bien, ya que podría dar lugar a otras oportunidades. Tienes razón: es cuestión de esperar, y tengo la suerte de poder quedarme aquí y mantenerme ocupada con la librería.

—Tu abuela también te necesita ahora mismo.

Sonrío como siempre que pienso en la abuela.

—Me encanta estar con ella. En ese sentido, ha sido el momento ideal. —Eso me recuerda el otro trabajo que hay que hacer—: ¿Qué posibilidades hay de que podamos recurrir a tus contactos literarios para encontrar un ponente e invitarlo para que hable en la inauguración de Epeolatry? Un escritor solitario nos honra con su presencia, causa sensación, y el bar-biblioteca y los socios se vuelven locos.

Me pone otro paquete de masa filo en el plato. Este hombre es muy considerado a la hora de compartir la comida. ¿O tal vez es un alimentador compulsivo? Entraré en coma alimenticio, aletargada y soñolienta, mientras él hace lo que sea que hacen los ladrones de cuerpos. Me devuelve al presente diciendo:

—Me encanta. Pero ¿un escritor solitario? ¿A quién tienes en mente?

Busco imágenes en mi mente, pero no se me ocurre ningún autor.

—Alguien melancólico y misterioso.

—Entonces, ¿buscamos el drama de un novelista al estilo de J. D. Salinger?

Intento cortar el hojaldre en trozos pequeños para no llenarme de restos.

—¡Sí! ¿Un grande de la literatura que no haya aparecido en público en los últimos cincuenta años?

Mientras lo piensa, inclina la cabeza.

—¿Existe algo así hoy en día, cuando es fundamental que los escritores interactúen con sus lectores? Están en las redes sociales. Asisten a festivales, imparten talleres de escritura y…

Pongo los ojos en blanco.

—Estás agriando el ambiente, Georgios.

Él sonríe, con esa misma sonrisa que ilumina su rostro, como si realmente lo hubiera hecho feliz.

—Lo siento. Tienes razón. Necesitamos un reclamo, una persona que normalmente rehúya la fama…

Hacemos una pausa cuando llega otro plato.

—*Melitzanes Santorini.* —Un plato de berenjenas blancas con tomates, hierbas y queso *kefalotyri*.

Ser vegetariano en Grecia sería fácil, dada la forma en que transforman las humildes verduras en platos abundantes y saludables. Pruebo un bocado. La berenjena blanca es mucho más dulce que la morada.

—¿Por qué no buscamos a un escritor al que le guste ser el centro de atención? —pregunto, dejando aflorar mi lado práctico.

—¿Se te ocurre alguno? —Se limpia las comisuras de la boca con una servilleta.

—Los escritores cuyos libros elegí para adaptarlos al cine viven tan lejos que dudo de que puedan reorganizar sus agendas a tiempo.

—Sí, que sea algo de última hora va a ser un problema.

Considero las opciones.

—¿Quién es famoso ahora mismo, pero no tanto como para descartarlo? Además, no es que tengamos mucho dinero para convencerlos. No se me ocurre ningún escritor que asistiera solo por diversión. ¿No esperarán un trato de alfombra roja? ¿Una gratificación por asistir? ¿Quizá legiones de fans gritando y adorándolos? No podemos ofrecerles nada de eso, la verdad.

Georgios chasquea los dedos.

—¿Qué tal Lucy Strike? —propone—. Le gusta reunirse con sus fans, tanto con los antiguos como con los nuevos.

Lucy Strike tiene fama de seductora.

—He leído algunos de sus libros —respondo—. Me gustó especialmente su serie sobre la mafia. Me abrió los ojos. Era muy realista.

Y yo lo sé bien, después de verme envuelta en la catástrofe de la Cosa Nostra de mi abuela. Estoy segura de que Lucy tiene vínculos con la familia más antigua del mundo, o eso, o es que ha hecho entrevistas épicas en la cárcel a un soplón que probablemente acabó… siendo eliminado.

—Sí, son divertidos y se leen rápido.

—La rumorología editorial siempre está al rojo vivo con chismes sobre la seductora autora. A veces me pregunto si eso eclipsa su escritura. —Ya está, ya lo he dicho.

—Lucy es muy seductora, pero eso forma parte de su imagen pública; todo es humo y espejos. Podría preguntarle si quiere venir como ponente invitada —dice encogiéndose de hombros.

—¿La conoces personalmente? —¿Podría ser una de sus antiguas conquistas?

Da un sorbo al agua.

—Sí, es una de mis autoras. O lo era, supongo. Con su último libro, se pasó de Bennett Press a nuestra editorial. Me ha venido a la mente porque vive en Palermo. No está muy lejos para que venga a la inauguración, si le prometemos una noche inolvidable.

Uf, probablemente esté enamorada de este guapo idiota y se pase toda la noche pegada a él como una lapa. En realidad, no puede, porque él tiene una falsa relación conmigo. Ya es hora de que hablemos de los límites.

—Claro, suena genial. Consigamos su apoyo. Solo una cosa…

Llega otro plato y con él el aroma salado del marisco me distrae por un momento. Tentáculo de pulpo, no. Calamares fritos, sí.

—¿No quieres pulpo? —me pregunta, al notar que vacilo, tal vez porque no puedo mirar el pulpo sin hacer una mueca de repulsión.

—No, gracias. Siempre tengo la sensación de que las ventosas se me van a pegar al cuerpo y tendrán que extirparlas quirúrgicamente. Pero los calamares, sí.

—Mmm, nunca he oído que nadie haya tenido ese problema. —Georgios espera con el tenedor en alto, pacientemente, mientras

pruebo los calamares, que saben más frescos que cualquier marisco que haya probado antes.

No quiero irme nunca de esta isla mágica.

—Probablemente estén muertos. —Podría pasar y es probable que haya pasado—. Mejor tener cuidado con cualquier cosa que tenga ventosas.

—Buen consejo, pero me lo voy a comer porque no quiero ofender a la familia Attica.

—Es tu vida. —Le gusta vivir al borde del precipicio. Más le vale tener cuidado, porque algún día podría caer—. Entonces (solo estoy pensando en voz alta), tenemos reglas a la hora de coquetear con otros, o, por ejemplo, si una persona nos hace ciertas… insinuaciones, tendríamos que rechazarla educadamente, ¿no? No digo que debamos tener exclusividad, ni nada por el estilo. Lo que quiero decir es ¿qué es esto? ¿Un rollo de vacaciones? —NO—. ¿Un breve romance? —DIOS, NO—. Eh…, ¿un…?

—¿Te refieres a que Lucy se me insinúe?

Me esfuerzo por controlar mi boca, que parece la de un pez globo.

—¿Qué? No, solo en general. Un hombre también podría insinuárseme a mí, ya sabes. Yo también he participado en juegos de seducción… —¡¿Qué?! Dios mío, cuando me pongo nerviosa, recurro al lenguaje de las novelas románticas. La culpa la tiene mi trabajo de editora.

—No lo dudo, Evie. Estoy seguro de que tienes a los hombres rendidos a tus pies. Lo siento, no quería decir eso. Es solo que estábamos hablando de la posibilidad de que Lucy viniera de visita, así que supuse que te referías a eso. Qué tonto soy.

—Claro. —Hombres rendidos a mis pies… ¡Ja! Incluso los novios de los libros se hacen los difíciles, ¡qué horribles!

El ambiente cambia. Debería haberme callado. ¿Por qué intento definir esto, sea lo que sea, SI ES FALSO? ¿Quiero complicarme la vida? ¿Y si el pobre se enamora locamente de mí? Quiero decir, existe una pequeña posibilidad de que suceda. A algunos hombres les atraen las mujeres complicadas.

—¿Le envío un correo electrónico para preguntarle si quiere ayudarnos en la inauguración?

Con qué habilidad desvía mi pregunta. Interesante. Creo que este hombre no quiere ni plantearse la idea de comprometerse, ni por un momento.

Maldita Lucy. Recuerdo su foto. Otra mujer lujuriosa de ojos seductores y con un cuerpo al que deben de quedarle bien los biquinis diminutos que llevan aquí las mujeres en la playa.

—Sí, si conseguimos que venga, sería todo un golpe maestro. —No puedo evitar que mi tono sea duro. El hecho de que ni se moleste en responder a mi pregunta sobre cómo nos definiría es casi como un rechazo. El desaire parece real de alguna manera, y no entiendo por qué me duele—. Envíale un correo electrónico, claro.

Ahora me dirá que ella le debe un favor. Uno que tal vez quiera devolverle entre las sábanas. Autores de novelas románticas, no se puede uno confiar en ellos ni un pelo.

—Ella me debe un favor.

No puedo evitar poner los ojos en blanco. ¡Por supuesto! Me cruzo de brazos, a la defensiva:

—¿Y bien?

—Probablemente dirá que sí.

—Una advertencia. Los autores de novelas románticas siempre están a la caza de… experiencias de naturaleza sexual, por decirlo de alguna manera. Ya sabes, para su… —hago el gesto de comillas con los dedos— «escritura». Solo ten cuidado. Dominar el inglés es una cosa, y representar escenas para un próximo libro suyo que se titulase *Una noche en Santorini con mi editor sexi* es otra muy distinta.

Su rostro se contrae de tal manera que no sé si está a punto de echarse a reír o de gritar. Finalmente, se recompone tras una lucha por expresar la emoción que se ha apoderado de él.

—Entendido. Tendré mucho cuidado. No quiero verme envuelto en algo así. Nunca.

Pobre ingenuo. ¿Cuántas de sus autoras se habrán aprovechado ya de él en nombre de la investigación?

Suspiro.

—Envía el correo electrónico entonces.

Capítulo 17

Al día siguiente, Roxy entra contenta, con la piel rosada por el sol.

—¿Por qué esa cara tan larga? —Se apoya en el taburete que hay cerca del mostrador.

Pee Wee se acerca a recibir un poco de cariño, que ella le concede en forma de un rascado en el cuello.

—Ay, ¿por dónde empiezo? Georgios ha invitado a Lucy Strike a la inauguración…

—¡LUCY STRIKE!

—Supongo que has oído hablar de ella.

—¡¿Que si he oído hablar de ella?! Vaya, es toda una sensación en BookTok. Todo el mundo quiere saber de ella. Sería todo un logro que aceptara. —Sus ojos brillan de la emoción. Guau, todos adoran a Lucy—. ¿Está confirmado? Porque, si es así, podré darle mucha publicidad a Epeolatry si ella es la ponente invitada.

—Aún no está confirmado. Pero Georgios cree que tiene suficiente influencia para convencerla. Él editó su última novela.

—¡Es increíble! —Roxy se mete detrás del mostrador y busca un cuaderno y un bolígrafo—. ¿Por qué nunca hay bolígrafos?

—Se los lleva la señora de los bolígrafos.

—¿La señora de los bolígrafos?

—Sí, otro personaje curioso y maravilloso. Viene varias veces a la semana y pide libros raros que supongo que sabe que no tenemos. Aun así, le sigo la corriente y finjo que me pongo a buscar el ejemplar que sea por el que ella pregunta. Mientras lo busco por todas partes, se llena los bolsillos de caramelos de menta y bolígrafos. No es lo ideal, pero supongo que necesita azúcar.

—¿Pero por qué los bolígrafos?

—No lo sé. La abuela dice que es mejor eso que el que robe libros, así que hacemos la vista gorda. —Incluso mi caja de libros de *Guerra y paz,* tan ingeniosamente camuflada, ha sido saqueada. La señora de los bolígrafos es muy rápida.

—La vida de un librero, ni un momento de aburrimiento. Vale, nada de bolígrafos. —Roxy saca el teléfono del bolsillo y escribe unas notas—. Avísame en cuanto Lucy lo confirme y yo se lo diré a mis contactos para que se corra la voz. Con su nombre, puedo apuntar a publicaciones más importantes y emisoras de radio *mainstream*.

—Claro, claro. Probablemente se hará la diva y no sabremos nada hasta el último momento.

Mi teléfono suena con un mensaje, que ignoro.

Hoy no, Satanás.

—¿Era tu teléfono? —pregunta Roxy.

—No pasa nada; lo miraré más tarde.

—¡Échale un vistazo ahora! Te espero.

No quiero hacerlo porque tengo la sospecha de quién puede ser quien envía el mensaje.

Contengo un suspiro y abro el mensaje: «¡Lucy lo ha confirmado! Está muy emocionada por ser la invitada de honor de la inauguración. Solo ha puesto una condición: que sea de etiqueta. Con amor, Georgios».

—¡No me dejes en ascuas! ¿Quién era?

A regañadientes, le paso el teléfono a Roxy. En cuanto lee el mensaje, suelta un grito ensordecedor:

—¡Fabuloso! Santorini se va a llenar de gente que querrá conocerla. Es el sueño de cualquier publicista.

Intento esbozar una sonrisa, pero se me queda congelada en la cara y parece más una mueca.

—Está genial, pero… ¿no es un poco diva al pedir que sea de etiqueta? Quiero decir…, ¿quién es Lucy para empezar a poner normas?

—Sí, es exactamente eso, ¡y con razón! Yo también sería una diva si fuera ella. La etiqueta es una idea genial. Mucho mejor para las fotos publicitarias. De hecho —escribe otra nota en su teléfono—,

tenemos que contratar a un fotógrafo. Luego podemos subir las fotos en internet e incluso venderlas a alguna revista del corazón, pero necesitaremos que las haga alguien importante.

—Estaría genial, pero por desgracia no hay dinero para eso, Roxy.

Levanta un dedo.

—No pasa nada, déjalo en mis manos. Veré si puedo encontrar a alguien que lo haga a cambio de la exclusiva y una parte de los beneficios si conseguimos venderlo a una web de cotilleos sobre famosos o algo así.

—Buena idea.

Hablamos un rato y tomamos nota de lo que hay que hacer y de con quién va a contactar Roxy en los medios. Es bonito verla en su elemento, con un montón de ideas y con su pasión por las relaciones públicas y el *marketing* reavivada.

—Espera un momento. —Roxy se detiene de repente—. Ha dicho «Con amor, Georgios» en su mensaje. ¿«Con amor»? Eso es demasiado para una amistad platónica. ¿Qué está pasando aquí? —Se cruza de brazos y me lanza una de esas miradas que dicen: «Confiesa».

Me sonrojo hasta la raíz del pelo. Nunca hemos hablado de Georgios. Prefiero mantener mi vida amorosa en privado, más aún mi vida amorosa falsa, ya que así hay menos posibilidades de que descubran nuestro retorcido plan. Especialmente teniendo en cuenta todas las conexiones familiares que hay en la isla. Pero ¿cómo explico esto?

—No me digas que has encontrado al amor de tu vida en una librería. Lo sabía, ¿no te lo dije? ¡Mi teoría era cierta! Supongo que tendré que comprometerme a pasar más tiempo aquí si quiero que Cupido me atraviese el corazón con una flecha.

¿Le digo que no es real? ¡No puedo ser la persona que frustra los ideales de otra!

—Que te atraviese el corazón suena innecesariamente cruel.

Ella se encoge de hombros:

—Es una flecha metafórica. Y no intentes escabullirte sin contarme toda la historia. ¿Georgios y tú sois pareja?

—Eh…, aún es pronto para decirlo.

—¡¿Aún es pronto y él ha firmado: «Con amor, Georgios»?! ¿Quién es este dios griego? Cuéntamelo todo.

Vaya, su emoción es palpable. Me debato internamente entre qué decir y qué no, y hasta dónde estoy dispuesta a llegar. Toda esta mentira es muy seria.

Mientras sigo luchando por encontrar una respuesta, Roxy me bombardea a preguntas:

—¿Os habéis besado? ¿Es el mejor besador que has tenido nunca?

—Bueno…

Ella gime.

—¿Sexo?

—No, gracias. —Vaya, esto ha escalado muy deprisa.

—No. —Se ríe como una bruja—. ¡Dios mío, Evie! Quería decir, ¿ya te has acostado con Georgios?

—Ah, claro. —Tengo que responder o seguirá acribillándome a preguntas, pero por dentro mi hipocresía me revuelve el estómago —. Nos hemos besado. Y en lo que a besos se refiere, tiene la medalla de oro. —Me detengo un momento, recordando el desastre de cuando salté para subirme a horcajadas y abrazarlo. Pero sí, el beso fue dulce y picante. Me sentí poseída, como si otra persona controlara mi cuerpo, pero no puedo decírselo a Roxy. Pensará que estoy loca—. Y, en cuanto al sexo, es demasiado pronto para eso.

—¿De verdad?

—Prontísimo.

No voy a explicarle mis reglas para salir con alguien, pero digamos que hay que esperar mucho para ese tipo de compromiso. De ahí la ausencia de travesuras entre las sábanas últimamente. Parece que la mayoría de los hombres funcionan con un calendario mucho más rápido. Si no quieren esperar, no pasa nada, pero sabré que no son la persona adecuada para mí.

—Claro, claro, ya veo. Te lo estás tomando con calma. Lo respeto. He visto las revistas: cada mes Lucy aparece con un hombre nuevo, la muy afortunada. ¿Crees que Georgios y Lucy eran pareja cuando trabajaban juntos, o la suya era solo una amistad platónica?

—Menudo cambio de tema, Roxy.

Lucy Strike se las arregla para meter su preciosa cabeza en casi todas las conversaciones. Seguro que Georgios lo habría mencionado si hubieran tenido un romance. Y, si lo tuvieron, ¿importa? Mi cabeza dice que no, pero mi traicionero corazón protesta a gritos.

—¡Dios mío! ¿Crees que le sugirió a Lucy que asistiera como invitada de honor solo para tenerla en la isla? ¡¿Para volver a estar cerca de ella?! ¿Es todo esto una estratagema y de repente me han asignado el papel de la tercera en discordia?

¿Está enamorado de ella en secreto? ¿Por qué no puedo ser una de esas personas seguras de sí mismas que nunca se preocupan por situaciones tan catastróficas como esta?

—¿Por qué hablas tan rápido?

Me tiro del pelo.

—¡Porque estoy estresada! ¿Cómo voy a competir con alguien como Lucy Strike?

—¿Cómo que competir con ella? —se burla Roxy—. ¡Eres preciosa, Evie! Sí, claro, Lucy es toda una sirena provocativa, con voz ronca, voluptuosa, una chica de póster, con ojos seductores, una bomba sexual, pero tú eres la guapa chica de al lado;[5] ¡mírate!

Me tomo un momento para analizar lo que dice y sigo sin entender nada.

—¿Gracias? Pero… ¿ser la guapa chica de al lado es suficiente si estamos una junto a la otra? —¿Cómo se puede comparar alguien con una bomba sexual, por el amor de Dios?

Roxy es imparable: con la mirada perdida, está soñando con autores famosos de vidas glamurosas.

—¿Te imaginas la legión de fans que debe de perseguirla? Hombres con la lengua fuera, babeando cuando pasa contoneándose. ¿A quién le importaría todo eso? Y luego estás tú, en la cima de este acantilado, viviendo tu mejor vida de bibliófila. Pasas los días hablando de libros, dejando que te roben los bolígrafos, soportando las órdenes del hombre del burro, calmando los temores del guitarrista por la pobre Helena y mordiéndote la lengua cuando el granjero de cerdos altera el orden de los libros. Yo sé qué vida es más atractiva, y no es la de Lucy.

—Es verdad, es verdad. Pero esta vida es temporal. Pronto volveré a mi vida real, a mi trabajo de *scout* literaria.

—¿Has tenido noticias de alguien?

—No, nada. —¿Debería preocuparme?

—Bueno, hasta entonces te tenemos aquí, y yo, por mi parte, voy a aprovecharlo al máximo.

Le dedico una cálida sonrisa. No he tenido muchos amigos íntimos en mi vida y, desde luego, ninguno tan auténtico como Roxy. Santorini va a ocupar un lugar especial en mi corazón cuando llegue el momento de marcharme.

—Gracias, Roxy.

—De nada. Volvamos al trabajo. —Examina el mostrador—. Necesitaré mi propio escritorio. Además de mis propios bolígrafos. Sigue trayéndome café mientras llamo a mis contactos y les digo que una de las mayores estrellas literarias va a venir a nuestra pequeña isla.

No puedo evitar reírme. Pero es cierto, Roxy va a necesitar su propio espacio para trabajar y tener privacidad para hacer llamadas. Hay muchas salas en Epeolatry, y podemos reservar una para su uso exclusivo.

—Vuelvo a hacer café, ¿no?

—No quieres hacer las llamadas, ¿verdad?

—Dios, no.

Le preparamos a Roxy su pequeño refugio en Epeolatry con montones de bolígrafos. Salgo corriendo a preparar café suficiente para que pueda seguir trabajando y, una vez más, me encuentro a la abuela al teléfono, actuando de forma extraña; habla en voz baja, con el ceño fruncido, lo que empaña su rostro normalmente alegre. Cuando me ve, se va a su habitación y cierra la puerta. Qué curioso. ¿Por qué esta necesidad repentina de tener conversaciones privadas? La abuela siempre ha sido muy ruidosa y orgullosa, y no le importa nada quién la oiga. ¿Está pasando algo más con la familia de Georgios, o tiene que ver con su marido? Le llevo el café a Roxy y dudo si confiar en ella. Confiarle qué, esa es la cuestión.

—¿Conoces a Konstantine, Roxy?

Revuelve entre sus papeles. ¿Cómo ha acumulado tantos ya?

—Sí, solía comprar aquí, pero el botín no era muy abundante, digámoslo así. Los únicos romances que tenía ese hombre eran novelas de Mills & Boon de los años setenta.

—¿Es un buen hombre? —La nota sigue molestándome. ¿En qué sentido no es de fiar?

Se golpea la barbilla con el bolígrafo.

—Supongo. Es atractivo, pero siempre ha tenido un aire distante, como si estuviera ausente. ¿Sabes a qué me refiero?

Así es la abuela. Siempre se fija en los que necesitan arreglo.

—¿Dirías que era de fiar?

Roxy ladea la cabeza:

—¿A qué viene esto?

—Nada, nada. Solo curiosidad. Está fuera por trabajo y me pregunto cómo les irá a los recién casados con la separación tan pronto, eso es todo.

—¿Crees que la ha dejado? —dice con los ojos entrecerrados

—¡No! Para nada. Solo pensaba en voz alta.

—Bueno, seguro que se muere por volver con su rubicunda novia. Floretta es un buen partido, sin duda. Si él es de fiar o no, no tengo ni idea. ¡Más le vale! Su madre lo mataría si hiciera algo malo y manchara el nombre de la familia. Ya te lo he dicho antes: no te metas con las madres griegas.

Me río, animada por el hecho de que el miedo a su madre al menos le haría parar y pensar antes de hacer algo de lo que se arrepintiera. Aparco la preocupación para otro momento. Quizá la nota sea de algún chismoso del pueblo. Me he dado cuenta de que hay rumores todo el tiempo porque, cuando Athena nos visita, nos pone al día de todos los cotilleos.

Dejo a Roxy y regreso a la librería. Hay un hombre de pie en la entrada con expresión ansiosa, así que le dedico una amplia sonrisa y le saludo. Entiendo la ansiedad y quiero asegurarme de que sabe que aquí es bienvenido.

—Hay un problema. —Su voz tiene acento griego.

—Ah, ¿sí?

Él se señala el dobladillo de los pantalones, que están descoloridos, como si se hubieran mojado. No sé muy bien por qué

me preocupan sus pantalones, pero siempre estoy dispuesta a ayudar con un percance de vestuario.

—¿Quieres un pañuelo de papel?

Me mira con ira.

—¡Tu perro me ha acosado y me ha hecho esto!

—¡Te ha acosado! ¿Cuál? —Todos nuestros perros son muy dóciles, aunque un poco traviesos. No puedo imaginar a ninguno de ellos poniéndose agresivo.

—¡Ese! —Señala al diminuto Pee Wee y, de repente, todo cobra sentido.

Los libros húmedos en Musas, los pequeños charcos que encuentro en los lugares más extraños. Y ahora el bajo de los pantalones de este señor.

Pee Wee no se llama así por su tamaño, sino por sus problemas de vejiga. Espera a que le cuente a la abuela que he resuelto el misterio de los charcos.

El hombre tiene las mejillas sonrosadas por la ira. Y lo entiendo. Nadie quiere que le orine un chucho rescatado del tamaño de un gato pequeño; aun así, «acosado» es una palabra fuerte y bastante ofensiva para el carácter alegre de Pee Wee.

—¿Estás sugiriendo que este animal minúsculo te ha acosado? ¿Cómo?

—¡Se me acercó, levantó la pata y me hizo esto!

Otro día, otro enfrentamiento en la librería. Nadie menciona esto del pequeño comercio.

—Bueno, eso no es exactamente acosar, ¿no? Y, para ser justos, tus pantalones son de color beis. Supongo que el pequeño Pee Wee debe de haberte confundido con un árbol. Lo siento, pero estas cosas pasan.

Pee Wee le gruñe. ¡Qué raro!

—¿Eso es todo? ¿Que lo sientes? —Los ojos del hombre se oscurecen y no puedo evitar sentir que me estoy perdiendo algo.

Estoy estupefacta. ¿Qué más espera?

—¿Lo siento mucho? —pruebo a disculparme de nuevo.

A Pee Wee no le gusta el tono del hombre y le gruñe, mostrando sus pequeños dientes, que brillan a la luz del sol. Nunca había visto

a Pee Wee actuar de forma hostil. Me hace preguntarme por qué. Muerde la pernera seca del pantalón del hombre e intenta tirar de él desde la entrada hacia el centro de la librería.

—¡Pee Wee! ¿Qué estás…? —Me agacho a la altura de Pee Wee e intento soltar sus colmillos del pantalón, pero se ha agarrado con fuerza y no lo suelta.

¿De verdad nuestro perro más pequeño ha atacado a este hombre? Por su comportamiento, parece muy posible.

Levanto la vista, dispuesta a disculparme de nuevo, y entonces veo lo que esconde. Tiene libros metidos en los pantalones, y los lleva cubiertos con la camisa. Ay, Dios. Esto se va a poner difícil. Mi primer ladrón, atrapado nada menos que por Pee Wee, el perro maravilla. ¿Cómo se maneja una crisis de este tipo? Con calma. Con la cabeza fría.

—DEJA ESOS LIBROS AHORA MISMO O TE LLEVO A LA GRANJA DE CERDOS Y, ALERTA DE ESPÓILER, ¡NO VOLVERÁS A SALIR DE AHÍ!

Los ojos del ladrón se abren como platos por el miedo y suelta un chillido parecido al de un cerdo, se saca a toda prisa los libros de los pantalones, los calcetines y otros lugares en los que prefiero no pensar. Estoy indignada por esos pobres ejemplares, arrebatados de esa manera.

Pee Wee se vuelve loco y los otros perros acuden corriendo al oír el ruido. Forman un semicírculo a mi alrededor y gruñen al hombre, que tiene la cara enrojecida como alguien que se arrepiente de las decisiones que ha tomado en su vida.

—¿Cómo te llamas? —le susurro.

—No soy nadie.

—¡No serás nadie si no respondes a mi pregunta! Dieciséis cerdos pueden comerse un cadáver en ocho minutos. Quizá te preguntes cómo lo sé, pero ¡es mejor que no lo sepas! —¡Ojalá Posy pudiera verme ahora!

—Me llamo Vinnie… V-Vince.

—Bueno, Vinnie Vince, no quiero volver a verte por aquí nunca más.

—No me verás. Te lo prometo.

—Y, si te veo, encontraré a tu madre griega y le diré lo que has hecho.

Levanta las manos en señal de rendición, con expresión de dolor.

—¡Por favor, no! ¡Eso no! ¡Prefiero ir a la granja de cerdos!

—No robes. No está bien.

Con eso, sale corriendo y se aleja llorando por los cerdos y la madre.

La abuela aparece detrás de mí.

—¿A qué le ladran?

—Pee Wee ha pillado a su primer ladrón, Vinnie Vince. Y resulta que a Pee Wee no le llaman así por su tamaño diminuto, sino porque mea a la gente.

—Ah, ¡Pee Wee, el que hace charcos! Ya está resuelto el misterio. ¿Quién es Vinnie Vince?

Me encojo de hombros.

—No volverá. Le he amenazado con decírselo a su madre. —No menciono lo de la granja de cerdos, ya que es mejor que la abuela no sospeche que sé lo que realmente ocurre allí. Puede que sea algo inocente, pero prefiero no averiguarlo.

La abuela sonríe.

—¡Mírate, Evie! Todos los hombres griegos temen decepcionar a sus madres. —La abuela coge a Pee Wee—. Y nuestro guardia de seguridad más pequeño se ha ganado un premio, ¿no?

Los otros perros siguen a la abuela y yo recojo los libros caídos y compruebo que no estén dañados.

Una vez desinfectados, los dejo airearse detrás del mostrador. Respiro hondo varias veces, intentando que mi corazón se calme. Caramba, ser librera requiere una serie de habilidades que nunca habría imaginado. Hay silencio, así que busco mi portátil para comprobar mis perspectivas laborales. Hay una respuesta de Val. La adrenalina sigue corriendo por mis venas cuando la abro.

Hola, Evie:

Aprecio tu interés e iniciativa. No sé si te servirá, pero estamos buscando un asistente personal con experiencia en el sector del cine para trabajar en exteriores con nuestro

productor. ¿Te interesaría? Avísame en una semana más o menos, porque estamos a punto de publicar la oferta.

Val

Uff. Me lo pensaré. Es una gran oportunidad y podría dar lugar a otros puestos en el sector. Trabajar en exteriores es el sueño de mucha gente. Pero me recuerdo a mí misma que yo no soy como la mayoría. Implicaría tratar con mucha gente en lugares remotos. ¿Estoy siendo demasiado exigente si rechazo esta gran oferta? Decido pensármelo durante unos días.

[5] «La guapa chica de al lado»: En inglés, *the girl-next-door cute,* una chica que es encantadora, amigable y con una belleza natural, que evoca la imagen de la amiga o vecina accesible y atractiva.

Capítulo 18

El martes mis nervios se intensifican porque aún queda mucho por hacer para lo que Roxy llama la fiesta de los ratones de biblioteca del siglo en Santorini. Lucy Strike llega el sábado, y el domingo por la noche es la inauguración de Epeolatry.

Estoy en Bibliotherapy haciendo marcapáginas con la glamurosa foto de la autora Lucy Strike. Lleva un vestido bastante escotado, que deja sus pechos bien visibles. Es su marca: escritora sexi, supongo. ¿A Georgios le gusta este tipo de *look*? No es así como yo me promocionaría, pero, si lo tienes, presume de ello y eso.

¿Podría ser envidia lo que siento? No me imagino con un vestido así, pero ¿significa eso que ella no pueda llevarlo? No. Aunque soy partidaria de la política de «vive y deja vivir», tengo mis límites. Probablemente sea su energía lo que no me gusta. Seguro que es una persona horrible, que se da aires de grandeza. Una diva. Una diva a la que tendré que seguir a todas partes, asegurándome de que se satisfagan todos sus caprichos. Te sorprendería lo malcriados que pueden ser los autores famosos. Esperan un trato de alfombra roja y se comportan con sus subordinados como si fuéramos un mal necesario, aunque un poco desagradable, en su mundo de superestrellas. Ese tipo de cosas son habituales en Hollywood, así que me preparo.

Lo que sea por la abuela, ¿no? Con entusiasmo, hago un agujero en la parte superior para pasar un lazo y, como soy perfeccionista, justo en el centro del marcapáginas queda su cara. La simetría es importante. No podemos tener el agujero descentrado.

La tímida Lily se acerca corriendo. Siente mi nerviosismo. Debe de ser el calor, la pesadez de la humedad que me hace pensar demasiado. Lucy Strike podría ser una mujer dulce y sociable con la

que conectaría al instante. Además, yo no tengo ningún derecho sobre Georgios, ya que por mi parte es todo falso.

—Hola, princesa. —Levanto a Lily en brazos y le rasco las orejas.

Ella responde con un rápido lametón en mi mano. Progreso. Hace unas semanas, Lily no se atrevía a salir de la seguridad de debajo de la tumbona y ahora deja que las mujeres y los niños la abracen. A los hombres todavía les guarda recelo. Probablemente sea sensata.

Mira el lío en el que me he metido. Disfruto demasiado del tiempo con Georgios, viviendo esta existencia salvaje y desenfrenada que no tiene nada que ver conmigo. Quizá por eso estoy tan confundida: este yo de Santorini no es mi verdadero yo. Es la versión vacacional. A lo mejor Georgios se siente igual, sin trabajo que lo ate. Sin las presiones de nuestras vidas reales, nos hemos transformado en unos felices bañistas. Puedo pasar horas observándolo leer mientras descansamos en la orilla. Antes de darme cuenta, me pierdo en un ensueño en el que nos imagino a los dos comprando libros juntos o leyendo manuscritos en busca de la próxima gran obra: él para publicarla, y yo para adaptarla.

Cuando Georgios está absorto en una historia, el rostro se le suaviza y esboza una sonrisa torcida, como si no pudiera creer que las palabras lo hayan vuelto a transportar. Las mismas palabras que lee todos los días, pero en un orden tan mágico que casi detienen el tiempo. Al menos, así es como yo interpreto esa expresión, y es totalmente adictiva. A mí también me sorprende la prosa hermosa y los personajes de corazón abierto y grandes defectos que me atraen y no me sueltan.

El teléfono suena, así que cambio a Lily a un brazo y abro el mensaje: «Mamá está en pie de guerra. Tiene pruebas de que el marido n.º 9 no está en una plataforma petrolífera. La abuela no le contesta al teléfono. Dile que la llame, si no, es muy probable que tengas otro invitado en la villa. Besos y abrazos, Posy».

Esto no pinta bien. Nada bien. ¿A qué juega la abuela ignorando las llamadas de mamá? Si él no está en la plataforma petrolífera, ¿dónde demonios está?

¿Y dónde está la abuela? Miro la hora. Debería haber llegado hace horas para relevarme. Acomodo a Lily en la silla Peacock y le doy un

mordedor antes de dirigirme a la villa de la abuela. Está tumbada en el sofá con una toallita en la frente y Zeus, su protector, montando guardia a sus pies.

—Abuela, ¿estás bien? —Siempre está tan llena de vida, tan enérgica, que verla así, tumbada, es alarmante.

—Sí, cariño, estoy bien. Se podría pensar que después de ochenta y tres años en este mundo ya habría aprendido la lección. Por desgracia, no es así.

—¿Qué quieres decir?

¿Le cuento el mensaje de Posy en el que dice que mamá sospecha que Konstantine no está en la plataforma petrolífera? ¿Eso la hará perder el control, ya que está tan frágil en este momento?

Mientras pienso dónde podría estar Konstantine y si la abuela lo sabe, una gaviota pasa volando por la ventana y se posa en el borde de una fuente para pájaros. Una fuente que la abuela ha incorporado a un camino de cemento que había echado hace solo unos días. En ese momento me sorprendió que considerara crucial un camino de hormigón cuando no puede pagar el alquiler, pero estaba ocupada y lo dejé pasar.

Cuanto más miro el nuevo camino, más innecesario me parece que lo hayan construido justo en medio del jardín. ¿Podría ser el lugar de descanso final de…? No. El calor y el dilema de las citas falsas me están afectando. Pero ¿de qué lección habla la abuela? ¿Del remordimiento? ¿De la culpa? ¿Del arrepentimiento?

Suspira hondo:

—El alcohol. Es obra del diablo, eso es lo que es.

Niego con la cabeza mientras me invade el alivio. ¿En qué estaba pensando? ¡Estaba dudando de mi querida abuela, por el amor de Dios! Mírala ahí sentada, con la toallita sobre la frente: es la viva imagen de la inocencia. Me doy una palmada mental en la frente por tener pensamientos tan traicioneros.

—En serio, ¿tienes resaca? ¿No te acostaste después de cenar?

Eso es lo que parecía cuando recogimos los platos de la terraza, recogimos la cocina y nos separamos, tras comentar brevemente qué libro íbamos a leer. Claro, había tomado unos cócteles, pero no estaba borracha.

Esa misma mirada evasiva vuelve a aparecer y ella baja la cabeza:

—Me fui a la cama y me acurruqué con mi libro, pero luego me llamó un amigo para invitarme a tomar un digestivo, un chupito de *mastiha*. Ya debería saber que nunca se puede tomar solo uno. Sabe muy bien y se bebe muy rápido. Y las víctimas inocentes como yo nos volvemos insensibles al peligro de consumir demasiado. ¡Qué bebida tan traicionera!

Ya no puedo resistir el impulso de cubrirme la cara con las manos.

—¡Abuela! Tenemos mil problemas y tú te pasas la noche bebiendo. ¿Quién es ese amigo que te tienta?

—No empieces, Evie. A veces te pareces demasiado a tu madre. La vida hay que vivirla. Me puse al día con Zorba, el anciano que mezcla los colores de los libros por diversión.

El granjero jubilado. Nunca entenderé a esta mujer.

—Hablando de mi madre, Posy dice que mamá está en pie de guerra porque tiene pruebas de que Konstantine no está en una plataforma petrolífera y tú no le contestas al teléfono para darle explicaciones.

—Dios mío. —Gime y vuelve a colocarse la toallita—. Viene para acá, ¿a que sí?

—Vendrá si no lo arreglas. ¿Dónde está Konstantine, abuela, si no está en la plataforma petrolífera? ¿Te ha robado el dinero? ¿Es eso lo que pasa? Te cogí prestadas unas joyas cuando fui a mi primera cita falsa, no estaba husmeando, pero encontré una nota que decía algo así como «No te fíes de tu marido».

Ella gime:

—Son todos estos entrometidos y chismosos que meten las narices donde no les incumbe los que están causando todos estos problemas.

—¿Qué? ¿Quién escribió la nota?

—Supongo que la Maria de los *loukoumades*.

Me quedo sin aliento.

—¿La abuela de Georgios? ¿Por qué?

—Porque vio a Konstantine en el casino de Corfú. Y pensó que, si no podíamos pagar el alquiler, él tampoco debería poder permitirse jugar.

—¿Así que admites que estaba en el casino?

—Sí.

—¿Y… te parece bien?

—Sí, cariño. Mira, he cometido errores, pero la vida es una apuesta, ¿no?

—No me gusta cómo suena eso. Dime que no le enviaste al casino a apostarlo todo al negro. —Es algo que ella haría, arriesgarlo todo con la esperanza de que la suerte le sonriera.

—No, claro que no. Siempre apuesto al rojo, y eso es exactamente lo que él hizo siguiendo mis instrucciones expresas.

Me doy una palmada en la frente.

—¡Abuela, en serio! ¿Pensabas que la ruleta era la solución a tus problemas económicos? ¿Y cómo te fue?

Pone cara de disculpa.

—No muy bien. Resulta que deberíamos haber apostado al negro. Ahora ya lo sabemos para la próxima vez.

Exhalo un largo suspiro.

—Nunca aprendes.

—¿No es fabuloso? En fin, el pobre Kon perdió el dinero que le quedaba, la entrometida de Maria lo vio, él volvió a escondidas a la plataforma tarde y lo despidieron.

Si fuera una malhablada, soltaría una serie de improperios, pero no lo soy, así que en lugar de ello murmuro y balbuceo sobre las responsabilidades y que ya tiene edad para saberlo, aunque soy perfectamente consciente de que mis balbuceos caen en saco roto.

Recuerdo la visita de Athena y sus advertencias de que a Konstantine lo habían visto en un casino con una mujer del brazo.

—¿Quién era la mujer con la que lo vieron?

Ella pone los ojos en blanco.

—Una conductora de Uber. Bueno, eso es lo que le dije a él.

—¿Le dijiste? ¿Quién era en realidad? —Dios, la trama se complica.

La abuela agita la mano como si mis preguntas fueran moscas molestas.

—Una amiga que vela por mis intereses. He aprendido un par de cosas sobre el matrimonio. Es mejor no confiar demasiado. Le había

dado a Konstantine una buena suma de dinero y quería asegurarme de que seguía mis instrucciones. Siempre hay que tener un testigo, Evie.

Me froto la cara con tanta fuerza que estoy segura de que se me borran las pecas.

—Abuela, ¿por qué malgastaste tu dinero así? Ay. Y ahora él está sin trabajo y ¿dónde…?

—No te asustes, cariño. Vaya, estás volviendo a las andadas. Kon ha encontrado trabajo en otra plataforma petrolífera. Obviamente, no ha sido un buen momento, y todas esas semanas que ha pasado buscando otro trabajo significa que no ha ganado nada, pero no tardará mucho; quizá otro mes y volveremos a tener unos ingresos fijos gracias a él.

—¡Otro mes! —Esperaba que su sueldo llegara en cualquier momento y que eso fuera la primera parte del pago atrasado del alquiler—. Podría estrangularlo…

—Guarda tus fuerzas para cosas más importantes. Tu madre. Llámala y dile que estoy bien. El marido número nueve ha cambiado de trabajo y todo va bien.

—¿No puedes llamarla tú? No va a creer ni una palabra de lo que le diga. Se enfadará y se pondrá a gritar, como siempre.

La abuela deja escapar un sonido que es mitad grito, mitad suspiro.

—Guau, una se piensa que podría vivir su vida sin que la molestaran, pero no. Tengo a toda la policía de la diversión lista para irrumpir y crear más problemas. Llama a tu madre, cariño, y quítale la idea de venir. Dile que me he caído y me he roto la cadera con la que tan obsesionada está. ¡Ay, no, dile que me caí del tejado y ahora tengo amnesia! Y que me pongo muy nerviosa cuando no reconozco a mi propia familia. Y el médico, no, no, el especialista en traumas desaconseja las visitas familiares en un futuro próximo. Sí, dile todo eso. ¿Quieres que te lo escriba? Pero no lo leas como si fueras un robot; tiene que sonar natural.

—¿Amnesia, abuela? Nunca se lo va a creer. —Me burlo de la idea.

—Vale. Se lo enviaré por mensaje. El martilleo de mi cabeza es demasiado fuerte para llamar a tu madre ahora mismo.

Capítulo 19

Algo después, esa misma tarde, Zorba, el criador de cerdos, entra en la villa de la abuela con un aspecto fresco como una rosa. Al contrario que ella, no parece sufrir los efectos del veneno que tomaron la noche anterior.

—¿Por qué se te ve tan saludable? —le pregunta la abuela.

—Es por mi constitución griega. —Se da una palmada en la barriga y se ajusta los tirantes. No pega mucho la ropa que lleva: una camisa blanca de lino y tirantes, combinados con vaqueros desgastados y botas de agua.

—Estás demasiado alegre. Mi nieta dice que eres una mala influencia.

Él sonríe como si estuviera encantado de ello. No saco a relucir su peor defecto, que es mezclar el orden de los colores de los libros, pero me muero de ganas.

—Abuela —digo—, tengo que reunirme con Georgios y Roxy en el viñedo. Ya voy con retraso, pero tú no estás en condiciones de llevar la librería. ¿Les digo que lo anulamos y así te dejo descansar?

—No seas tonta. No es nada que no pueda arreglar una copa de Crazy Donkey.

—¿Quiero saber lo que es eso?

—Una cerveza bien fría, para que se me pase la resaca.

—¿Qué?

Zorba se vuelve hacia mí:

—Es una cerveza muy conocida de la Santorini Brewing Company. Es un secreto local que cura la resaca. Ayuda a hidratarse, ya ves.

—Parece lógico. ¿Para qué tener sangre en las venas, abuela, si puedes tener alcohol?

—Es lo más sensato que te he oído decir desde que llegaste. Ahora vete. Zorba puede llevarte adonde hayas quedado con tus amigos y luego puede volver con el milagroso remedio para la resaca. Yo me sentaré en una tumbona de Musas y dejaré que los clientes vengan a mí.

No tiene sentido discutir con ella. No voy a ganar.

—Vale, gracias. —Cojo mis cosas y le doy un beso en la mejilla a la abuela—. Come algo, ¿vale?

—Zorba, ¿me traes un *gyros* también? Con extra de salsa de ajo.

Él se toca el lado de la nariz.

—Es el segundo remedio para la resaca. Pero tienes que ponerle extra de salsa de ajo o no funciona.

¿Cuántas resacas han compartido estos dos?

—Llámame si…

—No te llamaré. Ve y diviértete.

Zeus ladra para despedirse.

Nos dirigimos a la polvorienta camioneta de Zorba, tan oxidada que me sorprende que las chapas sigan unidas. Está tan destartalada que dudo que llegue hasta la bodega. Aun así, hay algo positivo. Apuesto a que no puede ir muy rápido, porque, si no, el viento se llevaría los paneles. Arranca y me sorprende que ruge y ronronea como si tuviera un motor potente bajo el capó.

Nos abrochamos los cinturones y salimos, y yo me agarro al salpicadero. ¿Por qué todo el mundo conduce como si fuera el apocalipsis y nos persiguieran zombis devoradores de cerebros? ¿Qué prisa hay cuando todos los demás aspectos de la vida aquí se viven con una lentitud tan dolorosa?

Tengo que reunirme con Roxy y Georgios para una reunión en el viñedo de Santorini. ¿Llegaré viva? Le pido a Zorba que reduzca la velocidad, pero el viento que sopla a través de los numerosos agujeros oxidados de la cabina de la camioneta tapa mis palabras. Voy a morir al lado de un granjero jubilado que quizá alimente a sus cerdos con cadáveres. Todo esto tiene cierto aire a Guy Ritchie, y me imagino a Posy interpretando mi papel en una película de sobremesa. Ella también se lo pasaría en grande. Exageraría todas mis peculiaridades hasta convertirse en una caricatura de mi yo real.

Aun así, sería una forma de que yo siguiera viva, aunque solo fuera en una película.

Y luego me imagino a mi querida abuela, con una toallita en lo alto de la cabeza, esperando pacientemente un *gyros* y un botellín de Crazy Donkey, y encontrándose a la policía de Grecia en su puerta para darle la terrible noticia de que no solo no se le va a pasar la resaca, sino que también ha perdido a su compañero de copas de la noche anterior y que su nieta favorita ha corrido la misma suerte que sus ocho o posiblemente nueve maridos, y la espera en el más allá.

No, ella no podría soportar ese tipo de *shock*. No a su edad.

—¡Zorba, no quiero morir!

—¿Eh?

—¡NO QUIERO MORIR!

—No entiendo. —Suelta las manos del volante y las levanta.

Este astuto sinvergüenza. ¡Ahora está claro por qué él y la abuela son uña y carne! ¿Ahora tampoco entiende el inglés?

—¿Te importaría conducir con las manos en el volante? —Trago saliva para contener el sabor ácido del miedo mientras él conduce solo con las rodillas. Con las rodillas, mientras se peina el pelo revuelto con los dedos.

Justo cuando estoy a punto de rendirme a mi destino, llegamos al viñedo. Abro la puerta y la manija se desprende, me quedo con ella en la mano. Me da igual. Ni loca volvería a ser pasajera de la camioneta de Zorba.

—Eh… Gracias por traerme.

Quiero regañarle por haberme asustado tanto, pero los buenos modales están muy arraigados en mí. Mis piernas tiemblan como las de un potro recién nacido cuando me dirijo a buscar a mis amigos, que han reservado una mesa al aire libre.

Cuando mis pies calzados con sandalias tocan el suelo volcánico, vuelvo a conectar con la tierra y mi corazón recupera su ritmo habitual. Es una bodega impresionante con unas vistas deslumbrantes de la Caldera y el azul infinito del mar.

Hemos reservado una cata de vinos con la esperanza de poder venderlos en Epeolatry en el futuro. El pueblo de Megalochori es

conocido por sus viñedos, famosos por producir *vin santo*, un vino dulce. Roxy es una gran defensora de las colaboraciones y me ha enseñado el arte de hacer contactos como este. Destaca lo beneficioso que puede ser para ambos negocios. Requiere relacionarse con mucha gente, pero es lo que hay.

Georgios y Roxy están sentados a una mesa comiendo aceitunas y charlando como si se conocieran de toda la vida, aunque es la primera vez que se ven en persona.

Roxy lleva gafas de sol extragrandes, una camisa blanca y una falda beis que le llega por la rodilla, como si fuera una seria mujer de negocios, aunque con predilección por las gafas llamativas. Comparado con ella, Georgios viste ropa informal de playa, y sus músculos marcados se adivinan bajo la tela fina.

—Hola, hola —saludo, y me siento.

Georgios se inclina y me da un beso en la mejilla. Roxy me guiña el ojo de una manera exagerada.

—Lo siento, llego tarde. Mi abuela… no se encuentra bien.

—¿Qué le pasa? —pregunta Georgios con preocupación, mientras Roxy me sirve una copa de vino.

—Es culpa suya. Con casi ochenta y cuatro años, todavía no ha aprendido a decir que no a las copas nocturnas.

Roxy niega con la cabeza.

—Es un icono.

—Desde luego, aburrida no es. No te preocupes, se recuperará pronto. Con una copita se le pasará la resaca…

—Con una botella de Crazy Donkey y un *gyros* con extra de ajo —dicen al unísono, y se ríen.

—¿De verdad es un remedio para la resaca en Santorini?

—Claro que sí —contesta Roxy—. Nunca falla.

—Todo el mundo sabe que es verdad —dice Georgios con una sonrisa.

—Bueno —aborda Roxy sin rodeos—. Estábamos hablando de Lucy y del orden de los eventos de la inauguración. Necesitamos un maestro de ceremonias, y supongo que tú no querrás serlo, ¿verdad?

—Has acertado. —Muerdo una aceituna que sabe a romero.

—De acuerdo, entonces lo haré yo con mucho gusto. Tal vez sea mejor que sepa con exactitud con qué tipo de talento voy a tratar. —Mira a Georgios.

—¿Qué necesitas saber sobre ella? —pregunto.

Hay un brillo diabólico en los ojos de Roxy.

—Probablemente sea mejor que nuestro hombre de confianza, Georgios, responda a esta pregunta, ya que él tiene un pasado con Lucy. Así que… —Roxy saca un cuaderno y un bolígrafo de su bolso y se ajusta las gafas extragrandes que le cubren casi todo el rostro; como siempre, le quedan genial—. ¿Dirías que tu relación con Lucy era más bien… platónica?

Él frunce los labios.

—¿Perdón?

Ella se lleva el cuaderno al pecho y le lanza una mirada que dice «sé sincero conmigo».

—Desde el punto de vista de una maestra de ceremonias, necesito estar al tanto de cualquier posible contratiempo que pueda surgir. Ya sabes, más vale prevenir que curar.

Me oigo reír por dentro. Es tan transparente. Quiero saber la respuesta, así que mantengo los labios apretados mientras Georgios se retuerce. ¿Y si no es de los que cuentan sus aventuras amorosas?

—No tenemos todo el día, Georgios. Hemos de beber vino. No seas tímido, estás entre amigas.

El pobre niega con la cabeza como si no se pudiera creer que tenga que dar explicaciones. Debe de haber algo más, porque se le nota que está ganando tiempo. Tengo que usar todo mi poder para relajar la mente y los músculos faciales con el fin de no parecer tan interesada. ¿Y por qué debería importarme su pasado? ¿Qué más da si nos hemos dado unos besos ilícitos? No es para tanto.

—No hay nada entre nosotros de carácter personal, nunca lo ha habido y nunca lo habrá. Solo edité su último libro.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Puedes contarnos algo sobre ese proceso? ¿Quién la fichó, visitó la oficina, hubo una fiesta, una presentación del libro…?

Giorgios se frota la cara.

—El agente de Lucy se puso en contacto con nosotros y nos dijo que ella quería dar un paso adelante y nos preguntó si estaríamos interesados en leer su nueva novela. Lo estábamos. Hubo una puja y nosotros ganamos. Se convirtió en una de mis autoras.

—¿A petición de quién? —pregunta Roxy rápidamente.

Él se encoge de hombros.

—Fue una cosa natural. Yo era el más veterano, y las ventas de Lucy hablaban por sí solas.

—Lucy te pidió específicamente a ti, ¿verdad? —indaga Roxy, bajándose las gafas de sol por la nariz.

—Su agente, sí. Llevamos años trabajando juntos. Lucy vino a la oficina a firmar el contrato; organizaron una fiesta para que pudiéramos hacer fotos y promocionar nuestra nueva adquisición. Un año después, preparamos la presentación del libro, pero de eso se encargó el equipo de *marketing*. ¿Algo más?

Intervengo yo:

—¿Por qué estabas leyendo uno de sus libros antiguos? —¿Está obsesionado con su estilo *spicy*? Para ser una escritora de *thrillers* de suspense, le gusta mucho escribir sobre sexo.

—Porque me lo regaló antes de irme.

Finjo no tener ningún interés en ello. No tengo ningún interés.

Roxy se da unos golpecitos en la barbilla con el bolígrafo y lee su cuaderno.

—Mira, esto puede parecer demasiado personal, pero es mejor que lo sepamos de antemano para poder protegerte lo mejor posible. Lucy tiene fama de seducir a todo hombre que la mire. Es conocida por ser del tipo que ama y abandona. Este es un círculo seguro, un lugar confidencial. Nada de lo que digas saldrá de esta mesa. ¿Lucy te ha hecho alguna insinuación?

Él se ríe.

—Coqueteó conmigo, nada más. Pero, como le dije a Evie, es parte de su personaje de escritora. Es más bien una pose, como si estuviera en un espectáculo vendiendo su marca, ¿entiendes? Nuestra relación siempre ha sido estrictamente profesional. Bueno, ¿ha terminado el interrogatorio? ¿Podemos hablar de la fiesta de inauguración y probar el vino? Yo voy a necesitar un cubo entero en

lugar de una copa. —Se sacude el cuello de la camiseta como si estuviera sudando por los focos.

Roxy lo mira fijamente, como si estuviera decidiendo si puede confiar en él o no.

—Supongo que podemos dejarlo aquí. Pero que conste que te hemos informado de esto y que estaremos allí contigo esa noche por si necesitas que intervengamos.

—Eh… ¿Gracias?

Contengo una sonrisa. Pobre Georgios, es un buen hombre.

Pasamos las siguientes horas hablando del *marketing* y de la promoción, y me sorprende lo mucho que Roxy ha conseguido difundir la noticia. Contar con un nombre tan importante como Lucy Strike ha resultado valiosísimo. El vino entra muy bien y pronto estamos riendo y bromeando y hemos llegado a un acuerdo con el enólogo para vender sus vinos en Epeolatry.

Capítulo 20

El miércoles estoy en modo pánico por lo rápido que se acerca la inauguración cuando Georgios llega a Bibliotherapy para repasar la lista de invitados. Es preocupante que no hayamos recibido muchas confirmaciones.

—¿Es cosa de la isla? —pregunto—. ¿La gente está de vacaciones y no quiere comprometerse por si surge algo mejor?

La verdad es que esperaba que se acumularan las confirmaciones, ya que habíamos conseguido a Lucy Strike como ponente invitada, pero no parece que esté siendo así.

Se frota la barba incipiente. No se ha afeitado en los últimos días y eso le da un aire menos cuidado, más playero que de modelo de portada, le queda bien.

—Puede ser.

—¿O tal vez estamos siendo demasiado ambiguos con la invitación? —pregunto.

Vuelvo a leer el texto:

> *Estás cordialmente invitado a la gran inauguración de Epeolatry. Un bar-biblioteca escondido en lo alto de los acantilados de Santorini. Es un lugar para leer primeras ediciones y tesoros de segunda mano recopilados a lo largo de toda una vida por todo el mundo. Disfruta de un cóctel literario mientras te dejas llevar por el suave* jazz*. Hazte socio de este club exclusivo y utiliza las instalaciones para leer, reflexionar o incluso perseguir tus propias ambiciones literarias. Nuestra invitada de la noche será la galardonada autora de* best sellers *Lucy Strike, que pasará un rato con nuestros socios y nos hablará de su carrera. Nos contará* cómo pasó de vivir al día a

convertirse en el fenómeno *literario mundial que es hoy, con más de cinco millones de ejemplares vendidos de sus libros, traducidos a veinte idiomas y con derechos adquiridos para el cine y la televisión.*

Epeolatry es más que un bar, es un estilo de vida. Un santuario para los bibliófilos. Una biblioteca nocturna para los amantes de las palabras.

—¿Demasiado vago? —pregunto—. No mencionamos los precios ni lo que obtienen exactamente por su inversión en la membresía.

—Yo no me preocuparía. La vaguedad es buena —contesta Georgios—. He contactado con familiares y amigos que viven en la zona y con gente del mundo literario que está a un tiro de piedra en avión. Al final tendremos una gran afluencia, no te preocupes.

¡Pero yo soy especialista en preocuparme! Me retuerzo las manos.

—Si al final es un fracaso, será muy vergonzoso, sobre todo, ahora que Lucy ha confirmado su asistencia. ¿Te la imaginas entrando contoneándose en una sala vacía?

Por eso prefiero la comodidad de la palabra escrita a los eventos sociales. Siempre hay mucha angustia. A lo que se suma el miedo a que esto no salve a la abuela y todo haya sido en vano, después de que ella confiara en mí para que todo fuera un éxito.

Me coge la mano y me la aprieta.

—Todo saldrá bien, Evie. Lucy es un gran reclamo. Roxy ha hecho maravillas con la publicidad al evento. Incluso mi hermana me ha llamado desde Nueva York para preguntarme si yo iba a ir, y ella es de esas personas importantes y ocupadas que no llaman cuando pueden enviar un correo electrónico.

—Ya me cae bien.

Él sonríe.

—Puede que aún no sepamos el público exacto, pero apuesto a que habrá cola para entrar. ¿Qué tal si ponemos anuncios geolocalizados en las redes sociales y destacamos que es necesario confirmar asistencia para no quedarse sin entrada?

—Buena idea. También podemos ofrecer un descuento único a quienes se hagan socios de la biblioteca antes del evento.

—Así se habla. —Georgios siempre es tan tranquilo y moderado, y tiene la capacidad de evitar que entre en pánico cuando me encuentro fuera de mi zona de confort.

—Además, la abuela ha contratado un cuarteto de *jazz* local muy conocido por aquí, así que también podemos subir la noticia a las redes sociales.

Antes de seguir con la lista, aparece Roxy.

—Hola, tortolitos —dice.

Hoy lleva unos *shorts* vaqueros y una camiseta teñida que deja al descubierto su abdomen. En momentos como este, me pregunto si mi estilo no necesitará un cambio radical. Sin embargo, soy una persona de costumbres y llamo cariñosamente a mi estilo «chic de bibliófila», que consiste en ropa cómoda que permite estirarse en cualquier postura para leer sin sentirse incómoda.

—Hola, Roxy. Me alegro de que hayas venido. —Y le cuento lo de confirmar la asistencia y mis preocupaciones.

—Ah, no te preocupes. El lugar estará a reventar, te lo prometo. Es la forma que tenemos en la isla de mantener el misterio.

Respiro hondo y me relajo.

—Vale. ¿Qué es lo siguiente?

Roxy abre su cuaderno.

—El *catering*. ¿Cómo vamos con eso?

—Listo: Athena va a preparar *meze* con *dolmades, souvlakia arnisa* y otros aperitivos deliciosos. Traerá su propio personal de servicio para la velada. La abuela ha contratado a Athena para que se encargue de eso a largo plazo. He contratado a varios cocteleros para la velada, y uno de ellos ha aceptado quedarse todo el verano.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos hacer fotos artísticas de la comida antes del evento? Me encantaría subirlas a las redes sociales —dice Roxy.

—Muy buena idea. ¿Puedes llamar a Athena y preguntárselo?

—Cuenta con ello. Es prima segunda mía por parte doble.

—Ah.

Pork Chop entra corriendo, roba basura de la papelera y sale antes de que pueda ver qué es.

—¿Quién va a hacer de bibliotecario esa noche? —El trabajo del bibliotecario consiste en recibir a los invitados, comprobar las cuotas de los socios, facilitar las nuevas inscripciones y hacer visitas guiadas.

—¿La abuela?

—Tiene que ser ella, ¿no? Al fin y al cabo, es la que mejor conoce la colección de libros, y tiene carisma.

Pasamos una hora asegurándonos de que todo queda organizado y bajo control, incluida la cuestión de dónde dormirá Lucy Strike.

—¿En tu villa? —le pregunto a Georgios, atónita—. ¿No se quedará aquí?

Roxy me mira de reojo al oír esta interesante información.

—No hay sitio aquí —dice Georgios, frunciendo el ceño.

Oh, seguro que a Lucy Strike le encantaría compartir villa con Georgios. Me los imagino borrachos, zigzagueando de vuelta a su casa, con ella riéndose como una gatita sexi, en un intento obvio de seducir al pobre tonto. No, eso no va a pasar mientras yo esté aquí. Él es demasiado inocente para este mundo y no se da cuenta de cuando lo están manipulando delante de sus narices.

—Le dejaré mi villa y me iré a la de mi abuela —resuelvo.

—¿Y dónde vas a dormir?… ¿En el sofá de tu abuela? No, deja que Lucy se quede en mi villa. Mi abuela ya está fregando el baño para dejarlo impecable. Me mudaré con mis abuelos unos días.

—Georgios, podrías mudarte con Evie —propone Roxy—. Su villa tiene una cama de matrimonio.

Me quedo sin aliento, escandalizada. ¡Ni siquiera ha pasado un mes y ya espera que deje dormir a un hombre en mi casa! Eso rompe todas las reglas de las citas, incluidas las que aún no se me han ocurrido.

—No es mala idea —dice él—. Estaría cerca para la inauguración y para lo que supongo que serán unos días ajetreados después, cuando la biblioteca abra al público. Si tienes un sofá, puedo dormir allí sin problema.

—Eh… —Me viene a la mente Lucy Strike y su mohín perfecto. Esa diva retorcida probablemente llamará a la puerta de la casa de sus abuelos para pedirle una taza de azúcar o algún otro eufemismo que

el dulce Georgios no entenderá—. Tengo un sofá pequeño que podría servir. —¿Qué estoy haciendo? ¿Es que voy a romper todas las reglas y para qué?

—Genial —dice Roxy—. Ya está todo arreglado. Voy a buscar a Floretta y a ultimar unos detalles. Nos vemos luego. —Con un movimiento de melena, se dirige hacia la villa de la abuela.

—Estás tensa. Deja que te ayude a relajarte.

Imagino que me va a servir un chupito de *ouzo* que me beberé de un trago y le diré que me sirva otro; en lugar de eso, se coloca detrás de mí, me pone las manos encima y me da un masaje. Al sentir su tacto, mis hombros hacen todo lo contrario a relajarse y se me suben hasta las orejas. El gesto es tan íntimo que no sé si relajarme o salir corriendo. Tiene dedos mágicos y, a pesar de lo incómodo del momento, me dejo llevar.

Al final, me relajo y mi cuerpo es como si se deshiciera con sus caricias.

—Así está mejor —dice en voz baja mientras siento que me quedo flácida y los párpados se me cierran.

El tiempo pierde todo su significado y solo cuando retira las manos de mis hombros vuelvo en mí. Estoy aturdida. Tan relajada que no puedo ni moverme.

—¿Por dónde íbamos? —digo, luchando contra el impulso de dejarme caer en una tumbona y sumirme en un profundo sueño.

Capítulo 21

El jueves, Georgios viene a Epeolatry a ayudarme a decorar. Ahuyentamos a los perros para que salgan del bar y nos ponemos a preparar el local para que podamos entretener a nuestra famosa autora cuando llegue el sábado. Colgamos banderines de páginas de libros, que obviamente no están hechos con páginas reales, no atentaríamos de esa forma contra la literatura, sino con fotocopias de novelas clásicas impresas en pergamino viejo para que parezcan antiguas.

Apilamos montones de diccionarios encuadernados en cuero y libros antiguos sobre las mesas. Coloco una preciosa máquina de escribir antigua en un escritorio de caoba con frente inclinado. La máquina de escribir evoca la imagen granulada de un autor tecleando, dando vida a sus personajes, celebrando sus alegrías y compadeciéndose de sus penas. Nunca sabremos si se escribió algún manuscrito completo en este «piano de oficina», como lo llama la abuela, y eso es lo que lo hace especial. El misterio. Lo que podría haber sido.

Coloco velas que parpadean y funcionan con pilas. No son tan elegantes como mis velas con aroma a libros antiguos, pero por razones de seguridad es lo mejor. Hay demasiados libros aquí como para arriesgarse a que se vuelque una vela de verdad.

Georgios está apilando ejemplares del último libro de Lucy Strike, *Amor y mentiras de la mafia,* en nuestra estantería de libros del mes. Por suerte, el pedido para el evento llegó a tiempo. Ahora estamos a tope de obras de Lucy Strike. Solo espero que se vendan, o nos quedaremos con cientos de ellas.

Cuando el espacio va cogiendo forma, me tomo un momento para reflexionar. Realmente va a suceder. Puede que salvemos este lugar

o, al menos, al intentarlo, tendremos la fiesta del siglo.

—Ya casi lo hemos conseguido —digo—. No habría podido hacerlo sin ti.

Georgios se vuelve hacia mí con una suave sonrisa, como si pensara lo mismo que yo:

—Claro que lo habrías conseguido. Pero es más divertido planear una fiesta juntos.

—Es verdad. —Me emociono al pensarlo. Quizá sea porque aquí, en Santorini, se me da mejor tratar con la gente.

Hacer las cosas por capricho me ha sentado bien. Sea lo que sea, es un cambio radical y me siento llena de energía, lista para el próximo reto.

Descorro las pesadas cortinas de terciopelo y me recompensa la vista del mar.

—¿Crees que alguna vez te cansarás de ver las olas romper?

Georgios se acerca a mí en la ventana.

—Ni en un millón de años. Cuando tengo un largo día de trabajo en Nueva York, y, seamos sinceros, eso sucede casi a diario, añoro este lugar, quiero tirarme al agua y limpiarme la mente del trabajo.

—¿Alguna vez has pensado en mudarte aquí?

Él asiente con la cabeza.

—Todos los días. Cuanto más tiempo paso aquí, más me relajo y me adapto a la vida en la isla. No me malinterpretes, me encanta el ajetreo y el bullicio de Nueva York. Vivir en una gran ciudad donde todo está al alcance de la mano está genial, pero me estoy acostumbrando a la forma en que se alargan los días aquí. Es como cuando respiras hondo y todo tu cuerpo lo agradece. ¿Y tú? Si Floretta te pidiera que te quedaras, ¿lo harías?

Lo pienso detenidamente.

—Tengo claro que quiero ser *scout* literaria. Por una vez en mi vida, estoy decidida a conseguirlo. Probablemente porque nadie cree que pueda; a veces, ni siquiera yo misma. Aunque, si la abuela me lo pidiera, me quedaría. Quiero mucho a esa mujer tan rebelde y cada día que paso con ella es una bendición. Hay una parte de mí que no puede imaginar no despertarse con la vista del brillante mar,

con un perro en mi regazo y una pila de libros en la mesita de noche. Ojalá pudiera estar en dos sitios a la vez.

—Santorini tiene algo que te roba el corazón.

—Es un lugar mágico.

—Sé que encontrarás el trabajo perfecto como *scout* literaria; es cuestión de tiempo.

—Gracias.

Se acerca. Mi cuerpo se estremece de anticipación. Cuando estamos a punto de besarnos, los perros se ponen a ladrar, alertándonos de que ha entrado un cliente, y el hechizo se rompe.

Mi teléfono suena mientras estoy consolando a una clienta enfadada. Está enfadada porque el tercer libro de la serie es más alto que los dos primeros y no le gusta esa diferencia. Lo entiendo, de verdad. Una cosa así puede estropear la estantería, pero, como no tengo ningún control sobre ello, no sé qué espera que haga.

—¿Por qué han hecho este libro de un tamaño distinto? Ahora va a destacar en mi estantería como la hermanastra no deseada. Hay que hacer algo.

—Lo siento, pero tengo que…

El teléfono suena al compás de los latidos de mi cabeza.

Hoy he llegado al límite de mi tolerancia con la gente. Y, sinceramente, todos los dependientes del mundo deberían tener un aumento de sueldo. Casi se necesita un título de terapeuta para lidiar con las quejas de los clientes. ¿Quién iba a imaginar que habría tantas en el sector de la venta de libros?

La clienta hace un gesto con la mano y sigue murmurando para sí sobre estrategias de venta, trucos de *marketing,* los ricos que se hacen más ricos y las estanterías desiguales. Vaya. Me doy cuenta de que ya no necesito tanto las pastillas para la ansiedad, a pesar de todo el estrés del trabajo, pero sí que recurro más a los dulces. El subidón de dopamina suele ayudar, o al menos me da un respiro cuando ya no puedo más. En dichos momentos, pongo a Pee Wee de guardia y me escondo agachada detrás del mostrador. ¡Ojalá pudiera hacer eso ahora!

Lanzó una mirada de disculpa a mi clienta mientras contesto al teléfono.

—Mamá, hola, ahora estoy un poco ocupada. ¿Puedo…?

Mi madre mira con ojos entrecerrados la pantalla y me interrumpe.

—¿Demasiado ocupada para tu propia madre?

—¡Y para tu hermana! —Posy se une a la videoconferencia.

Gruño.

—Sí, estoy trabajando en Bibliotherapy. ¿Os puedo llamar luego?

Posy pone los ojos en blanco de forma exagerada.

—Yo no diría que eso sea trabajar, ¿no? Estás rodeada de libros. Es un sueño hecho realidad, no es precisamente un trabajo duro, que se diga.

Reprimo un suspiro.

—Sí, es un sueño hecho realidad, claro.

Ella no sabe que tengo una clienta quejándose de que sus estanterías se han echado a perder y que esto podría ser la gota que colma el vaso, que podría comprarse un Kindle y dejar de leer libros en papel para siempre. Uf.

El hombre de la guitarra elige ese momento para aparecer y preguntar titubeando por Helena.

—Lo siento, no la he visto.

Levanta las palmas como si fuera culpa mía que Helena se haya ido, y sale a la luz del sol.

¡Menudo día!

Mi clienta gruñona da un golpecito en su reloj y me mira con impaciencia.

—Mamá, ¿era algo importante? Porque de verdad que tengo que colgar.

Mi madre niega con la cabeza.

—Me han dicho que la abuela ha vuelto a jugar. Dime que no es verdad, Evie.

¿Cómo se entera siempre de las cosas? ¿Tiene una red de espías repartidos por todo el mundo que la mantienen informada? ¿O tal vez ha colocado algún tipo de dispositivo de escucha?

—No es verdad, mamá. —Estrictamente hablando, no estoy mintiendo. Fue Konstantine quien lo apostó todo al rojo. No la abuela.

Mi madre se pone muy susceptible con el juego debido a un problema del pasado de la abuela. Fue hace mucho tiempo y estoy bastante segura de que la abuela ha recuperado el control, pero durante un tiempo perdió el rumbo cuando se casó con su segundo marido.

El británico Florian Fairweather, entrenador de caballos y corredor de apuestas a tiempo parcial. Más tarde se supo que amañaba carreras y estafaba a los apostadores. La abuela nunca llegó al fondo del escándalo porque Florian se largó en mitad de la noche, llevándose solo la ropa que llevaba puesta y una maleta llena de dinero robado. El barco en el que huyó se topó con problemas en la fosa de las Marianas, y la última vez que la abuela lo oyó fue en una llamada de socorro. Ella le dijo que quería ayudarlo, pero, como él se había llevado todo el dinero, tenía recursos limitados para acudir en su ayuda. Además, no se podía decir que estuviera navegando por el río del otro lado de la calle. Había conseguido llegar a la otra punta del mundo, al Pacífico occidental, por el amor de Dios.

Según mi madre, la abuela entró en una espiral después de perderlo y descubrir que había robado a sus clientes. Por razones desconocidas, la abuela intentó recuperar sus pérdidas apostando, aunque el juego es para caraduras y se endeudó aún más.

Finalmente, salió adelante cuando conoció a su alma gemela japonesa, que llevaba una vida más tranquila. No había corredores de apuestas, ni caballos de carreras, ni juegos de azar. Cambió esos vicios por ceremonias del té y un poco de kárate, disciplina en la que consiguió el cinturón negro y se volvió bastante experta con las catanas.

—Mis fuentes me dicen lo contrario, Evie. Si descubro que la has estado encubriendo, te las vas a ver conmigo.

Vaya. Mamá enfadada no es algo de lo que alegrarse.

—De acuerdo, tomaré nota. Ahora tengo que colgar.

Una vez que cuelgo, vuelvo a mi clienta descontenta, que sigue esperando con la cabeza entre las manos.

—¿Le has mentido a tu madre? —me pregunta con expresión interrogante.

—Sí.

—Qué valiente.

—Qué tonta. ¿Por dónde íbamos?

Me sacude el enorme libro delante de la cara. Ah, sí.

Capítulo 22

El viernes estoy sentada con la cabeza entre las piernas, respirando con dificultad para no morir, cuando la abuela me encuentra en un rincón de la librería.

—Cariño, ¿qué demonios estás haciendo?

—Concentrándome en seguir con vida —murmuro.

—¿Es alguna cosa *new age*?

—No, solo es lo de inhalar oxígeno, ¡que es muy importante! —Me enderezo demasiado rápido y me invade una oleada de mareo—. Abuela, estoy flipando porque Lucy Strike llega mañana y tú estás ahí tan tranquila, como si fuera un día cualquiera.

—Es que es un día cualquiera.

La miro enfadada.

—¡Ay, qué pesada eres, Evie! ¿Por qué te estás volviendo loca por ella? ¡Se supone que esto es divertido! Es escritora, te encantan los escritores, ¿qué problema hay?

—Es… un poco exagerada para mi gusto.

—¿La conoces?

—Bueno, no.

—Entonces, ¿cómo puedes decir eso? —La abuela frunce el ceño.

—¡Deja de ser tan sensata, abuela! Se supone que debes estar de mi lado.

—«Sensata», esa es una palabra que nunca han relacionado conmigo. —Me acaricia la pierna—. Yo siempre estoy de tu lado. Solo tienes que hacerme una señal si Lucy Strike tiene que irse. Yo me encargaré de todo.

—¿Irse adónde? —La miro con recelo.

Lo último que necesitamos es que la abuela se convierta en la principal sospechosa en medio de otra investigación. Ya me imagino

los titulares: «Se teme por la vida de una famosa escritora. Dos sospechosas estadounidenses, detenidas».

—¿Cómo que adónde? ¡Al sitio de donde haya venido! Por Dios, cariño, te comportas como si fuera a cogerla por los tobillos y tirarla por un precipicio o algo así. ¿Te parece que eso es algo que podría hacer una anciana de ochenta y tres años?

—La mayoría de las personas de ochenta y tres años, no, pero tú eres capaz de cualquier cosa que te propongas, abuela.

Me besa en la coronilla.

—Gracias, mi niña. Contigo a mi lado me siento invencible.

—Entonces, ¿la tirarás por el acantilado si es necesario?

—Solo tienes que guiñarme un ojo y se hará.

Nos echamos a reír, porque está claro que cometer un asesinato es ir demasiado lejos, aunque es bonito saber que está con el Equipo Evie.

—¿Qué pasa en realidad? ¿Le ha echado el ojo a Georgios o algo así? Porque, si es así, le tiraré de los pelos y él irá justo detrás de ella. —La abuela no soporta a los infieles, pero ¿es infidelidad cuando se trata de una relación fingida? No hay instrucciones para este tipo de angustia.

—Supongo que lo que sucede más bien es que me siento fuera de lugar con todo este asunto. Allí estaré, escondida detrás de una cortina, esperando que nadie vea mis bailarinas, y ella estará llena de energía y encanto y todos, incluido Georgios, se enamorarán de ella, porque ¿quién no preferiría a una mujer que es capaz de hablar y mirar a los ojos al mismo tiempo sin que le entre un ataque de nervios?

—Bueno, solo tú piensas así, mi querida Evie. A mí personalmente me encanta que conozcas tus propios límites y te hagas invisible cuando necesitas un descanso de la gente. Hablar y mirar a los ojos al mismo tiempo está muy sobrevalorado. —Se sienta a mi lado—. Tú escuchas más de lo que hablas. Dice mucho de ti que seas una persona que se toma tiempo para escuchar en lugar de esperar a que haya una pausa en la conversación solo para expresar su opinión. ¿No crees que quizá eres especial por todas esas cosas? ¿Que eres más, porque tienes límites y los respetas por tu salud

mental y tu felicidad? Ojalá pudiera convencerte de que eres perfecta tal y como eres.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Ay, abuela, gracias. Supongo que esta ansiedad es la culminación de todas las cosas que normalmente me aterrorizan y que están sucediendo todas a la vez. Estaré bien. Una vez que haya pasado.

Posy aparece en mi mente, junto con la confesión de mamá sobre que mi hermana no es tan segura de sí misma como yo siempre había supuesto. Que incluso ella lucha con problemas de autoestima cada vez que tiene que subir al escenario. ¿Quizá lo que me pasa es normal? ¿Quizá todo el mundo siente este tipo de ansiedad en mayor o menor medida, aunque algunas personas lo disimulan mejor? Es algo en lo que pensar.

Ella asiente con la cabeza.

—Hazlo lo mejor que puedas, cariño. No me importa nada más en el mundo excepto tú. Quizá necesitemos una palabra clave si quieres escapar un rato.

—¿Una palabra clave?

—Sí, ¿por qué no? Como una palabra de seguridad. Así sabré que necesitas un poco de espacio y podré tomar las riendas.

—Vale, ¿qué tal «plátano»?

—¿«Plátano»? ¿Por qué «plátano»?

—¿Por qué no?

Se ríe.

—Vale, «plátano». Si hay algún problema, solo tienes que decir esa palabra.

—Perfecto. ¿Te explico cómo va todo?

—Antes de eso, quiero darte las gracias, Evie. Gracias por enfrentarte a tus miedos y organizar todo esto por mí. Últimamente, no sé si es por la edad o por el estrés, pero las cosas más fáciles me parecen una tarea difícil. Me preocupaba que, por primera vez en mi vida, hubiera asumido demasiado, pero tú has dado un paso al frente y lo has organizado todo.

Me duele pensar que la abuela sufra por algo y dude de sí misma así.

—Te han pasado muchas cosas. Es normal que estés un poco agotada. Me preocupa cómo te las arreglarás cuando yo no esté. ¿Quién te va a ayudar en la librería? ¿Y en Epeolatry, si Konstantine sigue trabajando? —O lo que sea que esté haciendo realmente…

Se encoge de hombros.

—Contrataré a uno o dos empleados a tiempo parcial. Tendrán que adorar los libros tanto como nosotras. Si no, ni hablar.

¿Dónde vamos a encontrar a un bibliófilo que viva los libros y los sienta como nosotras? ¡Ah!

—¿Qué tal Roxy? Es perfecta. Ha vuelto a Santorini… Está montando su propia empresa de relaciones públicas, pero solo a tiempo parcial; quizá le gustaría trabajar aquí algunos días.

—¡Sí! Es muy divertida. Preguntémosle.

Que Roxy trabaje en Bibliotherapy me tranquilizará. No solo será una librera fabulosa, sino que también podrá echarle un ojo a la abuela y avisarnos si necesita ayuda. Aunque no me imagino a mi formidable abuela dependiendo de nosotras.

—¿Y qué hay del dios griego? ¿Alguna novedad? ¿Bebés en camino o algo así?

—¡Abuela! —exclamo—. ¡Eres incorregible! —¡Bebés en camino! ¿En qué mundo vive?

—Gracias.

Niego con la cabeza.

—La verdad es que ha sido fácil fingir que salimos juntos. Demasiado fácil. Me confundo constantemente: no sé qué es real y qué es fingido. ¿Y si he desarrollado sentimientos reales por él? ¿No sería eso muy raro?

—¿Qué? No. ¿No lo hace más fácil?

—En realidad no. Tengo la sensación de que para él solo es un rollo de vacaciones. Una forma de pasar el tiempo. Es un tipo con miedo al compromiso o tímido en las relaciones.

Siempre hay una pequeña parte de mí que piensa que todo esto es demasiado conveniente. Como si no pudiera confiar plenamente en él. ¿Quizá es porque soy yo la que está siendo hipócrita?

—¿Te lo ha dicho?

—No con esas palabras, pero se sobrentendía.

—¿O eres tú quien está buscando formas de evitar el compromiso?

—¿Qué…?

Me da un codazo en el hombro.

—Aunque respeto tus límites y tus reglas, y me parece genial cómo te proteges, cuando se trata del amor, tiendes a cerrarte, a excluir al chico antes de que pueda demostrarte que te equivocas. Los guais lo llaman «autosabotaje». ¿Te has dado cuenta de que lo haces?

Soy miembro de pleno derecho del club del autosabotaje, pero no saboteo mis relaciones. ¿O sí?

—¿Cuándo he hecho yo eso?

—¿Cuándo no lo has hecho? Siempre encuentras un defecto enorme y evidente que confirma que no va a funcionar y cortas. No te permites enamorarte.

Frunzo el ceño.

—Eso es porque tenían demasiados defectos como para pasarlos por alto. ¿Qué sentido tiene perder el tiempo?

—Entonces, ese tal Chase, ¿cuál era su gran defecto?

Uf, Chase, de Connecticut.

—Dijo que las novelas románticas eran estereotipos y, por lo tanto, predecibles y sin ningún valor literario.

—Vale, es justo. Si hubiera sido mi novio, sin duda habría tenido un final espectacular al tropezar y caer en una alcantarilla que, por extraño que parezca, estaría infestada de taipanes de vientre amarillo.

—Vaya, no es que seas muy específica ni nada.

Ella se encoge de hombros.

—Cuando tienes mi edad, es difícil conciliar el sueño. Se te ocurren este tipo de situaciones.

Entrecierro los ojos. ¿Podría ser que mi abuela fuera una especie de asesina? ¿Una espía? ¿O simplemente una asesina a sangre fría? Descarto esta loca idea. ¡Por supuesto que no! ¡La abuela solo es protectora! ¡Era solo una forma de hablar!

—Vale —continúa—. ¿Y ese otro, el contable? ¿Pasquale?…

Uf. Gente de números. Debía haberlo sabido.

—Pedía facturas siempre en todos los sitios a los que íbamos. Dividíamos la cuenta hasta el último céntimo y ¡ni siquiera dejaba propina! La gente que trata mal a los camareros es un no automático. Me dijo que era voluble, que no era lo bastante ambiciosa.

—¡¿Cómo se atreve?!

—Abuela, ¿no se supone que ibas a convencerme de que, a pesar de sus defectos, debería haberles dado una oportunidad? —Me río.

—Bueno, sí, pero está claro que eran tontos, así que ahí se queda el discurso motivador. Lo único que digo es que quizá estés buscando una excusa para dejar a Georgios cuando en realidad no hay nada malo en él. Y, por Dios, Evie, con el historial de hombres trágicos con los que has salido, Georgios es un buen partido, ¿no?

Cuando comparas a esos hombres con Georgios, él los supera a todos con creces.

—Hay un pequeño problema. Estoy fingiendo salir con él, abuela. ¡Nada de esto es real!

Arquea una ceja.

—Ah, ¿sí?

Cuando te mira fijamente, puede resultar bastante intimidante.

—Ajá.

—Querida, no nací ayer. De hecho, ni siquiera nací en este siglo, lo cual es bastante deprimente. Cuando vuelves de tus citas con Georgios, estás en una nube de amor. No puedes fingir ese tipo de energía, ¿a que no?

Lo pienso. Es cierto que hace que todas nuestras citas sean divertidas y saca un lado juguetón de mí que ni siquiera sabía que tenía.

—Tengo la sensación de que le interesa más el trabajo que las mujeres.

—Eso es porque lo despidieron. Seguro que está preocupado por su futuro laboral. Mantén la mente abierta. Desde que llegaste, hay un brillo en sus ojos, y eso, jovencita, no se puede fingir.

No sirve de nada discutir. La abuela tiene el amor en la cabeza y no hay quien la haga cambiar de opinión.

—Vale, voy a explicarte el orden de los acontecimientos y lo que esperamos que hagas como bibliotecaria —digo.

Da una palmada.

—¡Siempre he querido ser bibliotecaria!

Capítulo 23

La semana parece haber pasado volando. El sábado me despierto antes que los pájaros y contemplo el amanecer desde mi ventana. Es el día en que damos la bienvenida a la isla a nuestra famosa autora.

Aunque estoy muy nerviosa, también siento emoción por lo que nos espera mañana: la inauguración de nuestra maravillosa biblioteca nocturna, que dará un gran servicio a los amantes de los libros de Santorini y hará que la última fiesta de la abuela sea tal y como ella siempre había soñado. Me levanto de la cama, me ducho, me visto y me dirijo a Bibliotherapy.

Estoy bebiendo café a sorbos cuando llega Zorba.

—¿Puedes echar un ojo a la tienda mientras preparo más? —le digo señalando la cafetera.

—No entiendo.

—Sí que lo entiendes, y no desordenes los colores de los libros, por favor. Solo por hoy.

—¿Qué? Yo no…

—Sí, sí.

Houdini asoma la cabeza por detrás de la pierna de Zorba. ¿Lleva la cartera en la boca? Voy a avisarlo, pero el perro sale disparado antes de que pueda decir nada.

Cuando regreso con una cafetera recién hecha, Zorba se ha ido, aunque ha dejado su tarjeta de visita. Suspiro mientras vuelvo a ordenar los colores. Hay que negarle la entrada a Zorba solo por la cantidad de trabajo que genera. Si Houdini le ha robado la cartera, quizá se lo piense dos veces antes de regresar a la librería a diario.

—Maldito Zorba —dice Roxy en la puerta principal, señalando la pila de libros que estoy reorganizando.

Sonrío.

—¿A que sí? Es un desastre, pero se empeña en ordenar los libros de una forma determinada. Echa un vistazo. —Indico una fila que ha reorganizado—. Los está ordenando por altura. ¿Crees que le molesta que no estén todos iguales?

—¡Qué buen ojo! Otra peculiaridad de los clientes raros para añadir a la lista. Hablando de clientes raros… —Roxy se mete detrás del mostrador y rebusca en su bolso—. Mira lo que tengo. —Blande un bolígrafo sujeto a un cordón rizado con un clip resistente—. ¡Intenta robar esto, ladrón de bolígrafos! —Fija el clip al mostrador y lo enrolla con fuerza.

—Genial. —Me río. Roxy es realmente una solucionadora de problemas. Me dedica una sonrisa triunfante, con las manos en las caderas, en pose de Wonder Woman—. ¡Solo te falta la capa!

—Y un nombre de superheroína.

—¿La Romanticadora? Mejor no.

Roxy mueve las cejas y finge ser una intrépida amante de los libros.

—Ya se nos ocurrirá algo. ¿Estáis listos para la llegada de Lucy? ¿Le ofrecemos champán? ¿Zumo de naranja ecológico? ¿Qué beben los escritores superventas? Probablemente *whisky*.

¡Es el gran día antes del gran día! Georgios va a recoger a Lucy al aeropuerto y la traerá aquí. Le enseñaremos Bibliotherapy y Epeolatry antes de explorar Santorini y terminar con una visita a una bodega.

—¿Por qué *whisky*?

—Ya sabes, esos escritores temperamentales, que se pasan horas y horas escribiendo en una máquina de escribir, con un cigarro pegado a los labios, alimentándose de licores centenarios envejecidos en barrica y puros cubanos importados que guardan en un humidificador en su escritorio.

—Eh… Eso es muy al estilo de Henry Miller… A lo mejor Lucy es un poco más moderna.

—Sí, sí, tienes razón. El mejor champán. Solo lo mejor para nuestra invitada.

Me retuerzo las manos. Ya hemos gastado mucho más de lo previsto en la inauguración, sin contar los gastos de las actividades que tenemos planeadas con Lucy para hoy. ¿Cuánto cuesta el champán de lujo?

No quiero seguir lamentándome de nuestros problemas económicos delante de Roxy, así que digo:

—¿Por qué no le ofrecemos a Lucy un cóctel literario? Mejor aún, ¡diseñemos uno pensando en ella!

—¡Qué buena idea! Enviaré un correo electrónico a los cocteleros y les pediré una receta de cóctel *spicy* que se llamará «Lucy Strike».

Sonrío. Estoy segura de que a Lucy le encantará la idea y nos ahorrará un montón de botellas de champán que ahora mismo no nos podemos permitir. Enfrentarme a un sinfín de pequeños problemas ha sido un verdadero aprendizaje para mí. Aunque sigo prefiriendo esconderme ante cualquier problema que surja, estoy descubriendo que eso solo alarga todo el proceso.

Roxy envía un correo electrónico y luego me ayuda a colocar los libros desordenados. Entonces llega el hombre del burro. No señala absolutamente nada y me da órdenes como siempre. Roxy se echa a reír.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Qué está diciendo?

—Dice que viene todos los días y te pide una cita, pero tú le das agua para su burro, café, caramelos de menta, libros, una bufanda incluso aunque sea verano, y nunca le dices que sí. Lo rechazas porque es demasiado mayor para ti, y él lo entiende, pero tiene mucho que ofrecerte si tan solo le dieras una oportunidad.

—¡¿Qué?! Pero él pidió agua. Me aprendí las palabras griegas y se las he estado diciendo a los clientes. *So latrevo.*

Roxy se dobla de la risa. Tarda cinco minutos en recomponerse y, cuando lo hace, tiene los ojos brillantes y las mejillas rojas.

—¿Les has estado diciendo eso a los clientes?

—¿Sí? Hace calor y pensé que agradecerían un poco de agua.

—Eso no significa «agua».

—¿Qué significa?

—«Te adoro». —Vuelve a estallar en carcajadas.

—Ay, Dios mío. —No me extraña que algunos tuvieran una mirada de preocupación.

Yo pensaba que solo les estaba ofreciendo una bebida refrescante, y ellos se preguntarían si estaba intentando atraer a bibliófilos desprevenidos con fines maliciosos.

Pronto nos estamos riendo los tres, yo, más histérica que ellos.

Miro al hombre del burro, que asiente con la cabeza, como si estuviera contento de que por fin hubieran traducido sus deseos.

—¿Puedo atreverme a preguntarle qué ofrece?

Roxy se vuelve hacia él y le habla en un griego rapidísimo. Se ríen y charlan un rato antes de que ella me traduzca:

—Dice que puede que sea viejo, pero que su burro es muy dócil. —No sé si es un eufemismo o no—. Y que también comprará una oveja, ya que te gustan tanto. Tiene una granja muy humilde que estará encantado de redecorar para ti.

La situación es demasiado absurda como para tomarla en serio y me río al pensarlo.

—Dile que me halaga, pero que tengo una relación seria y estable, aunque agradezco la proposición.

Roxy le transmite el mensaje. Él se quita la gorra de pescador y se la lleva al pecho. Le habla rápidamente a Roxy y ella asiente con la cabeza con sabiduría antes de volverse hacia mí:

—Si no te importa, dice, le gustaría seguir visitándote, ya que le da vida.

Ay, Dios mío.

—Claro, claro.

Pronto se marcha con su apacible burro.

Roxy se vuelve hacia mí con la boca abierta:

—¡Dios mío, mírate! No solo tienes al hombre más guapo del pueblo arrodillado a tus pies, sino que también tienes al hombre del burro dispuesto a compartir su vida contigo. Te digo que esta librería tiene poderes mágicos o algo parecido. ¿Cuándo me toca a mí?

Si ella supiera que uno es falso y el otro no va a suceder en esta vida. Tengo un rango de edad específico a la hora de salir con alguien, y los centenarios están muy fuera de él.

Me río de su expresión de asombro.

—Ay, Roxy, yo estoy igual que tú. ¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro a cada una a la vuelta de la esquina?

—¿Qué esquina? ¡Tú vas por un camino recto que te lleva directamente al pasillo central!

—El único pasillo por el que voy a caminar pronto es el del avión —me burlo—. Directo a mi asiento en clase turista.

—Al menos, intenta conseguir uno de primera clase.

La hora de llegada de Lucy se acerca. Le envío un mensaje a Georgios para preguntarle cuándo llegará, pero no obtengo respuesta. Me vienen a la mente imágenes de Lucy tumbada sobre su regazo. Así no me ayudas, cerebro. Ni un poquito.

No hay mucho tiempo para darle vueltas al asunto, ya que la librería está llena de clientes que vienen a preguntar por la inauguración de Epeolatry y están deseando ver a la famosa autora. Todos estamos ocupados registrando nuevos socios de la biblioteca y vendiendo a manos llenas ejemplares de los libros de Lucy Strike para que los firme en el evento.

La campaña de Roxy ha dado sus frutos y se ha corrido la voz. Bañistas, con los pies llenos de arena y toallas colgadas al hombro, entran en la tienda. Hay clientes que alquilan los perros y estos disfrutan de lo lindo. Ni siquiera ahuyenta a la gente Pork Chop con sus ventosidades. Por alguna razón inexplicable, a los clientes les parece gracioso. Es su expresión de sorpresa, como si no pudiera creer que su propio cuerpo pueda producir un sonido tan ensordecedor, lo que parece conquistarlos.

Salgo corriendo para ver cómo están los perros, para asegurarme de que los tratan bien, antes de volver dentro para ayudar a la abuela, que está en su mejor momento carismático, pues cautiva a los amantes de los libros y vende la mayoría de nuestros ramos de libros, que, según ella, son el sueño de cualquier ávido lector.

A la abuela le encanta tener más gente por aquí. Es como si la multitud le diera energía, como si sus pilas se recargaran un poco más. Las ventas extras le han dado un nuevo impulso y me dan

esperanzas de que este lugar tenga éxito, sobre todo, en los meses estivales.

Voy cobrando los libros lo más rápido que puedo, mientras la abuela se deshace en elogios hacia la serie romántica de suspense de Lucy Strike y les habla a los clientes de la inauguración de mañana por la noche. Como era de esperar, pagan la cuota de socio y confirman su asistencia al evento. Una vez que se marchan con sus compras, le hago una señal a Roxy.

—¿Cómo van los socios? ¿Crees que tendremos que limitar el aforo? —¿Quién hubiera pensado que íbamos a llegar a esta situación a última hora?

Roxy comprueba la lista.

—Podríamos, pero me preocupa que haya gente que al final no venga. Tu abuela y tú decidís, pero mi consejo es que sigáis adelante y, si hay cola por la noche, mejor que mejor. Podremos hacer unas fotos estupendas de la larga fila de gente. En Epeolatry hay mucho espacio; quizá tengamos que hacer entrar y salir a los invitados para que puedan conocer a Lucy.

—¿Qué opinas, abuela?

—Sigue adelante. Las fotos publicitarias serán estupendas para los que no vengan a la inauguración, pero visiten la tienda una vez que se calme el alboroto. ¡Hay que crear expectación! ¡Qué emocionante! Tanta gente. Anda, mira, ahí está el jefe de la Policía de Grecia. Mejor voy a saludarle.

Se me encoge el corazón. ¡Podría ser una trampa! ¿Se le ha acabado la paciencia a Yannis porque ella no le ha pagado el alquiler y ha enviado a su amigo a esposarla?

—¡Espera! Abuela, ¿y si no ha venido por los libros? —susurro.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿No dijo Yannis que eran amigos del colegio o algo así? —le susurro al oído—. ¡Te amenazó, recuerda!

—Ah, eso. No tengo miedo, cariño. Déjame charlar con él y lo tendré comiendo de mi mano. —Se alisa el pelo y esboza una sonrisa deslumbrante.

—¡Abuela! ¡Por favor, que no te arresten cuando entre Lucy Strike!

Mi mente todopoderosa, con su capacidad para convocar a la gente cuando menos lo deseo, vuelve a actuar y en ese momento entra Lucy Strike en persona.

Se produce un silencio reverencial. La sala entera se queda callada y la gente se separa y le abre camino como si fuera una diosa viviente.

Lucy lanza besos a los clientes, poniendo morritos y ronroneando como si fuera una estrella de Hollywood en lugar de una escritora. Es la viva imagen de una sirena. Por la expresión de la multitud, boquiabierta, todo el mundo está deslumbrado por ella.

La abuela se abre paso entre la multitud y se presenta:

—Bienvenida a Bibliotherapy, Lucy. Te estamos muy agradecidos de que hayas aceptado presentar Epeolatry. ¿Te gustaría hacer un recorrido por la biblioteca-bar?

—Claro, ¿por qué no? Gracias por invitarme. No pude decir que no cuando oí hablar de este lugar. —Coge a Georgios del brazo y lo empuja hacia delante. Ni siquiera lo había visto. Estaba detrás de la enorme melena de Lucy—. Y haría cualquier cosa por este hombre. Cualquier cosa.

Pongo los ojos en blanco. Ya de paso que se quite la ropa ahora mismo y se lo proponga, de lo evidente que lo está haciendo.

—Sí, Georgios es un ser humano maravilloso. Entre nosotras, está saliendo con mi nieta y están muy enamorados —dice tan alto que estoy bastante segura de que todos los habitantes del archipiélago la oyen—. Espero que pronto haya un anuncio oficial, ya sabes a lo que me refiero. BODA.

Dios mío. Me sonrojo hasta la raíz del pelo y no me atrevo a mirar a Georgios. Probablemente se haya dado media vuelta y esté buscando una lancha rápida para salir de aquí. Sin embargo, no puedo evitar ocultar una sonrisa ante la estratagema de la abuela. Lucy Strike no va a arruinar mi falsa relación mientras ella esté al mando.

—¿Boda? Vaya. Maravilloso. Es una institución con la que no estoy familiarizada. Prefiero las relaciones… abiertas. Sin ataduras.

—Ajá —dice la abuela—. En los setenta estaban muy de moda.

Lucy parpadea dos veces. ¿La abuela la está avergonzando por su edad? ¿Cuántos años tiene Lucy Strike? Es difícil saberlo con la cantidad de maquillaje que lleva. Está tan retocada que es difícil calcular su edad.

—Soy de los ochenta —dice con voz entrecortada.

La multitud se ríe y aplaude como si acabara de anunciar libros gratis para todos y no que tiene cuarenta y tantos años.

—¡Qué década tan divertida! Calentadores, flequillos ondulados y pantalones bombachos.

Lucy sonríe.

—Me caes bien.

—A todo el mundo le caigo bien, cariño. Ven, tomemos un cóctel o dos y me cuentas todo sobre tu vida amorosa.

Lucy saluda a sus admiradores mientras la abuela la acompaña a Epeolatry.

—Tu abuela ha dejado muy claro que Georgios no está disponible. —Roxy se ríe.

—Sí, tiene una forma muy particular de hacer que la gente se entere de lo que siente.

Georgios se acerca a nosotras, con el rostro un poco pálido. ¿Será porque la abuela ha montado un espectáculo con nuestra nueva relación delante de tantos vecinos? Quizá esté aterrorizado pensando que ya estoy planeando nuestra (falsa) boda y nuestros (falsos) bebés. ¿Preferiría a alguien más parecido a nuestra famosa escritora, que no sigue las mismas reglas y límites que yo en las relaciones, con su mentalidad abierta y sin ataduras?

Él sigue sin hablar. Agito una mano delante de sus ojos vidriosos. ¿Qué demonios ha pasado en el coche?

—¿Qué ocurre?

No soy celosa, así que no le bombardeo con preguntas sobre el trayecto del aeropuerto aquí, como por ejemplo si ella le ha puesto la mano en el muslo, si se han abrazado o si apretó sus pechos contra su torso. No, yo estoy por encima de esos celos mezquinos, así que me mantengo tranquila, calmada y serena.

Vuelve al presente, pero sigue distraído.

—Ah. Nada. Nada en absoluto.

Se le echó encima en el maldito coche, ¿a que sí? ¡Pobre Georgios, tan ingenuo!

—Os dejo, chicos, voy a la caja —dice Roxy.

Me pongo frente a él y le susurro:

—Georgios, si no confiamos el uno en el otro, no tenemos nada. ¿Qué ocurre? Estás nervioso y asustado, como si tuvieras algo que decirme. Suéltalo. —¿Quién es esta persona impulsiva que está tomando el control? Esta mujer alfa. ¡Esta que exige honestidad!

Se frota la nuca.

—No tiene nada que ver contigo y conmigo, Evie. Ni con Lucy, por cierto. Me he encontrado con… una persona en el aeropuerto, eso es todo. No me lo esperaba.

Se me hunden los hombros; vuelven a su postura habitual.

—¿Eso es todo? Vaya, me has preocupado por un momento.

—¿Por qué? ¿Qué pensabas?

Le hago un gesto con la mano.

—Ah, nada. —Solo que podría acabar en el fondo del mar, en los acantilados de Santorini, si la abuela sospechase que es un gran infiel.

La expresión de sus ojos sigue preocupada cuando dice:

—Será mejor que vayamos a entretener a Lucy.

—Ve tú. Quién sabe qué historias le estará contando la abuela. Yo me quedaré aquí ayudando a Roxy.

¿A quién habrá visto en el aeropuerto que le haga estar tan abstraído? La pregunta se desvanece cuando nos apresuramos a atender a los clientes.

Capítulo 24

Estamos dentro de Epeolatry dando los últimos retoques a los preparativos de la fiesta.

—¡Qué emoción! ¡Ya casi es la hora! —dice Roxy, luego saca una polvera del bolso y se aplica brillo de labios antes de volverse hacia mí—: Estás muy guapa, Evie. ¿Dónde has comprado ese vestido?

Me lo bajo. Es corto y ajustado, y ya me arrepiento de llevarlo. Pero es el único vestido negro que tengo. El negro es ideal para pasar desapercibida. Como una sombra. Tengo mis métodos para lidiar con este tipo de eventos. El primero de la lista consiste en decir, cuando tenga que confirmar asistencia, que estoy muerta. Si eso no funciona y tengo que asistir, me preparo para pasar desapercibida. Para convertirme en una pared.

—Bueno, te juro que antes era más largo. Supongo que la abuela lo ha modificado después de que se lo enseñé anoche y ahora me he quedado con esto.

—¡Hablando del rey de Roma!

La abuela entra con un vestido tubo precioso, con el corpiño bordado con abalorios y un caftán transparente por encima, con puños de plumas.

—Espectacular —dice Roxy—. ¡¿Cuál es tu secreto, Floretta?!

—Es sencillo, cariño. Mi consejo de moda número uno es: vive hasta los cien años y nunca, jamás, tires nada de tu armario. Créeme: la moda es cíclica, así que es solo cuestión de tiempo que cada prenda vuelva a estar de moda. Este modelito es de los noventa, pero nunca lo dirías. Me ha servido bastante. Me casé con él con… ¿Cómo se llamaba?

—¿Jimmy?

—Después de Jimmy.

—¿Ludwig?

—No, en esa boda llevé un traje pantalón dorado lamé.

—¿Tu séptimo marido?

Ella chasquea los dedos.

—¡Sí! ¿Cómo he podido olvidarlo? Mi séptimo marido, el irlandés Sean. Un hombre guapo y rudo, amante de la diversión. Ese acento, ¡qué maravilla! Lo echo mucho de menos.

—¿Qué le pasó? —pregunta Roxy.

La abuela se encoge de hombros con indiferencia.

—Una noche lluviosa resbaló sobre un montón de tréboles mojados y se cayó, golpeándose la cabeza y rompiéndose un par de huesos. Oh, claro, claro, habría sobrevivido a la caída si no hubiera sido por una bajada inusual de la temperatura durante la noche. Cuando encontraron a mi querido amorcito, estaba congelado, con la boca abierta en un grito perpetuo. Fue espantoso. Al final, Sean no tuvo la suerte de los irlandeses.

La expresión de Roxy es una mezcla de fascinación y miedo.

—Ay, Dios mío.

—Sí —dice la abuela, y se ajusta el caftán—. Impactante. Pero, como ya era un bloque de hielo, investigué algunas de las instalaciones criogénicas que hay por todo el mundo. Por desgracia, los costes eran algo exorbitantes. Y, lo más importante, ¿seguiría siendo el mismo hombre tras la reanimación? Nadie podía asegurarme nada, así que al final lo llevaron a descongelar para el entierro. Es una pena, ese hombre era una fiera en la cama.

Roxy niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos, como si estuviera asombrada.

—¡Floretta, me dejas fría!

—Más frío se quedó él. —La abuela se ríe de su propio chiste.

—¡Abuela! ¡El pobre hombre se murió! Roxy, actúas como si la abuela te estuviera contando el argumento de una película o algo así.

—¡Lo siento! —dice la abuela—. A veces soy muy descarada.

Roxy baja la cabeza contrita.

—Yo también lo siento, pero, para ser justa, es que parece el argumento de una película. Por eso es tan fascinante.

—Espera… —Hago cuentas en mi cabeza—. ¿No era Zhang Chen el marido número siete? ¿El Zhang que murió de forma prematura cuando se hacía un selfi al caer hacia atrás en una grieta porque no había enganchado el mosquetón? Tú dejaste la escalada en hielo después de eso, abuela.

—No se le escapa nada a mi inteligente nieta. Sí, tuve dos maridos número siete. —La abuela sonríe—. ¿A quién no le gusta un poco de bigamia, cariño? Todo el mundo debería probarlo al menos una vez.

—¿No es ilegal? —pregunto, sin entrar en el terreno moral.

—Ilegal, qué más da. Ahora los dos están en un lugar mejor. ¿Qué más importa?

Entorno los ojos. Dos maridos número siete congelados. ¿Qué probabilidades hay?

—Tengo que ser más como tú, Floretta —dice Roxy con la boca abierta—. Cuando termine la fiesta, ¿podemos quedar a comer y me enseñas cómo encontrar marido? No necesito dos a la vez; con uno me basta.

—Claro, cariño, me encantaría.

—No sé muy bien qué pensar. —¿Perderé a Roxy por culpa del lado oscuro?

La abuela tal vez le sugerirá todo tipo de cosas inapropiadas, y mi amiga griega tiene una inclinación por lo extremo, igual que ella.

—No seas tan aguafiestas, cariño. Deberías darme las gracias por haberte encontrado novio.

—¿Qué novio? —pregunta Roxy—. ¿Me he perdido algo? ¿Hay otro hombre en tu vida? ¡Ay, tú sí que tienes suerte, Evie! Georgios, el hombre del burro y ahora este otro misterioso candidato.

—¡No hay ningún otro hombre! Soy una gran fanática de la monogamia, para que lo sepas. Ay, mira, ¿es Georgios?

Le lanzo una mirada a la abuela para que se calle. Ha sido un grave desliz por su parte. Imagina que se descubre nuestro astuto plan para ganarnos a Georgios y a su familia. Este pequeño pueblo no vería con buenos ojos que utilizáramos tácticas de manipulación.

—Uy, falsa alarma, no es él. Cambiando de tema, ¿empezamos ya con los preparativos? Lucy hará su gran entrada justo después de las ocho, así que será mejor que estemos listos.

—Comprobemos todo —dice la abuela y me pide perdón cuando Roxy se da la vuelta.

Salimos corriendo a hacer nuestras respectivas tareas. Enciendo las velas de pilas, compruebo que Athena tiene el *catering* bajo control, hablo con el grupo de *jazz,* que ya está instalado en el pequeño escenario, y lleno de hielo la nevera que hay detrás de la barra.

Roxy revisa la lista de invitados cuando Houdini entra corriendo. Ella lo acompaña fuera con la promesa de una golosina, pero no antes de que él robe un cojín y, sin que ella se dé cuenta, también le quite el bolso.

—¡Ay, no puedo correr con estos tacones! ¿Cómo puede ser tan rápido?

—El cojín es una trampa. También tiene tu bolso. Si no eres lo suficientemente rápida, perderás el dinero y las tarjetas de crédito para siempre. No sabemos dónde los guarda, pero esconderá el bolso en el desagüe cerca del limonero.

—¿Qué…? ¿Cuántos ha robado ya?

Hago una mueca.

—Once. Doce, contando el tuyo.

Roxy parpadea rápidamente, como en estado de *shock*.

—¿Para qué necesita dinero un perro?

—¿Para un helado? El tiempo corre, Roxy.

La dejo persiguiendo a Houdini y solo espero que no haya salido demasiado tarde. Cuando regresa, tiene el pelo un poco despeinado, como si hubiera jugado al tira y afloja con Houdini y hubiera perdido, pero, a sus espaldas, blande el cojín victoriosamente.

—¡He ganado!

—Ese es otro cojín. ¿Dónde está tu bolso?

—Cubierto de babas de perro y vacío. Nos preocuparemos de eso más tarde, ¿vale? —Se mira en el espejo—. ¡Ay, qué pelos!

—Ve a arreglarte. Podemos esperar unos minutos más.

Roxy corre al baño mientras Athena saca cuencos de fruta al bar para decorar los cócteles. Hay rodajas de limón, gajos de lima y triángulos de piña.

—¿Dónde están los cocteleros? —pregunto cuando Roxy regresa con el pelo impecable—. ¿Alguien los ha visto?

—No —responde ella mientras la abuela se acerca a nosotras.

—No te preocupes, cariño. Ya vendrán.

Junto las manos con nerviosismo.

—¿Puedes llamarlos?

—Claro, claro —dice la abuela distraídamente mientras se prepara el cóctel más grande del mundo—. Pero esperemos unos minutos más. Ya sabes cómo es la gente de por aquí…

—El tiempo de las islas.

Sirve de excusa para todo, desde llegar tarde hasta olvidarse por completo de una invitación. Especialmente si tiene que ver con el trabajo. Llegarás cuando llegues, así son las cosas.

No hay prisa, ni siquiera tratándose una fiesta en la que los cocteleros son fundamentales para el evento. Intento canalizar el nivel de zen de la abuela, pero no lo consigo.

—¿Sabemos qué ingredientes lleva el cóctel Lucy Strike?

La abuela me hace un gesto para que me vaya.

—Improvisaremos. La granadina lo arregla todo.

—Se supone que es picante, ¿no? —pregunto.

Hemos anunciado el cóctel homónimo de Lucy por todas partes y hemos conseguido mucha repercusión en las redes sociales con la publicación.

—Entonces, zumo de tomate y salsa Worcestershire.

—¿No es eso un Bloody Mary?

—Hoy no —dice la abuela—. Es un Bloody Lucy.

La broma rompe la tensión con la que estoy luchando y relajo los hombros.

—Y para los que quieran un cóctel sin alcohol, lo prepararemos sin alcohol y lo llamaremos Bloody Shame —dice Roxy, provocando una carcajada.

Tengo mucho que aprender sobre el arte de dejarse llevar. Estas dos están tan tranquilas como siempre, mientras que yo pienso de manera catastrófica y me pongo en lo peor por el cóctel Lucy Strike, nada menos.

Echo un último vistazo a mi alrededor. Todo está en orden. Las bolsas de regalos están alineadas cerca de la salida para que los invitados puedan coger una al marcharse. La iluminación ambiental está en «modo sexi», como la llama la abuela.

Mi corazón late con emoción. Es un regalo poder compartir este lugar tan especial con la gente. Solo espero que aprecien todo el esfuerzo que ha dedicado la abuela. Es realmente el espacio más bonito para rendir culto a las palabras, tal y como lo imaginó ella.

Roxy enciende el portátil, lista para inscribir a nuevos miembros, y yo asomo la cabeza por la cocina. Athena lo tiene todo organizado y listo. Me hace un gesto con el pulgar hacia arriba.

—Dime cuándo y serviremos los canapés.

—Perfecto. Gracias.

De vuelta en el bar, ha llegado un solitario coctelero. Leo, el chico que la abuela ha contratado para el verano.

—¿Dónde están los demás? —pregunto.

Leo se encoge de hombros.

—Ni idea. Seguro que llegarán tarde o temprano.

Exhalo.

—Si te ves desbordado, avísame y haré lo que pueda para ayudarte.

—De acuerdo.

La abuela se prepara otro cóctel.

—Listo, queridos.

El bullicio exterior ha alcanzado un *crescendo* emocionante. Echamos un vistazo a través de las cortinas. Hay bastante gente, vestida de gala. Mi emoción aumenta un poco más.

—Vale, vamos allá. Comprobamos sus carnés y tú, abuela, les enseñas las instalaciones. Una vez que hayamos dejado entrar a la mayoría de los invitados, nos mezclamos con ellos y nos aseguramos de que están cómodos antes de que llegue Lucy. Abuela, ¿tienes preparado tu discurso?

Aunque la maestra de ceremonias es Roxy, hemos pensado que sería un bonito detalle que la abuela explicara su visión del lugar y lo que pueden esperar encontrar aquí cuando nos visiten en el futuro.

Se da un golpecito en la sien.

—Todo aquí.

Sonrío. Se respira un ambiente animado. Hago un gesto con la cabeza al grupo de *jazz* y empiezan a tocar mientras abrimos las puertas de par en par.

—Bienvenidos a Epeolatry —digo en voz alta y clara.

La gente aplaude y empieza a entrar.

Capítulo 25

El lugar está lleno de gente y el suave sonido del *jazz* flota en el ambiente. Se mezclan, agitan y remueven cócteles. El coctelero lo hace parecer un arte. Sus compañeros aún no han llegado para ayudarle, así que la abuela deambula por ahí repartiendo copas de champán. Veo la espalda de Zorba de refilón, corriendo hacia la cocina.

—Leo, ¿necesitas ayuda? —le pregunto desde el otro lado de la barra.

Él lanza al aire un recipiente metálico y lo atrapa detrás de la espalda ante la mirada atónita de los invitados. Los está dejando boquiabiertos y ellos no parecen tener prisa por tomar sus cócteles, ya que disfrutan del espectáculo.

—Todo bien. Zorba ha ido a por más hielo y fruta, y Floretta está sirviendo el vino y el champán. Si me veo desbordado, gritaré.

—Genial. —Me recuerdo a mí misma que debo estar pendiente de la zona de la barra a fin de que él no tenga que dejar su puesto para buscarme.

Miro el reloj. Georgios y Lucy siguen sin llegar. Llevan más de una hora de retraso. Me debato entre la preocupación de que, con la velocidad a la que conduce Georgios, se hayan salido de la carretera o, peor aún, se hayan metido en un callejón oscuro y la vampira me esté robando a mi hombre. Mi hombre falso.

Me acerco a la puerta para ayudar a Roxy a registrar a los últimos clientes.

—¿Dónde están? —pregunta frunciendo el ceño—. La gente pregunta por Lucy y se me están acabando las excusas plausibles.

—Deja que le llame otra vez.

Entro corriendo en el silencio de Bibliotherapy y marco el número de Georgios por quinta vez. Hay muchas razones por las que pueden llegar tarde. Inundaciones. Incendios. Intoxicación alimentaria.

El teléfono suena y suena. ¿Por qué no contesta? Dejo un mensaje, con voz muy tranquila y razonable («¿DÓNDE DIANTRES ESTÁS?»), y cuelgo. Quizá así es como se comporta Lucy Strike: llegando elegantemente tarde para hacer una entrada triunfal y para que las masas la adoren. Siempre dejándolos con ganas de más. ¿Y si esta expectación aumenta el entusiasmo de nuestros invitados? Lo único que puedo hacer es esperar que así sea. Lo último que quiero es que la gente se aburra y se vaya, pensando que no va a aparecer. ¿Y si no aparece? El pánico se apodera de mí y hago todo lo posible por controlarlo. Ella no les haría eso a sus fans.

Se oye el chirrido de unos neumáticos sobre la grava, miro por la ventana y veo su coche. ¡Por fin! Abro la ventana y grito:

—¿Te parece bien si empezamos esta noche o mejor mañana? —Le dedico una sonrisa falsa que apenas disimula el sarcasmo de mi voz.

Él sonríe. Sonríe de veras al salir del coche.

—Lo siento, Evie. Hemos tenido un pequeño problema. Los botones del vestido de Lucy eran muy difíciles de abrochar. He tenido que llamar a mi abuela para que me ayudara, porque ella tiene los dedos muy finos y delicados y los míos no están hechos para cosas tan complicadas.

—Ya veo —digo con rigidez.

Los botones de su vestido. ¿El vestido que cubre su cuerpo desnudo? ¿Ese vestido?

—Ajá. —Cruzo los brazos con fuerza sobre el pecho con la esperanza de que se dé cuenta de que estoy enfadada.

De todas las tácticas, ¿no se da cuenta de que esta que ha hecho Lucy es la básica de seducir a tu exeditor? No puede ser tan despistado, ¿no?

—Los socios de la biblioteca están algo impacientes, así que sería estupendo que metiéramos a Lucy y sus botones dentro.

—Ah, claro. —Se gira y ve a Lucy todavía esperando en el asiento.

—Está esperando a que le abras la puerta, Georgios.

Aunque está claro que eso es cosa nuestra, no hay tiempo para debatir sobre moral y lo que se espera de una pareja en una relación. Todo eso tendrá que esperar.

Corre a abrirle la puerta. Vaya, está guapísimo con el esmoquin. Hago todo lo posible por ignorar eso y concentrarme en que el resto de la velada transcurra sin contratiempos.

Lucy entra con paso firme, con su voluminosa melena y sus pechos aún más voluminosos. No me extraña que le costara abrocharse los botones; estoy segura de que el vestido le queda dos tallas pequeño. Resalta sus curvas. Estoy totalmente a favor del empoderamiento femenino y, si se siente bien con ese vestido, la animaré desde la distancia mientras por dentro hiervo por su astuta estratagema con Georgios.

El viejo truco *de* «necesito ayuda con los botones». *Qué obvio.*

—Tomaré una copa de champán —dice Lucy con altivez, sin mirarme a los ojos.

Genial, vuelvo a ser relegada al papel de camarera, a pesar de que ayer pasamos juntas la mayor parte del día. ¿De verdad soy tan fácil de olvidar, o se trata de algún tipo de juego de poder?

Lucy avanza con paso firme, como si fuera una modelo en la pasarela, y yo la sigo a toda prisa.

Georgios me agarra de la mano para detenerme.

—Espera, Evie.

Ahora está un poco nervioso, como si tuviera algo en mente. Me molesta que no parezca entender que tenemos una sala llena de socios de la biblioteca esperando a la invitada de honor y que, por alguna razón inexplicable, quiera alargar esto más.

—Podemos hablar más tarde. Tenemos que empezar. Agradezco que Lucy haya venido, todos lo agradecemos, así que acabemos de una vez.

Después de esto, me prometo volver a evitar las fiestas y la gente. Mi pequeña burbuja de seguridad es un lugar agradable y tranquilo, en gran parte libre de dramas y egos, y donde me siento más cómoda. No hay que ir a buscar bebidas y no hay multitudes. No hay… lo que sea que sea esto.

—De acuerdo —dice él—. Le traeré una copa de champán a Lucy para que puedas centrarte en tus invitados.

—Estaría genial.

En este momento, lo único que me importa es que la fiesta llegue a su fin para poder escapar. ¿He mencionado que las fiestas no son lo mío?

Lucy está de pie junto a la verja de hierro forjado de Epeolatry, con una expresión francamente gélida. Ha desaparecido la persona efusiva y coqueta del día anterior. ¿Podría ser tan solo que tiene miedo escénico porque, al igual que Posy, ha de armarse de valor para desempeñar su papel delante de los focos? Sea cual sea el problema, esta Lucy es muy diferente de la que ayer se pavoneaba, se quedaba sin aliento de la risa, le tocaba en el hombro a todo el mundo y posaba coquetamente para las fotos.

No pienso preguntarle por su repentino cambio de actitud, así que le digo:

—Gracias de nuevo, Lucy. Cuando estés lista, le diré a Roxy que te presente y podrás hacer tu gran entrada.

—Solo me quedaré una hora, como mucho —suelta con tono seco.

Vaya.

—Mmm, vale.

Georgios se frota la cara mientras Lucy me mira con ira. ¿Qué demonios está pasando aquí? La tensión en el aire es palpable. Mi primer instinto es salir corriendo o permitir que Lucy me hable así —al fin y al cabo, ella es la estrella—, pero, si le permito hacerlo, estaré sentando el precedente de tolerar su comportamiento intolerable, cuando yo no he hecho otra cosa que complacerla.

Enderezo los hombros.

—Ese no era el trato, Lucy. Hemos vendido montones de libros tuyos a ansiosos fans durante los preparativos de este evento; lo menos que puedes hacer es cumplir tu palabra. Ahora, si no te importa, les gustaría conocerte…

Con eso, entro y encuentro a Roxy y a la abuela.

—Hay un pequeño problema —les digo—. Lucy está aquí y de mal humor. Ha anunciado que solo se quedará una hora como máximo. Le he recordado las promesas que hizo, pero no estoy segura de

cómo va a acabar esto. Roxy, ¿puedes presentarla antes de que se marche?

Hay mucho de qué preocuparse y, por un momento, considero usar la palabra de seguridad «banana» hasta que caigo: no es necesario. ¿Por qué iba a tener que huir? No soy yo quien se está comportando como una diva. No soy yo quien está incumpliendo sus promesas. Solo espero que Lucy no les arruine la velada a la abuela y a nuestros invitados; sin embargo, pase lo que pase, lo aprovecharemos al máximo, aunque tenga que subirme a la barra y cantar «I want to know what love is». Esta noche será un éxito; me voy a asegurar de ello.

—Lucy solo se quedará una hora, ¿no? Ya veremos —dice la abuela con aire misterioso.

Con gran entusiasmo, como si fuera la propia reina, Roxy presenta a Lucy y lee su biografía. Veo a Georgios retirarse, con una copa de champán en la mano. Al menos está contento de hacer lo que ella le pide y me ahorra tener que hacerlo yo. Mi confianza ha aumentado aquí, pero no lo suficiente como para lidiar con una autora superventas cuya faja moldeadora debe de estar cortándole el suministro de oxígeno al cerebro o algo así para provocar una hostilidad tan repentina. O tal vez es que ya no voy a permitir que me traten mal. Eso ya es un avance, ¿no?

—Sin más preámbulos, ¡demos la bienvenida a nuestra invitada de honor, Lucy Strike!

El público aplaude y vitorea cuando Lucy entra con aire arrogante, los ojos encendidos y el pelo ondeando a su alrededor como si fuera una modelo en un anuncio de champú. ¿Cómo es posible? Cuando entré, el viento me echó el cabello directamente a la cara y se pegaron algunos en el pintalabios, así que es posible que tenga una especie de pequeñas marcas rojas en las mejillas.

Lucy coge el micrófono y comparte la inspiración detrás de su último libro. Todo el tiempo está pestañeando y hablando con su voz ronca. El público se lo traga y yo exhalo toda la tensión que se ha acumulado en algún lugar alrededor de mis costillas durante las últimas horas. Lucy los lleva en un viaje de regreso a sus humildes raíces; les confiesa que no podía pagar el alquiler. Escribir era un

escape de la vida monótona en la que nunca imaginó que se vería atrapada.

Cojo una copa de champán de una bandeja y le doy un largo sorbo. Las burbujas estallan en mi lengua y producen un efecto calmante inmediato. La seductora Lucy ha vuelto y tiene al público en la palma de la mano. ¡Qué alivio!

Miro mi reloj. Con suerte, la fiesta terminará a las once, como muy tarde. Es un bar-biblioteca, no una discoteca, y los clientes son amantes de las palabras, no *ravers* vestidos con colores fluorescentes. Seguro que, como yo, serían más felices en la cama con un libro. ¿O es solo una ilusión?

La noche continúa. Me reclaman para resolver pequeños problemas. Se nos acaban las copas de martini limpias y tenemos que lavarlas a mano, ya que los lavavajillas están puestos. Se nos acaba el *ouzo*, así que corro a la villa de la abuela y le robo un par de botellas de su generosa reserva. La impresora decide apagarse, como suelen hacer, así que tenemos que anotar a mano los datos de los socios y prometerles que les enviaremos las tarjetas por correo. En general, consigo resolver la mayoría de los problemas a medida que van surgiendo. Lo único molesto es ir de un lado para otro con tacones altos. Mis pies protestan a cada paso y me arrepiento de no haberme puesto zapatos planos.

Cuando me detengo un momento para mirar la hora, veo que ya es casi medianoche. La multitud no ha disminuido, sino que más bien ha aumentado. ¡Ay! Reparto otro bol de queso feta y aceitunas y platos de *dolmades* de Athena, cuando veo a Lucy con un grupito de personas. ¡Menos mal que solo iba a quedarse una hora! Tiene las mejillas sonrosadas, como si se hubiera tomado una buena cantidad de champán. Me quedo boquiabierta cuando se lanza al regazo de un hombre de veintitantos años que la atrae hacia sí para darle un beso largo y apasionado. ¿Qué? ¿Quién es él?

La abuela se acerca con aire satisfecho.

—Problema resuelto, ¿eh?

—¿Tú has organizado esto?

Lucy rodea con el brazo el cuello del joven de forma posesiva, como para ahuyentar a los demás.

La abuela asiente con la cabeza juiciosamente, como una sabia.

—Claro que sí. Gracias a mi gran poder de deducción y a que también estoy un poco loca por los hombres, supuse que a Lucy la rechazó el dios griego. Sus sentimientos quedaron heridos. Le presenté a Stavros, que no es tan atractivo como Georgios, pero al fin y al cabo es el hijo de un magnate naviero con muchos ceros en la cuenta bancaria. ¡Y *voilà*! La gente sigue apuntándose al club y, en cuanto a la venta de alcohol, digamos que mañana podremos pagar la mayor parte del alquiler.

Tardo un momento en procesar todo lo que ha dicho la abuela. ¡Qué bien lo del alquiler! Pero… ¿a Lucy la rechazó Georgios? ¿Cómo?

—Espera, ¿crees que Georgios rechazó una insinuación suya?

¿Dónde está? No lo he visto mucho en toda la noche. No he dejado de moverme de acá para allá. ¿Lo intentó después del desastre del botón? Seguro que no. Quizá era eso lo que quería confesarme fuera, pero yo estaba demasiado preocupada por los invitados que nos esperaban como para escucharle. Ha estado bastante callado desde que fue a recogerla al aeropuerto, como si tuviera algo en la cabeza.

—¿Por qué si no iba a entrar con cara de haber chupado un limón y a alardear de que se iba? —dice la abuela.

—Se lo preguntaré a Georgios. ¿Cómo se atreve, si sabe que él tiene una relación estable, aunque sea falsa? Se pasó medio día de ayer bromeando sobre lo triste que estaba porque él ya no estaba «en el mercado» y ¡¿ahora se lo toma como un reto personal?!

—Es por un problema de autoestima, cariño. Las cosas no siempre son lo que parecen. Incluso las personas más seguras de sí mismas luchan contra sentimientos de insuficiencia. Recuerda eso cuando dudes de ti misma.

¿Lucy Strike se siente insuficiente? Ahora sí que estoy flipando. Pero me detengo y lo pienso un momento. Al igual que Posy lucha internamente cada vez que tiene que subir a un escenario, ¿sufre Lucy Strike como dice la abuela? Es difícil imaginar que esta autora superestrella sea otra cosa que una sirena descarada y segura de sí misma. Esto demuestra que nunca sabemos lo que ocurre en

realidad detrás del telón del corazón y el alma de una persona. Teniendo esto en cuenta, siento algo diferente por ella. Más comprensión.

¿He estado viviendo todo este tiempo en un mundo sintiéndome inferior, junto a tantas otras personas que sienten exactamente lo mismo? Quizá soy perfecta tal y como soy, como siempre me dice la abuela.

—Ve a buscar a Georgios, cariño —dice la abuela—. Aquí ya nos encargamos de todo nosotros.

—Vale. —Veo a Zorba detrás de la barra reordenando las botellas —. Oh, abuela, Leo no va a encontrar nada si Zorba sigue cambiando las botellas de sitio.

—¡Zorba! —grita la abuela—. Ya están en orden alfabético.

—No, no lo entiendes.

Se vuelve hacia mí:

—Le gusta el orden en un mundo desordenado. No lo entiendo, pero puedo empatizar con él.

Me río.

—Sí, en eso sois opuestos. ¿Por qué finge que no entiende cuando domina el inglés mejor que la mayoría de la gente?

—Porque así se sale con la suya. —Esboza una sonrisa inocente.

—Me dijiste que dieciséis cerdos pueden comerse a un hombre muerto en ocho minutos. Zorba tiene una granja de cerdos. No soy de las que sacan conclusiones precipitadas, pero entiendes por qué lo relaciono, ¿no?

—Cariño, tú tienes la medalla de oro en sacar conclusiones precipitadas.[6]

Se lo reconozco. Soy más fan de saltar en sentido figurado que físicamente.

—Prométeme que no habrá muertes en la isla esta noche.

—Esto no es una novela policiaca, Evie. A veces creo que los libros te han atrofiado el cerebro.

—¿Cómo puede considerarse una novela policiaca ligera dar de comer un cadáver a dieciséis cerdos? ¡A veces creo que los hombres te han estropeado el cerebro!

—¡Oh, sí que lo han hecho!

Beso a la abuela en la mejilla y me doy la vuelta para buscar a Georgios. Lo encuentro en la sala de historia charlando con un tipo con aspecto de académico.

—Hola —digo con una sonrisa.

En este extremo de Epeolatry hay menos ruido. Las gruesas cortinas de terciopelo bloquean gran parte del bullicio.

Georgios me hace una señal para que me acerque y me rodea la cintura con un brazo. Por alguna razón, me parece natural, como si hiciéramos este tipo de gestos cariñosos todo el tiempo. Me produce una pequeña emoción, una sensación de pertenencia.

—Hola, Evie, él es Joe, un autor local de ciencia ficción. Le estaba hablando de mi nueva editorial, Eros Books, y va a enviarme su manuscrito.

Mantengo una expresión neutra. Al menos, lo intento. ¿Ya le ha puesto nombre a su editorial?

—Estará en buenas manos. Georgios es un editor maravilloso.

—Gracias. Estoy de acuerdo. Llevo tiempo siguiendo su carrera, ya que los dos nacimos en la misma isla.

Charlamos un rato sobre las novelas de Joe antes de que se marche a rellenar su copa.

Me vuelvo hacia Georgios:

—¿Así que definitivamente vas a seguir adelante con tu propia editorial? ¿Has conseguido financiación? ¿Cuál es el plan? ¡Cuéntamelo todo!

Georgios sonríe ante mi repentina avalancha de preguntas.

—He hablado con mi asesor financiero y he elaborado un plan de negocio. Me ha sugerido que venda algunas acciones y que pida un pequeño préstamo. Esperemos que la apuesta valga la pena.

—¡Claro que sí! ¿Y el nombre: «Eros Books»?

Baja la cabeza como si de repente se hubiera vuelto tímido.

—El dios del amor. El amor es la base de todos los buenos libros, así que me parece adecuado. —La expectación brilla en sus ojos.

Reconozco esa mirada de cuando recibí la llamada de Gene para convertirme en *scout* literaria. No hay nada como esa sensación de euforia cuando persigues tus sueños y los tienes al alcance de la mano. Esa sensación de piel de gallina de que por fin has dado el

golpe en tu carrera y puedes volcar tu pasión en algo tangible, algo importante.

—¡Tenemos que celebrar este hito! Creo en ti, Georgios; ahora tienes que creer en ti mismo. ¡Ya tienes tu primera propuesta! ¿Has leído a Joe?

—Sí, y es brillante. De hecho, es revolucionario en su género. Si consigo ficharlo, nos llevará a grandes cosas.

—¿Qué quieres decir con «si consigues ficharlo»? Él ya confía en ti. Cree en ti. ¡No es «si consigues ficharlo», sino «cuándo lo fichas»!

—Sí, claro. Cuando. Es abrumador tener sus carreras en mis manos y solo en las mías. ¿Y si la fastidio? ¿Y si no consiguen las ventas que esperan? ¿Y si nadie más envía nada? Entonces, ¿qué?

—Eso no va a pasar. Contrata a un experto en *marketing,* como, por ejemplo, a Roxy, y prepara tus estrategias antes de lanzar cada libro. Tómate tu tiempo con cada lanzamiento para no pasar nada por alto y que cada libro tenga las máximas posibilidades de éxito. Ya conoces el mundo editorial: ningún libro tiene el éxito garantizado. ¿Quién sabe por qué algunos triunfan y otros fracasan? Pero tú harás todo lo posible por darles todas las oportunidades de alcanzar los primeros puestos de las listas de ventas.

—Vaya, Evie, ¿te gustaría trabajar para mí? En serio, ¿querrías?

Se nota una verdadera felicidad en su voz cuando habla de su nueva empresa. Es agradable ver cómo vuelve a irradiar entusiasmo después de haber estado tan callado los dos últimos días.

—No, estoy bien. Pero gracias por el ofrecimiento. Te animaré desde la barrera. Hablando de trabajar codo con codo con tus…, eh…, autores, ¿hay algo que quieras contarme sobre Lucy? Cuando llegó, parecía que iba a matarme con la mirada e interpretó a la perfección el papel de la afamada autora caprichosa.

Georgios se pasa la mano por el pelo.

—Uf. Bueno, podemos decir con seguridad que nunca ficharé a Lucy.

—¿Y eso por qué?

Se sonroja al recordarlo.

—Eh, la cosa es que ella…

Me río y lo llevo de la mano hasta el sofá de cuero. Tengo que descansar los pies antes de que exploten por estar demasiado apretados en los zapatos de tacón de aguja.

—Dilo, Georgios.

Me quito esos pequeños instrumentos de tortura y disfruto de ese delicioso momento sin dolor. Él baja la mirada hacia mis tacones, como si temiera que pudiera coger uno y blandirlo como un arma.

—¿Qué? No voy a perseguir a Lucy en medio de la noche con los tacones puestos.

Georgios suelta una risa ahogada.

—Me llamó y me pidió que la ayudara con una cosa, así que fui a mi villa y allí estaba ella, en ropa interior, diciendo que no podía abrocharse los botones.

—Dios mío. —Me tapo la boca con la mano.

Él hace una mueca.

—Sí, fue muy incómodo. Le dije que era mejor que yo llamara a mi abuela para que la ayudase.

—Pobre, qué hombre tan dulce eres. —Me derrito un poco.

Él se ríe.

—Así soy yo. Pero Lucy no se lo tomó muy bien. Fui a buscar a mi abuela y le conté lo que pasaba. Volví con ella a mi villa y, milagrosamente, Lucy ya se había puesto el vestido y despidió a mi abuela.

—¿Y de repente no pudo abrocharse los botones?

—No, es que realmente no podíamos abrocharlos. El vestido le quedaba demasiado pequeño. Lucy perdió los nervios y empezó a echarte la culpa por ofrecerle comida griega tan rica, como si lo hubieras hecho a propósito para que no le entrara el vestido.

—¿Yo? ¿Por qué siempre me culpan a mí?

—Cometí el error de reírme y ella no se lo tomó muy bien. —Se encoge de hombros—. Una vez más, fui a por mi abuela y ella consiguió abrocharle los botones. Intenté meterle prisa a Lucy, pero no hacía caso. De hecho, iba más despacio, así que oculté mi frustración mientras ella insistía en que tomáramos una copa de vino y charláramos.

—Qué situación tan molesta. —No puedo evitar negar con la cabeza. ¿Qué se pensaba Lucy?

—Y la cosa se alarga y empieza a preocuparme la hora; además, no quiero beber porque he de conducir. Probablemente nos mataríamos los dos en esas curvas.

—Es verdad, conduces fatal.

Se inclina hacia mí.

—¿Gracias?

—De nada.

Él mira al cielo como preguntándose por qué no ha habido una intervención divina y continúa contando la triste historia.

—Por fin consigo convencer a Lucy de que sus queridos fans la están esperando y la meto en el coche. Cuando nos acercamos al mirador, insiste en que paremos a hacer fotos para las redes sociales. A regañadientes, accedo porque a estas alturas sé que discutir con ella lo único que hará será que perdamos más tiempo. Salimos, me pasa su teléfono y posa de mil maneras. Cuando le devuelvo el móvil, se lanza sobre mí. Me sorprende tanto que me aparto dando un paso a la izquierda. Por desgracia, el vestido es demasiado ajustado para dar un salto como ese con él y tropieza. Entonces tengo que levantarla como una grúa porque no puede doblarse con el vestido. Se ha manchado de tierra volcánica, como tu nariz el primer día.

—¡Vaya! ¿Se te echó encima? —Por alguna razón, esto me provoca un ataque de risa al imaginarme el desastre.

—Sí, pero aun así no estaba seguro; es decir, ¿intentó abrazarme porque la vista la había hecho feliz, o qué? Podría haber sido algo completamente inocente, ¿no? Y no quería ofenderla dando por sentado nada. Solté que a mi novia no le gustaría que yo abrazara a otra mujer. Por miedo, te eché la culpa directamente a ti. Debería haber dicho que no quería abrazar a otra mujer. Pero me preocupaba que, si lo manejaba mal, ella no viniera a la inauguración.

¿Ya me llama su novia? Me tomo un momento para disfrutar de la emoción de oír decir eso como si fuera lo más natural del mundo. Sin embargo, la emoción pronto da paso a la culpa. Si supiera la

verdad sobre esta tontería de la relación falsa, ¿continuaría queriendo que yo siguiera en su vida? Ojalá pudiera volver atrás y no haber aceptado nunca este terrible plan. Para ser sincera, estoy empezando a tener sentimientos reales por él que no consigo explicar, aunque al principio solo fuera para ayudar a la abuela. No se puede construir una relación real sobre una mentira. Tengo ganas de soltarlo todo, de confesar y esperar que me perdone, pero en ese momento él me coge la mano y me la aprieta, y pierdo el poco valor que me quedaba. Como siempre, mi cerebro me ofrece una razón alternativa: ¿es esto una confirmación real de sus sentimientos hacia mí o era simplemente una forma de escapar de las garras de Lucy?

Estoy demasiado confundida por mi propio engaño como para preguntárselo.

Él me mira fijamente, esperando una respuesta, pero yo sigo perdida en mi interior, preguntándome cómo salvar esto…, cómo salvar nuestra relación. ¿Es siquiera real? ¿Las mujeres como yo de verdad consiguen su «felices para siempre» con un hombre que cumple todos los requisitos, como él? ¿Por qué la palabra «novia» cambia de repente la condición de todo? ¿Es porque antes él era tan distante en el amor y esto parece sólido, como un gran paso adelante?

—Dios mío, qué experiencia tan dura —consigo decir finalmente.

Con un gesto de asentimiento, continúa:

—Volvimos a mi villa para que Lucy se cambiara. Esta vez esperé en el coche. Lucy regresó y no dijo ni una palabra durante el resto del trayecto.

Me cubro la cara con las manos.

—Hiciste lo correcto.

Georgios se encoge de hombros como si no tuviera ninguna importancia. Pero consiguió traerla aquí, a pesar de que estaba un poco alterada.

—¿No te tentó ni un poco? Quiero decir, es Lucy Strike. —Los hombres se han rendido literalmente a sus pies por todo el archipiélago.

—Ni un poco. No soy ese tipo de hombre.

—¿Y de qué tipo eres?

Me dedica una dulce sonrisa.

—Estoy contigo, Evie. Eso significa que estoy al cien por cien contigo. No voy a mirar a otra mujer y preguntarme qué pasaría si…

Ha dicho todo lo que hay que decir, todo lo correcto, y quiero creerle. Me impresiona que Lucy no le haya hecho volver la cabeza. Tiene un carisma especial que derrite a los tipos racionales.

Este hombre lo tiene todo. Mis propias mentiras están en la punta de mi lengua, pero se quedan ahí.

—Ha sido revelador estar al margen, cerca de un personaje como Lucy, que ahora mismo está sentada en el regazo del hijo multimillonario de un magnate naviero, así que estás a salvo… ¿quizá?

Con eso, se nota que se relaja. No es un *playboy,* lo que me parece infinitamente fascinante. De nuestras muchas citas por esta hermosa isla, he aprendido que Georgios prefiere pasar todo el día sentado charlando de libros a formar parte de una multitud, que lo vean, que lo escuchen y ser el centro de atención. Cuando nos conocimos, lo juzgué por su aspecto, simplemente por su apariencia. No es para nada como lo había imaginado; de hecho, es todo lo contrario y se parece a mí en aspectos con los que solo podía soñar. ¿He encontrado a mi pareja ideal?

Él niega con la cabeza.

—Gracias a Dios.

—Los socios de la biblioteca la adoran, así que ahí tienes. El lugar sigue a rebosar y, la última vez que lo comprobé, casi se habían agotado sus libros.

Él arquea una ceja.

—Lo has conseguido. La fiesta del siglo.

—¡Lo hemos conseguido! Quiero decir, es por la abuela, así que se da por hecho que me arriesgaré a tratar con gente, pero no ha sido tan terrible como esperaba. No digo que me vaya a convertir en una fiestera, pero quizá podría asistir a futuros eventos de forma puntual, apareciendo para enseguida desaparecer, o algo así.

Él se ríe.

—Las fiestas están sobrevaloradas.

—No para estos ratones de biblioteca. Casi han dejado el bar seco. Por suerte, la abuela tiene reservas de alcohol en su villa.

Si la abuela consigue pagar el alquiler, salir de los números rojos y contratar a alguien, entonces será hora de regresar a casa. De dejar la isla para siempre y ponerme las pilas con la búsqueda de trabajo. De dejar atrás a Georgios…

—¿Por qué esa cara triste? —me pregunta, y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Es un gesto tan íntimo que las palabras se me congelan en la lengua. ¿Quiero un futuro con Georgios?

—No es nada —digo, sonriendo—. ¿Te traigo esa bebida?

—Puede… ¿O podríamos escaparnos? Tengo un dolor de cabeza horrible y lo único que quiero es un vaso de agua y silencio absoluto.

Me acerco y lo abrazo con fuerza.

—¿Cómo puedes ser tan perfecto? Se lo diré a la abuela y los dejaremos a lo suyo. Por lo que parece, estos amantes de los libros van a hacer de la noche día, y yo no quiero formar parte de eso.

[6] En inglés, *in jumping to conclusions*. De ahí lo que dice a continuación («Soy más fan de saltar en sentido figurado que físicamente»), lo cual no se puede trasladar conservando el sentido.

Capítulo 26

Me despierto con un dolor punzante en la cabeza por no haber bebido suficiente agua durante la fiesta de inauguración. Me sobresalto cuando veo a Georgios dormido, acurrucado entre las sábanas, a mi lado.

Entonces lo recuerdo todo. Él había estado dando vueltas en el pequeño sofá, claramente incómodo, así que lo invité a la cama e hice un muro con almohadas entre los dos, como hacen los adolescentes. No porque no confíe en él, sino porque las extremidades tienden a separarse del cuerpo durante la hora bruja y nadie quiere despertarse abrazando una parte del cuerpo de otra persona y tener que dar explicaciones.

Suaves rayos de sol iluminan sus rasgos. Siento un impulso casi irresistible de pasar un dedo por sus labios para sentir su tacto bajo mi yema. Está tan tranquilo mientras duerme que su rostro parece más suave de alguna manera.

Abre los ojos y yo grito y me echo hacia atrás, golpeándome la cabeza contra la pared.

—Estaba…

—¿Me estabas viendo dormir? —Sonríe y se incorpora.

—¡No! Intentaba pensar cómo salir de la cama sin molestarte.

Hace el gesto de inclinar la cabeza, como los hombres interesantes.

—No pasa nada, puedes decirme la verdad.

Cojo la almohada que tengo detrás y le golpeo con ella.

—Esto es por ser tan presuntuoso y por estar tan contento por la mañana.

Sujeta la almohada y se la coloca detrás de los hombros. Uf, incluso huele bien cuando se despierta, una mezcla de su colonia y

del dulce aroma del sueño.

—¿Tú no te despiertas contenta?

Me recuesto en la almohada.

—No, la verdad es que no. Cada noche me digo que solo voy a leer un capítulo más y, antes de darme cuenta, estoy empezando el segundo libro de una serie de cinco. Un minuto después son las tres de la madrugada y me entra el gusanillo… Cake-Lit, siempre me atrapa.

—¿Cake-Lit? —Se cubre el torso con la sábana, lo cual es adorable teniendo en cuenta que lo he visto casi desnudo en la playa.

—Novelas románticas ambientadas en panaderías, cafés, chocolaterías…, ese tipo de cosas. Deberían poner advertencias sobre el contenido en la portada.

—Ah. Problemas de lectores empedernidos. Gracias por dejarme dormir en tu cama. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

Estoy casi segura de que no duermo tan elegantemente como él: perfecto, como si estuviera en un anuncio de almohadas o algo así. A menudo, me despierto hablando en sueños, con la boca abierta en un grito silencioso.

—¿Vamos a ver si la fiesta sigue en pleno apogeo? —Cuando nos fuimos anoche, los juerguistas hablaban de quedarse a ver el amanecer. Me detengo y escucho si se oye música—. No crees que siga, ¿verdad?

Georgios salta de la cama en bóxers blancos ajustados. Aparto la mirada por respeto y luego recuerdo que se supone que estoy saliendo con él, así que lo miro como se espera de mí. Me pilla, así que rápidamente me levanto de la cama y me acerco a él, dejándole ver mi fino pijama de dos piezas de lino que cubre casi cada centímetro de mi cuerpo. Recatada, tal vez. Correcta, siempre.

—Vamos a ver —dice.

—Vale, voy a darme una ducha rápida.

Cuando abro la puerta del baño, dice:

—Antes de que nos vayamos… —Y luego se detiene—. En realidad, no te preocupes.

—¿Qué pasa? —pregunto, indecisa entre el baño y el dormitorio.

Me hace un gesto con la mano para que me vaya.

—Nada. Puede esperar.

—Vale. —Me ducho y me lavo los dientes, luego salgo del baño envuelta en una toalla fina.

Georgios, con su neceser en la mano, intenta pasar a mi lado, pero no lo conseguimos con facilidad y nos rozamos. Soy muy consciente de que no llevamos mucha ropa que cubra nuestras partes íntimas, y solo pensarlo me hace sonrojar. El momento es muy intenso y le miro fijamente a sus ojos oscuros e insondables.

—Será mejor que… —Mis palabras se desvanecen.

—Más vale que… —Se muerde el labio.

Nunca había visto algo así, aparte de en los libros, y es bastante intenso. ¿Cómo puede un pequeño gesto ser tan seductor? Trago saliva y me doy la vuelta primero. Guau, qué calor hace aquí.

Cuando cierra la puerta, exhalo bruscamente. ¿Qué ha sido eso? Me hace temblar las piernas, de forma literal, como si no pudieran sostenerme.

Nada más oigo la ducha, dejo caer la toalla y me visto. Hay tiempo suficiente para maquillarme un poco y peinarme.

Sale envuelto en una nube de vapor, con la toalla atada de forma natural alrededor de la cintura. La visión es casi demasiado para mí; me mareo al verlo. Me pierdo imaginando las muchas formas en que la toalla podría caer de su cuerpo. Arrancándosela sería una de ellas. Fingiendo que tropiezo y usándola como apoyo para mi falsa caída sería otra. En lugar de eso, toso y me aclaro la garganta y murmuro que le voy a dejar sitio para que se cambie y salgo a toda prisa, con el corazón a mil por hora.

Fuera, respiro aire fresco. ¿Qué me está pasando? ¡He estado a tres segundos de desnudar a ese hombre! ¿Es eso aceptable sin algún tipo de conversación previa? Aunque sé que estamos fingiendo salir juntos, la respuesta sería rotundamente no, porque él no lo sabe. ¿Habría pensado que era demasiado atrevida? ¿O habría actuado según sus impulsos en esas circunstancias y me habría pedido permiso para tirarme a la cama y…? «Para, Evie. Para».

Esto es fruto de una noche de juerga. Una mente confusa y un comportamiento lujurioso y errático. Pero quería quitarle esa toalla y

olvidar las consecuencias. Quizá me falten vitaminas. ¿Azúcar? Lo que sea.

Georgios sale al patio silbando. El silbido de un inocente que no está envuelto en fantasías extrañas ni contemplando el incidente de la toalla. Ay, Dios mío.

En el frescor de la mañana solo se oye el sonido lejano de las olas rompiendo y el gorjeo de los pájaros en los olivos del patio. Calmo mi mente e intento pensar en cualquier cosa que no sea Georgios desnudo. Pero no sirve de nada, «lo que podría haber sido» está firmemente arraigado en mi cabeza. Quizá sea el resultado de ser la solitaria superviviente de una larga sequía sexual. Estoy tan sedienta que me lo bebería entero.

—¿Vamos a ver si hay algún rezagado? —pregunta.

Atravesamos la librería y entramos en Epeolatry. El lugar está impecable, salvo por unas cuantas copas de champán vacías aquí y allá.

—No hay señales de vida.

—Apuesto a que hoy unos cuantos tendrán resaca —dice él.

—Seguro.

—¡Evie! —grita la abuela desde la entrada de la librería, con un tono sospechosamente alegre.

Nos acercamos hasta ella.

—Estás fresca como una rosa —le digo, y le doy un abrazo.

—Claro, cariño. He bebido mucha agua.

—Esta vez.

—Se aprende con la experiencia, muchas muchas veces.

Me río.

—¿A qué hora acabasteis?

—Hace poco. Lucy se fue con Stavros a su yate. No creo que la veas en un tiempo, Georgios. Nos pidió que le enviáramos su equipaje a Italia. Estaba encantada. Al menos, por ahora.

Georgios y yo nos sonreímos.

—Al amanecer, tuve que despedirme del resto de la gente. Siempre hay que tener cuidado con los lectores. Son los que pueden pasar toda la noche con su sorprendente aguante. Y lo mejor es que

los rezagados prometieron que volverían esta noche. Ya veremos; quizá fuera el efecto de los cócteles.

Sonrío al pensarlo. Sí, puede que la inauguración haya sido una fiesta para algunos, pero para otros ha sido una presentación a Epeolatry, un lugar al que ahora pueden acudir y sentir que forman parte de algo. Un lugar donde se sienten bienvenidos y rodeados de amigos, nuevos y viejos.

—Bien está lo que bien acaba —digo.

—Y vosotros dos, ¿os acostasteis temprano o…? —Mi abuela siempre está sacando punta.

Espero a que Georgios me rescate de tener que responder, pero él evita la mirada de la abuela. ¿Qué pasa?

—Nos acostamos relativamente temprano —confirmo.

—Mejor me voy. —Georgios esboza una sonrisa que no se le extiende a los ojos—. Tengo que hablar con Joe antes de que cambie de opinión y envíe su libro a otra parte.

Me da un beso en la mejilla y coge su neceser.

—Gracias por dejarme quedarme, Evie. Adiós, Floretta.

—Qué raro —dice la abuela—. ¿Qué le pasa?

—No lo sé. No podía mirarte. ¿Qué crees que sucede? —Me acuerdo de que quería hablar conmigo de algo antes de ducharse, pero también cambió de opinión. Estaba demasiado absorta en su presencia como para darle importancia.

Me invade una sensación de desasosiego. ¿Va a vender su abuelo y no sabe cómo decírnoslo? La pérdida sería catastrófica, no solo por el dinero de la abuela, sino también por sus esperanzas y sus sueños. La abuela ni siquiera sabe que existe esa posibilidad. No quería preocuparla más, pero parece que voy a tener que ser sincera con ella por si acaso se le ocurre alguna solución mágica si sucede lo peor.

—Abuela, tenemos que hablar.

Capítulo 27

Nos sentamos en el columpio y le cuento las amenazas de Yannis de vender la propiedad.

Espero que se ponga a gritar, a llorar y a agarrarse la cabeza con las manos, pero en lugar de eso se queda tranquila.

—No te preocupes, Evie. Yo misma hablaré con Yannis.

—Pero…

Me da un golpecito en la pierna.

—No pasa nada, de verdad. Anoche ganamos suficiente dinero para aguantar un tiempo. Hoy pagaré los meses atrasados de alquiler y hablaré con él.

Me desconcierta su reacción. ¿Es que no me ha escuchado?

—¿Por qué estás tan tranquila? ¿Y si es demasiado tarde y decide vender de todos modos?

—No lo hará.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Cierra los ojos y levanta la cara hacia el sol.

—Simplemente lo estoy. ¿Alguna cosa más?, porque esta noctámbula necesita una siesta. Este sol radiante me está dejando completamente aletargada.

No consigo entenderlo.

—¿Y la orden de alejamiento? ¿No tenéis prohibido veros?

Ella abre los ojos y suspira.

—No, anoche tuve una buena charla con el jefe de la Policía de Grecia. Ahora nos entiende mucho mejor y le dije que dejaría el pasado en el pasado en lo que respecta a Yannis.

¿Por qué está tan relajada? ¿Es que se acostó tarde y sus preocupaciones son demasiado agobiantes para la luz del día?

—Vale. —No puedo ocultar del todo el escepticismo de mi voz, pero, si la abuela no está preocupada, debería confiar en ella—. Si tú lo dices…

—¿Por qué no sales a hacer algo divertido hoy? La librería puede esperar. Casi todo el mundo estaba aquí anoche, así que no espero que tengamos muchos clientes. Abriré más tarde, esta tarde.

—¿Estás segura?

Un día fuera parece justo lo que necesito después de la locura de la inauguración. Los lunes suelen ser tranquilos en Bibliotherapy.

Quedamos en vernos más tarde para cenar.

Le envío un mensaje a Roxy y quedamos en la playa. Cuando me estoy poniendo el bañador, suena el teléfono.

Miro la pantalla y veo que es la policía de la diversión. ¿Ahora qué?

—Mamá, Posy. ¿Qué tal?

—¿Qué llevas puesto? —dice Posy frunciendo la nariz.

—Mi bañador. ¿Por qué?

—Es grotesco.

—Posy, ya hemos tenido esta conversación muchas veces. Yo, por mi parte, no voy a ponerme un biquini diminuto e invitar con ello al cáncer de piel a invadir mi cuerpo; simplemente no lo haré.

—¿De verdad es por eso, o es porque eres una mojigata? —Hace ese gesto irritante con los labios como si hubiera ganado una batalla.

No pienso entrar al trapo. Bueno, quizá un poco.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

Me burlo.

—¿Cómo que soy una mojigata? —pregunto, sabiendo muy bien que puedo tener una sensibilidad mojigata, pero no quiero que me lo echen en cara.

—¡Estás en un clima ideal para broncearse y vas cubierta de pies a cabeza como si fueras a hacer una expedición al Himalaya!

—Y cuando tenga ochenta años voy a tener una piel fabulosa, a diferencia de otras personas, que se arrugarán y se marchitarán como una ciruela pasa.

—Vamos, chicas. No tenemos tiempo para esto. Tengo un bufete que dirigir, ya lo sabéis, y una madre rebelde con la que lidiar; lo último que necesito es hacer de árbitro entre vosotras dos.

—Mamá, ¿no deberías advertirla de lo peligroso que es el sol para el cuerpo? Si no lo haces tú, ¿quién lo va a hacer?

—Posy, ponte crema solar, y, Evie, el bañador te queda genial —dice mamá con un suspiro digno de un Óscar—. ¿Ya estáis contentas?

No lo estamos, pero nos quedamos calladas.

—He quedado con una amiga en la playa. Aunque siempre es interesante charlar, ¿a qué viene tu llamada? Déjame adivinar: ¿quieres saber si he encontrado un nuevo trabajo? —Estoy bromeando, nunca me preguntan por mi vida, y no me molesta. Es solo que quisiera que dejaran en paz a la abuela, igual que me dejan a mí.

—No seas ridícula, sé que encontrarás otro trabajo cuando sea el momento adecuado. Te llamo porque mis fuentes han localizado al marido de la abuela, si es que se le puede llamar así a ese cobarde oportunista…

—… está en México —acaba Posy alegremente.

Mamá asiente con la cabeza.

—Sí, está en Acapulco. Pero escucha: hace dos días estuvo en Santorini durante veinticuatro horas y desde allí partió hacia México.

—¿Konstantine ha estado aquí, en Santorini? —Cuento hacia atrás. Ese fue el día en que llegó Lucy Strike.

—Sí, brevemente, pero no sabemos por qué.

—¡Qué raro! No lo hemos visto; al menos, yo no, y seguro que la abuela lo habría mencionado si su marido hubiera pasado por aquí. ¿Por qué se fue entonces a México? ¿Crees que encontró trabajo en otra plataforma petrolífera? —Mi mente baraja varias hipótesis, esperando dar con una que tenga sentido.

Posy se burla.

—Si consideras plataforma petrolífera a un casino.

¿Otro casino? Gimo por dentro. ¿Acaso cree la abuela que apostar al negro esta vez la va a sacar del apuro? ¡Me prometió que dejaría el juego!

—Eh, quizá se tomó unos días libres en el trabajo. —Tal vez tampoco le salió bien el segundo trabajo en la plataforma petrolífera, pero eso no se lo puedo decir.

—¿Con otra mujer? —pregunta mamá con dureza.

—¿Qué quieres decir?

Mamá suspira. Hay verdadera tristeza en sus ojos, como si supiera que esta información es cierta. ¿Podría ser?

—Está bien, te lo contaré todo. El investigador privado de nuestra empresa ha estado siguiendo a Konstantine y digamos que es un caradura y se las sabe todas. Ese falso del marido vació la cuenta bancaria de la abuela poco después de casarse. Por las pruebas que hemos reunido, parece que ella consiguió pagar la mayor parte de la decoración de Epeolatry antes de que él sacara el resto. No había ninguna plataforma petrolífera. Se escapó a Corfú durante un tiempo y ahora está en Acapulco.

¡No puede ser! La abuela dijo que le dio el dinero para apostar y así salir de un apuro económico. Si mamá se enterase, se pondría furiosa, así que por ahora no diré nada. Pero ¿por qué aparece él en otro casino?

—¿Y la mujer, es conductora de Uber?

¿Es esta el arma secreta de la abuela? La mujer que envió para espiar a su marido y asegurarse de que hacía lo que ella le pedía con su gran suma de dinero, mientras le aseguraba a él que la mujer era solo un medio de transporte.

—¿Una conductora de Uber? ¿De dónde sacas esas cosas? —dice Posy con una risa sarcástica.

A veces me gustaría zarandearla, pero estoy en contra de la violencia. A menos que sea absolutamente necesario.

Ha conseguido enfadarme y, sin querer, suelto:

—De la abuela, Posy. No es tan conservadora como te hace creer, ¿sabes?

—No, las imágenes de las cámaras de seguridad son bastante claras —dice mi madre—. Se ve que se conocieron jugando a la ruleta en el casino de Corfú y que desde entonces esta mujer se le ha pegado para que la llevara en coche.

¡¿Qué?! ¿La abuela me ha mentido sobre la mujer del Uber? ¿Es cierto el rumor de Maria, la de los *loukoumades*?

La abuela debió de intentar salvar las apariencias mientras averiguaba qué estaba pasando en realidad cuando él le dejó la cuenta a cero y se largó. Esta trama es como una cebolla: en cuanto le quitas una capa, ¡aparece otra debajo! ¡Pobre abuela! ¡Cómo pudo ese hombre tan vil hacer algo tan monstruoso!

—Esto… es mucho que asimilar —digo—. ¿Cuánto le robó a la abuela?

—Una cantidad de seis cifras.

—¡¿Qué?!

—Sí.

—Entonces, ¿no había ninguna plataforma petrolífera?

Mi madre niega con la cabeza.

—No. Nunca la hubo. La abuela no es tonta, Evie. Está claro que lo dijo por alguna razón.

Para ganar tiempo y averiguarlo.

—Sé que no es tonta. Yo soy la que confía en ella, a diferencia de vosotras dos, entrometidas. Pero ¿me estás diciendo que la abuela sabía todo este tiempo que él había robado y huido con los ahorros de toda su vida y que ella está de acuerdo con eso?

Uno todas las piezas de información que tengo. ¿Por qué no se fue corriendo a Corfú para enfrentarse a él si sabía que era verdad?

—Estoy segura de que no le parece bien.

—¿Por qué no nos ha dicho la verdad? —pregunta Posy—. Ese es el problema, que siempre está inventándose historias grandilocuentes para que nunca sepas qué es realidad y qué es ficción.

—Probablemente le dé vergüenza. —Mamá pone cara de tristeza.

—Entiendo por qué —dice Posy—. El marido número nueve ni siquiera ha durado un año completo.

—Eso no está bien, Posy —la reprendo—. La abuela debe de estar destrozada.

Las mejillas de Posy se sonrojan y agacha la cabeza como una niña rebelde, algo que casi nunca hace.

—Lo siento, me he pasado. A veces me dejo llevar.

—Por eso estamos intentando que vuelva a casa —suplica mamá —. Mira lo que pasa cuando se queda sola y toma decisiones espontáneas. ¡Es un desastre!

—Olvídate de llevarla de regreso a casa, mamá. Aquí es feliz.

Todavía estoy conmocionada por el delito tan grave que Konstantine ha cometido contra mi querida abuela: robarle el dinero de esa manera es como si le hubiera robado sus sueños. Mi tristeza pronto se convierte en una rabia ardiente. ¡Cómo se atreve! Lo único que ella quiere es vivir su vida en su pequeña y colorida librería en lo alto de un acantilado, rodeada de personas que aman las palabras y perros rescatados, y él ha intentado arrebatárselo.

—Tenemos que recuperar su dinero. —Mi voz suena firme y decidida.

—Yo me encargo de eso —dice mamá.

—Cuéntanos… Aunque no tenemos las habilidades de la abuela, como el cinturón negro en kárate y la destreza con la catana, sí sé que dieciséis cerdos pueden comerse a un hombre muerto en ocho minutos.

—¡¿QUÉ?! —grita mamá.

Me encojo de hombros.

—Hay una granja de cerdos aquí, por si acaso sirve de algo.

La preocupación se refleja en el rostro de mi madre y me alegro un poco cuando veo que Posy también se aleja de la cámara. Más le vale comportarse, aunque hoy se haya mostrado arrepentida cuando se ha pasado de la raya.

—Nadie tiene por qué ser, eh…, devorado. No te preocupes por nada. Déjalo en mis manos; tú solo asegúrate de que la abuela esté bien —dice mamá.

—Sí. —Posy sonríe—. Los corazones rotos pueden derivar en fracturas de cadera, ya lo sabes.

¡La Posy arrepentida no ha durado mucho!

—No metas sus caderas en esto.

—Vamos, Evie, no te enfades —ríe Posy—. La abuela estará bien. ¿Quizá el marido número diez sea el definitivo?

Pongo los ojos en blanco ante sus intentos de provocarme, mientras la dulce cara de la abuela aparece en mi mente.

—¿Y si esto hace que se cierre al amor?

—Es una romántica empedernida —dice Posy—. Con énfasis en «empedernida». Estará bien.

—Uf. ¡Y tú eres todo lo contrario! No tienes ni un ápice de romanticismo en todo el cuerpo.

—Niñas. Volveremos a llamarte pronto, cuando hayamos investigado un poco más.

—Vale.

Mi cabeza da vueltas cuando cuelgo. Me siento en la cama, sin fuerzas, mientras proceso todo. Konstantine ha vuelto a Santorini. ¿Por qué? ¿Ha venido a ver a la abuela? ¿Quizá le ha devuelto el dinero? ¿O estaba husmeando? Peor aún, ¿la ha amenazado para que le dé más dinero?

Entonces lo comprendo. Desde que Georgios fue al aeropuerto a recoger a Lucy se ha comportado de forma extraña delante de la abuela. ¡Debe de haber visto a Konstantine con su nueva amiga!

Con un largo suspiro, abro mi teléfono y le envío un mensaje: «¿Viste a Konstantine en el aeropuerto cuando fuiste a recoger a Lucy?».

Surgen tres puntos suspensivos y luego aparece el mensaje.

«Lo siento, Evie. No sabía cómo decírselo a Floretta. Estaba con otra mujer».

Ay, lo sabía. ¿Por qué no me ha cogido aparte y me lo ha contado a mí, o se lo ha hecho saber a la abuela? ¿Pensaba hacer como si no pasara nada?

«Deberías habérmelo dicho».

El siguiente mensaje tarda algo más en llegar. Mi mente se acelera preguntándose si seré yo quien tenga que decírselo a la abuela. Y algo me dice que esto no va a ser un *shock* para la querida octogenaria. Puede que la abuela no conozca toda la historia, pero estoy segura de que ya sabe cosas y lleva dándole vueltas al tema desde que Konstantine se marchó.

«Iba a hacerlo, pero me contuve porque, si mi familia se enteraba de que Kon la había abandonado, me preocupaba que eso fuera el golpe de gracia para la propiedad y que ellos la vendieran, al saber que no iban a recibir el alquiler. Teníamos que centrarnos en la

inauguración y no iba a ser yo quien le diera a Floretta malas noticias en una noche tan importante para ella. Me prometí a mí mismo que se lo diría esta mañana, pero no fui capaz. No puedo ser yo quien le rompa el corazón».

Me relajo y le respondo: «Vale, tiene sentido».

No es un monstruo. Me pongo en su lugar. Es un ser humano empático que ha luchado por encontrarle sentido a una situación difícil. Probablemente yo habría empeorado mucho las cosas porque lo habría soltado sin más o habría enviado un correo electrónico de siete páginas en el que habría dado vueltas al tema antes de añadirlo al final en letra minúscula. Nadie que tenga corazón quiere ser el portador de malas noticias.

Suena mi teléfono. Es Georgios.

—Lo siento, Evie. Me siento fatal por Floretta. ¿Qué puedo hacer para ayudar? —Su voz aterciopelada está cargada de preocupación. Es una buena persona de verdad.

—No pasa nada. La abuela estará bien. Mamá también está trabajando en ello desde casa, así que no es del todo una sorpresa. Estoy bastante segura de que, si nosotros lo sabemos, la abuela también se lo habrá imaginado. —No le cuento lo del dinero que falta. Es una cantidad enorme y no soy quién para contarlo porque no es mi secreto.

—La reputación de Konstantine va a quedar por los suelos por aquí cuando esto salga a la luz.

Por lo que sé, los vecinos no se llevan muy bien con los hombres que huyen. Si supieran que no solo se ha fugado con otra mujer, sino que ha vaciado la cuenta bancaria de la abuela, les daría aún más rabia.

—Al menos, eso es algo.

—¿Nos vemos luego? ¿Cenamos?

Lo considero. Ahora que sé la verdad, quiero estar cerca de la abuela para asegurarme de que no esconde su corazón roto detrás de una sonrisa falsa. Pero primero voy a buscar a Roxy para que la abuela pueda echarse la siesta tranquila y en paz.

Me despido con la promesa de que nos veremos en otra ocasión.

Capítulo 28

El calor del verano aprieta mientras pedaleo con dificultad hacia la playa. El agua parece un espejismo cuanto más me acerco. Estoy desesperada por sumergirme en el mar para refrescarme. Ato la bicicleta y camino hacia la orilla. Roxy está tumbada bocarriba, con un libro en alto para cubrirse el rostro.

—¿Estás leyendo o lo usas para protegerte del sol?

—Un poco de las dos cosas.

Miro el título.

—¿Es un ejemplar firmado por Lucy Strike?

—Sí. A esta mujer le encantan las escenas de sexo. Es más porno *soft* que suspense romántico. ¿Cómo es posible que todas las situaciones acaben en sexo, incluso después de los asesinatos? Qué asco.

Me río.

—Se venden como pan caliente por todo el mundo, así que es una fórmula ganadora.

—La culpa es de BookTok. ¿Sabes que se fue con Stavros anoche?

Gracias a la abuela, que usó el viejo truco con Lucy para que se le pasara el berrinche por Georgios.

—Sí, lo he oído.

Roxy niega con la cabeza.

—Él es un rompecorazones, y ella, también. Les doy una semana como mucho.

—El más fugaz de todos los romances de vacaciones. Y un buen tema para una historia, imagino.

Después de hablar con la abuela sobre todo esto, ya no tengo tantas ganas de tirar a Lucy Strike por los acantilados de Santorini. Las personas no siempre son lo que parecen.

—Me pregunto si apareceremos en su próximo libro. Probablemente te matará en el primer capítulo.

—Sería increíble. ¡Me encantaría ver mi nombre impreso!

Roxy se ríe. Con la brisa marina acariciándome la cara, me relajo contra la toalla, intentando alejar todos los pensamientos turbios por un momento. Sin embargo, no lo consigo, pues sé que la abuela ha estado cargando sola con este peso.

Extiendo la toalla y la coloco en la arena junto a Roxy.

—¿No te lo pasaste bien anoche?

¡El subidón posfiesta es real! No sé si es porque ha terminado o porque ha sido un éxito. Quizá sea una mezcla de las dos cosas.

—Me lo pasé genial. Todo el mundo está hablando de ello en las redes sociales. Por desgracia, no estoy más cerca de encontrar marido, pero tengo fe en que Floretta compartirá su sabiduría conmigo y solo será cuestión de tiempo. Deberías haber visto sus travesuras después de que te fueras. Esa mujer es mi ídolo.

—Dios mío. —Me tapo la cara—. ¿Qué ha hecho? —Me viene todo tipo de imágenes a la mente. Por ejemplo, la abuela arrastrando a un tío bueno por encima de la barra y bailando mambo con él.

—El grupo de *jazz* tocaba «The time of my life» y, al instante, Floretta y Zorba estaban bailando la escena de *Dirty dancing* y todos estábamos con los ojos como platos esperando a ver si hacían el levantamiento, porque seguro que no, ¿verdad? Pero van y lo hacen, y fue espectacular. Floretta estaba tan elegante, totalmente hipnótica. Su vestido brillaba con las luces; parecía un ángel flotando.

Frunzo el ceño.

—¿Zorba, el criador de cerdos, y la abuela? ¿Cómo se sabían los pasos?

Roxy se encoge de hombros.

—Deben de haber estado practicando. Fue perfecto. Nadie podía creer lo que estaba viendo.

—Vaya. ¿Cómo puede ser tan genial sin esfuerzo? —Me fastidia habérmelo perdido—. ¿Alguien lo grabó?

Roxy chasquea la lengua.

—Yo no. Fue algo espontáneo y todos los ojos estaban puestos en ellos. Le preguntaré a la fotógrafa oficial. Quizá lo haya captado y podamos verlo más tarde con el *hashtag* Epeolatry; con suerte, algún invitado habrá grabado algo. Me arrepiento de no haber pensado rápido para grabarlo. Habría sido un vídeo promocional estupendo. El espacio es lo suficientemente grande como para impartir clases de baile y anoche todo el mundo estaba deseando aprender. Se lo comentaré a Floretta más tarde. ¿Cómo aprendió a moverse así?

Mi abuela, tan rebelde y maravillosa. Tiene tantos talentos ocultos.

—Jimmy, de Australia, su quinto marido, le enseñó a bailar. No sabía que ella supiera hacer el salto, pero bailaban salsa, mambo y todos esos bailes sensuales. La abuela decía que Jimmy debería haber sido coreógrafo, pero en lugar de eso era guía turístico en el interior. Pensándolo bien, quizá bailar era la opción más segura. Murió violentamente en un ataque fortuito de un *drop bear*.

Roxy se queda sin aliento.

—¿Qué? ¿Qué demonios es un *drop bear*?

Olvido que esta noticia es impactante la primera vez que la oye alguien.

—Un *drop bear* es un marsupial australiano aterrador. Una especie carnívora de koala. Sus dientes afilados como cuchillas fueron la perdición de Jimmy. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Roxy se estremece.

—¿Cómo pueden sobrevivir los australianos con la gran cantidad de depredadores que pueden matarlos allí?

Niego con la cabeza, yo también confundida.

—La abuela dice que son muy resistentes para soportar el clima y todas esas arañas venenosas, serpientes, medusas y, no nos olvidemos, los cocodrilos de agua salada, que matan a sus presas con un giro mortal bajo el agua.

—Ni siquiera quiero saber qué es eso.

—¿Verdad? Es una forma eficaz que tienen los cocodrilos de matar a su cena. A la abuela le encantaba Australia. Todavía cuenta historias de su estancia en el interior del Territorio del Norte. Si las

heridas de Jimmy no hubieran sido mortales, la abuela se habría quedado en Australia.

Nos sumergimos en un cómodo silencio y observamos a la gente. Mi mente se desvía hacia la abuela y todas las aventuras extraordinarias que ha vivido. Unos bañistas que pasan por delante nos saludan con la mano. Los reconozco de la inauguración.

—Gracias por toda tu ayuda con la inauguración. Has hecho milagros para correr la voz tan lejos. Tenemos algo de dinero reservado para ti, Roxy.

Ella me hace un gesto con la mano para rechazarlo.

—No, ya llegamos a un acuerdo sobre mi membresía vitalicia a Epeolatry, ¿recuerdas? Además, solo ha sido una noche.

—Ha sido mucho más que una noche. Todo tu trabajo de relaciones públicas y…

Se sube las gafas de sol a lo alto de la cabeza.

—En serio, Evie, ha sido una bendición salir de casa. Mi madre está muy bien, así que estamos en esa fase en la que nos sacamos de quicio la una a la otra. Ha sido divertido volver a usar el cerebro. Y el lanzamiento ha sido un experimento útil para ver si hay suficiente demanda de relaciones públicas y *marketing* en la isla, y por el éxito de anoche, creo que sí. Estamos en paz.

—Eso está genial, Roxy. Pero la abuela insiste.

—Se lo diré yo misma.

—Buena idea.

—¿Qué te parece esto? Si alguna vez nos dejas por las luces de Hollywood, me gustaría que me tuvieras en cuenta para algunos turnos en Bibliotherapy. Las relaciones públicas son mi pasión, pero no quiero que consuman mi vida como lo hicieron en Atenas. Me encanta la librería, y trabajar allí un par de días a la semana sería un sueño hecho realidad.

—¡Por supuesto, Roxy! La abuela iba a preguntarte anoche si te gustaría trabajar allí algún día.

—¡Sí! —Roxy se lleva la mano al corazón—. Juro solemnemente proteger esos libros y no dejar que nadie los compre con fines maliciosos, como esconder anillos de compromiso o hacer flores con

sus páginas. O, Dios no lo quiera, utilizarlos tan solo con fines decorativos.

¿Quizá mis manías como librera han salido a relucir de vez en cuando? Alguien tiene que cuidar esos preciosos tomos.

—Ja. Bueno, asegúrate de estar atenta. Seguro que hay muchas estafas para destruir libros.

—Iré un paso por delante, no te preocupes. Una cosa: ¿y si Kon deja su trabajo en la plataforma petrolífera? Entonces no me necesitarán, ¿verdad? Lo digo, sobre todo, porque estoy segura de que voy a conocer al hombre de mis sueños en una librería. Está escrito en las estrellas.

Me muerdo el labio para no revelar el secreto.

—Konstantine no va a volver. —Ups—. Pero no digas nada.

Se incorpora bruscamente.

—¿Qué? ¿Dónde está? Esto tiene algo que ver con que me preguntaras hace un tiempo si era de fiar, ¿verdad?

Ya es demasiado tarde para dar marcha atrás, así que le hago prometer que no se lo dirá a nadie y le cuento toda la triste historia. Me siento bien al compartir uno de los muchos secretos que guardaba en mi interior.

—Sin embargo, no sé por qué tuvo que volver a Santorini. ¿Para qué arriesgarse a que lo encuentren aquí si tenía todo listo para huir a México?

Roxy se abraza las rodillas contra el pecho y lo piensa.

—¡Ah! ¿Para coger su pasaporte?

—Exacto. —¡¿Cómo no se me ha ocurrido?!—. ¿Crees que se coló en la villa de la abuela para cogerlo? —Tengo curiosidad por saber si la abuela sabía que había vuelto a Santorini, aunque fuera por poco tiempo.

—Lo dudo. Los perros habrían armado un escándalo si lo hubiera hecho, y Zeus nunca habría dejado entrar a un extraño en la villa de Floretta. ¿Quizá se lo dejó a su madre, que vive al otro lado del pueblo? —Roxy se sonroja como si estuviera enfadada—. ¡¿Quién se cree que es?! ¡Hacerle eso a Floretta! Qué vil… —Suelta una serie de improperios que llaman la atención de una madre que está sentada cerca, cuyo hijo imita la última palabrota.

—Roxy —le digo en voz baja, e inclino la cabeza hacia el niño.

Ella le pide perdón con la boca a la madre y recibe una mirada gélida como respuesta.

—Bueno, él es todo eso y más. ¿Qué tiene que decir Floretta al respecto?

Hago una mueca.

—Aún no he hablado con ella. Mamá me ha hecho jurar que no se lo contaría a nadie, y mira cómo me ha ido. Voy a esperar a ver qué descubro investigando un poco más. Mi madre intuía que pasaba algo raro. Yo pensé que, como siempre sucede cuando se trata de la abuela, estaban haciendo una montaña de un grano de arena. Pero parece que esta vez mi madre tenía razón.

Roxy frunce el ceño.

—Floretta no me parece del tipo de personas que dejan pasar las cosas, Evie. Deberías hablar con ella. Quizá ya esté planeando cómo recuperar el dinero. O cómo vengarse. Vengarse sería mejor. A mí me gustaría verlo. —Chasquea los dedos—. Mejor aún, podríamos ir a contarle a la madre de Konstantine lo que ha hecho. La familia devolverá lo que ha robado o morirán de vergüenza.

Frunzo los labios.

—Es mucho dinero, Roxy. No sería justo para ellos.

—¡Pues tampoco es justo para Floretta!

Roxy le ha tomado mucho cariño a la abuela.

—Veré cómo está la abuela esta noche. Tengo que abordar el tema con cuidado porque ella aún no se ha abierto conmigo, así que debe de haber una buena razón para ello. Y, si mi madre se entera de que he hablado más de la cuenta, me matará. O aparecerá aquí cuando menos lo esperemos. No sé qué es peor.

Roxy se quita la preocupación de la cabeza.

—Ay, qué más da. ¿Qué puede hacer?

—No conoces a mi madre. Estoy segura de que la frase «si las miradas mataran» se la inventó alguien que cometió el error de cruzarse en su camino. Resolver este lío de la abuela será su prioridad y, si estropeo sus investigaciones, nunca me lo perdonará.

—¡Eres la nieta de Floretta! Una feroz protectora de los libros y las palabras. Pero lo entiendo. Las madres pueden hacerte sentir muy

culpable.

—Sí.

—Bueno, volvamos al amor de la vida real. ¿Qué pasó anoche con Georgios y Lucy? ¿Por qué llegaron tan tarde y por qué Lucy amenazó con quedarse solo una hora?

Exhalo y lo rememoro todo.

—Bueno, todo empezó con el numerito de la damisela en apuros y el «no puedo abrocharme los botones». —Le cuento a Roxy la historia mientras ella me bombardea a preguntas—. No, no tengo ni idea de qué color era el primer vestido. ¿Importa?

—Bueno, importa para entender el contexto.

Sigo contándole lo que sé.

Roxy se queda boquiabierta.

—¿Se le echó encima con los labios preparados para besar?

—No dijo si tenía los labios preparados para besar. No estaba cien por cien seguro de lo que ella intentaba hacer, pero ¿por qué otra razón te ibas a lanzar encima de un chico? O para besarlo o para matarlo, no hay término medio.

—Evie, con lo pedante que eres con las palabras y no eres capaz de preguntarle a un chico cosas como estas. Te estás perdiendo los detalles más importantes.

Levanto un dedo.

—Hubo uno. Georgios se refirió a mí como su novia delante de Lucy.

Sus ojos se iluminan.

—Oh, qué interesante, ¿la cosa va en serio?

Me ajusto el sombrero y me tumbo en la toalla.

—No lo sé. ¿Cómo puede ir en serio? Él se va a quedar aquí y yo me iré en cuanto esté segura de que la abuela está bien o cuando acepte una oferta de trabajo.

Ojalá pudiera contarle a Roxy lo de la farsa de las citas. Pero no me atrevo a decírselo por si me odia por ello.

—¿Y una relación a distancia? Seguro que él tiene que visitar Nueva York por trabajo de vez en cuando, y tú también vendrás a ver a tu abuela.

—Sí.

Dejo que la conversación muera mientras entrecerramos los ojos para protegernos del sol.

Ahora puedo admitir que he desarrollado sentimientos muy fuertes por Georgios, pero una parte de mí sigue pensando que todo esto es demasiado bueno para ser verdad.

Este de aquí en el que estoy ahora es un mundo diferente. Es casi como vivir en una comedia romántica de vacaciones, así que siento que no debo fiarme de esta sensación. ¿Es mi antiguo yo el que habla? En Santorini he crecido, he cambiado, me he desprendido de algunas capas superficiales, y lo que hay debajo es una persona más brillante y segura de sí misma. Esa es la magia de esta isla, pero no sé si nada de ello durará mucho tiempo. Cuando vuelva a casa, ¿volverán todas esas neurosis a aparecer al ser absorbida de nuevo por el torbellino de la vida de la gran ciudad?

¿Me parecerá todo un sueño loco en el que me arrepentiré de haber creído? ¿Estará Georgios ocupado con su editorial y poco a poco nos iremos alejando el uno del otro? Lo único que nos quedará serán los recuerdos de estos días cálidos en Santorini…

Capítulo 29

La abuela está detrás del mostrador, contando la recaudación de la tarde, cuando llego de la playa.

—Hola, cariño. ¿Lo has pasado bien con Roxy? —me dice mirándome por encima de sus gafas de color rosa brillante. Tienen forma de corazón y le dan un aire juvenil. Me encanta que sea tan inconformista y extravagante.

—Ha sido justo lo que necesitaba después del día de ayer. Traigo buenas noticias: a Roxy le encantaría trabajar aquí a tiempo parcial cuando yo me vaya. —Busco en el rostro de la abuela algún indicio de lágrimas, de desamor, pero no encuentro nada. De hecho, parece más animada de lo habitual.

—Oh, perfecto. Roxy es una joya. Pero me dará pena que te vayas. ¿Has sabido algo de lo tuyo?

—Val, de Olympus Media, me ha ofrecido un trabajo como asistente personal en exteriores. Estoy tentada de aceptar, ya que me permite volver al sector, donde quizá me entere de algún trabajo como *scout* literaria. Pero es un puesto muy activo; tendré que ocuparme de los problemas de todo el mundo. ¿Es eso lo que quiero hacer?

—Suena agitado. No estoy segura de que debas conformarte, Evie. No ha pasado tanto tiempo y estás decidida a ser *scout* literaria.

Hay otra opción. Gene.

—Tienes razón. Quizá pueda desempeñar ese papel, pero con alguien a quien le encante el puesto. Quizá tenga más suerte si vuelvo a Los Ángeles y «hago contactos», aunque me mate. Pero no soporto la idea de dejarte sola.

—No estaré sola. Kon volverá pronto. —¿Por qué se aferra a esa historia?

Entiendo que pueda estar molesta, pero la abuela no es de las que se avergüenzan o se preocupan por lo que los demás piensan de ella. Mamá solo la mantendrá a raya hasta que recopile toda la información y se la presente a la abuela con un «te lo dije» mientras deja caer el grueso dosier delante de ella.

—¿Dónde estaba la segunda plataforma?

—En México. —¡Debe de saber exactamente dónde está!

—México, ¿eh?

—Ajá.

Este es el lugar donde la abuela quiere quedarse. Ha adoptado seis perros, y eso es un compromiso que no se toma a la ligera; tenemos que resolver el problema del dinero desaparecido para que pueda mantener vivo su sueño de Santorini. Juego con la idea de cómo presionarla para que diga la verdad cuando la abuela comenta:

—Todo lo bueno le llega a quien sabe esperar. No quiero que te preocupes por mí. —Me dedica una amplia sonrisa que sin duda parece sincera.

Si la abuela me está asegurando que tiene todo bajo control, no me queda más remedio que dejarlo pasar por ahora y confiar en que sabe lo que se hace.

Cambio de tema:

—¿Cómo ha ido el día por aquí?

Por el montón de euros que veo, parece que ha habido mucho trabajo.

—Una locura. Me he echado la siesta y he abierto después de comer. Se han apuntado más ratones de biblioteca como socios y se han agotado los libros de Lucy Strike.

—Vaya. Tendremos que pedir más. Y buscar otro autor invitado.

—Sí, cariño, será muy divertido.

Me siento a su lado.

—¿Has pagado el alquiler?

—Claro, y Yannis y yo hemos acordado olvidar el pasado y seguir adelante como amigos.

Me quedo boquiabierta. ¿Se han hecho amigos así, sin más?

—¡Qué alivio! —Mi querida abuela no es rencorosa. Hay que admirar eso en una persona. Pero todo parece tan fácil, casi demasiado fácil.

Como Roxy acepta trabajar a tiempo parcial en Bibliotherapy y los negocios de la abuela de nuevo están en números negros, ya no tengo tanta necesidad de quedarme. Hollywood me llama, alto y claro.

La abuela interrumpe mi tren de pensamientos.

—Bueno, hemos acordado ser amigos, pero nunca se sabe con los viejos astutos. Es probable que cambien de opinión por capricho, ¿sabes? Cariño, si no te importa, me gustaría que siguieras fingiendo salir con Georgios.

¿Es su forma de pedirme que me quede un poco más? La abuela se vuelve hacia mí.

—A menos que vuestra relación haya evolucionado de forma natural y no se lo hayas aclarado a tu querida abuelita. —Sonriendo, junta las yemas de los dedos mientras espera mi respuesta, o tal vez esté recitando un hechizo de amor.

Me quedo callada. Si le doy pie, se lanzará a la carrera.

—¿Evie?

¡Ay!

—No estoy segura. Es difícil de leer.

Ella se burla.

—¡¿Difícil de leer?! ¿Qué es, un libro? Pregúntaselo al maldito hombre y lo sabrás.

—¿Preguntarle qué exactamente?

—Lo que siente por ti. Qué te depara el futuro. Si quiere hacerte el amor dulcemente.

—¡Abuela!

—¿Qué?

—No puedo preguntarle esas cosas, sobre todo, lo de hacer… dulcemente. —Ni siquiera puedo decirlo delante de ella.

—¿Por qué no?

Hago un puchero con los labios antes de decir con recato:

—No es mi estilo ser tan directa.

—¿Cómo va a ser atrevido preguntarle al chico qué os depara el futuro? —La abuela niega con la cabeza, frustrada—. A los dos se os da igual de mal.

—¿Qué significa eso? —Respiro hondo, preparada para que me diga todas las razones por las que somos perfectos el uno para el otro y que solo tengo que expresar mis sentimientos, como si fuera tan natural como preguntarle la hora.

—A los dos os cuesta compartir vuestros sentimientos, así que fingís no tener ninguno.

Bingo. Pero espera…

—¿Estás diciendo que crees que él es igual que yo?

La idea es tan descabellada que casi me hace reír. ¿Tiene los mismos complejos que yo? ¿Es que no solo se centra en el trabajo, en las palabras, sino que no sabe cómo expresarse en un mundo que no sea de ficción, por lo que deja que las cosas se desvanezcan, igual que yo? ¿O es que termina las cosas antes de que se desarrollen por completo, igual que yo? Eh… ¿Y cómo demonios sabe la abuela todo esto?

—Exactamente igual que tú. —La abuela me mira con ojos sabios, como si siempre hubiera sabido esto de nosotros. Y tal vez sea así. Tiene un don para ver el interior de las personas y lo que las motiva.

—Voy a esperar a ver qué pasa. Si tiene que ser, lo sabré. —Aun así, no puedo ser tan directa y decidida. Y no pasa nada. No es mi forma de ser.

—Pero… —Esas cuatro pequeñas letras están llenas de exasperación—. ¿Cómo lo vas a saber si ninguno de los dos dice nada? ¡Al minuto siguiente será la relación más bonita que nunca existió!

—Simplemente lo sabré.

—Evie, ¿vas a dejar escapar a un buen hombre como él porque te da miedo preguntarle si ve algo serio entre vosotros?

¿Cómo explicárselo de manera que una persona extrovertida y que comparte todo lo que piensa pueda entenderlo?

—No es solo eso, no solo eso. Me siento muy culpable porque todo esto se basa en una mentira. ¿Y si se entera de nuestro

pequeño engaño? Podría odiarme por ello y cuestionar todo lo que he dicho y hecho. Sé que yo lo haría si la cosa fuera al revés.

Ella niega con la cabeza y deja escapar un gruñido.

—¿Por qué? No es que lo hayamos hecho con malas intenciones. No fue por malicia. ¡Y mira en lo que se ha convertido! Si me preguntas, te he hecho un gran favor, porque vosotros dos, cabezas huecas, solo os habríais mirado desde lejos con ojos de amor, sin actuar nunca según vuestros sentimientos. En un abrir y cerrar de ojos tendrás ochenta y tres años, Evie Davenport. Es hora de actuar. Cuando se trata del amor, no hay otra opción que permitirte ser vulnerable. La recompensa vale la pena. Créeme, después de nueve maridos, te lo puedo decir con certeza. He amado y he perdido, y no me arrepiento de nada.

—Qué bonito, abuela. Estoy de acuerdo. De verdad. Tengo que ser más expresiva y abrir mi corazón. ¿Y si se entera de lo que hicimos en el pasado? Sería cien veces peor. Tendré que decírselo pronto. —Ay, ojalá pudiera superarlo tan fácilmente como la abuela.

—La gente lo hace todo el tiempo.

Pee Wee pasa corriendo y golpea una pelota.

—¿Qué? ¿La gente finge tener citas todo el tiempo? —me burlo—. Ahora sí que estás exagerando, abuela.

La abuela vuelve a bajar la mirada hacia el dinero que ha apilado en montoncitos.

—Créeme, es algo habitual. ¡Las citas a ciegas son prácticamente eso! Sé valiente. Sé atrevida y dile lo que sientes de verdad, olvídate de fingir. Y luego ya verás qué pasa.

¿Puedo sacarle el tema sin mencionar que todo fue una estafa, al menos al principio? No. Dios, no. Es demasiado pronto. Es demasiado. Me tragaré las palabras y balbucearé, y él pensará que estoy sufriendo algún tipo de ataque de pánico, lo cual, para ser sincera, probablemente será así. Los sentimientos son tan complicados…

—¿Evie? Evie, ¿estás ahí?

No respondo porque no hay nada más que decir.

Después de mucho reflexionar, rechazo la oferta de Val de trabajar como asistente personal. No es el puesto adecuado para mí; por muy buena oportunidad que sea, siento que necesito encontrar un trabajo como *scout* literaria, aunque me lleve más tiempo de lo previsto. Le comento a Val que conozco a una persona con experiencia en el sector que sería perfecta para el puesto y le pregunto si puedo darle sus datos. En cuestión de segundos, recibo una respuesta.

Por favor, hazlo. Necesito urgentemente un asistente personal con experiencia, ya que estamos a punto de irnos a los Tetons, Wyoming. Buena suerte con la búsqueda de trabajo.

Gracias,

Val

Como el tiempo apremia, marco el número de Penelope.

—¡Evie! ¿Qué tal te va la vida? —Hay una rigidez en la voz de Penelope que no había notado antes.

—Bien, bien. Te llamo porque puede que haya encontrado el trabajo ideal. Para ti.

Se oye un grito ahogado.

—¿Para mí?

Le cuento todo sobre Val y su empresa, lo que se esperará de ella en este nuevo puesto, incluyendo todas las ventajas de viajar.

—¡Dios mío, Evie, gracias! ¡Suena demasiado bueno para ser verdad! ¿Lo llamo ahora? Entre nosotras, he presentado mi renuncia, así que es el momento perfecto.

Me duele el corazón por Hollywood Films. Perder a Penelope será una gran pérdida. Ha sido la piedra angular, la que ha mantenido el lugar en pie durante tanto tiempo.

—Sí, llámale ahora. Pronto se van a rodar a los Tetons y le gustaría que estuvieras allí lo antes posible.

—No sabes cuánto significa esto para mí, Evie, de verdad. Te lo agradezco mucho.

Sonrío.

—Eres la mejor en el negocio, Pen. Te mereces un buen jefe.

Se oye un pequeño sollozo, como si estuviera llorando.
—¿Y tú? ¿Alguna novedad con el trabajo?
—Todavía no, pero ya saldrá algo.
—Me encanta esa actitud.
—Mantenme informada.
—Tú también, y gracias otra vez, Evie.

Capítulo 30

Evito encontrarme con Georgios durante un par de días para poder evaluar mis sentimientos y la relación entre el riesgo y la recompensa. Seguimos chateando y siempre agradezco que no se convierta en *sexting,* porque eso es algo que no quiero hacer durante el primer año al menos o los tres primeros años. Si es que alguna vez lo hago. Vale, nunca he enviado mensajes sexuales y nunca lo haré porque me parece de mal gusto. Y no me hagas hablar de las filtraciones de datos y los *hackers*. Apoyo totalmente a quienes deciden darle un poco de picante a su vida amorosa como mejor les parezca, pero eso no es para mí. Una vez que te has vuelto viral en TikTok por motivos equivocados, tiendes a ser un poco más cautelosa con el contenido *online* y la rapidez con la que se puede compartir.

Para que nuestra relación funcione, la única manera de seguir adelante es decirle la verdad sobre la farsa de las citas falsas y esperar que lo entienda. Soy de esas personas que no pueden construir una vida juntos basándose en una mentira, y, aunque tenía buenas razones para hacerlo, sigo sin sentirme bien.

Estoy abrillantando copas de martini en Epeolatry y preparando el local para otra noche de correrías, en la que, por suerte, no es necesario que participe. La abuela va a asumir su papel de bibliotecaria, y Zorba va a ayudar al coctelero detrás de la barra. Desde la inauguración, las noches son más tranquilas y manejables para la abuela, pero siguen siendo divertidas para los socios, que disfrutan hojeando los libros y charlando con otros ratones de biblioteca mientras toca el grupo de *jazz*.

Esta noche hemos conseguido que el autor de ciencia ficción Joe dé una charla sobre su proceso de escritura y su próxima novela.

Georgios ha conseguido los derechos mundiales y Eros Books la publicará a finales de este año. Creo que la publicidad los ayudará a ambos y dará a nuestros miembros otro autor al que admirar; mejor aún: como Joe es de aquí, muchos isleños quieren celebrar su contrato editorial.

Una vez que he terminado de limpiar los vasos, hago una última revisión para asegurarme de que todo está listo para el evento de esta noche. La fruta para decorar los cócteles está cortada y se está enfriando en la nevera. He abastecido la nevera de hielo y rellenado el bar. Athena se encarga del *catering,* así que compruebo que la cocina esté ordenada, limpio las encimeras de acero inoxidable y ordeno el interior de la nevera para que haya espacio para sus provisiones. Una vez hecho esto, reviso todas las habitaciones, coloco los cojines caídos y enciendo las lámparas de mesa, que dan a las estancias un cálido resplandor y contribuyen a crear un ambiente acogedor.

Me da una punzada al pensar en dejar todo esto atrás. Dejar la isla, a la abuela y a Roxy, a Georgios. Todo. Si soy sincera, no quiero irme. Me encantaría quedarme para siempre, pero quiero perseguir mis sueños y, de alguna manera, no creo que Hollywood vaya a venir a buscarme.

Si quiero un cambio, tengo que hacerlo yo. Cojo el teléfono y considero mis opciones. Una llamada no me hará daño. Suena durante una eternidad antes de que finalmente conteste.

—¡Evie! ¿Qué tal por Los Ángeles?

¿No se ha enterado? Gene debe de estar realmente fuera de onda, tal y como Betsy prometió que estaría.

—Estoy en casa de mi abuela en Santorini. Hank me despidió dos días después de que te fueras.

Chasquea la lengua.

—Vaya, lo siento mucho.

—No pasa nada, la verdad es que no me gustaba mucho su… energía.

Gene se ríe.

—A mí tampoco. Pero yo… —Alguien que habla al fondo le distrae.

Sus palabras suenan como amortiguadas, pero puedo distinguir algunas: «No, no es del trabajo. Es una compañera de trabajo».

La esposa de Gene, Betsy, tenía grandes esperanzas de que él olvidara la industria del cine y todas aquellas largas jornadas que duraban hasta la noche. Él me confesó una vez que su matrimonio se había resentido a lo largo de los años porque siempre estaba trabajando, y lamentaba no haberle dado prioridad a Betsy más a menudo.

«Vale, vale, estaré listo en un minuto».

—Siento interrumpir, Evie. Hemos quedado para almorzar en el club y Dios no permita que lleguemos cinco minutos tarde.

—No pasa nada. Solo una cosa rápida, ¿sabes si hay alguna vacante de *scout* literaria?

Él suspira con tristeza.

—Ya no estoy en el negocio. Betsy, mi comandante, se encarga de que así sea. Lo siento. Ojalá pudiera ayudarte. —Se oye la voz de Betsy diciendo algo sobre que los Goldberg están esperando.

—No te preocupes, Gene. Disfruta de la comida.

Nos despedimos y siento una oleada de tristeza por Gene. Quizá sea lo mejor, por motivos de salud y para su matrimonio, pero él se desvivía por el mundo del cine. No se puede pronunciar la palabra «Hollywood» sin evocar la cara sonriente de Gene, como la de un abuelo. Me parece un poco injusto que no pueda charlar cinco minutos, pero quizá Betsy tiene que poner esos límites para que ambos puedan disfrutar de sus últimos años juntos.

Mi última esperanza se desvanece. Gene es una vía cortada. Es hora de volver a Hollywood. A recorrer las calles. Da miedo, pero es necesario si quiero cumplir mi sueño.

No voy a defraudarme a mí misma incumpliendo la única promesa importante que me hice: encontrar romances mágicos y llevarlos a la gran pantalla. Si empiezo a romper mis propias promesas, ¿dónde acabaré? Por ahora, lo aparto de mi mente. Hay trabajo que hacer aquí.

Echo un vistazo al bar. Sustituyo los posavasos del catálogo de la biblioteca por otros nuevos que tienen una foto de Joe y un eslogan sobre su próximo libro. Reparto por la estancia marcapáginas de

Epeolatry. La vida transcurre lentamente y, sin embargo, pasa volando. No puedo evitar sentir que el reloj no se detiene y ello me recuerda que tengo otros retos que afrontar. Grandes y divertidos retos en Hollywood.

Estoy de pie, con las manos en las caderas, examinando la sala, cuando Georgios entra. Viene de la librería, con Sir Spud trotando delante, como si me lo estuviera trayendo. Levanto a Sir Spud para abrazarlo y acurruco la cara contra su pelaje.

—Floretta me ha dicho que te encontraría aquí. —Por un momento, se me corta la respiración al ver a Georgios, con el pelo revuelto por la brisa marina y la piel más morena por todos estos largos días de verano.

Miro mi reloj.

—Has llegado pronto. Joe no empieza hasta las siete.

Lily se acerca y le da un golpecito en la pierna. Es su forma sutil de pedir que la coja en brazos. No se acerca a ningún hombre que no sea Georgios. Se pone muy triste cuando él se va: se queda en la puerta y aúlla como si le hubiera roto el corazón al dejarla allí. A veces me pregunto si Georgios debería adoptarla. Está tan enamorada de él… Él se inclina hacia ella y le canta, hablándole con dulzura, como si fuera lo más preciado del mundo. Vaya. Entiendo por qué se ha enamorado de él. La coge con delicadeza en sus brazos y ella lo mira con adoración. ¡Hasta los perros caen rendidos a sus pies por sus encantos!

Una vez que Lily se ha acomodado, levanta la mirada hacia mí.

—Me reuniré con Joe más tarde. He venido a verte. ¿Estamos bien, Evie? No puedo evitar sentir que me has estado dando esquinazo.

Levanto un hombro.

—Nos hemos enviado mensajes.

—Hemos pasado de comunicarnos varias veces al día a unos pocos mensajes…

—Ah. —Juego con un marcapáginas para mirar a otra cosa que no sea él.

¿Le digo la verdad a Georgios ahora? Y acabo con esto rápido, como cuando te arrancas una tirita. Hay un aire desolado en él,

como si se esperara lo peor. ¿Es como yo y puede pasarse días agonizando por las cosas?

Lo suelto directamente sin pensar:

—¿Ves un futuro conmigo? —¡Dios, Evie!

Esto es lo que pasa cuando no tienes un plan y las advertencias de la abuela sobre llegar a los ochenta y tres años en un abrir y cerrar de ojos y seguir soltera siguen rondando por tu cabeza. Ahora no puedo dar marcha atrás y vamos a tener que mantener la charla.

Sus labios se curvan. ¿Por qué? ¿Le parece gracioso? Ridículo. ¿Demasiado presuntuoso? Resisto el impulso de salir corriendo. No voy a volver a huir nunca más. Me mantendré firme y gritaré tan fuerte como sea necesario.

Se cruza de brazos.

—Ninguno de los dos sabe lo que nos depara el futuro, pero, si conseguimos hacer que funcione, me encantaría.

Me desanimo. La respuesta es tan poco entusiasta, tan vaga, que no sé por dónde cogerla.

—¿Eso es un sí? ¿Puedes explicarme cuál es tu postura con respecto a nosotros?

Por esto es mejor tener las conversaciones profundas e importantes por correo electrónico. Y de ese modo puedo analizar minuciosamente el matiz de cada palabra.

Deja caer las manos a lo largo de los costados.

—Es un sí rotundo.

Exhalo. Hay momentos en los que a Georgios se le da tan mal la gente como a mí. Eso me hace quererlo más. Un héroe imperfecto es el mejor héroe. Uno que no lo tiene todo. Uno que esté en proceso. Es mi turno de hablar, pero se me oprime el pecho y la verdad se queda atrapada dentro.

—Vale, entonces ya tenemos una pregunta respondida.

Con una sonrisa, dice:

—¿Tienes más preguntas, Evie?

Muchas, pero tienen que ver, sobre todo, con conspiraciones familiares.

—Ah, sobre ti, no.

Se ríe.

—¿Hay alguien más por quien deba preocuparme?

Hago una pausa; esta es mi oportunidad de contarle todo el plan de citas falsas en el que me metió la abuela.

—Tu silencio no me hace sentir muy seguro…

¡Oh! Se refiere a si hay otro hombre en el que esté interesada sentimentalmente. Casi me echo a reír al pensarlo.

—No, no hay nada de qué preocuparse en ese sentido.

—Uf. —Me dedica una lenta sonrisa—. Ayer me di cuenta de que el hecho de que me despidieran fue lo que me trajo aquí y, aunque el amor no estaba en mis planes, te encontré. Es verdad que las cosas suceden por una razón.

¿El amor? Ay, Dios. Esta es la parte en la que le correspondo y le confieso mis sentimientos.

—He pasado el mejor verano de mi vida… —¡Díselo, Evie!—. Contigo. ¿Crees que habríamos salido juntos en el mundo real?

—¿Este no es real? —Se acerca más a mí, con los perros durmiendo plácidamente en nuestros brazos.

Quiero decírselo. Trago saliva.

—En realidad, no. Aquí nada es real. Ni siquiera nosotros. Esta versión de nosotros es… falsa. ¿No es así?

Una expresión que no logro descifrar se dibuja en su rostro; en parte, es una expresión de alarma y, en parte, ¿quizá de preocupación?

—¿Falsa?

Deseo que él saque la respuesta de la nada para no tener que decirla yo en voz alta.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí. Me preocupa que, si te las contara, cambiarías tu opinión sobre mí.

Me observa durante un largo rato, como si estuviera debatiéndose entre preguntarme o no. Espero que lo haga. Espero que insista. Entonces tendré que decírselo sin rodeos.

—Aún es pronto, Evie. Tenemos mucho que aprender el uno del otro. No hay nada que puedas decirme que me haga cambiar la opinión sobre ti. A menos que seas una asesina en serie. Entonces tendría que poner un límite.

—¿Tienes secretos? —le pregunto, deseando que los suyos eclipsaran los míos y así estaríamos en paz.

—¿Acaso no los tiene todo el mundo? Ya llegaremos a eso, Evie. Disfrutemos el uno del otro mientras podamos.

¿Qué significa eso?

Capítulo 31

El verano está en su apogeo. Los largos y lánguidos días se prolongan en noches templadas. Estoy con Roxy en el Squashed Olive cuando suena mi teléfono.

Estoy a punto de silenciarlo cuando ella dice:

—Contesta. A lo mejor es importante.

Le lanzo una mirada de agradecimiento y miro la pantalla.

—¡Oh, es Gene!

—¡El Gene de Hollywood! ¡Rápido, no dejes que suene!

Acepto la llamada y salgo corriendo entre las mesas llenas de comensales que cenan bajo guirnaldas de luces.

—¡Hola, Evie! Siento haber sido tan brusco el otro día. —Me encanta la voz de Gene. Es melodiosa y melosa, como la de un hombre de la era dorada de Hollywood. Es el tipo de hombre que podría venderte cualquier sueño porque suena muy seguro—. Betsy no deja de insistirme en que no trabaje. Cree que una llamada llevará a otra y que al minuto siguiente estaré abriendo un nuevo estudio llamado Florida Films, nombre que, por cierto, suena bien.

Me río mientras busco una mesa libre y me dejo caer en una silla de mimbre.

—Probablemente tiene razón en preocuparse. ¿Estás disfrutando de tu jubilación en la soleada Florida?

Él se ríe entre dientes.

—Lo detesto. Las primeras semanas fueron maravillosas. Ahora me aburro como una ostra. Si alguien me sugiere otra partida de pinacle, voy a gritar. Y no me hagas hablar del programa SilverSneakers…[7]

Intento imaginarme a Gene participando en actividades sociales y no lo consigo. Es más bien un líder, pero al estilo tradicional y

respetuoso.

—¿Y Betsy? Debe de estar encantada de volver a tenerte todo para ella a tiempo completo.

—La comandante me dijo que estaba desordenando la casa con mi aire abatido y se marchó rápidamente a un crucero por las Bahamas con las chicas de su club de lectura. —Casi puedo oír su sonrisa.

—Vaya, qué vida tan maravillosa.

—Uno de los dos sí. —Su tono se vuelve melancólico—: ¿Sabes?, pensaba que estaba listo para dejar el mundo del cine, pero se convierte en parte de ti. Me siento como si me hubieran amputado una extremidad. La vida es muy aburrida sin toda esa acción. Pero al final me acostumbraré a esto de la jubilación. Quizá empiece a jugar al golf.

—¡Golf en pareja! Podríais llevar ropa a juego.

Él se burla.

—A Betsy le encantaría. Pero hablemos ahora de tus perspectivas laborales. He hecho algunas averiguaciones y puede que tenga un puesto que te interese. No es lo mismo que trabajar en el estudio, con toda la acción que hay allí.

—Te escucho.

Trabajar sobre el terreno tenía sus inconvenientes: actores de ego desmesurado con exigencias constantes; productores que gritan a los técnicos de sonido y al equipo de iluminación; el equipo de diseño discutiendo con los estilistas… La lista es interminable.

—Un amigo mío que tiene un estudio independiente está buscando comedias románticas para adaptarlas a una plataforma de *streaming*. Son de bajo presupuesto, quizá tres millones como mucho, algunas incluso menos, así que no te daría mucho margen para comprar los derechos audiovisuales de autores muy reputados, pero sí lo suficiente para que puedas conseguir esos tesoros escondidos que tanto te gustan.

Se me pone la piel de gallina. ¡Esto! Esto es lo que estaba buscando. No quiero superproducciones de gran presupuesto que conllevan una enorme presión y la participación de famosos de

primera fila en el proyecto. Me mantengo tranquila. Bueno, lo intento.

—El bajo presupuesto me va bien. —Y un reparto y un equipo que realmente aprecien la oportunidad de trabajar en la industria. De mostrar su talento aún por descubrir y brillar. Juntos tenemos la oportunidad de hacer magia.

—Tendrás un sueldo fijo, no tanto como antes. No es un puesto de oficina, así que trabajarás de forma independiente y tendrás libertad para hacerlo desde donde quieras. Jerry tiene una sede en Londres y ruedan por todo el mundo, así que podría ser perfecto para alguien… —deja la frase en el aire.

—¿… a quien no le gusta tratar con gente?

Se ríe.

—Iba a decir «para alguien que trabaja mejor solo». Como tú, Evie, que lees el doble que cualquier *scout* literario que conozco y tomas notas detalladas y reflexivas sobre cada manuscrito, dándoles a todos la oportunidad de ser considerados por sus méritos. Vas más allá, y eso es raro en esta industria. Créeme, llevo mucho tiempo en esto.

—Gracias, Gene. De verdad. —Sus elogios son justo el impulso de confianza que necesito—. Es el trabajo de mis sueños. ¿Cómo puedo solicitarlo? ¿Cómo convenzo a Jerry de que soy la *scout* literaria que está buscando? —Me cuesta ocultar la desesperación en mi voz, pero instintivamente siento que esto es lo que he estado esperando.

—Le he hablado de ti, Evie, y de lo mucho que creo en ti. Serás un activo para su empresa. Es bastante informal y quiere charlar contigo por videollamada. Si congeniáis y él cree que encajas, te contratará. Es un tipo excéntrico. Tengo la sensación de que florecerás en un entorno así.

—¡Muchas gracias, Gene! Te debo una. ¿Qué tal una partida de pinacle la próxima vez que vaya a Florida?

—No tientes a la suerte, chica —dice riendo—. Tú puedes, Evie. Recuerda lo que vales y sé tú misma, porque eso es lo que él busca, ¿vale?

Me tomo un momento para contener las lágrimas. Gene siempre ha sido un gran admirador mío; me dice que soy más auténtica que

nadie en Hollywood y que eso es algo muy poco común. Dice que mis supuestas excentricidades me convierten en la mejor *scout* literaria, porque puedo identificarme con una heroína que no lo tiene todo resuelto, y son esas novelas las que dan lugar a historias apasionantes cuando se adaptan al cine.

—Gracias, Gene. No sabes cuánto te lo agradezco.

Antes de colgar, me dice que me enviará por correo electrónico todos los detalles para una videollamada con Jerry. Casi doy un salto dando palmas al estilo de Roxy, pero entonces recuerdo que estoy en un lugar público y, en lugar de ello, hago un baile interior de alegría. Vuelvo corriendo dentro, con una amplia sonrisa que no puedo ocultar, y le cuento todo a Roxy.

—¡Oh, Evie! ¡Qué buena noticia! Espera. ¿Eso significa que te quedarás en nuestra isla?

Estaba tan emocionada por la oportunidad de conseguir el trabajo que ni se me había ocurrido pensarlo.

—Si todo va bien, ¡supongo que sí!

—¡Genial!

Si consigo este empleo, podré trabajar en cualquier parte del mundo. Podré convertir en realidad nuevos sueños. O podría quedarme aquí con mi preciosa abuela. Lo primero será explicárselo a Georgios. Ser sincera y mostrar mi lado vulnerable, tal y como me sugirió la abuela.

—¡Imagínate a vosotros dos, tortolitos! Él leyendo manuscritos en la playa y tú leyendo novelas románticas, y ese es vuestro trabajo. Sois unos bibliófilos increíblemente afortunados.

—En caso de que consiga el trabajo.

Normalmente me estaría devanando los sesos pensando en lo que podría salir mal en la entrevista, pero esta vez no lo hago. Por cómo describió Gene a Jerry, sé que congeniaremos. Me atrevería a decir que Gene ha estado tanteando el terreno hasta que me ha encontrado el trabajo perfecto, porque tiene un don para tratar con la gente. Por eso ha tenido tanto éxito en el mundo del cine durante todos estos años.

—¡Brindemos por las oportunidades! —Roxy levanta su copa y brindamos.

Mi entrevista con Jerry se acerca y no hay ni rastro de la abuela, que a veces desaparece como Houdini cuando le toca hacer un turno. No me queda más remedio que llevarme el portátil a Bibliotherapy y rezar por que haya suficiente silencio para que me pueda hacer la entrevista.

Acerco una mesa delante de la silla de pavo real. El estómago me da vueltas por los nervios. No obstante, son nervios buenos, más bien de expectación, de emoción por lo que puede salir de esta oportunidad si consigo venderme bien. Como aún quedan unos instantes para que empiece la entrevista, me doy ánimos: «Soy inteligente, fuerte y capaz, y este es el trabajo de mis sueños. Nadie se merece este trabajo más que yo. Nadie se esforzará más en este trabajo que yo».

Enciendo el portátil y hago clic en la invitación que me ha enviado Jerry. Hasta ahora todo va bien. No hay ningún cliente y ni siquiera los pájaros están piando o cantando fuera.

Jerry se une al chat. Su pelo es una maraña de rizos rojos y revueltos, como si hubiera estado al aire libre con viento, y tiene ojos azules brillantes que desprenden cierta intensidad.

—Hola, Evie, gracias por dedicarme tu tiempo. ¿Dónde estás? Menudo fondo, con todos esos lomos de colores.

—Hola, Jerry, gracias por concederme esta entrevista. Estoy en Santorini, en la librería de mi abuela, que se llama Bibliotherapy.

Sonríe.

—Qué suerte.

—¿A que sí? —Le cuento todo sobre la librería y Epeolatry, y, por la forma en que se pone a hacerme preguntas sin parar, parece impresionado.

Estoy hablando de mi amor por la lectura cuando Pee Wee aparece en la pantalla detrás de mí.

—¿Quién es ese amiguito?

Miro hacia atrás.

—Es Pee Wee. Mi abuela ha puesto en marcha una iniciativa llamada Alquila Un Perro en la que los clientes pueden alquilar

perros por unas horas y tomar el sol al aire libre con ellos y leer. Donamos el dinero al refugio para ayudar a cuidar a los otros perros que rescatan. Ha tenido mucho éxito y hemos recaudado una gran cantidad de dinero para ellos.

—Tu abuela parece una señora estupenda.

Justo cuando estoy a punto de responder, veo a Pee Wee en la pantalla, levantando la pata para hacer lo que mejor sabe hacer: orinar sobre los libros.

—¡Perdona un segundo! —¡Qué vergüenza!—. ¡Pee Wee, no! —le regaño.

Lo cojo en brazos y lo saco de Bibliotherapy. ¿Qué va a pensar Jerry? ¡Es una llamada de trabajo y tengo un perro que se pone a orinar detrás de mí!

Cuando vuelvo, con la cara roja, encuentro mi portátil girado y un olor nauseabundo que solo puede significar una cosa. Dios mío, espero que no se haya oído. Rápidamente giro la pantalla hacia mí y finjo que todo está bien.

—Lo siento, Jerry. Pee Wee todavía está aprendiendo modales.

Jerry se ríe, una carcajada profunda, y supongo que eso significa que ha oído a Pork Chop.

—Cuando has salido, ha aparecido otro perro, uno atigrado, y ha hecho un ruido tan fuerte que tu portátil ha dado un giro de ciento ochenta grados.

Me muero de la vergüenza. Tierra trágame.

—Oh, lo siento mucho. Es, eh…, Pork Chop. Tiene unos problemillas con su… —¿está permitido en una entrevista de trabajo hablar de los problemas digestivos de un perro?— verborrea.

La cosa no puede ir a peor, así que toso y me aclaro la garganta, lista para impresionarlo con mi inteligencia, cuando Zeus aparece y salta a mi regazo, tirándome hacia atrás. La silla de pavo real se vuelca y salimos volando. No quiero ni pensar en el ángulo que Jerry tiene en la pantalla cuando caemos hacia atrás con los brazos, las piernas, las patas y la cola enredados.

Jerry se parte de risa, lo cual está muy bien, pero el caos que me rodea no me muestra precisamente en mi mejor luz. Lo único que necesito ahora es a Houdini…

¡Lo he vuelto a hacer, lo he invocado con la mente! Me levanto, me sacudo el polvo y enderezo la silla de pavo real. Houdini asoma la cabeza en la pantalla, con una cartera llena de euros en la boca.

—¿Y ese quién es? —balbucea Jerry, con los ojos llorosos de la risa. No sé muy bien cómo recuperar el control. Enderezo la silla de pavo real, me siento, me aliso el pelo y finjo que es un día cualquiera en el paraíso—. ¿Es una cartera lo que tiene en la boca?

—Ah, es Houdini. Tiene un problemilla con robar carteras, monederos, teléfonos y cosas por el estilo. Estamos trabajando en ello, pero está resultando bastante difícil. Todavía no hemos encontrado dónde esconde el dinero.

Sir Spud no quiere quedarse fuera y entra en escena, da una vuelta dramática, suelta un aullido espeluznante y se hace el muerto.

—¿Está bien ese peludo? —pregunta Jerry.

—Es Sir Spud. Se hace el muerto para que le den golosinas. Es un glotón.

Los perros se persiguen y ladran como locos. No puedo pensar con claridad mientras ladran, se esquivan y dan vueltas alrededor de mi silla. La pequeña Lily se une a la refriega y ladra una vez, y todos se callan. ¿Qué demonios? Lily los mira con sus ojos pequeños y brillantes, como advirtiéndoles que se comporten. ¿Es ella la líder? ¡Pues ya está! Agradezco el silencio y me apresuro a arreglar esta entrevista.

—Como puedes ver, aquí tenemos una mezcla ecléctica de personaje y…

Me interrumpe.

—Desde luego, tienes mucho trabajo por delante, Evie. —La pantalla de Jerry se entrecorta, como si hubiera cogido el portátil y se estuviera moviendo.

Oh, no, ¿ha perdido el interés por el caos que hay aquí?

Jerry recorre un pasillo y entra en una gran terraza acristalada.

—Te presento a mi pandilla rebelde. —Abre una puerta y un grupo de caninos se vuelve loco; ladrando y saltando, compiten por llamar su atención—. Tenemos a Sir Mix-A-Lot, que se enfrentaría a Pork Chop para romper la barrera del sonido. Luego está Jumanji, que es

el rey de la selva. Little Kitty, que maúlla como un gato, pero en realidad es un perro. Y Buster, al que le gusta romper cosas porque es el más grande. Todos son perros rescatados que se han ganado mi corazón.

Me río al ver cómo interactúan con él. Quizá esto no haya sido un desastre total.

—Son preciosos. —Y, al igual que la pandilla de los seis, se vuelven locos delante de la cámara, tratando de llamar mi atención.

—Dan mucho trabajo, pero no los cambiaría por nada del mundo. —Se sienta en una mesa al aire libre y Little Kitty, el perro más pequeño que he visto en mi vida, salta al regazo de Jerry—. Bueno, Evie, cuéntame qué estás buscando.

Jerry tiene un aire auténtico, un rostro abierto y sincero. Ya me siento segura con él. Cualquiera que adore a los perros como nosotras debe de ser buena persona.

—Me encantan los libros desde que mi abuela me descubrió los cuentos de hadas, y ese amor nunca ha disminuido. Mi pasión es encontrar tesoros ocultos entre libros que no han llegado a las listas de los más vendidos, que aún no han sido descubiertos, y convertirlos en películas. Hay tantas historias bonitas que pasan desapercibidas por diversas razones…: por falta de *marketing* o de publicidad y por otras cosas parecidas. Y quiero compartir esas historias con el mundo. Hay mucho que decir sobre esos libros tranquilos y sobre esas historias olvidadas que pueden brillar con más intensidad si se les da la oportunidad.

—Estoy de acuerdo. —¿De verdad?—. Déjame contarte un poco cómo funcionan las cosas aquí y, si te gusta, el puesto es tuyo.

Mientras Jerry me explica cómo es su empresa y cómo trabajan, me cuesta mantener la calma, pero al final lo consigo. Lo mejor es que mi trabajo es prácticamente autónomo.

—¿Qué me dices, Evie?

—¿Cuándo empiezo?

Así de fácil. Jerry desprende una energía cuando habla de libros que se parece a la mía. Vamos a llevarnos muy bien. Una vez termino la llamada, le envío un mensaje a Gene para darle las gracias por encontrarme el trabajo ideal.

Me responde: «Te lo mereces. Ahora ve a buscar esas bellezas para que yo tenga algo que ver. G».

[7] SilverSneakers es un programa de acondicionamiento físico y estilo de vida para personas mayores que ofrece acceso a gimnasios, clases y recursos en línea, sin coste adicional para los miembros de planes Medicare Advantage elegibles.

Capítulo 32

Esa tarde, antes de que abra Epeolatry, encuentro a la abuela sentada a la barra, con expresión solemne, que se ilumina cuando me ve.

—¿Quieres beber algo, cariño?

—¿Qué estás tomando? —Señalo el cóctel rojo sangre.

—El Stephen King.

—¿Por qué? ¿Te sientes un poco asesina?

Ella suelta una carcajada.

—Se podría decir así.

Aunque beber durante el día va en contra de mis normas, acepto. Me vendría bien algo que me adormeciera el cerebro; hay tantos secretos y dramas dando vueltas en mi mente que me provocan un fuerte dolor de cabeza.

—¿Tienes noticias?

—Sí. Gene me ha puesto en contacto con un tipo llamado Jerry que tiene un estudio independiente. Busca un *scout* literario para encontrar comedias románticas que llevar al cine para plataformas de *streaming*. Joyas de bajo presupuesto, justo lo mío. Hoy he tenido una entrevista y me ha enviado un contrato para firmar. —No le había dicho ni una palabra a la abuela sobre la nueva perspectiva de trabajo. No quería gafarlo y darle esperanzas de que quizá me quedara, para luego arrebatárselas si no salía bien.

—Oh, Evie, eres una superestrella. ¿No te dije que era solo cuestión de tiempo? ¡Enhorabuena! Tenemos que celebrarlo, cariño, aunque tu marcha no es motivo de alegría. Ponme uno doble para ahogar mis penas.

Reprimo una sonrisa.

—Esa es la cuestión, abuela. Es un puesto flexible. Puedo trabajar en remoto, desde cualquier lugar. Tenemos reuniones de equipo por videollamada. Una vez que se firme el contrato para el desarrollo de un libro, tendré que volar para reunirme con los guionistas y hacer el traspaso, pero solo en esas ocasiones.

—¿Te quedas en Santorini? —La esperanza brilla en sus ojos. Es tan dulce que casi me rompe el corazón.

—Si me dejas…

Me meto detrás de la barra y preparo la bebida de la abuela y la mía. ¿Quién me iba a decir que me convertiría en una experta en cócteles?

—Nada me gustaría más, y lo sabes. Espero poder quedarme contigo para siempre. —Vuelvo con las bebidas y las dejo sobre la mesa.

Ella me coge y me da un abrazo que me llena de vida. Poder pasar más tiempo con la abuela es tan especial que me hace preguntarme si las cosas han sucedido así por esta misma razón.

—¿Sí? ¿Qué dirá Konstantine cuando vuelva a casa y se encuentre con que estoy viviendo aquí? —Estoy tanteando el terreno, a sabiendas de que no va a volver pronto, con la esperanza de que al final la abuela me cuente la verdad. Despejar todos los secretos parece el mejor plan para seguir adelante, para que todos podamos empezar de cero.

—Ay, tengo malas noticias, cariño. Bebe un poco antes de que te lo cuente.

Doy un trago y me invade una terrible sensación de aprensión. Busco pistas en su rostro; tiene una expresión que es una mezcla de resignación y tristeza.

—Ha habido un terrible accidente. Catastrófico, de hecho. Hubo una explosión y la plataforma petrolífera mexicana se convirtió en una gran bola de fuego. La presión catapultó a Konstantine en llamas contra una de las torres de perforación y después cayó por el costado. El equipo de búsqueda y rescate no consiguió encontrarlo. Creen que ahora es comida de los tiburones en el fondo del golfo de México. Es horroroso, horroroso. Mi única esperanza es que siga vivo

dentro de un gran tiburón blanco, o quizá de un tiburón mako. —Se seca un ojo sospechosamente seco con un pañuelo.

—¿Qué? ¡Explotó! ¿Murieron todos?

Entiendo que la abuela estuviera enfadada, pero ¿de verdad mataría a un barco lleno de inocentes en una especie de ataque de venganza impulsado por la rabia? ¿Qué estoy sugiriendo? ¿Que mi inocente y adorable abuelita sería capaz de asesinar? ¡Incluso de realizar un asesinato múltiple! Sí, su historial de maridos muertos no es ideal, pero quizá solo sea que ha tenido mala suerte. Eso pasa cuando se vive una vida plena y rica por todo el mundo, como ella.

Juega con su pendiente de piña.

—No, por suerte no. Estaban en la cola de un cierre, y él era el único que quedaba a bordo.

Frunzo el ceño. Los engranajes de mi cerebro giran antes de llegar a una respuesta que, vista en retrospectiva, es obvia.

—Abuela, no está realmente muerto, ¿verdad?

Con un suspiro triste, contempla la vista exterior. Después de un rato, se vuelve hacia mí, da un trago al Stephen King y chasquea los labios. Zeus debe de notar su inquietud y apoya la barbilla en su pierna, mirándola con ojos llenos de amor.

—Para mí está muerto, cariño. Ahora tengo que convencer a Billy el Nudillos de que lo deje en paz. Más fácil decirlo que hacerlo.

¡¿Qué?!

—Dios mío. ¿Billy el Nudillos, el matón que amenazó con cortarte los meñiques?

—«Matón» es un poco fuerte, cariño. Solo es un incomprendido. Pero sí, el mismo. He tenido que llamar a los peces gordos. No finjas que no sabes lo que está pasando; sé que tu astuta madre ha puesto a su detective privado tras la pista.

—Yo…, bueno, eh…, sí. Vale, lo ha hecho.

—Esa mujer nunca deja las cosas en paz. Sin embargo, espero recuperar mi dinero perdido en cualquier momento. Billy el Nudillos y yo hicimos las paces hace años. Me ha ayudado en algún que otro enfrentamiento a lo largo de los años y, como soy buena amiga, le he devuelto el favor una o dos veces. Él tuvo ese problemilla con los colombianos, y yo me hice amiga de ellos después del incidente de

la excursión por su plantación de tomates. Como siembres, recogerás.

No tengo palabras. Ni una. Ay, espera.

—¿Va a matar a Konstantine de verdad? ¿De un tiro, bang, bang, y él se muere? —Hago el gesto de una pistola con las manos y luego las bajo rápidamente. ¡No quiero ser cómplice de esta locura!

—¿Te importaría si lo hiciera, cariño?

Umm.

—¡Es una broma! Es broma. A Billy el Nudillos le encanta mutilar, pero a mí no tanto. Estaré agradecida si recupero mi dinero, y Konstantine podrá esconderse en México el resto de sus días.

Mi mente gira a la velocidad de la luz y apenas puedo seguirle el ritmo.

—Vaya, vale. Entonces, si Billy el Nudillos decide mutilarlo, ¿de qué tipo de mutilación estamos hablando?

La abuela se encoge de hombros.

—Billy amenaza con cortarle un par de dedos de los pies a Kon para que no pueda huir de sus responsabilidades en el futuro. Dice que así le haría un favor a su próxima esposa. Normalmente Billy es más de los dedos de la mano, pero ha dicho que hará una excepción por tratarse de mí. La verdad es que Billy solo habla. Está enfadado porque Konstantine le ha robado a una anciana y solo quiere ayudarme a recuperar mi dinero. Kon estará bien.

¡Qué alivio!

—Lo siento, abuela. Sé que querías mucho a Konstantine.

Me dedica una sonrisa radiante.

—No lo sientas, cariño. En cuanto me divorcie, me volveré a casar. ¡Ya me ha pedido matrimonio!

¿Un divorcio y otro matrimonio? Es mucho que asimilar cuando mi mente ya está dando vueltas.

—¡¿Qué?! ¿Ya te lo ha pedido?

—Sí, en mi dolor encontré consuelo en los brazos de otro hombre, y ese consuelo pronto se convirtió en amor.

—¿Qué hombre?

—Zorba, cariño. ¿A quién no le gusta un buen criador de cerdos?

—¿Zorba?

No sé muy bien por qué me sorprende tanto. Llevan semanas saliendo juntos. Incluso hicieron el levantamiento de *Dirty dancing,* lo que sugiere que tuvieron que pasar bastante tiempo practicando. Ahora tienen más sentido las visitas diarias que hace Zorba para alterar el orden por colores de los libros. Y, a la hora de considerarlo un buen partido para la abuela, es lo suficientemente excéntrico.

—Vaya, no sé qué decir.

—Nunca me he sentido tan adorada y viva como con Zorba. Y diez maridos es un número redondo para terminar, ¿no crees?

La abrazo. Es imposible no quererla. Nada la derriba.

—Diez es un número redondo. Es… auspicioso, abuela. —Si pasamos por alto los dos maridos número siete—. ¡Esto quiere decir que tenemos que organizar una boda!

Capítulo 33

No he tenido ni un minuto libre para charlar a solas con Georgios. Entre la librería, Epeolatry y los preparativos para nuestros nuevos trabajos, siempre hemos estado rodeados de gente de una forma u otra. Hoy me he prometido que será el día en que le confiaré lo de nuestra relación falsa y espero que podamos pasar página juntos.

Mi trabajo como *scout* literaria empieza dentro de una semana, así que Roxy vendrá hoy para repasar todo conmigo antes de asumir su nuevo cargo como librera y mano derecha de la abuela.

Roxy ya conoce todos los entresijos, pero quiere revisar el proceso de pedidos y cómo cuadrar las cuentas por si la abuela necesita ayuda con la contabilidad cuando las cosas se pongan a cien en Epeolatry.

Roxy entra con un aire mucho más sombrío de lo habitual. Está pálida y con los ojos llenos de preocupación. Mi corazón se detiene por un momento. Espero que no sean malas noticias sobre su madre. Le estaba yendo tan bien que estaba pensando en volver a trabajar a tiempo parcial con Athena en el Squashed Olive.

—¿Estás bien? —le pregunto—. ¿Qué ha pasado?

Roxy se echa el pelo hacia atrás y se sienta en su taburete habitual.

—Estoy bien. Es solo que… —Su voz tiembla como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¿Es tu…?

Antes de que pueda reorganizar la frase en mi cabeza, ella suelta:

—Evie, hoy he oído una cosa y no sé qué pensar. Yo…, eh… No hay forma fácil de decirlo, así que voy a soltarlo sin más, ¿vale? Es decir, espero estar equivocada. Quizá me equivoque. Quizá lo haya oído mal. O quizá se referían a otra persona. O puede haber muchas

razones por las que me equivoque, así que tenlo en cuenta. —Su cara está morada y se retuerce las manos. Sea lo que sea, tiene miedo de decírmelo.

—Vale, vale.

Lo primero que se me ocurre es que quizá se haya sabido lo de Konstantine. O que hayan visto a la abuela y a Zorba besándose, y eso confunda a la gente que no sabe lo mentiroso y traidor que es Konstantine. Pero Roxy lo sabe todo sobre Konstantine, así que ¿qué otra cosa puede ser?

—Es sobre Georgios.

Se me hace un nudo en el estómago.

—¿Qué le pasa?

—Al parecer… —Se frota la cara. Nunca había visto a Roxy tan incómoda, como si le picara la piel y no pudiera rascarse—. Lo siento mucho, Evie, pero ha estado fingiendo salir contigo por orden de su abuelo. Su ridículo plan era vigilar a Floretta y asegurarse de que no se fugara sin pagar el alquiler que le debía.

—¡¿CÓMO?! —Seguro que Roxy se equivoca. Soy yo la que está fingiendo salir con él, y no al revés. ¿Se han enterado de nuestro plan, y ella lo ha malinterpretado?—. Dime qué es exactamente lo que has oído.

Exhala un largo suspiro.

—Vale, fui a por unos *loukoumades* a casa de Maria para mamá, como todos los viernes, pero no estaban listos, lo cual es raro, ya que tiene una cadena de producción allí debido a lo populares que son. Ya sabes que es famosa por…

—No te desvíes, Roxy.

—Vale. Vale, lo siento. Maria me pidió que esperara porque se había retrasado un poco. Le dije que sí, que no había problema, que iría a ver a Georgios a su villa, que está detrás. Cuando llegué a la puerta mosquitera, Georgios y Yannis estaban discutiendo de forma acalorada. Me quedé paralizada y pensé en volver a la cocina y dejarlos, pero entonces oí tu nombre, así que me detuve… —se sonroja intensamente— a escuchar.

—¿Qué decían?

—Yannis le estaba diciendo a Georgios que Floretta había pagado todos los meses que debía de alquiler, así que no había necesidad de seguir fingiendo que salía contigo, a menos que él quisiera de verdad continuar con ello. Yannis no creía que necesitaran más información privilegiada sobre tu abuela, ya que su negocio parecía estar funcionando con éxito y, según los rumores del pueblo, tú te ibas a marchar pronto de todos modos. Así que dijo que lo mejor era que Georgios rompiera contigo, para que pudiera empezar a buscar una novia de verdad, alguien con quien sentar la cabeza.

Dios mío, ¿puede eso ser verdad? ¿Nada de ello era real?

Se me encoge el corazón.

—¿Y qué dijo Georgios entonces?

—Murmuró que era una estratagema estúpida y que no creía que fuera necesaria, pero que al menos había sido divertido salir contigo. Mencionó que en el futuro sería bueno que pudiera arreglar su vida amorosa como él quisiera, eligiendo a la mujer que quisiera sin que ellos se metieran, porque mira a qué había llegado el viejo. A utilizarlo como peón para conseguir el dinero y que él se pasara el verano pensando cada palabra antes de decirla para no meter la pata.

Sabía que era demasiado bueno para ser verdad. ¿Cómo pude creer que un chico como él iba a estar interesado en una chica como yo?

—No oí el resto porque Maria me encontró y me dijo que el pedido estaba listo, y entonces ellos dos se volvieron y me vieron allí de pie. Georgios se quedó tan conmocionado que no podía hablar. Dejó caer los hombros y parecía como si su mundo se hubiera derrumbado. Sin duda se le ocurrirá alguna excusa absurda, pero quería que te enterases por mí primero. Estoy… devastada. Parecía que os iba tan bien. Erais como almas gemelas amantes de los libros. No consigo imaginar cómo ha podido hacer esto. Es tan cruel, tan… —Las palabras de Roxy se desvanecen mientras yo lucho por comprender lo que esto significa.

Me invade un mareo. Me siento como si tuviera náuseas, a la deriva. Es una sensación que me resulta muy familiar en la vida cotidiana. Qué tonta he sido al pensar que esta isla mágica me había

cambiado, que me había vuelto valiente, audaz y hermosa, hasta el punto de que alguien como Georgios se había interesado en mí. Me siento tan tonta. Qué vergüenza.

Claro que yo también había estado fingiendo salir con él. Pero todo este tiempo he creído que yo le gustaba de verdad y, por eso, me abrí a él. Confié en él. Y me enamoré de él. Descubrir que no era real por su parte me hace caer en picado, y empiezo a dudar de todo y de todos. Me dan vergüenza las palabras que le dijo a su abuelo sobre mí. Parecen tan fuera de lugar, tan diferentes del Georgios que conozco, pero supongo que todo era una actuación. No conozco al verdadero Georgios.

La antigua Evie resurge, la mujer llena de ansiedad y en conflicto con el mundo. Debería haber sabido que este tipo de amor no podía sucederme. Que esta vida emocionante, alegre y vibrante no era real. Todo era una ilusión. Todas las citas a las que me llevó eran un engaño. El pánico me invade y me cuesta respirar. Jadeo, como si me estuviera muriendo. ¡Otro giro argumental horrible en las Crónicas de Evie!

—¿Qué haces? Ay. ¡Mete la cabeza entre las piernas, Evie! ¿Es un ataque de pánico? ¡Dios mío! —Se agarra el pelo—. ¡Lo siento mucho! —Me empuja la cabeza hacia abajo.

Cierro los ojos para evitar el dolor y el sufrimiento e intento bloquearlo todo y concentrarme en respirar.

Pero él está ahí, cada vez que cierro los ojos. Sus palabras, todas esas palabras bonitas que me susurraba, ¿eran todas falsas? Al final, mi respiración se normaliza y consigo sentarme derecha de nuevo. Me quedo quieta hasta que el mareo desaparece. ¿Esos besos apasionados también eran de mentira?

Levanto la cabeza. Roxy me mira con los ojos muy abiertos, llenos de preocupación. Quiero decirle que estaré bien. Que todo está bien. Pero no puedo articular palabra. ¿Quizá me lo merezco por haberle mentido? Nada de esto me hace sentir bien. Todo me parece muy mal y lo único que quiero es hacer la maleta y huir. Salir de esta isla y alejarme de todos ellos.

Cuando recupero el aliento, digo:

—Gracias por contármelo, Roxy. Me alegro de que lo hayas hecho.

Su rostro se contrae con tristeza.

—¿Qué vas a hacer?

Me paso la mano por el pelo y mi mente da vueltas.

—Me iré a casa. Me aseguraré de que la abuela está bien y luego me iré, probablemente este fin de semana, para estar lista para empezar a trabajar la semana que viene.

—Nooo. ¿No puedes quedarte?

¿Y enfrentarme a él todos los días? No podría.

—No lo creo, Roxy.

Me sirve un vaso de agua, que acepto agradecida y bebo a pequeños sorbos. El corazón sigue latiéndome con fuerza en el pecho, así que me concentro en respirar hondo para calmarlo. Entran clientes y ella se acerca a saludarlos y luego vuelve para ver cómo estoy.

—Voy a sentarme un rato fuera —le digo—. ¿Podemos repasar todo dentro de una hora más o menos?

—Claro, claro. Tómate tu tiempo.

Vuelvo una hora más tarde, con la decisión tomada. Me voy a marchar. Reservaré un vuelo para mañana y volveré al apartamento de mis padres hasta que me recupere. La abuela estará bien. Tiene a Zorba, a Roxy y a la pandilla de los seis.

Cuando me recupere, buscaré un lugar donde vivir. Quizá algún sitio más tranquilo que la ciudad. Tal vez una casa en Connecticut, para poder rescatar a un perro y tener un amigo canino que me quiera de forma incondicional. Me convertiré en una de esas mujeres solitarias con perros que solo salen de casa para pasear a su mascota y tomar algo en cafeterías donde admiten perros. Podré vivir en una pequeña burbuja suburbana tranquila, leer comedias románticas, jugar con mi can rescatado, al que llamaré Fido, y existir en un espacio seguro, lejos de toda la gente.

Animada por el sol y por el hecho de que superaré este desengaño volviendo a mi interior, voy a buscar a Roxy.

Detrás del mostrador, está preparando ramos de libros.

—Venga, ¿repasamos tu lista de preguntas?

Ella asiente con la cabeza.

—Sí —dice sin mucho entusiasmo—. ¿De verdad te vas a marchar?

—Sí, pero vendré a visitarte de vez en cuando, así que no te preocupes, Roxy. Y tú también puedes venir a verme cuando encuentre un sitio pequeño.

Roxy se muerde el labio inferior y me dedica una sonrisa triste.

—¿Quizá deberías hablar primero con él? ¿Escuchar su versión? Quiero decir, ¿y si yo lo he entendido mal o…?

Antes de que pueda responder, la abuela entra corriendo, con miedo en los ojos.

—¿Está Zeus aquí? —Aunque Zeus es uno de los perros más extrovertidos, es la sombra de la abuela y no se despega de ella. Cuando ella sale, él entra trotando y espera a que los clientes lo mimen.

—No, ¿no estaba contigo? —Habían salido a dar su paseo matutino habitual. La última vez que lo vi, estaba tomando el sol mientras la abuela tomaba café en el jardín.

—Sí, y luego fui a visitar a Zorba. Cuando me fui, estaba dormido en su cama y ahora no lo encuentro.

—Vale —digo—. No te asustes. Quizá esté fuera, en Musas, a la sombra del ciprés.

Después de comer, la pandilla de seis parece dirigirse allí en busca de sombra y de la iniciativa Alquila Un Perro, sabiendo que existe la posibilidad de que les froten la barriga y les den un paseo.

Salgo corriendo a Musas, pero solo veo a los otros cinco perros. Zeus es difícil de pasar por alto, ya que es el más grande. Aun así, miro debajo de las tumbonas, detrás de las estanterías y a los lados de la librería y lo llamo.

Roxy se encuentra conmigo, después de dar una vuelta por el jardín que hay al lado de la villa.

—No está en su jardín ni en tu villa, pero la puerta lateral estaba abierta.

—Vale, quizá se haya ido a dar un paseo.

Zeus conoce el camino; lo recorre todos los días con la abuela.

—Abuela, cuida de la librería, que Roxy y yo vamos a bajar por el camino a buscarlo.

Está pálida por la preocupación.

—Vale, coge el móvil y llámame en cuanto lo encuentres. No puedo quitarme de la cabeza que a lo mejor alguien se lo ha llevado.

Me lanzo a abrazarla.

—Habría ladrado, abuela. Y los otros perros nos habrían alertado si fuera así.

La preocupación de la abuela aumenta la mía. Es un perro inteligente que conoce bien los alrededores, pero no suele alejarse mucho de la abuela. Cuando pienso en los acantilados me entra miedo, pues incluso un perro tan inteligente como él podría distraerse olfateando y caerse, sin darse cuenta del peligro. Se me llenan los ojos de lágrimas, así que me giro para que la abuela no lo vea.

—Tenemos los móviles. Lo traeremos pronto —dice Roxy, y salimos corriendo.

Fuera hace un día luminoso y empezamos a llamarlo.

—¡Zeus!

Gritamos su nombre una y otra vez mientras bajamos por el camino hacia la playa.

—¿Han visto un perro peludo que llega hasta la altura del muslo? —pregunto a los transeúntes al pasar. Niegan con la cabeza—. Si lo ven, es de Floretta, la mujer de la librería del acantilado.

—Estaremos atentos.

Roxy habla con los griegos del lugar y les señala la librería.

Buscamos por todas partes, y nada.

—¿Dónde puede estar?

Ella niega con la cabeza.

—No lo sé. ¿Crees que alguien se lo habrá llevado?

Es una idea angustiante.

—No, seguro que no.

—¿Y la casa de Zorba? Quizá intentó seguir a Floretta hasta allí y se perdió.

Zeus podría haber intentado seguir a la abuela cuando esta iba en bicicleta, preguntándose por qué no lo habían invitado.

—¿Crees que habría llegado hasta allí después de la larga caminata con la abuela esta mañana?

—Caminemos por donde ella va en bici. Quizá lo encontremos descansando por el camino.

—Buena idea.

Hace mucho calor y me preocupa que no tenga agua si está caminando por la isla de un lado a otro.

Nos dirigimos a la casa de Zorba. Tenemos la voz ronca de llamar a Zeus. Subimos y bajamos colinas. Me arden las pantorrillas. Ojalá se nos hubiese ocurrido a Roxy y a mí coger agua. Me viene a la mente la expresión angustiada de la abuela y me obligo a caminar más rápido.

Llegamos a la extensa granja de cerdos de Zorba, pero la verja está cerrada con llave. No hay coches en la entrada ni rastro de Zeus.

—¿Nos separamos en el camino de vuelta? —pregunta Roxy—. ¿Tú vas por la playa y yo doy la vuelta por la carretera principal?

—Vale, pero ten cuidado en esa carretera.

Hay muchos coches que pasan a toda a toda pastilla y curvas peligrosas.

Espero que Zeus no haya ido por ahí, porque podría ser mortal para él y para cualquier coche que vaya a toda velocidad. Aunque sea listo, solo suele caminar por senderos poco concurridos que hay cerca de la librería, no por las carreteras.

—De acuerdo. Llámame si lo encuentras.

—Lo mismo te digo. —Nos abrazamos y nos separamos.

Una hora y media más tarde, vuelvo a la librería sin Zeus.

—¿Ha vuelto Roxy? —le pregunto a la abuela, que se abraza a sí misma con fuerza, como si esperara lo peor.

—No, no ha vuelto. ¿No hay ni rastro de él? —dice con voz entrecortada.

Niego con la cabeza.

—Todavía no. Roxy volvía por otro camino. Quizá ella traiga buenas noticias.

—¿Y si no lo encontramos? —Se le llenan los ojos de lágrimas. La abuela suele ser muy estoica; puedo contar con los dedos de una mano las veces que la he visto llorar. Es desgarrador presenciarlo y no hay forma de arreglarlo sin traerle a Zeus.

La abrazo con fuerza.

—Lo encontraremos, abuela. Sabe volver a casa, así que probablemente aparecerá tambaleándose cuando tenga hambre y haya vivido suficientes aventuras por hoy. Siéntate —le digo, soltándola de mis brazos—. Te prepararé algo frío para beber.

Se queda allí como paralizada.

—Zeus solo conoce el camino a casa viniendo del acantilado. ¿Cómo he podido ser tan descuidada y dejar la puerta abierta? —La abuela se encoge sobre sí misma y de repente es como si se le hubieran echado encima sus ochenta y tres años.

Le froto los brazos.

—No te culpes. Quizá la brisa abrió la puerta. No importa. Lo traeremos a casa, aunque tengamos que buscarlo toda la noche. —Cojo una botella de agua para la abuela. Luego me echo crema solar y me preparo para volver sobre mis pasos con la esperanza de que haya encontrado el camino que le es familiar—. ¿Necesitas algo más, abuela?

—Estoy bien, cariño. —Con los ojos llorosos, añade—: Voy a llamar a Zorba para que esté atento por si Zeus sigue por allí.

—Buena idea, ¿y por qué no llamas también a los vecinos? Quizá alguno lo haya visto pasar y sepamos en qué dirección hay que buscarlo.

—Sí. Voy a llamar a todos ahora mismo. —Se dirige al mostrador y saca su gastada agenda telefónica. Ay. Es tan tradicional en muchos aspectos que me enternece hasta el punto de romperme el corazón. Si no encontramos a Zeus, no quiero ni pensar en cómo le afectará.

Mientras espero a que Roxy vuelva, preparo rápidamente un cartel en el ordenador. Encuentro una foto reciente de Zeus, sonriendo con una pelota de tenis firmemente aferrada en la boca, con su pelaje esponjoso ondeando al viento. Añado los datos de contacto. Cuando la abuela cuelga el teléfono, le pregunto:

—¿Deberíamos ofrecer una recompensa?

—Sí, cariño, buena idea. Que sea una cantidad decente para que, si alguien lo tiene, lo devuelva. Escribe: «Sin preguntas». No me importan sus motivos; solo quiero que vuelva a casa.

Escribo la cantidad de una recompensa generosa, esperando que se haya perdido y no que lo hayan robado, porque la idea de que alguien lo tenga por motivos poco escrupulosos es demasiado horrible como para contemplarla.

Roxy regresa con el rostro abatido.

—¿No ha habido suerte? —le pregunto, aunque está claro.

—Nada.

—Maldita sea. —Vuelvo al ordenador y pulso «imprimir». Los carteles salen de la impresora en una pila ordenada—. ¿Me ayudas a colgarlos por ahí? —le pregunto a Roxy.

—Voy a buscar la grapadora.

Le dedico a la abuela una sonrisa tranquilizadora y le prometo que volveremos con el tonto de Zeus. Solo espero que sea verdad.

Cuando Roxy y yo regresamos a la librería, el sol se está poniendo. Caminamos encorvadas, con la mirada fija en el suelo, como si lleváramos el peso del mundo sobre los hombros. Juraría que hemos hablado con casi todos los habitantes del pueblo y con todos los turistas. Ni una sola persona ha visto a Zeus. Es como si se hubiera desvanecido en el aire.

—No me apetece nada contárselo a la abuela —digo, dando patadas al suelo, enfadada conmigo misma, con el mundo y con los ladrones de perros.

Se oyen historias de este tipo de robos todo el tiempo, y mi mente se va a lugares oscuros.

—Dios mío, no quiero estar ahí cuando lo hagas. —Roxy mira su teléfono—. Se ha quedado sin batería. ¿El tuyo?

—Sí, también se me ha acabado la batería.

—¿Y si alguien ha llamado para avisar de que lo ha visto?

—He puesto el número de la librería en el cartel.

—Vale, eso está bien.

A medida que nos acercamos a la librería, avanzamos más lentamente. Ninguna de las dos se atreve a decirle a la abuela que su gran peludo va a dormir en otro sitio esta noche.

Abrimos la verja y nos dirigimos a la casa de la abuela. Me detengo en seco al oír risas que salen por una ventana abierta. Roxy y yo intercambiamos una mirada y echamos a correr. Abro la puerta y veo a Zeus jugando con un mordedor, masticando contento, aparentemente ajeno a la preocupación que ha causado.

—¡Zeus! —Me agacho a acariciarle el pelaje y darle un beso en la cabeza—. ¿Dónde estabas, chico? ¡Pequeño fugitivo! —Me invade el alivio al saber que está sano y salvo y que mi querida abuela no sufrirá más penas.

Cuando me levanto, me encuentro cara a cara con Georgios.

—Estaba en casa del hombre del burro —dice—. Floretta me llamó y me dijo que había desaparecido, así que salí a ayudar a buscarlo.

¡La casa del hombre del burro! ¿Por qué no se me ocurrió empezar por ahí? ¡Se fue a jugar con su amigo el burro!

Roxy se ríe.

—Deberíamos haberlo sabido. —Se da un golpe en la frente.

—Me alegro de que esté en casa, abuela —digo—. Me voy a acostar, ha sido un día muy largo.

Roxy me hace un gesto casi imperceptible con la cabeza hacia Georgios, pero lo último que quiero ahora es hablar con él. Estoy agotada, tanto mental como físicamente.

Me doy la vuelta y me dirijo a mi villa. Al poco rato, llaman a la puerta. La abro un poco y me encuentro a Georgios allí de pie, con el ceño fruncido.

—¿Podemos hablar?

—No.

—Puedo explicártelo.

—Nunca fue real, ¿verdad?

—Ábreme, Evie. No quiero hacer esto en la oscuridad.

—No, Georgios, estoy cansada. Hoy me he recorrido la isla entera dos veces y lo único que quiero es meterme en la ducha y dormir durante una semana. —O una década. Milenios.

—Está bien, es justo. ¿Puedo volver mañana?

Mañana. Tenía pensado coger un vuelo mañana, pero con la desaparición de Zeus no he tenido ni un momento para hacer la

reserva, decírselo a la abuela o explicarle a Roxy todo lo relacionado con el funcionamiento diario de la librería.

—Adiós —digo y cierro la puerta para que no me vea llorar.

Capítulo 34

Durante el desayuno, le cuento a la abuela mis planes de marcharme. Se le cae el alma a los pies.

—Pero ¿por qué? Si ya lo tenías todo listo para quedarte.

Le explico lo que ha oído Roxy.

—Tonterías. Tú hiciste lo mismo por mí, Evie. ¿Qué más da?

—Importa porque yo me enamoré de él.

—¿Y me estás diciendo que él no se ha enamorado de ti? —La miro fijamente—. No me mires así. ¿Has hablado con él y le has preguntado sobre todo esto?

—No, y no lo haré.

—Evie, odio decirte esto, pero cometerás el mayor error de tu vida si no lo haces. Créeme, sé un par de cosas sobre el amor y no se puede fingir la forma en que ese chico te mira. Es como si el sol, las estrellas y la luna brillaran en tus ojos, y él estuviera deslumbrado por ti.

—Por favor, estaba actuando.

—No me digas «por favor». Cuando lo conocí, estaba desolado, nunca sonreía. Tú lo viste ese primer día. Era un cascarón vacío hasta que apareciste tú. Ha estado aquí todos los días, a veces dos o tres veces al día. Ese no es un chico que finge estar enamorado; es un chico que está enamorado. No tenía por qué llegar tan lejos si era fingido. Y tú serías un poco hipócrita si no le dieras la oportunidad de explicarse.

—¿Me dejarás en paz si lo hago?

—Sí. Pero mantén la mente abierta. Escúchale, cariño. ¿Me prometes al menos que lo escucharás?

—Está bien.

Empujo mi plato de desayuno, que está sin tocar, y le envío un mensaje pidiéndole que se pase por casa para una visita rápida.

Diez minutos más tarde está allí, con el rostro crispado y la mirada preocupada. Probablemente no quiere que esto se sepa en el pueblo o su próxima víctima podría desconfiar más de él. Sí, claro, él sabe interpretar el papel de inocente a la perfección. La abuela se levanta de un salto y recoge nuestros platos.

—Os dejo solos, tortolitos.

«Tortolitos». Ni por asomo. Entra en su villa, pero no se molesta en disimular que está escuchando. Se va a dejar una marca en la nariz de lo cerca que ha pegado la cara a la malla de la ventana de la cocina.

—Evie…

Me desplomo contra la mesa.

—Acabemos con esto, ¿vale? La abuela insiste en que hable contigo antes de irme. Así que habla.

—Vale, ¿podemos ir a algún sitio más privado? —La abuela se ha apoyado con tanta fuerza contra la malla que estoy segura de que va a caerse por la ventana.

Vamos a mi villa. Mi maleta está en la cama, hecha y lista para salir.

—¿Te vas? —Hay miedo en su voz.

Asiento con la cabeza y me cruzo de brazos. Intento lanzarle mi mejor mirada, pero no tengo valor para ello.

—Vale, voy a empezar por el principio. Cuando llegaste, a mi abuelo se le ocurrió esta absurda idea de que saliéramos de forma fingida, idea que yo rechacé inmediatamente porque me pareció cruel. Aun así, debes saber que la única razón por la que se le ocurrió fue porque después de verte en el aparcamiento, con la nariz llena de tierra volcánica, me fui a casa y dije que había conocido a la mujer con la que quería casarme, pero yo, siendo como soy, nunca te habría dicho ni una palabra. No tengo remedio en cuestiones de amor.

«¿La mujer con la que quería casarse?».

—Eso parece un poco precipitado.

—¿Verdad? Al instante, intenté retractarme, pero ya era demasiado tarde. Nunca hablo así, nunca. Estoy convencido de que a mi abuelo se le ocurrió toda la idea de la relación falsa solo para animarme, para que me dejara llevar por mis sentimientos. Y permíteme decirte algo sobre mi abuelo: es el mejor del mundo haciendo sentir culpable a la gente. Le dije que no cien veces, que era absurdo. En un momento se agarraba el pecho como si le fuera a dar un infarto y al siguiente se agarraba la cabeza y se lamentaba de la posibilidad de acabar arruinado.

Me suena curiosamente familiar por la abuela.

—Continúa.

—A veces es un poco hermético, así que no sabía qué era verdad y qué era ficción. Al final, me convenció. ¿Y si realmente necesitaba el dinero del alquiler tanto como decía? ¿Qué iba a hacer entonces? Mencionó que mi abuela había tenido que duplicar sus pedidos de *loukoumades* para llegar a fin de mes y eso me preocupó. Llevaba mucho tiempo pasando largas jornadas en la cocina con este calor. ¿De verdad tenían problemas económicos? Si estaban en apuros, tenía sentido que necesitaran garantías de que Floretta acabaría pagando. Así que, en contra de mi voluntad, acepté toda esa estúpida premisa.

—¿Sin importarte o preocuparte nada yo?

Él hace una mueca.

—No pensé que te enterarías.

—¿Me lo habrías dicho alguna vez?

—Todos los días me decía a mí mismo que lo haría, pero luego me acobardaba.

—¿Por qué le dijiste que al menos había sido divertido salir conmigo, pero que en el futuro preferías ser tú mismo quien eligiera a su propia pareja? —Me duele, porque sugiere que no estaba contento de que yo fuera la persona que habían elegido, como si no fuera lo suficientemente buena.

—Porque ¿quién hace una cosa así? Quería que se sintiera mal por lo que me hizo hacer, porque no me parecía bien.

Me cruzo de brazos.

—Siento que hayas tenido que perder el verano con alguien como yo…

Aunque sería hipócrita por mi parte estar molesta, ya que yo le he hecho lo mismo, no puedo evitar sentirme traicionada por haber creído que le gustaba desde el primer momento en que me pidió salir. Debería haberlo sabido, debería haber mantenido la guardia alta, porque no soy el tipo de mujer que consigue al chico y vive feliz para siempre; mi lamentable vida amorosa lo ha demostrado una y otra vez. Sin embargo, me lancé de cabeza con el corazón abierto porque, en realidad, sentí una atracción instantánea por él que se intensificó cuando pareció sentir lo mismo por mí. ¡Me lo creí de verdad! Y nada de eso era real.

Se pasa las manos por el pelo.

—No, Evie, lo estás malinterpretando. Le dije todo eso porque él me puso en esta situación. Y he tenido que medir cada palabra que pronunciaba por si se me escapaba algo. No quería que te enteraras de lo que había hecho porque temía que me dieras la espalda y nunca volvieras a mirar atrás, y entonces te perdería para siempre y eso me rompería el corazón. Lo que más odio es que, al seguir adelante con este plan, siempre pensarás que lo que tuvimos no fue real, y te digo con todo mi corazón que lo fue; lo es.

¿Puedo creerle o es simplemente un intento de controlar los daños? Ya no sé qué pensar.

—Si pudiera rebobinar el tiempo, verías que soy sincero. He estado muy angustiado por haberte mentido, pero lo hice bajo coacción y porque quiero a mis abuelos y estaba preocupado de verdad por su situación económica. Pero todo lo que te dije e hice, lo dije y lo hice de corazón. No te mentí ni te engañé. —Es difícil para mí seguir aferrándome a ningún sentimiento negativo porque puedo identificarme con esta situación. Los dos estábamos entre la espada y la pared, haciendo lo que creíamos mejor para nuestras familias.

—Mentiste.

Él asiente con la cabeza.

—No en lo que siento por ti.

Estoy dividida porque quiero confiar en él y además no se puede decir que no entienda sus motivos.

—Al principio había planeado ir muy despacio para que nadie saliera herido.

—¿Muy despacio? ¡Me besaste con la boca abierta en la segunda cita! ¿A eso le llamas tú ir muy despacio? —Estoy indignada.

Él me dedica una amplia sonrisa.

—Bueno, en honor a la verdad, fuiste tú quien me besó con los labios entreabiertos en la segunda cita.

—¡Eso es porque me pillaste por sorpresa!

—Te subiste a mis caderas de un salto y me abrazaste como si fueras un pulpo.

Me sonrojo.

—Intentaba subirme a horcajadas de un salto y darte un abrazo y se me fue de las manos.

—No es culpa de nadie: estas cosas pasan.

—No, cuando se trata de mí, no.

—La cuestión es que nunca quise hacerte daño, y la única razón por la que acepté fue porque, en el momento en que te vi, sentí como si una diosa hubiera entrado en mi campo de visión. Mientras Floretta me lanzaba críticas, yo intentaba entender qué demonios estaba pasando. Entonces empezaste a amenazarme con que tenías experiencia en hacer desaparecer cosas… Mi aburrido mundo gris se convirtió de repente en un derroche de color.

No puedo ocultar mi sonrisa. Sigo estando orgullosa de haber actuado con firmeza, con mayúsculas, siguiendo las órdenes de Posy. Cumplí con creces lo que me pidieron.

—No puedes ir por ahí gritando a ancianas.

—No estaba gritando; solo lo parece en nuestro idioma. Los griegos hablamos alto y gesticulamos mucho. Es nuestra forma de expresarnos.

—Humm. —Tomo nota mentalmente para confirmar con Roxy si eso es verdad.

—Es la verdad. Pregúntale a Floretta. Me ha estado llamando de todo, pero no sé si lo decía en serio o si se ha perdido en la

traducción, porque su griego es horrible. En un momento dado me llamó «carretilla floral odiosa», así que no estoy seguro…

—Al menos está intentando aprender el idioma.

—Sí, sí. Me enamoré perdidamente de ti y pasé cada momento deseando no haber aceptado el plan porque me parecía que estaba mal. Quería hablarlo contigo desde el principio, pero ha habido un drama tras otro…

Se queda callado. Este es el momento en el que yo también le confieso lo mío. ¿Será el fin de nuestra relación? No lo sé.

—Tengo una cosa que decirte.

—Vale. —Su expresión es tan sincera que titubeo.

Bajo la mirada.

—A mí también me convencieron para que fingiera que salía contigo. Fue mi querida abuela, que necesitaba mi ayuda. Yo solo quería lo mejor para ella. Aunque fuera una idea tonta, pensó que era la única solución para mantener a Yannis a raya hasta que ella se recuperara económicamente.

Sus cejas se arquean.

—¡¿Qué?! ¿Hablas en serio, Evie?

Ay.

—Totalmente.

Se frota la cara.

—Espera un momento: ¿estabas dispuesta a hacer las maletas y marcharte porque descubriste que me habían ordenado salir contigo de mentira, y sin embargo todo este tiempo has estado saliendo conmigo de mentira? ¿Cómo es eso justo?

Sus ojos se nublan.

Respiro hondo.

—La verdad es que no lo es. Pero, cuando me enteré de lo tuyo, lo puse todo en duda y eso me dolió porque mis sentimientos son sinceros. Siento haberte mentido. Supongo que estamos en el mismo barco, así que tendremos que superarlo de alguna manera.

Él deja escapar un gemido de frustración.

—No puedo creerlo.

—Es un poco romántico. Como el argumento de un libro.

Sus ojos se vuelven vidriosos, como si estuviera perdido en sus pensamientos, y luego deja escapar un fuerte gemido.

—¡Ay! Ahora lo entiendo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Hay mucho más! Vuelvo enseguida. —Sale corriendo y vuelve enseguida—. Casi se me olvida. —Me coge entre sus brazos y me da un beso de película, con todos los detalles, esto es, me inclina hacia atrás como si fuera una estrella de cine y me besa apasionadamente hasta dejarme sin aliento—. Solo para demostrar que esto es real.

—Vaya. —Definitivamente, no parecía un beso falso.

—Vuelvo enseguida —dice con un guiño. ¡Un guiño! ¡A qué está jugando!

—¿Adónde vas?…

Pero ya se ha ido corriendo, no tengo ni idea de adónde. Encuentro a la abuela sospechosamente cerca de mi villa, fingiendo regar el jardín.

—Eso no cuela, abuela.

—¿A qué te refieres?

—Para empezar, no has abierto el grifo, así que sostener la manguera sobre las plantas no sirve de nada. —Mi mente da vueltas mientras espero a Georgios. ¿Qué quería decir con que hay mucho más? No puedo soportar otro giro inesperado hoy.

La abuela asiente con la cabeza.

—Con el ruido del agua no podía oír nada.

—¿Necesitabas escuchar?

—¡Por supuesto! ¿Te vas a quedar en Santorini con este hombre ideal?

Lo pienso.

—Quizá. —¿Cómo puedo tener dudas después de que Georgios me haya abierto así su corazón? Los dos nos hemos visto obligados a vivir la misma situación por el amor que sentimos por nuestros abuelos.

—¿Quizá?

La abuela se esfuerza por sacarme todos los detalles sustanciosos, pero yo no le cuento nada todavía. Quiero saber adónde ha ido Georgios antes de decir nada. Zeus se acerca saltando y se queda

emocionado delante de la abuela, frunciendo el ceño como un humano, sin entender por qué la abuela sostiene la manguera y no sale agua para sus habituales juegos en el jardín.

—Ahora no, Zeus —le dice ella—. Enseguida te llevo a la playa.

Georgios vuelve, tirando del brazo de su abuelo. Casi lo arrastra para hacerlo entrar por la puerta. Con su expresión abatida, no parece que Yannis sea precisamente un visitante voluntario.

Georgios dice algo en griego y me señala.

—Oh —dice la abuela con los ojos brillantes—. ¿Qué le has dicho exactamente?

Yannis se quita la gorra de cuero gastada y mira al suelo, como si esperara que la tierra se lo fuera a tragar. ¿Qué está pasando? ¿Va Georgios a enfrentarse a su abuelo delante de mí? Si es así, me parece un poco exagerado.

—Georgios, no pasa nada. No necesito hablar con tu abuelo de esto.

Me dedica una sonrisa burlona, como diciendo «ya verás».

—Vale, buen argumento, Evie. Si mi abuelo no quiere decir nada, ¿qué tal tú, Floretta? ¿Quieres poner a Evie al corriente de tu pequeño plan?

—¿Qué plan? —pregunto frunciendo el ceño. ¿Se les permite a estos dos estar tan unidos con la orden de alejamiento y todo eso? Claro, puede que hayan acordado una tregua, pero ¿siguen vigentes las reglas?

—Vamos —insiste Georgios, con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios—. Ya sabía yo que tenía que haber algo más; me parecía demasiado descabellado que nos pidieran que fingiéramos salir juntos por un motivo tan insignificante.

Mi abuela, con lo habladora que suele ser, sigue callada.

—¿De qué está hablando, abuela? —pregunto, totalmente desconcertada.

Capítulo 35

La abuela abre la manguera y hace gestos como si no oyera nada. Vuelve con el numerito de la anciana senil. Pongo los ojos en blanco y cierro el grifo de la manguera.

—Bueno…

—Suéltalo, que no tenemos todo el día.

Ella hace un gesto de enfado antes de tirar la manguera al suelo.

—Está bien. Yannis, ¿quieres que lo haga?

Él asiente con la cabeza y sigue jugueteando con su gorra.

—Yannis y yo nos lamentábamos de que nuestros nietos favoritos siguieran siendo solteros empedernidos. ¿Cómo es posible? Son guapos e inteligentes. Ambos son un buen partido.

Yannis sonríe.

—Es verdad.

Comparten una risa secreta. ¿Qué demonios está pasando?

—Se nos ocurrió un plan para emparejaros. Sabíamos que una cita a ciegas no funcionaría: los dos las habéis criticado en el pasado y, además, se os dan muy mal las cuestiones de amor, por lo que una sola cita no sería suficiente para ver si encajáis. Así que se nos ocurrió la idea de las citas falsas…

Me quedo atónita.

—¿Qué? Pero si ni siquiera sabías que iba a venir a Santorini.

Ella se burla.

—Claro que lo sabía, Evie. Tu madre me llamó y me dijo que venías a vigilarme cuando se enteró de mi boda relámpago. Me llama constantemente y me amenaza con todo tipo de cosas, pero esta vez se me ocurrió una idea…

—Pero ¿cómo? Casi te arrestan por alterar el orden público. A menos que…

Ella sonríe.

—Genial, ¿verdad? Yannis es buen amigo del jefe de la Policía de Grecia, así que le pedimos que nos echara una mano. Teníamos que hacerlo creíble, o no habría funcionado. Nos aseguramos de discutir en voz alta en un lugar público con muchos testigos para que se corriera la voz y yo tuviera que llamar a tu madre para contárselo y ella te enviara directamente aquí. Ella ya me había dicho el día anterior que te habían despedido, así que teníamos que actuar rápido.

En cuanto le envié el mensaje a mi madre la mañana que me despidieron, ella llamó a mi abuela, que puso en marcha todo este loco plan. Cuando mi madre y Posy me llamaron al día siguiente, ya habían arrestado a mi abuela y se había dictado la orden de alejamiento, con la esperanza de que yo aceptara ir a cuidar de ella. ¡Menudo riesgo corrieron para convencerme de que fuera!

Arqueo las cejas.

—Cuando te comprometes a algo, te empleas a fondo.

—Gracias, cariño.

—¿Mamá estaba al tanto de todo?

—¡Dios, no! Por algo se la conoce como la policía de la diversión.

Yannis continúa, en un inglés entrecortado:

—Una vez que eso ocurrió, tuvimos la excusa de que yo no podía estar allí, así que tuve que enviar a Georgios en mi lugar.

—Habíamos hablado con tu chófer, Evie, así que sabíamos cuándo llegarías. Por desgracia, tu avión se retrasó, así que le dijimos que se diera prisa porque Yannis ya había acordado una hora para que Georgios se acercase a verme y así pudieras verlo en persona, discutiendo y siendo cruel con tu querida abuelita…

—¡Tú…! ¡Ese conductor casi me mata! —Ahora tiene sentido por qué conducía como un loco. Caramba.

—Ay, no te pongas tan dramática, cariño. Estás viva, ¿no?

—Supongo.

—Pensamos que teníamos que subir la apuesta, así que nos inventamos la mentira de que yo no había pagado el alquiler, lo que me proporcionaba un motivo para que tuvieras que fingir que salías con él para mantenerlos contentos. Yannis utilizaría la excusa de que

Georgios tenía que vigilarnos de cerca y asegurarse de que el negocio era viable o tendría que vender la propiedad. Si los dos inventábamos problemas económicos, sabíamos que podríamos convenceros de que siguierais con nuestro plan.

—¿Estás diciendo que no tienes problemas de dinero? ¿Y Konstantine?

—Konstantine se llevó una buena suma de dinero, cariño. Qué tonta fui al confiarle mi cuenta bancaria a un hombre; debería haberlo sabido, pero tengo otras cuentas. Son cosas que se aprenden después de estar casada tantas veces.

—Entonces, ¿el alquiler estaba pagado?

—Sí, me enorgullezco de ser una inquilina fabulosa. El alquiler siempre se ha pagado por adelantado. Y Yannis es dueño de la mitad de la isla. A él también le va muy bien económicamente.

—¿Y todas esas facturas con sellos de vencimiento?

—Son falsas.

—¿Los servicios públicos?

—Pagados en su totalidad.

Eso explica por qué tenía dinero para arreglar el camino de cemento y para todo el material que seguía llegando.

—¿Y Lucy? ¿También le pagaste a ella?

—Por supuesto. Se resistió bastante, la muy pícara. Firmó un acuerdo de confidencialidad, así que legalmente no puede hablar de sus honorarios.

—Qué astuta eres…

—Pero ¿hemos hecho mal? —interviene Yannis—. Estáis enamorados, ¿no?

¿Cómo podemos enfadarnos con estos dos abuelos intrigantes, cuando sus intenciones eran buenas? El esfuerzo que han dedicado a llevar a cabo este plan me deja atónita.

—Yo diría que… —No puedo declarar mi amor delante de todo el mundo, ¿verdad?

—Estoy enamorado de Evie —dice Georgios con una amplia sonrisa, y me abraza—. Y, sin vuestra intromisión, probablemente no habríamos llegado tan lejos. Tenéis razón: nunca habría aceptado una cita a ciegas. No después de los desastres que me han

organizado en el pasado. Así que supongo que lo que intento decir es… ¿gracias?

—Sí, gracias. Pero ¿podemos acordar que este es el último plan? —Me da miedo pensar en lo que podrían hacer si de repente imaginan la boda o los bebés en nuestro futuro.

Georgios me da un beso en la cabeza y nuestros abuelos nos animan. Nos giramos al oír el clic del pestillo de la puerta.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no contestáis ninguna de las dos al teléfono? Tenemos un problema. Un problema grave. ¡Billy el Nudillos viene hacia aquí!

Son mi madre y Posy. Están aquí, en Santorini.

Capítulo 36

Georgios articula con los labios: «¿Billy el Nudillos?*».*

Me encojo de hombros, sin saber cómo representar con unos pocos gestos toda la triste historia de Billy el Nudillos, y conmocionada por la repentina aparición de mamá y Posy. Era de esperar, pero pensé que al menos nos avisarían de que venían. La policía de la diversión suele llegar con las armas en ristre, las sirenas a todo volumen, las luces encendidas y ese tipo de cosas. A menos que quisieran utilizar el factor sorpresa. Eso tiene más sentido.

—A perro flaco todo son pulgas —dice la abuela con un gemido.

Pero sé que en el fondo está contenta de ver a mamá y a Posy. Probablemente sabía que iban a venir. La abuela tampoco tiene problema en contratar a un detective privado cuando le conviene.

La cara de mamá es un poema de preocupación.

—¿Has oído lo que he dicho? Billy. El Nudillos. El mafioso. Viene aquí. Puede que venga a matarte.

—¿Para matar a quién? —pregunta Roxy jadeando, y su cara de alarma supera a la de mamá—. ¡Estaba en la librería y he oído todo el alboroto! ¿Qué me he perdido? ¡Habéis vuelto muy emocionante la vida de la isla! ¡Ya no hay ni un momento de aburrimiento! ¿Quiénes son? —Señala con el pulgar a mamá y a Posy.

—La policía de la diversión —dice la abuela.

—¿La policía de…? Vale. —Roxy ya sabe que, cuando se trata de la abuela y de cualquier situación complicada en la que se haya metido esta vez, lo mejor es observar y escuchar.

Mamá pone los ojos en blanco ante la descripción de la abuela.

—Soy Adeline, la madre de Evie, y ella es mi hija Posy, artista de Broadway. —No puede evitarlo; es lo que hay—. Tenemos un

problema aquí, así que, si no les importa, necesitamos un poco de intimidad.

—Pueden quedarse —digo—. Son nuestra familia de la isla.

Mamá resopla, pero lo deja pasar.

—Está bien. ¡Lo repetiré! ¡Billy está de camino! Mi investigador privado rastreó su vuelo a México. ¡Tuvo un encontronazo con Konstantine y ahora va de camino a Santorini! Puede que ya esté en la isla. La conexión entre él y Kon sigue siendo un misterio, pero el detective está investigando posibles vínculos.

La abuela y yo intercambiamos una mirada. Ella sabe perfectamente qué vínculos hay. Le hago un gesto con la cabeza para que se sincere. De todos modos, es solo cuestión de tiempo que el detective privado de mamá dé con la respuesta, así que más vale sacarla de su miseria.

—Sí, cariño —dice la abuela—. Es cierto. Billy está de camino porque viene a devolverme una cosa.

Posy abre mucho los ojos.

—¿Qué va a devolver? ¿Los dedos de Konstantine? ¿Su corazón? ¡Después de romperle el suyo a la pobre abuela! —¡Qué dramática!

—Espera, ¡¿has contratado a Billy el Nudillos?! —grita mamá—. ¡Pero si sois enemigos acérrimos! ¿Has olvidado que quería cortarte los meñiques y enviármelos por correo?

La abuela pone los ojos en blanco.

—Exageras. Nunca los habría enviado. Hoy en día revisan el correo con rayos X, querida. Un par de dedos cortados nunca habrían pasado.

Mamá se frota las sienes.

—¡La cuestión no son los dedos, sino la amenaza! ¡Es un hombre peligroso! Un hombre peligroso que… —baja la voz hasta convertirla en un susurro— mutila a la gente por diversión.

—¿De verdad? No lo sabemos con certeza. Además, son negocios, cariño; no es nada personal.

La puerta se abre de nuevo. Cuando nos giramos, nos encontramos con un hombre muy corriente, de tez pálida y vestido completamente de beis, que está allí de pie, observando a nuestro grupo. Cuando ve a la abuela, su rostro se ilumina con una sonrisa.

—¡Floretta! —Se acerca a ella y le da un gran abrazo—. No envejeces nunca.

Me resulta familiar, pero no consigo identificarlo. Ah, ya lo tengo. Si Elon Musk y Mark Zuckerberg tuvieran un hijo, sería este tipo.

Espera. No puede ser Billy el Nudillos, el mafioso, ¿verdad? Me giro con una pregunta en los labios, pero me distraigo cuando veo a Roxy. Tiene la boca abierta y juraría que la oigo tararear la marcha nupcial. ¿Eh? ¿Por este tipo?

—La edad es un concepto abstracto. Chicos, este es Billy el Nudillos.

¿Este tipo es el mafioso fuera de control? Parece tan… inofensivo. Más bien parece alguien que se pasa el día jugando a videojuegos que un matón de la Cosa Nostra. Podría ser un disfraz muy inteligente, una forma de pasar desapercibido. En este mundo, siempre hay que ir un paso por delante, así que supongo que en el mundo del hampa tiene que ser aún más difícil en ese sentido.

Billy gruñe.

—Tengo ese pequeño… paquete que pediste, Floretta.

Contengo la respiración. Espero que no sea un miembro del cuerpo. Le entrega una bolsa de viaje sorprendentemente grande. Quizá la abuela tenía razón y los hombres griegos sí tienen los más grandes…

—¿Mi dinero? ¿Lo has recuperado todo?

¡El dinero! ¡Claro!

—Con intereses. Y digamos que tendrá algunos problemas para jugar a las máquinas de póquer en el futuro.

—¿Ha perdido un dedo?

—Es mi tarjeta de visita, Floretta. Ya lo sabes.

Todos jadean y se esconden las manos.

¡Ah! ¡Por eso le llaman Billy el Nudillos! Les corta los dedos, supongo que hasta el nudillo… ¡Ay!

Billy sonríe.

—¡Es broma, chicos! Nunca haría eso, al menos, no esta vez. Floretta es pacifista y yo respeto eso. Kon y yo tuvimos una pequeña charla sobre modales y moral, y luego llamé a su madre por teléfono. Los griegos son iguales que los italianos en lo que respecta

a sus madres. Digamos que le da más miedo el castigo de ella que el mío.

Vaya, qué listo.

—Gracias, Billy. —La abuela sonríe—. Agradezco tu moderación.

Todos están demasiado sorprendidos como para hablar. Roxy le está haciendo ojitos al mafioso. ¡No puede haberse enamorado de un tipo que se gana la vida cortando dedos, por el amor de Dios! A algunas mujeres les encantan los chicos malos; no se puede evitar.

—Bueno, no tengo ni idea de qué hora es, pero necesito un trago —dice mamá.

—Estoy de acuerdo —conviene la abuela.

—Yo también podría beber —confiesa Posy.

—Dejad que os enseñe Epeolatry —propongo.

Este variopinto grupo de personas y nuestra variopinta pandilla de perros me siguen al interior y pasamos la tarde bebiendo demasiado alcohol, porque a veces hay que dejarse llevar y han sido unos días muy duros.

El hombre de la guitarra asoma la cabeza blandiendo un libro.

—¡Helena! ¡Helena! —grita.

—Helena, no la he visto —respondo de memoria.

Señala emocionado la portada del libro y veo el título: *Helena,* de Evelyn Waugh. Me doy una palmada en la frente. ¡Todo este tiempo estaba buscando un libro titulado *Helena*! En retrospectiva, parece tremendamente obvio.

—¡Otro misterio resuelto! —Le invito a entrar a tomar una copa y él acepta de buen grado.

Capítulo 37

—Siento que las cosas no hayan salido bien entre tú y Billy el Nudillos —le digo a Roxy, contándole otra mentira.

—Ay, tenía esa gran… energía tecnológica, ¿sabes?

Sí, más bien parecía un friki de los videojuegos que un tipo inteligente.

—No era como me lo esperaba. La culpa es del cine.

—¿En serio? A mí me parecía un bombón. Pero, al fin y al cabo, no estoy segura de poder amar a un mafioso. Las películas le añaden un toque de glamur y misterio, pero lo único que puedo imaginar es a Billy llegando a casa después de un largo día con un montón de deditos de diferentes tamaños en bolsitas de plástico… Me da un poco de asco. ¡Ay! —Roxy se agarra el pelo y se lo revuelve—. ¡Habría tenido unos hijos preciosos con él!

—Además, no tiene una buena conciliación entre su vida laboral y personal.

—Es verdad. Me quedaría sola con los bebés llorando mientras él se va a Dios sabe dónde a hacer Dios sabe qué. Si esto fuera un libro, ¿crees que habría alguna posibilidad de que encontrara el amor en la secuela? —Me dedica una sonrisa esperanzada.

—Es muy probable. Tú serías la heroína del segundo libro, y yo tu fiel compañera.

—Entonces, ¿hay esperanza?

—Siempre hay esperanza, siempre.

—Me voy a abrir Bibliotherapy. ¿Quedamos para comer?

—Claro.

Técnicamente, estoy «trabajando» con un libro abierto en mi regazo. Y este libro es muy prometedor. Podría llegar a la gran pantalla. Una divertida historia de citas falsas, ¿qué más se puede

pedir? Tengo muchas esperanzas de que se convierta en uno de los favoritos de los fans.

El día avanza y, cuando levanto la vista, Georgios está allí, con el manuscrito en la mano.

—¿Hay sitio para uno más? —Señala mi «escritorio», que son la mesa y las sillas de fuera.

—Acércate una silla —le digo con una sonrisa.

Trabajamos juntos en silencio durante unas horas y luego llega la hora de mi clase de griego. Él me enseña el idioma y, aunque me resulta difícil, soy una alumna tenaz y me propongo hablarlo con fluidez lo antes posible.

—Hoy tengo una palabra especial para ti.

—Oh. —Me encantan sus palabras especiales. Estoy aprendiendo lo básico, pero cada día aprendemos una palabra preciosa que cautiva mi imaginación.

—Esta palabra es lo que siento por ti.

—Vale. —Mi corazón se acelera.

—*Kapsoura*.

—*Kapsoura*. —Repito la palabra, disfrutando de su forma y melodía—. ¿Qué significa?

—Bueno, esa es la cuestión, no hay una traducción exacta al inglés para esa palabra; nada se acerca a definir la cantidad de deseo y pasión que evoca. Describe un tipo de amor que arde con tanta intensidad que casi se consume en sí mismo.

—Es muy inflamable; suena peligroso.

Él se ríe.

—Una explosión de amor.

—Una supernova.

Nos besamos como si nuestros corazones estuvieran realmente en llamas, como si fuéramos estrellas cargadas de calor a punto de explotar. *Kapsoura*. Un amor que arde con tanta intensidad.

Capítulo 38

La abuela y yo estamos jugando con los perros, esperando a que Zorba y Georgios lleguen para la barbacoa. Mamá y Posy están dentro preparando las ensaladas. Después de dos largas semanas, mañana se van a casa y ya las echo de menos, aunque Posy me haya sacado de quicio. Cómo son las hermanas, ¿eh?

Pienso en lo mucho que ha cambiado todo desde que llegué y en lo increíble que es que todo haya salido bien, de una forma u otra, ya sea por la fuerza bruta o de forma natural. Aun así, hay algunas preguntas que siguen sin respuesta.

—Abuela, ¿qué les pasó realmente a todos tus maridos?

La abuela dirige la mirada al cielo.

—Murieron trágicamente y no, yo no tuve nada que ver, y, si te pregunta algún detective, tú no sabes nada. Llámalo amnesia selectiva.

Le rasco la oreja a Sir Spud.

—Abuela.

Se acerca a una tumbona que hay junto a mí. La brisa le sopla el pelo largo y espeso hacia atrás. El amor le da vitalidad. Se le nota en sus ojos brillantes y en su sonrisa feliz.

—Está bien, está bien. Están todos vivos y coleando.

Jadeo. ¡¿Qué?! Tardo un momento en procesar la información sobre esos hombres que creía que habían muerto de forma horrible y prematura.

—¿Por qué esas historias dramáticas sobre su fallecimiento? ¡Están vivos!

La abuela remueve su cóctel Virginia Woolf con una pajita con forma de piña.

—El amor debe ser salvaje y divertido. Admitir que rompimos porque no soportaba que Vlad insistiera en hacer la cama con las esquinas bien marcadas todos los malditos días no suena precisamente emocionante, ¿verdad? Iba detrás de mí limpiando cuando preparaba café o un sándwich, como si cualquier migaja fuera su perdición. Jimmy, de Australia, era divertido. Bailábamos toda la noche bajo el cielo tropical, hasta que se apagó la chispa, y nos mirábamos fijamente a través de una mesa de plástico en una casa sin aire acondicionado y nos dimos cuenta de que no teníamos nada más de que hablar. ¡Qué mundano! Amé a mis maridos con todo mi corazón, hasta que dejé de hacerlo. Y no me malinterpretes: algunos se enamoraron primero de mí, como el irlandés Sean, que simplemente no era de los que se comprometen. En algunos casos, la chispa estaba ahí y luego se apagó y no quise perder ni un minuto más en su compañía. Son cosas que pasan. Soy una romántica empedernida, Evie, y siempre lo seré. Quizá me precipité al casarme con algunos, pero no me arrepiento de nada. ¿Qué es el amor sino una apuesta? Y es un riesgo que siempre estoy dispuesta a correr.

Lo pienso. Es precioso, de verdad. Que, pasara lo que pasara, siempre estuviera dispuesta a entregar su corazón, aunque lo hubieran herido antes. Lo arriesgaría todo por la esperanza de volver a encontrar el amor. Su momento de *kapsoura*. Nunca lo rehusó.

Pero espera un momento.

—¿Y mi abuelo? Si está vivo, ¿por qué nunca lo hemos visto?

—¿Gerald? Siento decírtelo, cariño, pero está muerto. Hubo una terrible confusión con el anticongelante.

—¿En serio?

Se encoge de hombros con cara de «qué le vamos a hacer».

—Son cosas que pasan.

La vida vuelve a su ritmo más lento una vez que mamá y Posy se marchan. El verano se va desvaneciendo poco a poco, pero los días siguen siendo cálidos, y las noches, templadas. Georgios me envía un mensaje para que le acompañe a hacer senderismo.

Sinceramente, la vida en la isla es un ejercicio en sí misma. Siempre hay una colina, un acantilado o agua que atravesar.

Cuando llega, juega con los perros, que no le dejan acercarse a mí hasta que ellos han tenido la oportunidad de jugar con él primero. Conoce todos sus caprichos y se guarda la cartera en el bolsillo de la camisa para que Houdini no se la robe. Otra vez. Hace unos días, mientras limpiaba mi villa, encontré el alijo de tarjetas de crédito y dinero en efectivo que Houdini había robado escondido debajo de mi cama. Hemos hecho todo lo posible por devolvérselas a sus legítimos propietarios, pero ha resultado difícil localizar a algunos de ellos. Se aprende con la experiencia. Sin embargo, eso no evita que Houdini siga robando, así que hemos tenido que hacer carteles que dicen: «CUIDADO CON EL PERRO, TE ROBARÁ LA CARTERA». Y siempre es un buen tema de conversación.

Georgios le da un beso en la mejilla a la abuela.

—¿Te apetece venir con nosotros de excursión, Floretta?

Ella le dice que no con la mano.

—No, querido, pero gracias por el ofrecimiento. Zorba va a venir a hablar de los planes de boda. Estamos pensando tal vez en Las Vegas.

—¿Las Vegas, abuela? ¿En serio?

—Qué va. Solo quería ver tu reacción y, mira, ha funcionado.

Qué pícara.

—Bueno, nos vamos —digo.

—Que lo paséis bien, tortolitos.

Georgios me coge de la mano y caminamos hacia la Caldera. Hay unas vistas preciosas desde un mirador que no había visto antes, y él me asegura que el arduo ascenso merece la pena. Charlamos sobre nuestras vidas y sobre cómo estamos viviendo el sueño. Un sueño que parecía inalcanzable al comienzo del verano. Como siempre, consigue distraerme del ardor de los músculos, o es eso, o es que estoy poniéndome en forma de verdad, todo un logro para esta devoradora de libros que soy.

Después de mucho tiempo, llegamos a nuestro destino. Respiro con dificultad, pero las vistas merecen la pena.

—¡Es un corazón! —exclamo.

La naturaleza ha esculpido un gran corazón en una enorme roca. A través de él se puede ver el mar Egeo, la Caldera y el volcán.

—Es uno de los secretos mejor guardados de la isla. «El corazón de Santorini».

—Es precioso. Incluso te perdono por traerme tan cerca de un volcán.

Él se ríe y me abraza.

—Este es nuestro corazón, Evie.

—¿Formado por los elementos y que durará para siempre?

—Exactamente.

Me vuelvo hacia él y lo miro profundamente a los ojos y me veo reflejada en ellos. Veo el resplandor de alguien que está enamorado de verdad por primera vez. Ese amor me ha cambiado para mejor. Me ha hecho confiar en mí misma y en los demás. Me ha abierto como una flor. Toda mi vida sentí que me faltaba algo, que me faltaba algún elemento crucial, pero Georgios me ha hecho darme cuenta de que no era yo quien tenía que cambiar, sino el mundo que me rodeaba. Soy perfecta tal y como soy.

Nos besamos con el corazón de Santorini como telón de fondo. Es como una señal. Como si estuviera donde debo estar. Con la mano de Georgios en la mía. Un hombre que me ama con todos mis defectos.

Cuando nos separamos, me dice:

—¿Te casarás conmigo algún día, Evie?

Miro el corazón, segura de que está latiendo, de que me dice que diga que sí, y a la mierda con mis reglas de las citas. Siempre he vivido en una nube de dudas, pero esa parte de mí ha desaparecido. La ha sustituido este profundo romance duradero. La confianza de que esto es amor verdadero.

—¿Estoy libre la semana que viene?

Él echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—¿Lo tomo como un sí?

—Sí. Algún día. Cuando el sol se hunda en el horizonte y tiña el agua de un color flameante. Ese será nuestro momento. Nuestra *kapsoura*.

Nos besamos una vez más frente al azul del mar griego, enmarcados por un corazón horadado en la roca.

Una carta de Rebecca Raisin

Muchas gracias por elegir leer *Bajo el sol de Santorini*. ¡Espero que lo hayas disfrutado!

Soy una gran aficionada a los viajes y me inspiro en los lugares que he visitado o que tengo intención de visitar en este gran mundo nuestro. Me encanta sumergirme y aprender sobre la cultura, la gastronomía y la historia. Mi mayor deseo es que mis libros te transporten a un viaje para que sientas que has disfrutado de unas minivacaciones desde la comodidad de tu hogar.

Espero que te haya gustado *Bajo el sol de Santorini*. Si es así, te agradecería mucho que dejaras una reseña. Siempre me encanta saber qué opinan los lectores, y además ayuda a que nuevos lectores descubran mis libros.

Gracias,

Bec xx

http://www.rebeccaraisin.com/
https://twitter.com/jaxandwillsmum
https://www.facebook.com/RebeccaRaisinAuthor
https://www.tiktok.com/@rebeccaraisinwrites

Agradecimientos

Querido lector, como siempre, mi más sincero agradecimiento. Tu apoyo lo es todo para mí y me permite seguir perdiéndome en una historia, creando personajes que espero que te lleguen al corazón. Es un regalo poder trabajar haciendo lo que me gusta y no lo doy por sentado. Cada venta, cada reseña, cada vez que compartes mi trabajo, lo aprecio muchísimo.

Gracias a mi familia, que siempre comprende mi vida laboral y esos fines de semana en los que me encierro. Sois los mejores.

Gracias a Abi Fenton y Aud Linton por su excepcional trabajo editorial. He disfrutado mucho trabajando en este libro con vosotras. Gracias también a Helena Newton, que siempre tiene un ojo increíble para los detalles. Y a Helen Williams, que de alguna manera detecta los errores más pequeños que se nos escapan. El equipo de diseño de HQ es increíble y siempre hace las mejores portadas, gracias. Gracias al equipo de ventas y *marketing* de HQ: hay muchas superestrellas entre bastidores que ayudan a dar forma y difundir mi trabajo, y les estoy muy agradecida a todos.

Gracias a Helen Boyce, de THE Book Club, y al equipo de reseñas: sois todos unos tesoros. Gracias a Rachel Gilbey por organizar las giras de blogs más increíbles del mundo. Ya es hora de que nos veamos en algún otro lugar del mundo, ¿no? Para Frankie y Belinda, que siempre están ahí para animarme o alegrarme. Os quiero, chicas. Y a Hilary Steel, gracias por todo, ¡eres realmente única!

Gracias,

Bec xx